

CI

FEVAL

LOS
COMPANEROS
DEL SILENCIO

1

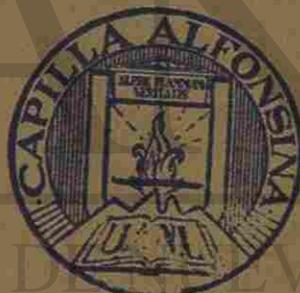
RAID
PQ2244
.F2
C658
v.1



1020026431



UANIL

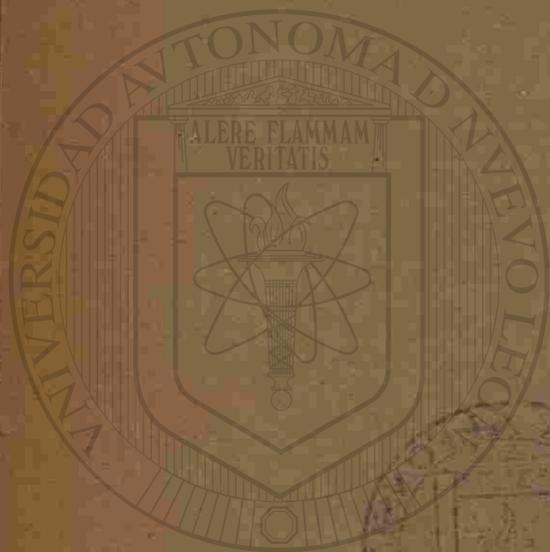


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS COMPAÑEROS DEL SILENCIO

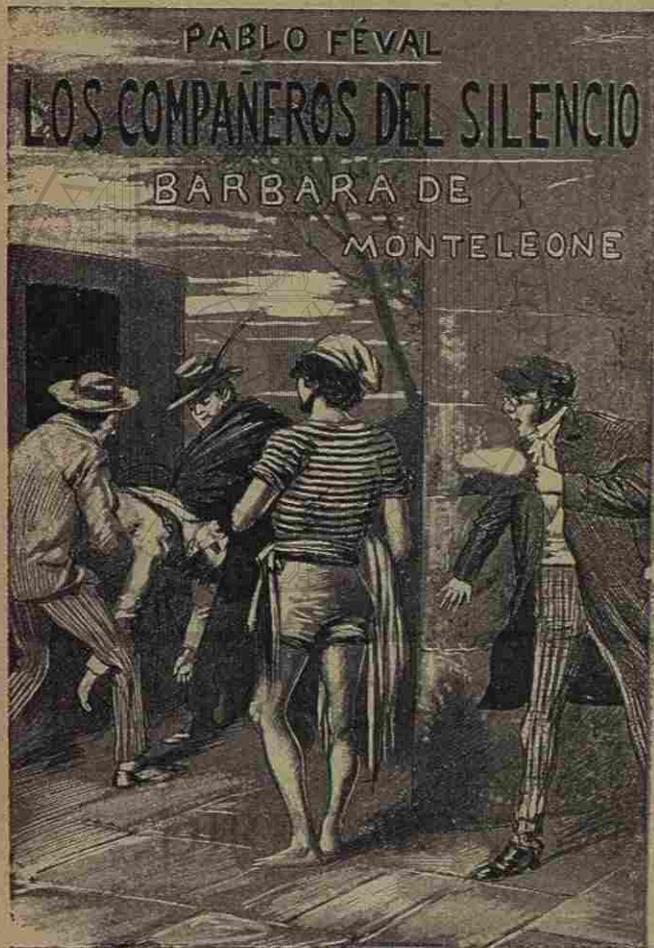
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
BIBLIOTECA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas F423c
Núm. Aut. 30119
Núm. Adq. 87
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasific. _____
Catálogo _____



PAUL FÉVAL

LOS

Compañeros del Silencio

EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA JUAN GARCÍA
"ALEJANDRO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

098923

BARCELONA

BUENOS AIRES

Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

30119

843
b.

PQ 2248
F2
C658
v. 1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Compuesto en máquina Typograph.—Barcelona.



LOS COMPAÑEROS DEL SILENCIO

PRÓLOGO

LOS SIETE ANILLOS DE HIERRO

El valle de Martorello

La parte meridional de la bahía de Santa Eufemia, situada en la Calabria ulterior segunda, frente á las islas de Eolo, forma una hermosa playa semicircular, cuya curvatura, vista desde el mar, recuerda exactamente la idea del anfiteatro antiguo.

Hacia el centro del semicírculo desemboca el Bréntola, el cual, tomando origen en la parte superior de Monteleone, se derrama en la arena dividido en millares de riachuelos. Este es el lugar donde antes de la restauración de 1815, trabajaban los caballeros herreros (*cavalieri ferri*) de Martorello.

A lo largo de esta playa no se observan ruinas visibles, pero está llena de recuerdos.

Martorello es un valle bastante dilatado que se extiende oblicuamente hasta la playa por un pe-

queño desfiladero, en el que el Bréntola divide una corta cadena de rocas.

Desde la playa, no puede distinguirse el valle de Martorello sino colocándose enfrente del estrecho por donde pasa el río.

En el punto en que la carretera cruza el Bréntola por medio de un pequeño puente de piedra, se eleva una casa cuadrada, sólidamente construída, que parece datar á lo menos de unos cincuenta años. Una inscripción en caracteres claros y distintos colocada sobre la puerta principal, anuncia á los viajeros que se hallan enfrente del mesón del Cuerpo-Santo (*Osteria dello Corpo-Santo*).

A pocos pasos del mesón, el camino, el valle y el río forman un recodo repentino, para tomar una dirección perpendicular á la ribera.

El río, el valle y el camino se desvían de esta manera, costeano una subida de roca quebrada, en cuya cima se levanta el majestuoso convento del Cuerpo Santo que dió su nombre al humilde mesón.

El 15 de Octubre de 1823, Bautista Giubetti, cochero de Monteleone, volvía del pequeño puerto de Palmi, llevando cuatro viajeros en su carrozza completamente nueva, tres en el interior, uno en la berlina que al propio tiempo servía de pescante.

Tiraban su carruaje dos buenos caballos del Abruzzo citerior, acabados de herrar y ostentando bellos penachos de lana, cuyo adorno había dispuesto la joven esposa de Bautista, á su partida de Monteleone.

En los matrimonios juveniles todo es interesante, en todo se echa de ver la felicidad de la luna de miel.

Bautista era un mozo jovial, un poco pálido y muy delgado, pero airoso, y que llevaba con

orgullo sus rizos de mujer. Andaba á todo correr, más deseoso de llegar á su destino que los mismos viajeros.

En el interior había un hombre de unos cuarenta años, de aspecto enfermizo, cuya calva cabeza cubría un gorro negro de seda. El solo ocupaba el fondo según los términos expresos de su contrato con Bautista Giobetti.

En el asiento de delante estaban sentados de espaldas dos jóvenes de distinto sexo.

El adolescente llevaba ese traje semiclerical, que, en todos los países, es el distintivo de los discípulos de los seminarios. La muchacha vestía una ropa de tela gris y un sombrero de paja de Francia que no revelaban un estado opulento, pero tampoco la joven parecía dar á ello mucha importancia. A pesar de la viveza de sus ojos y la finura de su encantadora sonrisa, tenía un aspecto todavía más reservado que su compañero.

Era una tierna religiosa en ciernes, así como el otro un aspirante al sacerdocio: de ambos abunda el reino de Nápoles.

La joven era además bella y graciosa, y casi diríamos que era más bella que graciosa, si el encanto infantil é ingenuo de esa sonrisa que á cada instante penetraba á través de su fisonomía austera, no le hubiese dado un donaire inexplicable.

Su fisonomía austera la había formado la educación, su sonrisa la naturaleza. La lucha empeñada en el terreno de esa deliciosa fisonomía entre la petulancia natural y la reserva enseñada, tenía verdaderamente algo de original.

El delineamiento de su rostro era á la vez delicado y atrevido; su frente, en la que brillaba en alto grado la inteligencia, veíase coronada de negros cabellos, cuya abundancia, más bien disimulada que puesta en relieve, iba á perderse bajo una gorra de tela transparente desguarnecida. Sin

esta gorra, el pobre sombrero de paja hubiese sido casi elegante.

La mirada parecía pensativa, volviéndola á voluntad más grave. Una alta gargantilla daba al vestido ese aire de recato que la gorra imponía al sombrero.

Y, sin embargo, bajo este atavío seguro, era fácil adivinar la fina flexibilidad de un talle ya formado, que hubiera hecho crujir los brillantes pliegues del rasó.

En ese rostro, que indicaba á un tiempo bondad, gracia infantil y un cierto rasgo de carácter aventurero y atrevido, aparecía una sonrisa tan afectuosa cuando miraba á su hermano, que aun los indiferentes hubiesen sentido nacer el más vivo interés.

Su compañero, es decir, ese seminarista de largos cabellos rubios que sólo aguardaban la tonsura, era sin duda su hermano, pues había en ambos una semejanza que no podía engañar; pero la gravedad del joven era más sincera y natural.

Al parecer, el joven tenía unos dieciocho años y su hermana dieciséis.

Cuando se dirigían mutuamente la palabra, siempre en voz baja, hacían uso ya de la lengua italiana ya de la francesa; y en los dos casos su lenguaje participaba de igual pureza. Pero no pronunciaban recíprocamente sus nombres sino en francés.

El hermano se llamaba Julián y la hermana Celestina. El hombre de los dos asientos del fondo llevaba también un nombre francés, pues al acomodar el conductor á los viajeros en el acto de la partida le había llamado M. David.

Desde el principio del viaje, M. David guardaba el más profundo silencio; apenas se había dignado lanzar alguna mirada distraída y taciturna á la joven pareja que tenía enfrente, y sólo

nabiendo oído pronunciar á Celestina la palabra bandido, se había encogido de hombros, afectando cierta especie de desdén.

Los que viajan por las Calabrias pronuncian con frecuencia aquella palabra: los cobardes se horripilan; los escépticos hacen como nuestro enfermo del gorro negro de seda, se encogen de hombros. M. David tenía sus razones particulares para encogerse de hombros cuando se hablaba de bandidos.

La figura de este hombre era melancólica y biliosa, su cabeza de genovés un poco estrecha, pero suelta y atrevida. No se puede decir que tuviese una fisonomía ruin, pues en nuestro siglo utilitario esta palabra ha llegado á no tener sentido y necesita reemplazarse por otra expresión más precisa.

Notábase en la mirada fría y triste de M. David una profunda fatiga que podía fácilmente traducirse por la palabra *misantrópia*, y en las líneas de su boca una expresión de amargura y severidad.

Su frente, aunque inclinada para atrás, era bastante alta; la curva de su nariz era provocadora. En suma, el aspecto general de este rostro indicaba la reflexión, la reserva, la austeridad y quizás el egoísmo.

No nos queda que pintar más que un personaje: el compañero del conductor, el que estaba sentado á su lado en la berlina. Era éste un arrogante mozo de semblante vivo y osado; la meditación no parecía tenerle embargado, y su mirada clara é indiferente recorría el vecino paisaje, mientras sus dedos, afilados, blancos y hermosos como los de una condesa, doblaban un cigarrillo de papel.

En el libro del conductor hallábase inscrito con el nombre de caballero de Athol; acababa de lle-

gar de Sicilia y sólo había tomado pasaje hasta el convento del Cuerpo-Santo.

Parecía estar en la flor de su juventud, y sin el bigote negro que sombreaba su labio superior, se le hubieran señalado apenas de veintidós á veintitrés años. Muellemente reclinado en la berlina, no podía juzgarse de su talla, pero se dejaba fácilmente adivinar que era alto, y la misma negligencia de su postura descubría cierta maravillosa flexibilidad.

Nuestro joven viajero, cuya hermosa boca dejaba pasar una voz dulce y sonora, no podía ser un inglés. Y sin embargo, Bautista, el cochero, le llamaba milord.

Tal es el resultado de esa fiebre de viajar, que desde cincuenta años á esta parte, se ha apoderado de los cuchilleros de Birmingham; meros fabricantes de navajas, vanse á pasear á Grecia ó Italia, y reciben muy orondos el título de milord.

Por lo demás, el nombre de Athol es ilustre en la otra parte del estrecho, pues pertenecía á los antiguos soberanos de la isla de Man. Hállase inscrito con título ducal en la lista de los pares del Reino Unido.

Es un gran nombre llevado por muy grandes señores.

Apresurémonos, no obstante, á decir que nuestro caballero de Athol no tenía derecho á sucesión á la cámara de los Pares, pero sí tenía la savia atrevida de su juventud y la suerte.

El camino que asciende de Tropea á Monte-leone se hunde primero en tierras bajas, y después vuelve á subir rechazado por el asiento del Monte Mimo, de modo que costea un instante el borde del mar antes de llegar al cabo Vaticano.

—Contemplad esto, milord—dijo Bautista en el momento en que el recodo del camino descubría

el mar Tirreno;—¡he aquí una hermosa vista! Hacia atrás se distingue perfectamente la antigua Trinacria... ó Sicania, cuya capital era Siracusa en tiempo de los romanos y ahora Palermo; produce vinos excelentes, frutos, trigo, aceite, seda, lana, algodón, azúcar, maná, miel, cera... aire puro y sano, mar abundante en pescado... célebre por su volcán llamado el Etna, el cual se eleva á tres mil y tantos metros sobre el nivel del mar. Contiene minas de oro, plata, cobre, plomo y hierro... canteras de pórfido, mármol, jaspe, ágatas, esmeraldas... Produce alumbre, vitriolo, azufre... Pero vuestra excelencia viene de allí—se interrumpió Bautista demasiado tarde.

Todos los conductores de carruajes tienen su poco de cicerones y aprovechan con placer la ocasión de colocar su *boniment*.

—A la izquierda, milord—continuó Bautista,—se hallan las islas Lipari, la principal de las cuales...

—¿Qué hay ahora en Martorello?—preguntó bruscamente el joven viajero.

Bautista estuvo á punto de soltar las riendas, y miró al caballero de Athol sorprendido.

—¿Su Excelencia habrá estado ya en el país?—le dijo.

—Te pregunto, amigo mío—repitió el caballero de Athol,—¿qué hay ahora en Martorello?

—Pues bien—respondió el conductor,—en Martorello, milord, no hay nada que yo sepa.

—¿Qué ha sido de los Seis?

—¿Los Seis?—repuso Bautista con aire inocente. Al propio tiempo sacudió un fuerte latigazo á sus caballos.

El caballero de Athol se puso á silbar muy dulcemente el aire de Fioravante:

¡Amici, allegri, andiamo alla pena!...

—¡Una bella canción napolitana, milord!...—murmuró el conductor, cuya agitación era visible.

—¿Qué ha sido *de los Seis*?—repitió el viajero.

—¡Oiga!—refunfuñó Bautista,—parece que no faltan gentes que sepan de música.

—Dame tu mano—dijo el caballero de Athol,—si es que conoces el carbón y el hierro.

Bautista dió su mano temblando.

—Bien, bien—dijo al sentir la doble cruz que el extranjero hacía en la palma de su mano,—yo he oído hablar de esto á un agente del rey Fernando que ejercía su profesión por la parte de Monteleone...

El caballero de Athol se sonrió y dijo:

—Amigo, eres un mozo prudente.

Después soltando la mano de Bautista y mirándole de frente:

—¿Hay algo más fuerte que el hierro?—le dijo distintamente.

—La fe—replicó el conductor con decisión.

—¿Hay algo más negro que el carbón?—añadió el joven viajero.

—La conciencia del malvado.

—¿Tú eres compañero?

—¿Vos sois maestro?... ¡Gracias á Dios! Tengo una mujer y un hijo que está por nacer... ¡Pero, por San Juan, mi abogado, precursor del Cristo, si es necesario ir, iré!

—¿Qué ha sido *de los Seis*?—preguntó por tercera vez Athol.

—Excelencia—respondió Bautista,—si sois maestro, ¿cómo lo ignoráis?

—¡Habla!—mandó el joven viajero,—en nombre del carbón y el hierro!

—Eran siete...—murmuró el conductor

—Yo sé dónde está el sepulcro del séptimo—añadió el caballero de Athol con melancolía.

II

Mario Monteleone

Bautista se descubrió respetuosamente é hizo la señal de la cruz.

—¡El séptimo era un santo!—dijo.

Después repuso con aire sombrío

—Cuando fué asesinado Mario Monteleone, tres veces conde, dos veces barón, y maestro de los caballeros herreros, los seis hidalgos fueron proscritos... Yo repito lo que he oído, Excelencia. Una noche vinieron hasta aquí: era el 15 de Octubre de 1816. Hiciéronse abrir las puertas del convento de Corpo-Santo, allá abajo, encima de Martorello, y declararon la *vendetta* al asesino de Mario Monteleone.

—¿El nombre de este asesino?—preguntó Athol.

Como el conductor titubease y se volviese cada vez más pálido, Athol añadió:

—¿No te atreves á pronunciarle?

—Hoy hace cuatro semanas—respondió Bautista bajando la voz,—que murió el marqués de Francavilla...

—¿Cómo murió?

—De una puñalada en el corazón.

—¿Y ese marqués de Francavilla era gobernador de Piza cuando se efectuaron las ejecuciones?

—Sí, signor... y en el momento de su muerte, intendente de la Calabria ulterior segunda.

En los Estados del rey de Nápoles, el intendente es el jefe de la administración provincial y sus

poderes son mucho más extensos que los de nuestros prefectos.

—Francavilla era culpable—dijo para sí mismo el caballero de Athol,—pero no fué él quien mató á Monteleone el santo... ¿Los Seis no han buscado más arriba?

—¿Más arriba?—repitió el conductor;—no... Giacomo Doria murió en su cama... sus dos hijos poseen su herencia.

—¿Se tenían sospechas del conde Giacomo?—preguntó vivamente Athol.

—Yo repito lo que se dice—dijo Bautista por segunda vez;—los Doria tienen los bienes de Monteleone... Y el conde Giacomo estaba en el país cuando sucedió la desgracia.

El joven viajero meditaba.

—¿Y más abajo?—dijo de repente.

—¿Más abajo?—volvió á repetir Bautista.

—¿La venganza de los seis no se ha dirigido más abajo?

—¡Ah! signor, yo no puedo hablar sino de rumores... Hay todavía el coronel...

—¿Trencapelli?

—El mismo... El coronel Trencapelli fué hallado, hace ya tiempo, en el camino de Cosenza de cara en un charco... La punta de un puñal calabrés salía por su espalda...

—¿Era el puñal de un compañero?

—Era el puñal del Silencio.

En el interior, el hombre del gorro negro de seda tenía los ojos cerrados y parecía dormir.

Celestina oprimía suavemente la mano de Julián entre las suyas.

El carruaje había llegado á la cima del cabo Vaticano y se desplegaba ante nuestros pasajeros todo ese gran paisaje, tranquilo y silencioso, de la bahía de Santa Eufemia.

—Contemplemos, hermano—dijo Celestina,—ese hermoso golfo del cual me estás hablando desde el principio del camino... Cuéntame dos ó tres capítulos de las *Victorias y Conquistas*.

—Este es un capítulo de las *Desgracias y Reveses*, hermana mía—contestó Julián;—la historia la tengo aquí en mi cabeza, mejor grabada que si la hubiese leído en algún libro... El que me la contó fué testigo ocular... El buen Manuel.

—¿Nuestro querido Manuel estaba allí?—exclamó la joven.—¡Oh, Julián! Hazme esa relación, será como si hablásemos de nuestro excelente padre.

En este momento los ojos de M. David se abrieron imperceptiblemente; lanzó una mirada rápida á la joven, y volvió á cerrar los párpados. Fuera de este movimiento físico de los párpados y la mirada que brotó de sus pupilas, su fisonomía no cambió en lo más mínimo.

—¿Piensas que Manuel sea realmente nuestro padre?—preguntó de súbito Julián.

—Me sería muy sensible que no lo fuese,—contestó Celestina.

Esta esperó con una especie de ansiedad á que su hermano añadiese alguna cosa más, pero Julián mudó de conversación.

—Sí, sí—repuso,—Manuel me lo ha contado muchas veces... Hay en esa historia un conde de Monteleone, que se parece á los héroes de la antigua Grecia y de la antigua Roma... No es á causa de Murat que tengo tan presente la historia de Manuel... sino á causa de Mario Monteleone.

—Ya escucho—dijo Celestina tomando un aire atento y cruzando sus bellas manos blancas sobre sus rodillas.

Fuese casualidad ó intención, M. David se movió en su asiento y entreabrió los párpados.

—Oye, hermana—dijo Julián,—es necesario to-

mar las cosas desde su principio... Mario, descendiente de los condes de Benavento, conde de Monteleone, de Palazzi y de Viserta, barón de Civita Galla y de Vittola, era primo del rey Fernando y el más gran señor de las Calabrias. Huérfano de padre y madre, había sido educado en la corte con el heredero de los Doria, y con Francisco, príncipe real de Nápoles, hijo único de Fernando. El rey amaba á los tres jóvenes con una ternura casi igual, y si alguna vez acariciaba más á alguno de ellos, era á Mario Monteleone.

El rey decía:

—Mi hijo Francisco de Borbón y Giacomo Doria, son nobles; Monteleone es príncipe.

El cariño que el rey le profesaba debía ser muy grande, pues no dejó de querer á Mario Monteleone, cuando éste, arrastrado por las ideas de libertad que se apoderaron de todos los corazones generosos hacia el fin del siglo último, abrazó el partido de los reformadores.

Giacomo Doria le siguió. El mismo príncipe Francisco, seducido por la elocuencia de Monteleone, dicen que se prestó á tomar parte en el movimiento, y que ambicionaba el título de libertador de Italia. Pero Mario Monteleone no quería los extranjeros; así es que cuando el general francés Championnet puso sitio á Nápoles en 1799, se mezcló, con los brazos desnudos y el cinto rojo alrededor del cuerpo, en esos batallones de pescadores y lazzaroni que defendieron á Nápoles con tanto heroísmo.

El rey Fernando apretó esa mano aun negra de pólvora y tuvo á Mario mucho tiempo abrazado llamándole hijo suyo.

Después le preguntó:

—Sobrino, ¿qué quieres?

—Señor —respondió Mario Monteleone,—quero libertad de Italia.

El rey Fernando I, el mismo que hoy nos gobierna, y cuyo reinado cuenta ya cincuenta y cuatro años, prometió reformas.

Mario Monteleone esperó, hasta que cansado de esperar, un día se despidió de Fernando de Borbón, dejando la corte para retirarse á sus tierras.

Acontecía esto á principios de este siglo. Monteleone vivió desde luego en la soledad, no teniendo más que un amigo, Giacomo Doria, su antiguo compañero de armas y de placeres. Cuando éste volvía á Nápoles, Monteleone quedaba solo con una joven parienta educada en su familia por caridad y que le hacía las veces de hermana. Llamábase Bárbara de Monteleone. Mario la amaba por su carácter ingenioso y humilde, por su educación esmerada y por su piedad. Quizá Bárbara amaba á Mario de otra manera.

Me parece estar viendo esta mujer que tantas veces me ha retratado Manuel. Era bonita de cara, pero un accidente que le había sobrevenido en la infancia, vició su talle. Sus espaldas desiguales, su tronco encogido y desviado, imprimían á toda su persona un sello de deformidad. Para disimular este defecto, vestía siempre trajes anchos y de color serio, como los de las monjas.

Tenía algunos años menos que su pariente y protector.

Quando en 1801 Monteleone se casó con la bella María de los Amalfi, Bárbara recibió á la joven desposada con gracia y afección. Pero se la vió pronto enflaquecer y volverse pálida; apoderóse de ella una enfermedad de languidez á la cual hubiese sucumbido si no la hubiese salvado un sabio médico que un alemán, secretario del conde de Monteleone, hizo venir de su país. Desde entonces conservó siempre un tinte de pálida lividez.

María de los Amalfi, la nueva esposa del conde, era de una familia ilustre, pero sin fortuna. El conde no tenía necesidad de riquezas. ¿Qué hubiera podido añadir un rico dote á sus inmensos dominios?

Pero María poseía la beldad de un ángel. Su corazón era aún más angelical que su hermosura. Si no llevó al conde riquezas, á lo menos le aportó su juventud interesante, un alma tierna llena de amor, un talento cultivado y un corazón noble que sabía participar de todas las desgracias.

Poco tiempo después de la enfermedad de Bárbara, Dios quiso colmar las alegrías de Monteleone dándole un hijo de María.

¡Cuántas esperanzas alrededor de esta querida cuna! ¡Y cuánto amor!

Bárbara, más loca aun que la joven madre, no podía verse satisfecha de acariciarle y disputaba siempre el recién nacido á la nodriza, pues le quería continuamente en sus brazos.

Pero de súbito un manto de duelo cubrió esas alegrías de familia y esas tiernas esperanzas.

Una mañana la nodriza trajo llorando la cuna vacía.

Bárbara se mesaba los cabellos; su dolor fué en cierto modo más intenso que el del padre y la madre.

Después del primer momento de estupor, tratóse de indagar qué mano podía haber dado tan terrible golpe. ¿Qué responder? La nodriza tenía su madre en el país: era una vieja llamada Berta. Esta sólo pudo decir que una cuadrilla de gitanos había acampado en el valle. Berta pertenecía á Bárbara y como ella adoraba á la madre y al hijo.

Se despidieron correos á todas partes: Bárbara aguardaba su vuelta en la ventana más alta del castillo, y cuando los distinguía de lejos corría

á su encuentro. Pero en ninguna parte hallaron ni gitanos ni niños. Desvaneciése la última esperanza y reinó el triste silencio en el castillo antes tan alegre.

Esto duró un año.

Pero Monteleone poseía en su corazón recursos contra esa muerte anticipada que constituye el desaliento. Miró alrededor de sí y vió miserias que socorrer, heridas que cicatrizar, beneficios que prodigar. Aquel día pareció despertar. En los dominios de Monteleone había una gran comarca arruinada por los temblores de tierra, las epidemias que siguen siempre á los cataclismos y la indolencia inveterada de sus habitantes. Monteleone dijo para sí: vamos á formar hombres de esos infelices; quiero que se vea en las Calabrias, por la primera vez desde cien años á esta parte, un pueblo de trabajadores. Y puso manos á la obra.

Durante su reinado, pues era un rey en esta parte de la Calabria ulterior, vióse crecer y florecer el olivo, trepar la vid por el olmo, ondular el maíz de oro á favor de la brisa en las vertientes en otro tiempo desiertas de las colinas; el Fresno dió el maná, y el arroz sembrado cubrió los pantanos de un rico manto de verdura.

Mas esto no era bastante. La nodriza del mundo tiene dos pechos: la agricultura y la industria. Mario Monteleone quiso, después de la agricultura la industria, y como el orgullo estúpido de los calabreses contrariase sus designios, tomó un día un martillo con sus propias manos y batió hierro en el yunque.

Este suceso hizo gran ruido. En todo el reino de Nápoles no se hablaba sino de Mario Monteleone, *il Benefattore*, como se le llamaba.

Los jóvenes cortesanos reían á grandes carcajadas de su martillo de hierro, pero el pueblo le bendecir

El rey Fernando oyó hablar de sus herrerías, la principal de las cuales estaba en Martorello, á algunas leguas de aquí. El rey dijo riendo:

—Una vez en mi vida quiero ver trabajar á mis calabreses.

Pero lo que en realidad le llevaba allí, era su antiguo pupilo, al que llamaba ingrato, y al cual acusaba de haberle abandonado. En 1805 salió de Nápoles con intención de llevarse á toda costa.

Mario, conde de Monteleone, recibió al rey con el mandil de cuero y el martillo en la mano.

Después que el rey *vió trabajar* á sus calabreses, mudó de parecer y dijo á Monteleone al tiempo de abrazarle:

—Quédate aquí... tú me has resucitado un reino.

Y le dió la gran cruz de la orden de San Fernando, y autorizó solemnemente la Asociación de los caballeros herreros, de la cual Monteleone era el gran maestro. Seis hombres de confianza que tenía, la mayor parte amigos y parientes, compusieron esta asociación de caballeros herreros (*cavaliere ferrai*). Poco tiempo después fué disuelta por el mismo rey Fernando.

Cuando sobrevinieron los sucesos de 1808, Mario Monteleone y sus amigos resistieron cuanto estuvo en su mano la influencia francesa. Mario hizo además un viaje á Sicilia para ofrecer á Fernando de Borbón, su amo y amigo, la cooperación de su espada. El rey le dijo:

—Te aguardaba.

Mario le besó la mano con lágrimas en los ojos.

El caballero despertaba de su sueño.

Durante este viaje á Sicilia volvió á sentirse la felicidad en la casa de Monteleone.

Dios había tenido compasión de su servidor. La felicidad había vuelto á la familia. El tiempo no había bastado á cicatrizar la llaga abierta en los corazones del conde y la condesa con motivo de

la pérdida de su primogénito; pero dos veces la unión bendita de estas dos almas había sido fecunda. María de los Amalfi, siempre joven y más encantadora en la expansión de su hermosura, había dado á luz otros dos hijos: un varón y una hembra.

Aquí se interrumpió Julián y dijo:

—¡Esto te parecerá una hermosa novela, mi pobre Celestina, y, sin embargo, Manuel me lo ha contado, Manuel que no es poeta!

Mario Monteleone era tan feliz, que quiso concentrar toda su felicidad en un solo punto, edificando un templo á sus alegrías. Para ello elevó un pabellón de mármol en el centro de este valle, cuya prosperidad era obra suya, en Martorello. En un aposento del piso inferior, situado un poco más bajo del nivel del suelo, colocó el lecho nupcial y las dos cunas. El lecho nupcial estaba entre dos blancas-cunitas en las que dormían dos amores. Allí se retiraba con María de los Amalfi, más bella aun con sus ternezas de madre feliz, á gustar, desde este mundo, todas las felicidades del paraíso.

¿Tengo necesidad de decir que una primera desgracia había despertado el cuidado y la prudencia del padre y de la madre?

Entretando los dos niños crecían. Si Monteleone podía pasar por la providencia del país, María de los Amalfi era su ángel, al cual guardaba el amor de todo un pueblo.

Cuando Monteleone volvió de su viaje á Sicilia, nadie salió á su encuentro en ese camino donde sus ojos buscaban á María su mujer y á sus dos alegres querubines... ¡Nadie!

Al traspasar el dintel de su casa notó el más profundo silencio.

—¡Esposa mía!—exclamó,—¡hijos míos!... ¿Dónde están mis hijos y mi mujer?

Nadie respondía. En fin, uno de los seis caballeros herreros, ese alemán que había sido su secretario, le dijo:

—Maestro, revestíos de todo vuestro valor. Dios os ha herido: ¡ya no tenéis hijos, y vuestra mujer se está muriendo!

Monteleone entró en el aposento de mármol, sentándose en la cabecera del lecho de su esposa, la cual no le reconoció. En su delirio hablaba de sus hijos, les veía, les besaba, y esas vanas caricias acababan de traspasar de dolor el corazón del desgraciado padre.

Hé aquí lo que había pasado:

El valle de Martorello sólo está separado de la playa por una colina estrecha ó ribera escarpada, en la cima de la cual vivía esa vieja llamada Berta, madre de la criada que cuidaba de los niños. Unos días antes de la llegada de Mario Monteleone, la sirvienta fué á ver á su madre, llevándose consigo los dos niños en el pequeño coche en que solía conducirlos. Al anochecer volvió gritando y llorando. Dos hombres enmascarados habían entrado en la choza de Berta, arrebataron á los dos niños, y la sirvienta vió á los ladrones desde la cima de una colina hacer fuerza de remos hacia una embarcación berberisca fondeada en las aguas de Stromboli.

Monteleone no pudo interrogar á la criada por haberse ahogado en las aguas del Bréntola. Bárbara, tan desesperada como la misma madre, no hacía más que llorar y gemir.

Monteleone hizo tapiar el pabellón de mármol, en el cual quedaron el lecho nupcial y las dos cunas, como una especie de tumba de su felicidad. María de los Amalfi no pudo entregar su alma á Dios, sino que curó, pero el Señor le tuvo compasión y no le devolvió la inteligencia. Su locura consistía en creerse muerta.

Una tarde al anochecer los seis se reunieron en la casa de Mario Monteleone, donde el alemán dijo:

—Maestro, los que os aman piensan por vos... La casualidad no hiere dos veces precisamente en el mismo sitio... Para estos dos golpes es necesaria la mano de un traidor... ¿Quién hace el mal sino el que está interesado en hacerlo?... Ahora que vos no tenéis hijos, Giacomo Doria es vuestro heredero legítimo.

—¡Qué!—exclamó aquí Celestina interrumpiendo la narración de su hermano,—¿acaso?...

Julián repuso:

—Hé aquí lo que respondió Monteleone á esta observación:

«Giacomo Doria es primo mío y nos hemos criado mucho tiempo como hermanos... Ya Bárbara mi parienta me ha hablado como vosotros y la he reprendido severamente... ¡Conserve Dios á Giacomo los dos hijos que le ha dado!... ¡Prohibo á cuantos me aman y obedecen emprender cosa alguna contra la casa de mi primo Doria!»

—¡Era un santo!—murmuró Celestina.

—Sí—dijo Julián,—era un santo... y Dios le trató como á tal, pues hizo de él un mártir.

Monteleone fué proscrito por el nuevo gobierno y tuvo el dolor de ver confiscar sus condados y baronías. Con todo, el rey Joaquín dejó subsistir las herrerías de Martorello, pero haciéndolas vigilar por un intendente ó prefecto especial.

No hubo exacciones ni violencias, y los Seis, como se llamaba á los caballeros herreros, en ausencia de su maestro, que era el séptimo, continuaron sus trabajos y organizaron realmente una sociedad secreta. Esta sociedad que dicen que aun subsiste, á pesar de las proscripciones que se le han fulminado, tomó proporciones considerables

y contribuyó poderosamente á la revolución de 1815.

Entonces aconteció una cosa bien extraña. Monteleone, desterrado á Sicilia, tuvo la misma suerte que el rey Murat en el trono de Nápoles: se trató dos veces de asesinarle.

Bárbara, su parienta, y uno de los *Seis*, el brazo derecho de Monteleone, su hombre de confianza, el alemán del cual he hablado tantas veces, le acompañaron en su destierro, y durante él, acusaron á los Doria. Mario no quiso creerlo. Había encontrado á Giacomo en Sicilia; ¡Giacomo, padre infeliz de dos niños, un hijo y una hija!

El hijo de Giacomo tenía ya la edad viril.

Cuando la caída de Murat y la restauración de Fernando, pusieron término al destierro, Monteleone, Doria y su hijo Loredano pasaron el estrecho en el mismo buque y se sentaron uno al lado del otro en el mismo carruaje.

Trece días después, Joaquín Murat, proscrito á su vez, aventuró un desembarco en el reino de Nápoles. Pero la fortuna ya no le era propicia, y en un instante vió desvanecerse sus esperanzas. Hallándose sin ejército, sin acompañamiento, y perseguido por todas partes, determinó refugiarse en casa de Monteleone.

—¿Qué queréis de mí?—le preguntó Mario sin conocerle.

—Un asilo—respondió el rey;—estoy rendido de fatiga... pan y vino: tengo hambre.

—Estas son cosas que no se niegan á nadie, señor—dijo el maestro.

—Soy un proscrito—repuso Murat.

—Yo lo era ayer—contestó Monteleone.

—Habéis recibido mal de mí... quizá injustamente.

—Dios os lo perdone, señor... Yo os haré bien.

—¿Sin preguntarme el nombre?

—Sin preguntaros el nombre.

La sangre coloreó las pálidas mejillas del extranjero, el cual dejó caer hacia atrás la capa de paño que le cubría á medias el rostro. Luego adelantándose un paso, le dijo:

—Mario de Monteleone, yo soy Joaquín Napoleón, rey de Nápoles.

El maestro se inclinó profundamente y después permaneció con la cabeza descubierta.

—Señor—le dijo,—doy gracias á vuestra majestad por haber honrado mi casa con su visita.

Así diciendo tomó un blandón y salió por una puerta lateral. Murat le siguió en silencio. En este orden subieron al primer piso de la casa.

—Señor—dijo Mario Monteleone, presentando una silla al rey,—plegue á Dios que la Italia no tenga en lo sucesivo amo más duro que vos!... Lo que habéis hecho contra mí atañe á vuestra conciencia: yo no os quiero mal... Soy, es verdad, un servidor fiel de Fernando de Borbón, pero vos sois mi huésped. Juro que bajo mi techo comeréis en paz y dormiréis tranquilo.

Luego salió, pero para volver en seguida con vino y manjares.

—Por lo que á mí toca—continuó,—me fío de mis amigos y servidores... pero por lo que respecta á vuestra majestad no me fío sino de mí mismo.

Sentóse el rey á la mesa y comió con avidez. Monteleone le sirvió con la cabeza descubierta.

Después de la comida Mario guió al rey, conduciéndolo por la mano hasta su propio aposento. Allí le dijo:

—Señor, para llegar hasta vuestra majestad, vuestros enemigos deberán pasar sobre mi cadáver

Y se acostó vestido sobre un colchón atravesado delante de la puerta del rey.

Pero la traición velaba.

III

Hacia las tres de la madrugada la puerta de la casa fué derribada y penetraron en ella ciento cincuenta gendarmes y más de cien hombres de infantería.

No se hicieron tan siquiera las intimaciones de costumbre.

Cinco oficiales subieron al aposento del rey después de haber colocado centinelas en todas las avenidas. Al primer choque Monteleone cayó de rodillas atravesado de tres heridas, pero no por ello soltó su espada.

Ninguno de los cinco oficiales tuvo el triste honor de poner sus manos sobre el rey de Nápoles. Los soldados hallaron sus cinco cadáveres alrededor de Monteleone, desvanecido con la espada en la mano.

Murat escapó por una ventana y no se le pudo coger hasta la playa, después de una resistencia desesperada.

Tú sabes lo demás, hermana, á lo menos por lo que concierne á Murat.

Murat fué juzgado, condenado y ejecutado, en cuarenta y ocho horas. Monteleone fué también condenado por haber hecho armas contra su legítimo soberano.

Pero no hubo una sola persona en el país que creyese en la ejecución de Monteleone, el padre de los calabreses, el bienhechor, el santo, el hombre que más había sufrido por su fidelidad á Fernando, el amigo, el pariente de los Borbones, el hijo de los príncipes de Benavento!

Veinte mil voces—y esto es enorme en aquellos países—se levantaron durante toda la noche alrededor del castillo de Pizzo para reclamar la libertad de Monteleone.

El marqués de Francavilla anunció al pueblo que había mandado un correo á Salerno, donde se hallaba momentáneamente Fernando, para implorar la clemencia real. Entretanto los caballeros no estaban ociosos, sino que organizaban un golpe de mano para el caso en que Monteleone fuese condenado á muerte. Había diez veces más conjurados en torno de Pizzo que soldados de guarnición.

Esperóse dos días y dos noches.

En la mañana del día tercero apareció en el extremo del camino un correo real corriendo á todo escape y agitando una bandera blanca.

No se oyó más que un grito:

—¡Perdón! ¡Perdón!

En efecto, el rey había concedido su perdón.

Los caballeros del hierro se lanzaron al castillo ebrios de alegría: estaban más contentos que si hubiesen salvado á sus mujeres y á sus hijos. Para llevar á su padre á Martorello, habían preparado una camilla adornada con ramos y flores.

Pero en lugar de aquél, depositóse un cadáver en la camilla triunfal. Monteleone había sido asesinado en su prisión; algunos dicen por un hombre que había sido introducido la noche precedente en ella.

Un hombre que llevaba una máscara en el rostro. Los que decían esto añadían que había sido estrangulado con una correa...

Pero ¿cómo creer en esas fábulas que corren entre el pueblo?

Lo único que era verdad, es que había habido un asesinato. La responsabilidad recaía sobre los agentes del rey.

Y se acostó vestido sobre un colchón atravesado delante de la puerta del rey.

Pero la traición velaba.

III

Hacia las tres de la madrugada la puerta de la casa fué derribada y penetraron en ella ciento cincuenta gendarmes y más de cien hombres de infantería.

No se hicieron tan siquiera las intimaciones de costumbre.

Cinco oficiales subieron al aposento del rey después de haber colocado centinelas en todas las avenidas. Al primer choque Monteleone cayó de rodillas atravesado de tres heridas, pero no por ello soltó su espada.

Ninguno de los cinco oficiales tuvo el triste honor de poner sus manos sobre el rey de Nápoles. Los soldados hallaron sus cinco cadáveres alrededor de Monteleone, desvanecido con la espada en la mano.

Murat escapó por una ventana y no se le pudo coger hasta la playa, después de una resistencia desesperada.

Tú sabes lo demás, hermana, á lo menos por lo que concierne á Murat.

Murat fué juzgado, condenado y ejecutado, en cuarenta y ocho horas. Monteleone fué también condenado por haber hecho armas contra su legítimo soberano.

Pero no hubo una sola persona en el país que creyese en la ejecución de Monteleone, el padre de los calabreses, el bienhechor, el santo, el hombre que más había sufrido por su fidelidad á Fernando, el amigo, el pariente de los Borbones, el hijo de los príncipes de Benavento!

Veinte mil voces—y esto es enorme en aquellos países—se levantaron durante toda la noche alrededor del castillo de Pizzo para reclamar la libertad de Monteleone.

El marqués de Francavilla anunció al pueblo que había mandado un correo á Salerno, donde se hallaba momentáneamente Fernando, para implorar la clemencia real. Entretanto los caballeros no estaban ociosos, sino que organizaban un golpe de mano para el caso en que Monteleone fuese condenado á muerte. Había diez veces más conjurados en torno de Pizzo que soldados de guarnición.

Esperóse dos días y dos noches.

En la mañana del día tercero apareció en el extremo del camino un correo real corriendo á todo escape y agitando una bandera blanca.

No se oyó más que un grito:

—¡Perdón! ¡Perdón!

En efecto, el rey había concedido su perdón.

Los caballeros del hierro se lanzaron al castillo ebrios de alegría: estaban más contentos que si hubiesen salvado á sus mujeres y á sus hijos. Para llevar á su padre á Martorello, habían preparado una camilla adornada con ramos y flores.

Pero en lugar de aquél, depositóse un cadáver en la camilla triunfal. Monteleone había sido asesinado en su prisión; algunos dicen por un hombre que había sido introducido la noche precedente en ella.

Un hombre que llevaba una máscara en el rostro. Los que decían esto añadían que había sido estrangulado con una correa...

Pero ¿cómo creer en esas fábulas que corren entre el pueblo?

Lo único que era verdad, es que había habido un asesinato. La responsabilidad recaía sobre los agentes del rey.

Por el momento no hubo represalias. Una muchedumbre inmensa se agolpó alrededor de la camilla y acompañó al muerto hasta Martorello. En el camino las poblaciones del campo se unían al acompañamiento.

Los funerales se hicieron en el convento del Corpo-Santo de la orden de San Bruno, cuyas antiguas torres dominan la cima del monte. Todo el país, que estaba allí, pudo notar la ausencia de María de los Amalfi, condesa de Monteleone, viuda del maestro.

María había desaparecido.

Al subir el monte Corpo-Santo los seis caballeros del hierro se colocaron delante de la camilla.

Durante el servicio fúnebre no se les vió, pero concluido éste, seis hombres con máscaras en el rostro se adelantaron hacia la camilla donde estaba el cuerpo de Monteleone. Allí extendieron sus manos sobre el cadáver como si hubiesen pronunciado entre sí un silencioso juramento.

En el dedo medio de sus manos se notaba en cada uno de ellos una sortija de hierro. Las seis sortijas eran semejantes.

Llevaronse el cuerpo. Los que pudieron entrar en la bóveda vieron una tumba abierta y encima dos palos cruzados con polcas. Atóse el ataúd á las cuerdas para bajarlo al fondo del sepulcro.

Los seis hombres enmascarados no se movían.

Pero en el momento en que el ataúd quedó suspendido sobre la tumba vacía, extendieron otra vez sus manos. La sogá que había empezado á correr se detuvo, y mientras que estas seis manos con sortijas de hierro permanecían extendidas en actitud de prestar juramento, una voz que no se sabe de dónde salía, pronunció estas palabras:

—Damos siete años de vida para vengar á nuestro maestro... ¡La tierra santa no cubrirá su cuer-

po hasta tanto que su asesino haya pagado la deuda de sangre! Esto prometemos con juramento ante Jesús crucificado.

Las seis cabezas enmascaradas se inclinaron.

La multitud se retiró despavorida, en tanto que los grandes órganos de la iglesia entonaban el canto lúgubre *Dies ira*.

Al otro día eran presa de las llamas el palacio del duque del Infantado y la casa de Francavilla.

Ocho días después en vano se hubieran buscado, en el desierto de Martorello, las huellas del floreciente pueblo que se elevaba alrededor de las fraguas.

Las fraguas fueron destruídas por haberlas heredado Giacomo Doria. Sospechábase que éste y su hijo Loredano habían urdido esta infame maquinación.

Pero Manuel no les acusa.

Al contrario, Manuel afirma que Giacomo Doria y sobre todo Fernando de Borbón pusieron todo su empeño en descubrir al traidor y vengar el asesinato. También añade que si un Monteleone se presentase en la corte sería el primero y principal personaje del reino.

Manuel debe saberlo.

En el presente hé aquí lo que se dice: Los caballeros del hierro juraron la *vendetta*, y se escaparon al monte. Los seis parientes ó amigos de Monteleone tomaron sus carabinas y se hicieron bandidos.

Dícese que todos los años en el día de hoy, 15 de Octubre, las campanas de Corpo-Santo doblan á muerto y que la sombría nave se llena de misteriosos fieles.

Es la función del aniversario de Mario Monteleone, que no está aún vengado...

—¡Allá! El coche acababa de llegar con

pena á la cima de la loma y daba una vuelta para descender al puente del Bréntola.

M. David tosió, se estiró, bostezó y finalmente dejó su postura perezosa.

Luego miró la hora en el reloj.

—Hé aquí una historia bien extraña, señor mío—dijo fijando en Julián sus ojos que parecían más penetrantes bajo la sombra de sus espesas pestañas.

La sorpresa hizo estremecer á Celestina.

—Es una historia que todo el país la sabe—contestó Julián.

—¿Y ese Manuel estaba en Martorello—repuso M. David—cuando acaecieron estos hechos extraordinarios?

Julián calló un momento; su fisonomía, tan dulce un poco antes, adquirió una expresión de sombría altivez.

—Caballero—le dijo en fin,—ese Manuel debe aguardarnos en el camino á algunos pasos de aquí... Los detalles que no he podido suministrar á mi joven hermana, podréis preguntárselos á él mismo.

M. David echó abajo del camino una mirada rápida é inquieta; hubiérase dicho que temía ver en él alguna espantosa visión.

Pero el camino estaba desierto; volvióse á acomodarse en su asiento, y murmuró:

—Al fin y al cabo, á mí ¿qué me importa?

IV

En la carretera real

En la berlina Bautista Giubetti respondía con exactitud á las preguntas de su compañero cuyos modales le inspiraban cierto terror.

—¿De modo que en estos caminos se habla mucho de Porporato?—decía Athol.

—No se habla de otra cosa, excelencia—contestó el conductor.

—¿Y qué se dice de Porporato?

—Cuéntase que es un bandido terrible y fuerte como el trueno... hermoso como un ángel... más valiente y generoso que un león.

—¡Bah!—murmuró sonriendo el joven viajero,—vosotros decís esto de todos vuestros bandidos.

—Desde Rinaldinié que no era hijo de hombre—repuso el conductor con grave convicción,—no se ha visto en toda Italia un caballero semejante á Porporato.

—¿Se ha presentado muchas veces en este país?—preguntó Athol con negligencia.

—Señor, yo no le he visto nunca—respondió Bautista,—pero tampoco puedo decir que no haya venido á este país... Vos sabéis mejor que yo cuánto se daría en Nápoles al que llevase su cabeza.

—Cuarenta mil ducados—replicó el joven viajero.

Bautista guiñó el ojo.

—Esto es lo escrito en los carteles; pero presentaos en la dirección de policía y decid: «¿Cuán-

fo se me daría de plus sobre la prima si yo trajese la cabeza de Porporato?»

—Amigo—interrumpió el caballero,—vos sois á lo que veo mozo muy versado en los negocios... ¿Y es joven ese Porporato?

—Muy joven.

—Quisiera saber dónde está, aunque no fuese más que para evitar su presencia.

—Señor, su dominio es todo el reino de Nápoles. Levanta contribuciones en el Abruzzo y hasta en los Estados de nuestro Padre Santo... Pero su castillo debe estar cerca de aquí, pues la canción dice...

—¡Ah!—dijo Athol riendo,—¿también hay una canción?...

—Hay ciento, pero ésta de que os estoy hablando no se canta sino desde la última primavera:

Quando del intendente de Cosenza
La hija, quiere ver su amigo amado,
Pone blanca señal en la ventana
Y sabe dónde está su Porporato.

¡Diablo!—exclamó el joven viajero;—esto se parece como dos gotas de agua á las historias de Zampa... Apuesto á que ese Porporato sabe tocar la guitarra...

Cada país tiene sus extravagancias de orgullo. El calabrés defiende sus bandidos con el mismo respeto que un marsellés su Cannebière.

—Señor—contestó el conductor un poco amostazado,—ignoro si Porporato sabe ó no tocar la guitarra, pero me gustaría ver un chancero á cien pasos de él, cuando baja á la llanura con su carabina rayada de oro... Apuesto cien carlinos (y eso que no soy rico) á que el chancero se quitaría el gorro...

—Vaya, vaya, mi bravo Bautista—dijo el viajero,—no te enfades... Quizá tienes razón... Sólo quiero preguntarte una cosa: ese Porporato ¿es uno de los *Seis*?

—Si vos sois maestro—replicó el conductor,—¿cómo podéis ignorar esto?

—Soy maestro y lo ignoro, y te ordeno que me contestes.

Athol había recobrado su mirada imperiosa.

—Pues bien—repuso Bautista,—así se creía en la ciudad... Pero cuando el gobierno señaló los cuarenta mil ducados, envió su filiación... y las señas dicen que el bandido Porporato es de veintidós á veintitrés años de edad... El más joven de los *Seis* tiene á lo menos diez años más.

—¿Y vienen á menudo los *Seis* á este país?

—Todos los años el 15 de Octubre.

En este punto el camino formaba como la tangente de esa semicircunferencia figurada por la costa.

—¡Stop!—dijo el caballero de Athol en acento del más puro inglés;—¿por qué ya no me llamas milord?

—Os llamaré como vos queráis, Excelencia—contestó el conductor recogiendo las riendas;—pero no hemos llegado aún al mesón, y antes del puente sobre el Bréntola no hallaréis ninguna casa...

Luego exclamó en tono de sincera admiración:

—¡San Gennaiol hé ahí un gran salto para un caballero.

Athol había puesto pie á tierra de un salto ligero y gracioso.

Después que Bautista le entregó su pequeña malleta envuelta en una gran capa, el joven caballero le echó una onza de oro, saludándole con la mano, y perdióse incontinenti entre las rocas.

El conductor puso los caballos al trote hacia el

fondo del valle, hasta que se detuvieron por sí mismos en el puente de Bréntola.

Era un alto obligado.

Julián y su hermana bajaron del carruaje y entraron en el mesón del Corpo-Santo, situado á unos veinte pasos del camino.

En la sala baja había un hombre como de unos cincuenta años, de fisonomía honrada y dulce, que les aguardaba.

—¡Manuel!—exclamaron á la vez.

El hombre abrió los brazos y les estrechó á los dos contra su corazón.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Mis queridos hijos—les dijo,—mi viaje no ha dado el resultado que esperaba... los poderosos no se acuerdan de los muertos... Pero nos resta todavía un recurso, y esta noche misma sabremos nuestra suerte.

—¿Quién nos la dirá?—preguntó Julián.

—Si el depósito hubiese sido confiado á un hombre, no tendría ninguna esperanza—respondió Manuel,—porque yo no creo en los hombres... pero el depósito está en la tierra.

Fuera del mesón, Bautista se preparaba á dar el pienso á sus caballos.

El hombre del gorro negro de seda asomó su cabeza por la portezuela.

—¡Eh! ¡amigo!

—Señor, voy al instante—contestó el conductor vertiendo su maíz en un cubo que le había traído el posadero de Corpo-Santo.

M. David repuso con acento severo:

—Aquí cuando yo hablo, mando.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Bautista,—Vuestra Excelencia lleva mucha prisa.

—Mi Excelencia viaja por el carbón y el hierro...

Bautista se quitó inmediatamente el gorro

—Hoy es el día...—murmuró acercándose.

—¿Y el comercio va bien, milord?—le dijo.—

El hierro es fuerte y el carbón negro.

—¿Hay cosa más fuerte que el hierro?—preguntó M. David tendiéndole la mano.

—La fe—contestó el conductor que sentía los dedos del viajero hacerle una doble cruz en la palma.

—¿Hay algo más negro que el carbón?

—La conciencia del malvado... Vuestra Excelencia puede mandar.

—¡Enhorabuena!... Harás comer y beber á tus caballos cuando bajaré... llevo prisa.

—¿Y cuándo bajará Vuestra Excelencia?

—Al otro lado del monte... ¡marcha!

Bautista volvió á poner sin replicar la comida de los caballos en el saco de tela que le servía para este objeto.

Los caballos empezaron á subir la cuesta al galope. Pasado un cuarto de hora á lo más, el coche pasaba ante la puerta principal del convento de Corpo-Santo.

Bautista hizo la señal de la cruz; después se volvió para preguntar:

—¿Es aquí?

—Todavía no—repuso M. David.

A una media milla de allí, en la vertiente del monte, había un recodo que dejaba ver de súbito un espacio asolado, donde no se veía señal de habitación.

—¡Detente!—exclamó M. David desde la portezuela.

Luego bajó llevando una capa bajo su brazo. M. David le volvió la espalda.

Bautista subió otra vez á su asiento.

El coche del conductor de Monteleone aligerado de su carga corría á su placer. Entretanto, nuestro amigo Bautista pensaba en su mujer Gianina

que le esperaba velando la sopa de macarroni, Gianina la bella, la morena. Dos leguas aun: una hora é iba á verla correr á su encuentro con su amorosa sonrisa.

—¡Ah! ¡Colombelli! ¡ah! ¡ah!

De pronto apareció un hombre en la vuelta del camino: era un personaje de alta talla, con una capa parda sobre los hombros. Llevaba una carabina y en el sombrero una pluma.

El camino estaba completamente desierto.

El pobre Bautista tuvo la idea de volver grupas y echar sus *pichoncitos* al galope.

Pero el hombre de la capa sonó una pequeña bocina de metal, pendiente de su cuello, que hizo estremecer á nuestro conductor.

—¡Y van tres!—murmuró.—Hoy es el día.

Luego puso sus animales al paso.

El hombre de la capa se adelantó entonando una tocala, cuyo motivo era la canción de Fioravante.

¡Amici, allegri, andiamo alla pená!...

—¡Bueno! ¡bueno!—murmuró el conductor;— ¡canción de infierno! ¿Cuántas veces he de oirla hoy? ¿Vuestra señoría quiere subir?—preguntó viendo al hombre de la capa detenido en medio del camino.

—Tú eres Bautista de Monteleone—le dijo éste, —y estás casado con una hermosa joven, amigo.

—¡Ah! monseñor—exclamó Bautista;—yo no soy más que un pobre diablo. Tened piedad de mí. El desconocido dió una gran carcajada.

Era un hombre como un Hércules, de cinco pies ocho pulgadas á lo menos.

—¡Ves—le dijo—mi sortija de hierro? Pero puedes estar tranquilo, camarada. ¡Un hombre leal tiene sangre bajo la piel!

Y largó la mano á Bautista que no había cesado de temblar.

—No te hago la cruz en la palma, ni quiero hablar del hierro, la fe, el carbón y la conciencia del malvado, sino darte un pequeño apretón.

Bautista lanzó un grito de dolor; tan violenta había sido la presión.

El gigante dió otra gran carcajada.

—No hay temor que se me desobedezca cuando se ha sentido la fuerza de mi mano... Vuelve grupas, camarada; tu mujer comerá hoy la sopa sin ti.

—¿Por qué, Excelencia?—preguntó tímidamente el conductor.

—Porque me has de aguardar allá, abajo de la loma, paseándote como un gentil caballero, ó durmiendo en tu coche... Vengo de lejos y estoy cansado. A media noche habré concluído mi tarea, y me conducirás á Monte-Fama. ¡Guárdete Dios!

El gigante echó su carabina á la espalda y entróse en los bosques que guarnecían el camino.

El pobre Bautista quedó en el mismo puesto estupefacto. Después con la cabeza baja y ademán resignado volvió la lanza del carruaje, dirigiendo su tiro hacia el convento de Corpo-Santo.

—Vamos—mis corderos—dijo;—¡paciencia!... Es duro aguardar hasta media noche... Pero ¡á fe mía! que se puede ser calabrés tan sólo por ver un bandido tan buen mozo.

V

Athol en las ruinas

Mientras esto acontecía en el camino, el joven y hermoso viajero que había venido de Palmi, en la berlina de Bautista, descendía la escalera de rocas que guía á la playa y caminaba rápidamente, llevando bajo el brazo la maleta y la capa.

Hay hombres que han nacido para la lucha y armados en cierto modo por la naturaleza; como esas embarcaciones veloces que la política de los Estados y la especulación privada destinan al corso en los mares.

Ese joven que atravesaba la playa con paso ligero y firme y la cabeza alta, tenía en sí algo que le clasificaba en esa familia de predestinados llamados hombres de presa.

Era hermoso como lo son los aventureros, y su cabeza de águila parecía formada para mirar al sol.

Acababa de quitarse su sombrero de alas anchas, y sus cabellos, naturalmente rizados y de un castaño claro con reflejos de rubio, flotaban alrededor de su cuello descubierto; cuello blanco y musculoso, modelo de vigor y gracia.

Una chaqueta de terciopelo negro ceñía su elegante talle y caía en pliegues numerosos sobre sus *calzoni* de paño negro sedán; cubrían éstos en parte unas botas de cuero de Sienna, que subían hasta en medio de la pantorrilla. Un cinturón de seda, negro, anudado flojamente alrede-

dor de la chaqueta, sostenía dos pares de pistolas de caja de ébano.

Su frente era altiva y espaciosa, y del conjunto de su fisonomía brotaba una inteligencia atrevida, y sobre todo ese destello supremo del hombre que debe elevarse fatalmente; el orgullo y la indiferencia.

¡La indiferencia! En el lenguaje de nuestras conversaciones es casi una injuria.

Pero desconfiad de las cosas que nuestras conversaciones desdennan.

La indiferencia es una especie de fe: ella hace á los aventureros atrevidos y á los hombres fuertes.

Véase, por ejemplo, ese Porporato cuya gloria llenaba positivamente todo el reino de Nápoles. Hablábale de él desde el fondo de las campañas hasta las ciudades, y no eran por cierto las jóvenes lugareñas las que escuchaban con más avidez las extrañas narraciones de sus proezas.

Entre los bandidos del Apenino, Porporato era como el cedro en medio de los humildes zarzales que obscurece con su sombra.

Nadie sabía su verdadero nombre.

Llamábanle Porporato por su casaca de color de púrpura, á cuya sola vista huían carabineros y gendarmes.

La primera vez que se vió la pluma colorada de su sombrero y que se oyó el ruido de su carabina, fué en Lago Negro. Habíase levantado un cadalso y el sacerdote exhortaba á bien morir á Giovanni Bertuzzio, un proscrito de cabellos canos.

De repente oyóse de la iglesia próxima el sonido de una bocina. La muchedumbre se abrió como el mar al impulso de una proa; guardias y soldados huyeron ó cayeron. Giovanni, que se hallaba ya sobre el fatal tablado, fué llevado en

brazos por un joven de tez alliva, cuyo falle gracioso tenía una casaca de color de escarlata.

—¡Bravo, Porporato!— exclamó la muchedumbre entusiasmada.

El nombre le quedó.

La casaca de color de púrpura alcanzó un lugar entre esos astros resplandecientes que tachonan los montes italianos.

Al otro día el subintendente de Lago Negro puso á precio la cabeza de Porporato.

El día después, Porporato fué á llevar su cabeza al prefecto, en medio de un baile, en cambio de la prima prometida. Cobró la prima y se volvió á llevar su cabeza. También se llevó los diamantes del subintendente, su caja, y si he de dar crédito á la crónica, su joven mujer que devolvió sin rescate.

Enviáronse tropas contra ese joven caudillo cuya nombradía, nacida ayer, llenaba ya los principados. Trabáronse dos batallas al pie del Apenino.

Porporato salió victorioso.

A contar de esta época los romanos le tomaron bajo su protección. Las guitarras sonaron á su solo nombre. Desde el Abruzzo á la extremidad de las Calabrias, todas las *donne* soñaron con su penacho de púrpura.

Tenía un castillo en la montaña, Dios sabe dónde, Dios y algunas bellas *signoras*, que no querían decir el camino.

La partida de Porporato, compuesta de treinta hombres escogidos, era, según voz pública, invisible é impalpable como su jefe.

Los demás bandidos del Apenino habían hecho grandes esfuerzos para unírsele, pero él los había rechazado.

Lo más particular es que, según las mismas leyendas de este sér misterioso, los confines de la tierra no limitan su poder. Así como los reyes

tienen escuadras para ir á buscar sus enemigos á la otra parte de los mares, Porporato tenía también su marina.

Bien lo sabía el gobernador de Palermo, el cual vió saqueada su ciudad en medio del día, porque se había jactado en la corte de Nápoles de que llevaría á Porporato atado de pies y manos á la cárcel de Castel-Vecchio.

Aquel día una falúa elegante y que parecía burlarse del viento cruzó casi bajo el puente de Palermo. En la popa había una rica toldilla en la cual los curiosos pudieran ver sentados alegremente damas y caballeros en torno de una mesa bien servida. En el centro se hallaba un joven cuya casaca era de color de púrpura...

Pero ¿para qué hablar de bandidos á propósito de Athol? ¿Qué podía haber de común entre un bandido y ese bello joven de mirada ya brillante, ya alegre, ya sentimental?

El sol poniente se inclinaba hacia el horizonte detrás de las islas de Eolo, las cuales parecían nadar en un foco resplandeciente.

Empezaba á soplar la brisa de la tarde, y en el fondo del cielo azul la luna delineaba hacia el sudoeste su delicado creciente. Athol se puso la mano delante de los ojos y miró atentamente hacia alta mar.

—El viento es contrario—pensó,—y aun tenemos dos horas.

Y se dirigió con paso rápido hacia un lugarejo formado por cabañas de pescadores. Había mudado de pensamiento y en sus ojos se notaba un fuego sombrío.

—¿Por qué este camino más bien que otro?—se decía á sí mismo.—No sé... pero aquí hay un secreto. Algo más fuerte que mi voluntad me arrastra á esa vía... ¡Lo que no sé, lo sabré!...

La puerta de la primera cabaña estaba abierta

de par en par; Athol entró, pero no halló á nadie en ella. De ésta pasó á otra que también se hallaba desierta; llamó, pero en vano. En la tercera cabaña, alrededor de la cual florecía un jardín, había un pico y una pala.

Llamó de nuevo, pero tampoco obtuvo respuesta. Admirándose de este silencio le ocurrió un pensamiento.

—Es el 15 de Octubre—dijo para sí;—ya sé dónde están.

Perdida la esperanza de hallar á quien dirigir la palabra tomó el pico y la pala, porque era precisamente esto lo que buscaba, y dejó en cambio una pieza de oro de seis ducados en la alacena.

Luego emprendió otra vez su camino hacia el norte, llevando siempre su maleta bajo el brazo.

Desde el lugarejo hasta la garita del guardacostas que marcaba la entrada del Bréntola en la playa, no encontró una sola persona.

—¡Hé aquí el lugar!—murmuró.—¡Pobre Monteleone el santo!... ¡Si yo hubiese tenido un padre como él!

En lugar de dar vuelta á la roca que forma la punta de esta especie de calzada natural, cuyo obstáculo obliga al Bréntola á correr oblicuamente hacia la playa, trepó hasta una cima y extendió la vista á su alrededor.

De súbito sus ojos distinguieron una falúa que viraba de bordo bajo el viento de Stromboli.

—¡Veamos si tiene buena vista!—dijo con su natural jovialidad. Y ató su pañuelo blanco en la punta del mango de su pico que elevó sobre su cabeza. La brisa hizo flotar los pliegues de esa bandera microscópica.

Algunos minutos después otra bandera negra flotaba en el asta de la falúa.

—¡Bien, Ruggieri, hijos míos, bien! — exclamó

alegremente Athol.—Si cargáis la vela llegaréis á tiempo.—Y como para responder á su señal agitó su pañuelo.

Un instante después descendía de aquella pequeña eminencia y remontaba la orilla del río. Llegado á un punto que dominaba los pantanos, se detuvo. Sacó de su cartera un papel amarillento y cerrado en el que había un carácter de letra muy fino. En la otra cara había una especie de dibujo hecho con pluma, groseramente ejecutado. Parecía un plano.

Athol lo examinó cuidadosamente.

—¡Eran inmensas esas fraguas!—dijo en alta voz.—¡Debían formar una ciudad!... Pero ¿cómo hallarlas allí dentro?... No queda una pulgada de pared sobre el suelo.

Apenas había concluido, cuando observó una masa gris en medio de un bosque de juncos. Acercóse. Era una cruz de piedra excavada en el punto de intersección de las dos ramas, en cuyo hueco estaba incrustada una Madonna.

—La cruz está en el plano—exclamó;—ya tengo un punto de partida; lo demás vendrá por sí mismo.

Y extendió su plano, el que se puso á marcar. Mientras trabajaba decía entre sí:

—Mi corazón late; me intereso en esto más de lo que parece. Sólo así pueden explicarse los esfuerzos que he hecho para hallar ese servidor, ese obscuro Manuel á quien iba dirigida la carta del muerto; y esa alegría pueril que experimenté al deponer bajo su almohada, en el mesón de Salerno, esa carta que guardé siete años como un depósito importuno. Manuel estaba ausente. Cuatro horas estuve aguardándole, hasta que viéndome que no volvía tuve que partir sin verle.

¿Qué hay de común entre Mario Monteleone y yo? ¿Por qué su fantasma me persigue por to-

das partes? ¿Por qué me estremeció al pronunciar su nombre? ¿Por qué su recuerdo es para mí como el de un superior venerado? ¿Me habrá reconocido por su discípulo, él que era tan puro, tan santo? ¿Cómo es que yo, que he disipado tantos tesoros, haya guardado ese papel encontrado por casualidad?

Es que—respondióse á sí mismo,—si no obro contra mi voluntad, obro fuera de ella. Una fuerza que no es mía y que no me es hostil me empuja... y yo marchó... Es el destino... Es Dios, y estoy seguro que me hallo aquí en presencia de alguna cosa grande, bien sea un tesoro, bien un secreto...

Así diciendo oyóse salir de en medio de los cañaverales y de las hierbas agitadas por la brisa de la tarde, un sonido vago y prolongado que remedaba una carcajada. Athol tembló.

El sol se ocultaba tras las cimas de los montes y el crepúsculo descendía rápidamente.

—¿Quién va allá?—preguntó poniéndose de pie.

Nadie contestó.

Sólo el viento dejaba oír sus murmullos entre las hojas de los arbustos.

—Cuando se hace el niño—dijo nuestro aventurero,—se es medroso como ellos.

—Veamos—continuó;—el pabellón de recreo estaba en el centro del gran muro, al sudoeste de la fragua... si yo supiese solamente dónde estaba la fragua...

—¡Aquí!—dijo una voz salida de un bosquecillo de moreras, al cual Athol daba la espalda en aquel momento.

De un salto fué al bosquecillo, pero no vió á nadie.

En cambio descubrió hacia la derecha de las moreras, cosa que hasta entonces no había visto,

un vasto paralelógramo delineado al nivel del suelo por hileras de piedra de gran magnitud.

Debíase haber elevado en este lugar un edificio muy considerable.

—¡Duende—dijo en alta voz,—gracias! Si quieres ser un poco complaciente, acabaremos por hallarlo todo.

El viento fresco murmuraba en las ramas de las moreras, pero ninguna voz humana se mezclaba á esos acentos del valle.

Athol trepó á uno de los árboles medio caídos porque la humedad había destruído sus raíces. Allí miró alrededor de sí.

—¡El pabellón de recreo debía estar allá!—dijo fijando su mirada en un montecillo situado entre el bosque y el lugar en que había dejado su plano, el pico y la pala.

—No—respondió la voz del sér visible.

—¿Dónde pues?—preguntó nuestro joven aventurero.

La voz contestó como la primera vez:—Aquí.

Los ojos de Athol siguieron el sonido y vieron con indecible sorpresa una forma humana que parecía de mármol; tan brillante era su blancura.

Parecía una mujer. El crepúsculo lanzaba ya sólo pálidos reflejos.

Esta mujer se hallaba de pie sobre el montecillo, en el mismo lugar donde poco antes había estado Athol.

—¡Quedaos! ¡no huyáis!—le dijo, pues parecía que aquella visión iba á desvanecerse.

Al propio tiempo se dirigió hacia el montecillo, pero no corriendo, sino con ese paso tímido y precavido de que hacen uso los niños cuando no quieren asustar la brillante mariposa objeto de sus deseos.

La visión no hizo el más leve movimiento.

Era en efecto una mujer. A los últimos resplandores del crepúsculo, se la veía alta y bella, cubierta de un vestido blanco y de una especie de velo del propio color.

—Y ¿por qué había de huir, señor?—dijo extendiendo sus brazos hacia Athol.—Vos erais noble y bueno cuando yo vivía... vos me amabais. ¿Por ventura no me acuerdo de las lágrimas de ternura que asomaron á vuestros ojos el día en que nos dimos nuestros corazones ante el altar de la Virgen María en la iglesia del Corpo-Santo? Vos habéis permanecido joven y hermoso, Mario Monteleone... Pero excepto vos, todo ha cambiando aquí de estado; todo está como yo... que estoy muerta!

—¡Una loca!—pensó nuestro aventurero que no estaba de humor para mecerse mucho tiempo con ideas del otro mundo.

La loca, porque realmente era una pobre insensata, repuso con lentitud:

—Conde, no me sorprende que me desconozcas, cuando no conoces tu casa.

El viento hizo flotar el velo sobre su rostro. Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

Athol estaba al pie del montecillo y la contemplaba diciendo:

—¡Cuán hermosa debe haber sido esta mujer! Pero queriendo al menos aprovecharse de su manía le preguntó:

—¿Estaba aquí el pabellón de recreo?

—Sí—respondió con una sonrisa triste.

Después añadió:

—¿De qué puede acordarse si hasta de esto se ha olvidado?

—Bajo el pabellón de recreo ¿no había una estancia subterránea?—preguntó Athol.

—Una fresca estancia—murmuró la loca;—el día las bodas estaba embalsamada de flores.

—Y si abriese la tierra en el lugar en que estoy, ¿encontraría esa estancia?—dijo el joven aventurero.

—¡Allí!—contestó la loca señalando un lugar con el dedo.

Athol cogió su pico y empezó inmediatamente á trabajar.

La luna, en su primer cuarto, mostrábase entre las ramas de los árboles.

La loca se sentó en el montecillo.

—¡En otro tiempo tú eras fuerte, pero las piedras de la bóveda son tan pesadas!... Y ¿qué vienes á buscar en esta tumba?

Después de una docena de golpes el pico sonó en el mármol.

—¿No hay una entrada?—preguntó Athol con la frente bañada en sudor.

La loca sonrió.

—Yo no lloro nunca...—murmuró;—para esto me ha sido preciso sufrir mucho... sufrir y morir... pero yo me acuerdo... ¿cómo has perdido tú la memoria?

Athol dejó su pico y fué á tomarle la mano. Ella le dejó hacer. Athol tuvo frío como al contacto de una mano de piedra.

—Os suplico—le dijo dulcemente,—que me indiquéis dónde debo trabajar para encontrar la entrada.

La loca le miró con ojos fijos y empañados.

—¡Qué! ¿no te acuerdas? y, sin embargo, tú hiciste tapiar la puerta el día en que dejé de vivir... Quisiste cerrar para siempre el templo de nuestros juveniles amores como en una tumba... ¡Ah! ¡tú me amaste mucho!...

Su cabeza se inclinó sobre su pecho, y sus hermosos cabellos le inundaron el rostro.

—¿Cuáles son los designios de Dios?—murmuró.

ró ella;—el que ahora debía ser un viejo, tiene rizos de seda en torno de una frente sin arrugas...

Luego levantándose:

—¿No eres Mario Monteleone?—preguntó.

Antes que Athol pudiese responder, oyóse un disparo que resonó en el silencio del valle.

Casi al propio tiempo, vibró un sonido lejano, ya fuerte, ya débil, según el capricho del viento que lo traía al fondo del valle de Martorello.

Eran las campanas del convento que doblaban á muertos.

Al ruido del disparo la loca se estremeció violentamente.

Luego se puso á escuchar el sonido de las campanas, frotándose los ojos, como si despertase de un sueño. Su mirada se fijó en el joven aventurero con cierta especie de horror.

—¿Qué es esto?—preguntó Athol.

—Es la venganza—murmuró la loca;—es la oración... ¿A quién vengan?... á un muerto... ¿Por quién oran?... por un muerto...

Y temblaba de pies á cabeza en medio de la más viva agitación.

—El muerto á quien vengan—repuso,—el muerto por quien oran... ¡eres tú!... ¡tú!

Athol la vió bambolear y fué á sostenerla.

—Por ti el asesinato, por ti el doblar de las campanas—murmuró;—ya me acuerdo... hace siete años que te enterraron.

La loca ocultó la cabeza en sus manos.

—¡Oh!... ¡oh!... ¡oh!...—exclamó en tres gritos desgarradores;—¡temo no haber muerto! ¡Si sólo estuviese loca!... ¡Hijos míos!... ¿Quién me habló de mis hijos?

El viento dejó oír más fuertes y distintos los sonidos de las campanas.

—¡Allá voy! ¡allá voy!—exclamó la loca á este

llamamiento;—no se empezará sin mí que soy la viuda.

Su vestido blanco deslizóse de entre las manos de Athol: luego desapareció como una visión. Athol que con los ojos la buscaba entre las moreras, vió flotar su largo velo entre las rocas de la costa.

Un instante después había desaparecido del todo.

Athol permaneció inmóvil. Sus ojos pensativos se bajaron é inclinó la cabeza.

En esta posición estuvo silencioso durante un buen rato.

—¡Sus hijos!...—murmuró al fin;—tenía hijos... sí... ya yo sabía esto... El mayor estará en la edad juvenil... la niña hacia el término de la infancia. Esta es su madre... la que perdió la razón el día en que tapiaron el mármol de esta puerta!...

Su talón golpeó la piedra, la cual produjo un sonido sordo.

Su pico descansaba en el suelo y Athol se apoyaba en el mango sin pensar en trabajar.

—¿Son vivos ó muertos?—repuso después de un nuevo silencio.—¿Los mataron?... y ¿por qué han dejado vivir esta mujer?

Luego tomó su pico con cólera, pero todavía no se puso á trabajar.

—La primera emoción grave y buena que ha experimentado mi corazón, la debo al testamento de ese santo hombre que es ahora un mártir á los pies de Dios... No iba dirigido á mí; lo poseo por un esfuerzo de mi voluntad, después de siete días y siete noches de estudio por descifrar esta inscripción, escrita en caracteres misteriosos en la pared de la cárcel.

Y sacó de su cartera un lienzo cuadrado en el

cual había escritos unos caracteres extraños, los cuales estaban así dispuestos

RA EL²A⁴A³I³A⁴I³ L²NRNA³OI² EI²E²NA³OI²RI³.
NA³I²I²M³O M²NA⁵M² RA OA⁴NI³M²I³I²E²I² DI³I²A⁴A⁴
I² A INE²DO³A⁴ EI² RA DNA⁴OI².

Y debajo en caracteres comunes:

«En nombre de Dios todopoderoso, adivina tú mismo ó lleva esos caracteres á uno de los *Cavalieri Ferrai*. Si haces esto, ya seas ladrón ó asesino, Monteleone orará por ti».

—No me dirigí á los *Cavalieri Ferrai*—repuso Athol con victoriosa sonrisa;—busqué: ¡estaba preso é incomunicado!... Hallé el secreto de este misterioso libro mágico y pude leer estas palabras:

La última voluntad de Monteleone está bajo la tercera piedra, contando desde la puerta.

Bajo la piedra encontré la carta dirigida á Manuel con este escrito, en el que el desgraciado Monteleone había delineado el plano de estas ruinas, la misma noche de su muerte.

El escrito colocado bajo la piedra decía así:

«Yo era feliz: Dios me ha herido dos veces en mi felicidad. Se me llevó á mi primogénito cuando, rejuvenecido por el amor de un ángel, me adormecía en el seno de una dicha egoísta... Desperté, y trabajé para los que me rodeaban, pero la cólera del cielo no estaba aún aplacada... Mis hijos, mis dos hijos muy amados, que eran el alma de mi adorada mujer, desaparecieron, llevándose su razón... He visto á los que me amaban, á Bárbara, mi prima, y á los demás parientes, mirarme con piedad, á mí á quien tal vez en otro tiempo envidiaron. De esta manera se portaron los amigos de Job... Ahora que la clemencia de Dios me llama á su seno, porque nada tengo que esperar sobre la tierra, es ocasión

de murmurar?... A los ojos del mundo el castigo que cae sobre mí es injusto, porque muero fiel á Fernando de Borbón, mi señor y mi rey... pero á mis ojos es la espada de la clemencia que me toca.

«Recomiendo mi mujer á mis amigos. La infeliz no sufre, supuesto que ha perdido la razón... Pronto espero verla en una patria mejor...»

«Voy á hallar á mis dos hijos si son muertos... mi primogénito sería ya un hombre... y los dos pequeñitos, delicias y martirio de su madre... si son vivos, ¡depáreles la misericordia divina un protector!... Quisiera legarlos á Bárbara, mi compasiva parienta, ó á alguno de mis amigos... Pero Dios permite muchas veces que un extranjero... ¡Les dejo bajo la protección del Salvador y de la Virgen María!...»

«A mi primogénito le pido perdón de haberle olvidado un momento, contemplando las otras dos cunas, pero le reconozco en este documento por mi heredero del condado de Monteleone... En caso que el cielo haya conservado su existencia, le doy la tutela de mi viuda, su madre, y de mis dos queridos hijos, su hermano y hermana.

«Aquel á quien Dios encargará el cuidado de ejecutar mi última voluntad, hallará en el lugar abajo indicado lo que tengo de más caro en el mundo: la fortuna y el secreto de Monteleone, el porvenir entero de su posteridad...»

Seguía la súplica de poner en manos de un servidor fiel nombrado Manuel, una carta cerrada que acompañaba el escrito principal, sobre todo en el caso en que el ejecutor testamentario no pudiese cumplir por sí mismo las prescripciones del testamento.

En esas bellas noches de la Italia meridional se puede leer fácilmente á los rayos de la luna.

Athol contempló aun largo tiempo el papel, después que hubo concluido su lectura.

—Para evadirme de la prisión en que murió Monteleone—murmuró el joven aventurero,—tuve que dejar colgajos de mi carne en los barrotes de sus rejas de hierro... pero no dejé este papel... Y, sin embargo, si los que se encuentran allá arriba nos ven, el maestro debe decir: ¡En qué manos ha caído mi secreto que ha dormido siete años!

¡Siete años!—continuó;—entonces era un niño y nada sabía... Ahora he aprendido y sabré aprovecharme de las armas misteriosas que acompañan este escrito.

¡No te quejes, maestro, mi camino es el tuyo!... Si he tardado, repararé el tiempo perdido. Yo soy ambicioso, yo amo: yo quiero elevarme. Si con tu ayuda me elevo, tus hijos tendrán un tutor, tu esposa un firme apoyo... Me apodero de esta porción de tu herencia que consiste en proteger la viuda y los huérfanos... Pero esto es un pacto, maestro, y todo servicio merece un salario; el mío consistirá en tomar tu nombre.

¡Eh! ¡ya os oigo—exclamó bruscamente y con un gesto de impaciencia,—campanas del Corpo-Santo! ¡Ya sé que yo también debo estar allí! Sin mí la fiesta no sería completa... pero tengo tiempo suficiente y á todo atenderé con oportunidad.

Y volvió el papel para consultar el plano, en el que el pabellón de recreo ó de mármol estaba perfectamente marcado. Era una construcción exágonal. El lienzo de pared que miraba al este, se distinguía por una cruz.

—¡La puerta está allí!—exclamó Athol. Y dirigiéndose al lugar indicado, abrió la tierra húmeda á algunos pasos del punto primeramente escar-

bado

Al cabo de un medio cuarto de hora, la cornisa superior de la puerta quedó al descubierto.

Pero entonces comprendió Athol las últimas palabras de la visión. Un enorme canto de mármol, asegurado con cemento de Pozzole, cerraba la abertura.

—¡Mi pico no puede nada contra este obstáculo!—exclamó;—y no tengo tiempo para poner un silio en regla.

Con ayuda de la pala limitó la abertura. El canto de mármol daba un sonido macizo que indicaba un espesor considerable.

Luego volvió á tomar el pico y á pequeños golpes abrió un agujero cilíndrico que penetraba el cemento y la piedra.

Antes de concluir su tarea, Athol tuvo que jugarse varias veces el sudor. En un momento dado se estremeció y puso la mano sobre su corazón.

—Angélica—murmuró,—mi corazón late así cuando presiente tu presencia... Angélica debe estar cerca de mí.

Nuestro aventurero ponía sus miras muy altas. Angélica era la hermana del conde Loredano Doria, el más estimado favorito del rey de Nápoles.

Pero las campanas del convento del Corpo-Santo no cesaban de doblar, y ya la punta del pico desaparecía por completo en el agujero abierto por Athol.

Este tomó por la postrera vez el manuscrito y leyó estas líneas que estaban debajo del plano:

«Conjuro en nombre de Dios al que será el ejecutor de mi voluntad, á que antes de entrar en este santuario, jure por Cristo si es cristiano, ó por la cabeza de su madre si no cree en la divinidad del Redentor, que no se servirá del arma oculta aquí, sino por el bien de mis hijos!»

—¡Vamos, viejo conde, alégrate!—dijo Athol con cierta emoción en la voz;—cualquiera que sea el tesoro ó el misterio enterrado por ti tan cuidadosamente, soy cristiano y juro por Cristo emplearlo por la salud de tu posteridad!... ¿Estás contento?

La hora de las fantasmagorías había pasado: la soledad no tuvo voz para responder á éstas palabras.

Pero parecía que el sonido de las lejanas campanas, á pesar de estar doblando por los muertos, llegaba más alegre bajo el ala caprichosa de la nocturna brisa.

Athol abrió su maleta, y habiendo sacado su frasco de pólvora, vaciólo en el agujero que acababa de abrir. Luego sacó fuego del pedernal, y encendiendo una larga mecha de yesca, la hundió en una de las extremidades del agujero. La parte encendida de la mecha colgaba fuera.

Nuestro aventurero se fué al otro lado del montecillo y aguardó.

Al cabo de dos ó tres minutos, la tierra tembló y una lluvia de piedras vino á caer á su alrededor.

El valle resonó por largo tiempo con el eco de la explosión; parecía un trueno interminable.

Athol se levantó. El canto de mármol había caído.

Los rayos de la luna, penetrando por esta ancha abertura, alumbraron un gracioso nicho de mármol blanco con paredes guarnecidas de mosaicos.

Athol penetró dentro con recogimiento en su corazón y la cabeza descubierta.

VI

Hermano y hermana

Estos también eran dos niños perdidos, dos niños que no habían conocido padre ni madre.

Pero es imposible hallar en la vida dos infancias más diferentes y que formasen mayor contraste.

Athol, desde su más tierna edad, había sentido rugir la tempestad á su alrededor. Jamás había podido disfrutar del más mínimo reposo: el ruido, el movimiento, las riñas, la orgía, la tienda de los gitanos en la maleza, las cuevas que sirven de madriguera á los contrabandistas, la falda flotando entre las olas: tales eran sus primeros recuerdos.

Después la lucha, el amor precoz, las aventuras...

Para Julián y Celestina nada de todo esto. En el fondo del pasado habían hallado solamente una miseria humilde y triste; después un rayo de tranquilidad alegre, luego la educación austera y claustral.

Llegados á Sicilia en una tarde de invierno, el cielo se presentaba obscuro sobre un mar tranquilo; caía una lluvia fría y fina, y la tierra estaba silenciosa y como cubierta por un velo. Celestina no tenía entonces bastante edad para poderse acordar después de ello, pero Julián conservaba el vago recuerdo de aquel día.

Venían de Francia y les habían dicho que al

—¡Vamos, viejo conde, alégrate!—dijo Athol con cierta emoción en la voz;—cualquiera que sea el tesoro ó el misterio enterrado por ti tan cuidadosamente, soy cristiano y juro por Cristo emplearlo por la salud de tu posteridad!... ¿Estás contento?

La hora de las fantasmagorías había pasado: la soledad no tuvo voz para responder á éstas palabras.

Pero parecía que el sonido de las lejanas campanas, á pesar de estar doblando por los muertos, llegaba más alegre bajo el ala caprichosa de la nocturna brisa.

Athol abrió su maleta, y habiendo sacado su frasco de pólvora, vaciólo en el agujero que acababa de abrir. Luego sacó fuego del pedernal, y encendiendo una larga mecha de yesca, la hundió en una de las extremidades del agujero. La parte encendida de la mecha colgaba fuera.

Nuestro aventurero se fué al otro lado del montecillo y aguardó.

Al cabo de dos ó tres minutos, la tierra tembló y una lluvia de piedras vino á caer á su alrededor.

El valle resonó por largo tiempo con el eco de la explosión; parecía un trueno interminable.

Athol se levantó. El canto de mármol había caído.

Los rayos de la luna, penetrando por esta ancha abertura, alumbraron un gracioso nicho de mármol blanco con paredes guarnecidas de mosaicos.

Athol penetró dentro con recogimiento en su corazón y la cabeza descubierta.

VI

Hermano y hermana

Estos también eran dos niños perdidos, dos niños que no habían conocido padre ni madre.

Pero es imposible hallar en la vida dos infancias más diferentes y que formasen mayor contraste.

Athol, desde su más tierna edad, había sentido rugir la tempestad á su alrededor. Jamás había podido disfrutar del más mínimo reposo: el ruido, el movimiento, las riñas, la orgía, la tienda de los gitanos en la maleza, las cuevas que sirven de madriguera á los contrabandistas, la falda flotando entre las olas: tales eran sus primeros recuerdos.

Después la lucha, el amor precoz, las aventuras...

Para Julián y Celestina nada de todo esto. En el fondo del pasado habían hallado solamente una miseria humilde y triste; después un rayo de tranquilidad alegre, luego la educación austera y claustral.

Llegados á Sicilia en una tarde de invierno, el cielo se presentaba obscuro sobre un mar tranquilo; caía una lluvia fría y fina, y la tierra estaba silenciosa y como cubierta por un velo. Celestina no tenía entonces bastante edad para poderse acordar después de ello, pero Julián conservaba el vago recuerdo de aquel día.

Venían de Francia y les habían dicho que al

fin de su viaje encontrarían á su madre desterrada como ellos.

Un hombre que les obligaba á que le llamasen su padre, era su guardián; este hombre se embriagaba con frecuencia. Cuando estaba ebrio les castigaba y les llamaba: «¡Bastardos!»

Este hombre alquiló una mala cabaña en el valle de Mazzaro, y todos los meses iba á cobrar una miserable pensión en la ciudad vecina. El primer recuerdo de Celestina databa del día que la castigó para obligarla á trabajar la tierra.

En las Calabrias y aun en Sicilia, los niños y las mujeres cultivan el campo. El sexo más fuerte, para no perder su dignidad viril, pasa el tiempo fumando y durmiendo.

Julián y Celestina trabajaban pues la tierra, y los dos juntos ganaban diariamente la mitad de un *carlin* de cinco granos, que equivale á unos 21 céntimos de moneda francesa.

A veces este hombre les ponía sobre la mesa un pan grande, pero moreno, y les decía: «¡Economizad!»

Luego se iba y permanecía ausente semanas enteras. Este hombre se llamaba Thibaut, y era natural de Marsella, donde había dejado una mujer y cinco hijos.

Durante una de estas ausencias, Celestina y Julián, que tenían, la una ocho años y el otro diez, vieron en el camino un viajero rendido de fatiga, con los cabellos húmedos y los zapatos llenos de polvo.

Este viajero llegó á la cabaña para apagar su sed.

Al entrar en ella estaba muy pálido, pero al ver á Julián le subió el color al rostro.

El viajero les tomó á los dos las manos y les acercó á la ventana, donde les estuvo contemplando mucho tiempo. Luego empezó á hacerles

preguntas, particularmente á Julián á quien devoraba con los ojos.

Este extranjero no siguió su viaje, sino que dijo á Celestina y Julián:

—Hijos míos, yo soy vuestro padre.

Thibaut entró ebrio. Cuando se hallaba en este estado, tenía por costumbre castigarles diciéndoles:

—¡A los dos os daría por un *tari*!

Un *tari* es una moneda que vale diecisiete sueldos de la nuestra.

Al entrar Thibaut, alejóse el extranjero, pero cuando aquél se hubo acostado y empezó á dar señales de dormir, volvió el viajero, llevando dos caballos del diestro, y dijo á los niños:

—¡Hijos míos! ¡venid á ver á vuestro padre que desde mucho tiempo os está buscando!

—¿No sois vos nuestro padre?—preguntó Celestina, que ya empezaba á amarle.

El extranjero respondió:

—Yo soy vuestro pariente... Pero tenéis un padre que es un gran señor.

—¿Cómo os llamáis?—le preguntó Julián.

—Me llamo Manuel Giudicelli—respondió el extranjero.

—¿Y nuestro verdadero padre?

Manuel titubeó un instante, después respondió:

—Tiene el mismo nombre que yo.

—¡Vos nos engaáis!—exclamó Julián;—nuestro padre es un francés... como nuestra madre.

Habían hablado demasiado alto; Thibaut se removió en la paja y murmuró entre dientes.

Manuel tomó á Julián y lo puso á caballo; colocó á Celestina en la grupa del suyo y partieron al galope.

La Sicilia se hallaba entonces en agitación. En los caminos no se veían más que soldados. Todos hablaban de la guerra próxima, pues Fer-

nando de Borbón quería recuperar su reino de Nápoles.

Era el verano del año 1815.

Manuel cruzó toda la Sicilia con sus dos jóvenes compañeros y no se detuvo hasta orillas del mar, en un pueblecillo á dos leguas de Catana. Cerca del pueblecillo había un convento; y un buen fraile se encargó de la primera educación de los niños, que hablaban un pafués casi ininteligible, mezcla de provenzal é italiano.

En este tiempo Manuel les decía todos los días: —Pronto veréis á vuestro padre.

Luego estuvo ausente por bastante tiempo y cuando volvió les compró vestidos de luto.

Desde esta época, el carácter del buen Manuel sufrió una transformación completa. Estaba triste, inquieto, temeroso y tenía á los dos niños como en una especie de secuestro, dándoles á entender que tenían enemigos poderosos que les buscaban.

En lo sucesivo cuando le preguntaban por su padre, Manuel no respondía.

—Lo mismo sabéis vosotros que yo—les dijo un día;—habéis venido de Brancia: sois franceses. Pero en vuestro país la proscripción pesaría sobre vosotros... ¡Dios quiera inspiraros la vocación de servirle!

Otras veces hablaba vagamente de un gran porvenir, de una opulenta herencia.

Cuanto más crecían estos niños menos atención ponían en las palabras de este pobre hombre que amaban de todo corazón, pero cuya inteligencia iba á sus ojos extinguiéndose.

Estos dos niños eran prudentes y estudiosos; deseaban extender el círculo de sus conocimientos, y eran cuasi dos sabios por vocación.

Al buen religioso que había empezado su educación, sucedió el prior del convento, el hermano

Jerónimo, varón muy erudito, versado profundamente en los estudios teológicos y en muchas y diferentes lenguas, y que tenía altas pretensiones filosóficas.

Fr. Jerónimo había puesto afecto en Julián, lo que no impedía que declarase que Celestina tenía más disposición para la dialéctica.

Fr. Jerónimo decía que Julián sería un sacerdote apreciable, pero que Celestina, una vez religiosa, llegaría á ser una señora ilustre.

Tenía pasión por enseñarle el griego.

Julián y Celestina habían determinado en ese tiempo seguir el estado religioso. Su piedad sincera y dulce edificaba toda la aldea, y cuando Julián entró como discípulo en el pequeño seminario de Nola, le condujo el mismo Fr. Jerónimo, recomendándole á los profesores.

Celestina entró el mismo día en el noviciado de las Ursulinas de San Severo cerca de Catana. Su hermano tenía permiso para verla, y Fray Jerónimo seguía al buen Julián. El locutorio de las hermanas fué muchas veces testigo de las discusiones científicas que mediaban entre los dos adolescentes y el digno religioso.

Tal era la situación de los dos hermanos cuando una carta de Manuel, á la sazón ausente, les hizo emprender este viaje.

Manuel tenía sobre ellos la autoridad de un padre; así es que ni tan siquiera habían discutido su orden. Y ¿quién sabe si este viaje inesperado no lisonjeaba en uno y otra un vago deseo de novedad y aventuras?

Hallábanse, pues, en la posada de Corpo-Santo, hacia la caída de la tarde, en la misma hora en que nuestro caballero errante, el bello Athol, entraba con su pala y su pico en los pantanos de Martorello.

Celestina y Julián habían preguntado en vano

á su buen amigo Manuel el motivo de este viaje. Manuel se encerró en la más completa reserva, como acostumbraba. De modo que lo mismo sabían ahora de un viaje tan imperiosamente exigido, como antes de salir de Calana.

Había delante de la hostería del Corpo-Santo un terraplén cubierto de un emparrado que se elevaba tres ó cuatro gradas sobre el nivel del patio. Julián y Celestina estaban sentados bajo ese emparrado, acabando su comida, mientras Manuel hablaba con Pietro, el posadero.

Las campanas del convento no habían empezado aún á tocar.

La tarde se presentaba silenciosa y bella.

Manuel Giudicelli sería ahora un hombre de unos cincuenta á cincuenta y cuatro años, de talle un poco inclinado, y frente medio calva. En su rostro veíanse pintadas la dulzura y la bondad, pero parecía como que Dios le hubiese dado una carga demasiado pesada. Sus ojos habían perdido ese brillo que jamás falta á las pupilas calabresas. En su mirada se notaba algo de inquieto, de enfermizo, cuasi pudiera decirse de vencido.

Sólo había tomado un poco de pan y vino en compañía de los dos jóvenes viajeros; luego se levantó sin otro fin que el de moverse un poco, como si le hubiese sido imposible permanecer en su asiento.

Iba y venía en el pequeño jardín que rodeaba la posada, y cuando llegaba á alguna espesura donde no creía ser visto, sacaba de su seno un papel que leía ávidamente. Luego se acercaba á Julián y Celestina y les contemplaba á hurtadillas.

—Los niños se han hecho grandes—murmuraba;—si Julián quiere ser sacerdote, bueno... Mejor quisiera verle con la espada en el cinto y el

sombrero de plumas en la cabeza... ¡Pero en fin en la casa hemos tenido dos cardenales!...

—¿Y Celestina?—continuaba;—¡toda la hermosura de su madre!... Es necesario que sea feliz... Dios es bueno... Dios les ha dado una infancia penosa para que conozcan mejor el precio de la felicidad!

—¡Pobre Manuel!—decía en este momento Julián;—esas pocas semanas le han cambiado completamente; ¿no es así, hermana mía?

—Me parece que ha envejecido muchos años—contestó la muchacha suspirando.

—Manuel trabaja—repuso Julián;—Manuel se esfuerza, no por él, sino por nosotros... Sueña despierto riquezas, grandezas... como si hubiese necesidad de ellas, ¡Dios mío! para alcanzar una muerte cristiana, que es el objeto de nuestra miserable vida!

Celestina suspiró otra vez, pero más fuerte.

—La verdad es—murmuró ella con un poco de amargura en la voz,—que no tenemos necesidad de riquezas y grandezas, tú para obtener la tonsura, y yo para tomar el velo y encerrarme para siempre en un convento.

Julián la miró y su rostro parecía revelar una expresión de tristeza.

—¿Echarías de menos el mundo, Celestina?—le preguntó.

—¿Por ventura le conozco?...—replicó la joven sonriendo.

—Hermana mía—dijo el adolescente en tono grave,—se puede sentir no haberle conocido.

Celestina bajó los ojos y estuvo algún tiempo sin responder.

—Pues bien, sí—dijo al fin sonrojándose y sonriendo;—hubiera querido ver, aunque no fuese más que una vez, lo que es el mundo.

—¡Ah! ¡loquilla!—murmuró Julián.

—¿Estoy segura...—repuso Celestina mirándole de reojo.

—¿De qué estás segura?—repitió Julián viendo que se detenía.

—Estoy segura de que tú tienes la misma idea. Julián meneó gravemente la cabeza.

—Muchas veces he tratado de adivinar lo que es el mundo—dijo éste,—guiándome por lo que he oído y leído... No, te hablo sinceramente, hermana mía, este examen no me ha inspirado deseos de conocerle más.

—Y ¿qué has adivinado, hermano mío?—preguntó Celestina acercándose con curiosidad.

—Movimiento, ruido, un falso brillo, y vanos placeres cuya saciedad trae el remordimiento...

Celestina se mordió ligeramente sus bellos y rosados labios; en su sonrisa cándida y traviesa á la vez se echaba de ver un poco de desdén.

—Tienes razón, hermano—murmuró;—esto lo has leído en los libros.

—¿Te has formado tú otra idea del mundo, Celestina?—preguntó Julián que no perdía su aire de superioridad.

—Yo—replicó la joven,—prefiero decir que no lo sé... «Movimiento, ruido, un falso brillo...» Estas palabras para mí no tienen sentido... Mientras no se me designen las cosas por sus nombres, me parece que me hablan un lenguaje extraño.

—Supuesto que no estás contenta con mi definición—le dijo Julián,—dame tú la tuya.

Los bellos ojos de Celestina fijáronse en él pensativos.

—Yo no sé lo que es el mundo—respondió;—pero creo adivinar la razón de sus atractivos y peligros... El mundo no es una palabra vacía de sentido, como tu *movimiento*, tu *ruido*, tu *falso brillo*, etc., sino una palabra cuya significación es

relativa... El mundo sólo existe como medio. Para expresarte mejor mi pensamiento, el mundo es el saldo de cada personalidad humana, y le compararía con mucho gusto á ese aparato de cristales movibles que envían refractada mil veces la luz de una araña de cristal.

Julián fijaba en ella su mirada atónita.

—Quiero ir más lejos—prosiguió sosteniendo serenamente esa mirada,—y voy á profundizar, como decía nuestro viejo maestro, esta comparación que me parece rica, feliz y exacta... Figúrate, Julián mío, una araña de cristal inmensa, compuesta de millones de luces y de innumerable cantidad de cristales que las reflejan. Todo esto brilla, ¿no es así? las luces por sí mismas, los cristales por las luces... ¡Este es el mundo!

—¡Ah!—dijo Julián maquinalmente,—ese es el mundo!

—Brillo real—continuó Celestina,—pero multiplicado por la óptica, cambio recíproco de rayos... porque si la luz aislada ardiese en el vacío de la sombra, la obscuridad la absorbería; necesita cristales... pero ¿qué serían los cristales sin la luz?

—¡Esa es una rebelión declarada!—murmuró Julián.

—¡Ay! no, hermano mío... es una protesta, y esto me basta... Ahora que he demostrado lo que de esta vulgaridad me disgustaba, me someto gustosa... atada de pies y manos.

Ese grave y hermoso joven que había contado con tanta discreción á su hermana la biografía clásica de Mario Monteleone, ese discípulo estudioso, recién salido de la escuela de Fr. Jerónimo, experimentaba en este momento un sentimiento complejo.

Por una parte admiraba á su hermana, y comprendía ahora por qué el viejo Jerónimo hablaba veces de señoras ilustres que se habían inmor-

talizado por la teología, la filosofía y las bellas letras; y por otra parte estaba sorprendido de las ideas nuevas que acababa de emitir su hermana con una supremacía que no había visto jamás en ella.

Sin embargo, Julián había estudiado laboriosamente la tesis de Celestina, como un verdadero discípulo de teología, y le parecía que estaba realmente aprendiendo una lección de dialéctica.

—Luego—exclamó de repente siguiendo la serie de argumentos que él mismo se proponía,—¿crees tú que si se nos colocase en el dintel de ese teatro que llaman mundo, mi atención se fijaría en los hombres y la tuya en las mujeres?

Celestina levantó hacia Julián sus grandes ojos pensativos. Su talento mucho más perspicaz había ya superado este obstáculo que detenía á su hermano.

—Tú raciocinas siempre por el sistema de Jerónimo—murmuró ella sonriendo;—así es que te extravías... La lógica es el arte de engañar á sí mismo.

—¿Tú no has dicho?...—empezó Julián.

—Yo he dicho que me bastaría para conocer el mundo ver una joven en él... quizá ver una joven del mundo fuera del mundo.

—Por la misma razón á mí debería bastarme ver un joven en el mundo...

—O fuera de él... con tal que mirases bien con tus propios ojos que son buenos, y no con esos lentes mentirosos que hacen ver á los sabios estrellas en mitad del día...

—De modo—prosiguió el escolar,—que el aparato más perfecto que tú y yo podríamos escoger para ver el mundo, consistiría en un hermano y una hermana... Algún joven conde y condesa... Yo diseñaría al conde y tú á la condesa...

—Esos son los equipajes del conde Loredano

Doria que viaja con la condesa su hermana—dijo una voz cerca de ellos.

Julián sintió que había perdido el hilo de su discurso.

La risa que florecía en los rosados labios de Celestina se desvaneció.

Los dos se miraron y murmuraron al mismo tiempo:

—¡Qué rareza!

Celestina añadió:

—El hijo ¿hija de ese Giacomo Doria..

Pero no acabó, sino que los dos se levantaron con un movimiento simultáneo y lanzáronse á la verja del emparrado. Esta verja dominaba el camino que pasaba por delante. Hacia la parte de detrás daban unas ventanas irregulares que tenía la casa. A la izquierda había un pequeño jardín, en el cual estaban hablando en este momento, el buen Manuel y el posadero.

Este último, alto, pálido, flaco, moreno, calzado con polainas como el segador de Leopoldo Robert, y llevando sobre sus cabellos negros un gorro de lana mezclilla, miraba de tiempo en tiempo á su compañero con inquietud.

Manuel le decía:

—¿Me queréis prestar una pala y un pico, Pietro?

Este le miró de arriba abajo y poniéndose la mano en la frente le respondió:

—¡El diablo me lleve, si no tenéis una vena de loco, padre Manuel!... Os prestaré cuando gustéis mi pala y mi pico... pero estáis pálido como un atacado de calenturas al otro día del acceso... Subid conmigo y tomad un vaso de vino de Sicilia que os preste calor.

Pietro cogió á Manuel de la mano y le hizo entrar en el mesón. Luego bajó á la bodega.

Hallándose Manuel solo extendió en la mesa su carta amarilla y resregada, se puso á leer atentamente.

—Esta es realmente su letra—decía leyendo la carta.—Mientras vivió no le desobedecí nunca... ¡hágase también su voluntad después de muerto!

—¿Quién hay?—preguntó Pietro desde el patio, subiendo de la bodega.

Dos gendarmes de á caballo acababan de aparecer en el recodo del camino.

El posadero, en lugar de volver á donde estaba su huésped, fuese al umbral de la puerta.

En la hostería del Corpo-Santo no todos los días se veían huéspedes como los que ahora se presentaban.

Los dos gendarmes entraron en el patio.

Tras de ellos iban dos hombres á caballo vestidos con una magnífica librea y armados de pies á cabeza.

Luego seguía tirada por cuatro caballos una calesa de viaje, en cuyos almohadones descansaba indolentemente una joven pareja.

Después de la calesa venían otros dos hombres á caballo, un carruaje de reserva, y cerraban la comitiva dos gendarmes más con sus carabinas en la mano.

Celestina y Julián no hablaban; su alma estaba en sus ojos. Los dos permanecían de buena fe bajo la impresión de la caprichosa teoría desenvuelta por la gentil discípula del clásico Jerónimo. Julián contemplaba al conde Loredano Doria, y Celestina devoraba con los ojos á la condesa Angélica.

Pero ya se sabe cómo acontecen estas cosas, independientemente de todas las teorías antiguas ó modernas, académicas ó de capricho.

Al mirar el conde, nuestro buen Julián se fijó

sin querer en la condesa su hermana, y Celestina, que creía estar examinando á ésta, encontróse con la noble y arrogante figura del conde Loredano.

Les había sucedido lo que en un cuento de hadas; habían evocado la visión, y ésta se les aparecía dócil á su voz.

¿Por qué ya no cuidaban ni uno ni otro del frío estudio que debía facilitarles ese aparato humano, empleando la expresión de Julián?

El aparato era perfecto y tal como le habían deseado: eran un joven y una joven, un hermano y una hermana, no solamente del mundo, sino de esa escogida sociedad que se eleva sobre el nivel del vulgo y que el vulgo envidia; nobles entre los más nobles, ricos entre los más ricos; ¡el orgullo de la corte, la flor del reino!

Antes de las guerras de la revolución, los napolitanos decían: «Después de Borbón, Monteleone; después de Monteleone, Doria!»

Pero mientras que ese esclarecido linaje de Monteleone iba extinguiéndose, el de Doria se hacía cada vez más grande, tanto más, cuanto que la herencia de Monteleone había pasado á los Doria por derecho de parentesco.

Ya no existían los Monteleone, y ahora se podía decir: «Después de Borbón, Doria.»

La calesa bajaba lentamente la pendiente suave de la carretera. Por un instante casi desapareció en la sombra de un pequeño collado que el camino dividía en dos partes, y cuya cima coronaban frente del mesón algunas zarzas y hayas aun tiernas é inclinadas sobre la vía.

El día tocaba á su fin, aunque la línea del horizonte quedase en su ocaso roja y como inflamada.

Cuando la calesa salió de la sombra, Julián exha-

ló un gran suspiro y se enderezó involuntariamente; Celestina perdió el color.

Afuera, bajo el emparrado, las personas del mesón decían:

—Vienen de Palermo y van á Nápoles.

—El rey quiere casarlos en un mismo día.

—El rey ha dividido entre los dos hermanos, por partes iguales, las posesiones de Monteleone. Julián y Celestina cambiaron una mirada de inteligencia.

Las personas del mesón continuaban:

—Doria de Roma les da todos sus palacios y castillos.

—¡Pues qué! ¿No tenían bastantes palacios y castillos en Nápoles, en Palermo, en el Abruzzo, en las Calabrias, en Sicilia y en todas partes?

Algunos echaron sus gorros al aire diciendo:

—¡Evviva 'l conte Doria! ¡Evviva la contessina!...

Loredano sonrió y saludó.

Un profundo suspiro levantó el pecho de Celestina.

Angélica agitó su blanca mano, é inclinó negligentemente la cabeza.

Julián apoyó sus dos manos en el corazón: sus ojos se dilataron desmesuradamente á pesar suyo, é irguióse de súbito con altivez como si fuera otro hombre.

Al ver el fuego que de repente despidieron sus ojos, no se hubiera reconocido al pálido seminario.

VII

Conde y condesa

Loredano Doria era uno de esos admirables tipos de belleza romana que han inspirado evidentemente á la escuela italiana. Hay en el conjunto de sus líneas una serenidad tan elevada, que involuntariamente viene á la memoria la imagen de Dios hecho hombre. La belleza italiana es la belleza dulce, majestuosa, casi divina.

Loredano, conde de Doria, tendría de unos veintiocho á treinta años. Su maravillosa cabellera negra y rizada se dividía en dos partes sobre su frente blanca y pura. Sus ojos sombríos, á la par que profundos y límpidos, pero fatigados ya por el placer, producían en el alma, cuando sonreía, esa sensación de armonía que causa una bella voz varonil y vibrante, ó el lejano sonido del órgano, ó los aromas fuertes, pero agradables, que exhala la sombra de los grandes bosques.

Es muy difícil pintar esa mezcla heroica de fuerza y nobleza que constituye la misma seducción. Recuérdese que, bajo el sol de los trópicos, existen árboles gigantes, robustos como nuestras encinas, que levantan á cien pies de tierra guirnaldas de flores más blancas que nuestros lirios, más rosadas que nuestras rosas, más azules que nuestros volubilis de azur...

Pero lo que se debe renunciar á pintar es el encanto exquisito, la gracia deliciosa de la joven que estaba sentada junto á Loredano sobre los almohadones de la calesa.

Tendría unos diez ó doce años menos que su hermano.

Era risueña y pensativa, y parecía que llevaba escrito en su frente ese divino nombre de Angélica que hace pensar en los poemas del cielo.

Sus facciones repetían más delicadamente y con una corrección suave é infinita el perfil altivo de la fisonomía de Loredano. Como éste era alta, pero su talle poseía el casto y á la vez voluptuoso abandono de la virgen criolla. Sus cabellos castaños, con reflejos dulcemente aljofarados, caían en abundantes bucles á lo largo de sus mejillas descoloridas por la fatiga del viaje.

Sus ojos, guarnecidos de largas pestañas negras como el azabache, tenían ese tinte azul, obscuro y franco como la bóveda del firmamento en las noches sin luna de verano; su nariz rectilínea conservaba el perfil griego de los antiguos genoveses; su boca de un coral cincelado mostraba al hablar una hilera de perlas delicadas, cada una de las cuales parecía una tecla de ese clave melódioso que era su voz.

No era una *Madona*; para serlo había demasiado cándido donaire, demasiada natural coquetería en su soberana hermosura; era, sí, el ángel de los rubios y castaños amores, la mujer aun niña; la que se quisiera tener abrigada día y noche, para guardarla del brutal contacto de las cosas de este mundo.

Era también la joven de nuestros días, la gran señora en capullo; el tipo perfecto y escogido del refinamiento de nuestras costumbres y de todas nuestras elegancias.

Para no amar á esta niña encantadora era preciso no haberla visto, porque una vez vista, el corazón guardaba para siempre su maravillosa imagen.

Julián, ese pobre niño solitario y nuevo á toda

impresión violenta, la contemplaba con la boca abierta, experimentando la sensación arrobadora del hombre que nace en una esfera desconocida. Su pecho se dilataba bajo la humilde solana, las sienas le latían y sus ojos sufrían un vértigo.

En tanto que la calesa salvaba al paso el umbral de la puerta, Angélica fijó su mirada por casualidad en el emparrado.

Julián estuvo un instante sin sentir su corazón; se tapó el rostro con las manos y tuvo miedo y vergüenza. Para no caer tuvo que apoyarse en la verja.

Angélica habló; pero la palabra que salió de sus bellos y perezosos labios, fué un nombre propio, un nombre que debía quedar grabado en su memoria para siempre, aun cuando viviese un siglo.

Angélica dijo:

«El príncipe Coriolani...»

Un nombre es nada y es todo. Hay nombres que son una novela ó un cuadro, nombres que exhalaran un oloroso perfume ó que suenan como el eco estrepitoso de una trompeta.

Julián creía estar viendo á ese príncipe Coriolani con la cabeza erguida y el fuego en sus ojos; hermoso como un héroe ó un bandido.

Desde luego le detestaba y hubiese dado diez años de su vida por verle.

A Celestina no le había acontecido lo que á su hermano; sus ojos quedaron deslumbrados desde la primera mirada que fijó en el conde Loredano. La sensación que experimentaba le causaba un verdadero espanto, pero no por eso la hubiese trocado por todo el oro del mundo.

Así, los dos quedaron por mucho tiempo inmóviles.

Celestina pensaba:

—Loredano no puede ser hijo de un asesino.

Y Julián se decía á sí mismo:

—Si Manuel hubiese acusado á Giacomo Doria, no creería á Manuel.

Pero su sensación no dependía de la parte indirecta que el padre de esos hermosos jóvenes hubiese podido tener en la historia recientemente contada.

No había más que algunos minutos que el conde y su hermana entraron en el mesón, y ya se oían las idas y venidas de los diligentes criados. Por fin Julián levantó los ojos hacia Celestina.

—¿Qué tienes?—le dijo á media voz.

Celestina se estremeció como si la hubiera cogido en fragante delito.

—¿Qué tengo?—repitió maquinalmente.

—Sí—dijo Julián mirándola con atención y sorpresa,—¡tú no eres la misma... tú estás más hermosa!

Contemplándole también Celestina como si jamás le hubiese visto, dejó escapar estas palabras:

—¡Yo no, tú estás más hermoso, Julián!... pero este traje ya no te sienta bien.

Luego un momento de silencio.

—Ahora bien, Celestina—dijo Julián,—ya has visto lo que deseabas.

—Es verdad—respondió la joven.

—A través de tanta opulencia, de tanta hermosura, de tanta nobleza, ¿has entrevisto el mundo, Celestina?

El pecho de la hermosa joven se dilató, sus párpados temblaron.

—Sí—dijo,—he adivinado el mundo... ¿y tú?

—Yo no sé, hermana mía... existen pérdidas tentaciones... á mí me ha parecido entrever el paraíso en la tierra.

—El paraíso, ¿no es verdad?—respondió Celestina con viveza,—el paraíso es ser él.

Julián no contestó; quizá no había comprendido el sentido de sus palabras.

—¿Te figuras hermana—repuso,—que pudiese existir un sér tan perfectamente hermoso?

—Jamás lo hubiera creído, hermano mío.

—Esa mirada, esa gracia elegante... esa sonrisa cuyo encanto no bastan á pintar las palabras...

—¡Y esa altivez indolente!... ¡esa aureola de poesía!... Esa frente pensativa y blanca como la de una estatua, bajo unos cabellos de seda negros como el ébano...

Julián fijó en su hermana una mirada penetrante.

—¿Te refieres al conde Loredano Doria?—le preguntó.

—¿Y á quién otro puedo referirme?—contestó ingenuamente Celestina.

—Tú dijiste—murmuró Julián,—debes acordarte, hermana mía: «Si de repente se nos presentase ante los ojos un joven y una joven... un hermano y una hermana... de aquellos que Dios ha colmado de todas las felicidades terrenales... de aquellos que brillan en el mundo y que reasumen en sí todas las alegrías... yo adivinaría el mundo con sólo ver la hermana...»

—Es verdad—pronunció á media voz Celestina;

—pero tú ¿no has visto más que al hermano?

—¡Ay!—respondió Julián con igual ingenuidad;—de los dos tú eres el filósofo... yo ni siquiera he visto al hermano...

—¡Y yo he visto sólo á él!—dijo la joven con un suspiro y poniéndose colorada como una cereza.

En seguida cogió la mano de Julián y la puso sobre su corazón.

—¿Sientes algo aquí?—le dijo.

Su corazón latía violentamente en su pecho.

—Lo mismo me pasa á mí—contestó Julián tristemente.

—¿Y sabes qué desea mi corazón?—repuso la joven,—¡riqueza, nobleza, esplendor!...

—¡Ah!—dijo Julián;—el mío no dice esto

—¿Qué dice, pues?

Julián tenía sus dos manos sobre el corazón; bajó la voz y murmuró:

—¡Amor...!

Celestina se echó en sus brazos y le dió un beso. Los dos lloraban como pobres huérfanos abandonados que eran.

—Querido hermano—murmuró Celestina sollozando,—riqueza, nobleza, grandeza... ¡hé aquí lo que media entre ellos y nosotros!

Julián la estrechó contra su corazón.

En esta posición oyeron un ligero ruido á sus espaldas, que les hizo volver la cabeza.

Manuel estaba de pie á algunos pasos de la mesa en que habían comido, teniendo una pala y un pico en la mano.

—¡Riqueza, nobleza, grandeza!...—les dijo, pues había oído estas palabras.—¡Pobres niños! ¿Quién os ha enseñado á ambicionar esto?

Celestina y Julián quedaron inmóviles y con los ojos bajos.

Manuel, generalmente tan tranquilo y dulce, parecía presa de una agitación extraordinaria. Su rostro revelaba una especie de exaltación calenturienta.

—¡Después de Borbón, Monteleone; después de Monteleone, Doria!—dijo cerrando los dientes.— Los Doria vienen en tercer lugar.

Su mano se extendió sobre ellos en ademán de bendición, y en su rostro se observaba una expresión solemne, casi inspirada.

Luego se alejó lentamente, descendiendo las escaleras del terraplén sin volverse.

Entretanto aumentaba el ruido y el movimiento en la posada del Corpo-Santo. Pietro, el posadero, había echado á un lado su habitual pereza, y se multiplicaba. Tratóbase de preparar la cena á sus Excelencias.

Sus Excelencias estaban muy cansados, y se alimentaba la legítima esperanza de que en vez de adelantarse hasta Monteleone, dormirían en Corpo-Santo.

¡Qué honor para la hostería!

Verdad es que la posada no ofrecía muchas comodidades, pero en cambio era una casa fabricada con muy buenas piedras y que poseía muchos terrados, como casi todas las habitaciones de la Italia meridional!

Uno de estos terrados dominaba el patio, y dando la vuelta al ángulo sudoeste del cuerpo principal del edificio, tenía vista al mar Tirreno por un corredor.

Este es el lugar que escogieron Loredano y Angélica para comer.

Los dos llegaron al terrado hablando y riendo. Angélica se había lavado con agua fresca, dejando en el fondo de la calesa su soñolienta languidez.

Por respeto á sus Excelencias mandóse desocupar el patio, y la gente de bulla y ruido se recogió en el interior de la casa. Así es que Angélica y su hermano hubieran estado realmente solos, á no quedar olvidados Julián y Celestina tras el emparrado.

En un momento tan solemne ¿quién había de pensar en esos pobres niños?

Pero ni esta parra fuera bastante densa para ocultarles, ni ellos hubieran podido observar á su sabor á los dos hermanos, si ese collado coronado de hayas de que hemos hablado, no les hubiese cubierto con su sombra profunda, y los úl-

timos resplandores del crepúsculo no nubiesen vivamente alumbrado la azotea.

No se veían hombres armados ni gendarmes; pero se les oía hablar en la sala baja del mesón, donde estaban sentados á la mesa.

Los hombres armados habían dejado sus pistolas y cinturones delante de la puerta de la caballeriza, en que los palafreneros cuidaban de los caballos. Las carabinas de los gendarmes estaban apoyadas á lo largo de la pared del terraplén, hacia la parte de afuera, tras la mesa en que estaban aún sentados Celestina y su hermano.

Estos últimos permanecían silenciosos, observando á los nuevos huéspedes.

Loredano y Angélica conversaban, pero no se les oía. ¿De qué hablaban? ¿De los placeres brillantes y ruidosos? ¿De bailes, de fiestas? ¿De las personas á quienes amaban? ¡Cuán bellas debían ser sus fiestas! ¡Cuántas adoraciones á su alrededor!

De súbito los ojos de Celestina y de Julián retrajéronse á la vez de la contemplación que les absorbía, llamando su atención una especie de resplandor.

En la cima del montecillo dividido por el camino de Monteleone se notaba algo que brillaba.

Ese montecillo se levantaba sombrío hacia un cielo rosado. Los matorrales, desprendidos como un encaje, guarnecían la cresta de la colina. Encima de ellos se mecían al soplo de la brisa, como figuras de sombras chinescas, los claros ramales de los abedules y la enramada más tupida de las hayas.

Adivinábase tras la colina esa luz rosada que alumbraba tan vivamente el terreno en que estaban muy tranquilos Loredano y su hermana.

El resplandor venía de la espesura de los matorrales,

Celestina y Julián fijaron sus miradas en el lugar de donde partía la luz.

Al principio sólo vieron un imperceptible movimiento en las zarzas.

Este movimiento debía pasar desapercibido á la joven pareja sentada en la azotea que dominaba el patio, á causa del resplandor del cielo que producía en la cima de la colina una obscuridad profunda.

Pero mirando mejor, Celestina creyó distinguir como una cabeza de hombre en la obscuridad. Casi al propio tiempo, los matorrales despidieron otra luz resplandeciente.

—¡Allí hay dos hombres!—dijo Celestina.

Julián se puso la mano delante de los ojos en forma de visera y murmuró:

—Dos hombres armados.

Un temblor involuntario se apoderó de Celestina, la cual pudo sin embargo distinguir dos bullos que salían por mitad fuera de los matorrales.

—¿Qué harían en ese lugar ahora unos cazadores?—se decía á sí mismo Julián.

Uno de los hombres, el que estaba más adelante, se sostenía con una mano en el tronco de un joven abedul para no resbalar en la pendiente. El otro estaba echado boca abajo, y parecía aguardar á que su compañero hubiese encontrado un punto de apoyo.

—Esos no son cazadores—dijo Celestina con la frente bañada en sudor; y dirigiendo una mirada de angustia en torno suyo, vió cerca de sí las carabinas de los gendarmes.

Julián se había levantado, pero Celestina le cerró la boca con la mano.

—No llames—le dijo á media voz y con una extraña tranquilidad;—los gendarmes están en la mesa y han dejado sus armas afuera. Dentro de un segundo todo socorro sería inútil.

La frente de Julián estaba inundada de sudor. Los matorrales despidieron un tercer resplandor.

El más avanzado de aquellos dos hombres había logrado encontrar un punto de apoyo y apuntaba su escopeta.

Ya no había duda de que los pretendientes cazadores espían la azotea.

Eran unos asesinos.

Loredano y Angélica tenían el vaso en los labios y conversaban sonriendo.

Celestina había hecho bien en cerrar la boca de su hermano. Un grito lo hubiera perdido todo, puesto que entre el grito de socorro y la llegada de la escolta debía mediar á lo menos un minuto, y en un segundo había tiempo suficiente para cometer el crimen.

Julián se apoyaba desfallecido en el emparrado.

—Si yo pudiese poner mi pecho delante del suyo—murmuraba.

—Todavía puedes hacer otra cosa mejor—le contestó Celestina que estaba pálida, pero no trémula.

Y al propio tiempo pasando el brazo á través de la verja, tomó una carabina y la puso en las manos de Julián.

—¡Mátales!—le dijo con voz firme.

El joven seminarista sintió como un vértigo.

Entretanto se destacó de los matorrales una tercera sombra entre las tinieblas que iban por momentos adquiriendo más densidad. Pero ésta no llevaba mosquete. Viósele golpear sus manos una contra otra.

Una señal sin duda.

—¡Matar un hombre!... yo—murmuró Julián,—cuyas piernas demasiado débiles no podían sostenerle el peso de su cuerpo,

La sombra había hecho dos veces la misma señal.

—¡Si no te atreves, dámela!—exclamó Celestina con tono resuelto.

Y arrancándole la carabina de las manos, la apoyó en uno de los travesaños que sostenían la parra.

En el instante en que la sombra hacía la tercera señal, partió el disparo de las manos de la joven.

En la cima del montecillo otro disparo contestó al suyo como un eco.

Loredano se arrojó á los brazos de su hermana, y en tanto que el arma caía de las manos de Celestina, ésta se apoyaba medio desvanecida en el pecho de Julián.

La punta de la colina dejó ver una forma humana de pie entre los matorrales, y en seguida destacarse en el azul del cielo su negro contorno.

Luego esa figura sombría bamboleó, y cayó un hombre mortalmente herido en la cabeza sobre el polvo del camino, á unos cincuenta pasos del terraplén.

Este hombre no había disparado su carabina, pues los gendarmes y criados que acudieron al ruido de la doble detonación se la hallaron cargada á su lado.

Sus dos compañeros, el otro asesino y la sombra que había hecho las tres señales, desaparecieron como por encanto.

Loredano tenía una herida en la espalda.

Julián, fijando su ardiente mirada sobre Angélica que le sostenía con sus brazos, se decía:

—Aun á costa de una herida mortal quisiera encontrarme en su lugar.

Antes de caer desvanecida, Celestina había visto á la joven condesa recibiendo á Loredano en sus brazos, y su corazón había murmurado:

—¡No es él á quien he salvado

En este momento las campanas del convento del Corpo-Santo tocaban fuertemente á muerto, y pocos instantes después se oyó el ruido de una explosión en el fondo del valle de Martorello, parecida á una lejana detonación de un cañón de grueso calibre.

El crepúsculo iba obscureciéndose cada vez más. La escolta inquieta se había reunido en el patio. Todos se preguntaban qué pasaba aquella noche en los alrededores.

En el terrado, una mujer, que nadie había visto entrar, apareció de súbito tras el grupo formado por Loredano y su hermana, los cuales habían despedido al posadero Pietro y sus criados.

Loredano, cuya herida era ligera, había ya recobrado sus sentidos.

Esa mujer, esa aparición llevaba un vestido blanco, y sus negros y largos cabellos flotaban bajo un velo ceñido en torno de su pálida frente.

Colocada en un extremo del terrado, extendió una de sus manos hacia las torres lejanas del convento, murmurando:

—Los hijos de Doria son hermosos... ¿dónde están los de Monteleone?

En seguida añadió en voz alta:

—¿Oís el sonido de las campanas? Poned los arreos á estos caballos... La muerte está aquí, en estos alrededores... La obscuridad rebosa de puñales del Silencio... Es la noche del 15 de Octubre.

VIII

La misa de la hora XXII

Manuel caminaba por el desierto valle, cuando oyó la doble detonación; pero no por ello se volvió.

Al oír el eco de las campanas del convento, se descubrió é hizo la señal de la cruz.

Más tarde, al oír la explosión que hizo temblar la tierra, apresuró el paso.

—Es la noche del 15 de Octubre—decía él también;—se ora por cumplir la última voluntad de los muertos.

Cuando llegó á las ruinas, la obscuridad era completa.

Pero Manuel no hizo como nuestro aventurero Athol que tuvo que buscar por tan largo tiempo; su memoria le guiaba en ese laberinto de escombros sepultados bajo la hierba. Su corazón latía violentamente, y si algo se decía á sí mismo, lo efectuaba con voz trémula.

—¡Sí, sí!—exclamaba,—¡tan nobles y ricos!... lo que falla á los unos, á los otros les sobra... Bien sabía yo que el maestro había pensado en todo antes de morir.

Al llegar al montecillo, fijó la pala en la tierra y tomó el pico en la mano.

—¡Riqueza, nobleza, grandeza!...—dijo dando á su voz á pesar suyo un acento solemne:—todo está ahí dentro.

En este momento las campanas del convento del Corpo-Santo tocaban fuertemente á muerto, y pocos instantes después se oyó el ruido de una explosión en el fondo del valle de Martorello, parecida á una lejana detonación de un cañón de grueso calibre.

El crepúsculo iba obscureciéndose cada vez más. La escolta inquieta se había reunido en el patio. Todos se preguntaban qué pasaba aquella noche en los alrededores.

En el terrado, una mujer, que nadie había visto entrar, apareció de súbito tras el grupo formado por Loredano y su hermana, los cuales habían despedido al posadero Pietro y sus criados.

Loredano, cuya herida era ligera, había ya recobrado sus sentidos.

Esa mujer, esa aparición llevaba un vestido blanco, y sus negros y largos cabellos flotaban bajo un velo ceñido en torno de su pálida frente.

Colocada en un extremo del terrado, extendió una de sus manos hacia las torres lejanas del convento, murmurando:

—Los hijos de Doria son hermosos... ¿dónde están los de Monteleone?

En seguida añadió en voz alta:

—¿Oís el sonido de las campanas? Poned los arreos á estos caballos... La muerte está aquí, en estos alrededores... La obscuridad rebosa de puñales del Silencio... Es la noche del 15 de Octubre.

VIII

La misa de la hora XXII

Manuel caminaba por el desierto valle, cuando oyó la doble detonación; pero no por ello se volvió.

Al oír el eco de las campanas del convento, se descubrió é hizo la señal de la cruz.

Más tarde, al oír la explosión que hizo temblar la tierra, apresuró el paso.

—Es la noche del 15 de Octubre—decía él también;—se ora por cumplir la última voluntad de los muertos.

Cuando llegó á las ruinas, la obscuridad era completa.

Pero Manuel no hizo como nuestro aventurero Athol que tuvo que buscar por tan largo tiempo; su memoria le guiaba en ese laberinto de escombros sepultados bajo la hierba. Su corazón latía violentamente, y si algo se decía á sí mismo, lo efectuaba con voz trémula.

—¡Sí, sí!—exclamaba,—¡tan nobles y ricos!... lo que falla á los unos, á los otros les sobra... Bien sabía yo que el maestro había pensado en todo antes de morir.

Al llegar al montecillo, fijó la pala en la tierra y tomó el pico en la mano.

—¡Riqueza, nobleza, grandeza!...—dijo dando á su voz á pesar suyo un acento solemne:—todo está ahí dentro.

Pero al encontrarse con una abertura grande y negra, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Alguien ha entrado aquí!—exclamó.—¿Quién habrá sido?

Y penetró precipitadamente en la guarida, cuyo umbral había pasado Athol con cierta especie de recogimiento.

Todavía se percibía el olor á pólvora.

La luna, que estaba oculta tras una nube, mostró su disco de plata, haciendo pasar sus rayos por la abertura.

El aposento bajo inundóse en seguida de luz. No se notaba en él la más mínima humedad, pues además de ser todo de mármol, estaba edificado sobre bóveda.

Era un hermoso aposento al estilo italiano moderno. Adornadas sus paredes de festones de mosaico, conservaban una singular frescura. Parecía que el artista acababa de dar su última mano á sus delicados ornamentos. Como no había pinturas ni dorados, nada estaba deteriorado. Sólo las ropas que cubrían las camas, las guarniciones y los cortinajes se habían marchitado y emblanquecido.

Ya hemos dicho que todo el mueblaje de esta habitación consistía en una cama y dos cunas.

No por haber llegado tarde fué menos violenta y profunda la impresión de Manuel. Así es que cayó de rodillas y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¡Catorce años han pasado!—murmuró;—en lugar de la juventud, la hermosura y la felicidad, ¡hé ahí la muerte!

Su miraba estaba fija en el lecho nupcial con una especie de estupor. Sacó de su seno un papel y lo abrió lentamente.

Hallábase frente á la entrada, y la luna alumbraba de lleno el papel por encima de su espalda.

Leyó:

«...Nadie ha entrado en este lugar, desde el día en que perdí toda mi felicidad. La puerta que conducía á la cama de María y á las cunas de sus pobres hijos fué tapiada».

Manuel se detuvo, porque sus abundantes lágrimas no le dejaban ver.

De repente levantó la cabeza, presa de un estremecimiento.

—¡Pero alguien ha venido aquí antes que yo!—exclamó.

De tal manera le habían impresionado los recuerdos de otros tiempos, que por un momento había olvidado esta circunstancia principal.

Paseó su mirada en torno de este aposento subterráneo, mirada en la cual había más esperanza que temor.

—Los que han venido aquí—pensó,—no sabían el secreto.

«...En la cabecera de la cama—murmuró leyendo,—en el tercer tablero, el que tiene en su centro el escudo de Monteleone con la divisa...»

No había la menor duda. Todos los tableros eran semejantes, excepto el que tenía, además de un marco de mosaico, un escudo guarnecido del gran cordón del Toisón de Oro.

El escudo era azul en forma de corazón de oro, cruzado por dos espadas del mismo color, figurando un aspa, con esta divisa: *Agere, non loqui.*

Manuel puso un dedo en el escudo que ocupaba el centro del tablero y apretó.

El tablero se deslizó en seguida, mostrando una cavidad cuadrada en forma de armario que sólo contenía un cofrecito de acero cincelado.

Manuel lanzó un grito de alegría y apoderóse del cofrecito.

La cerradura había sido abierta de un pistoletazo; se conocían todavía los vestigios de la bala.

El cofre estaba vacío.

—¡Eh! ¡Mariola! ¡loca!—exclamó afuera una voz cascada;—¿has hecho esta abertura para ocultarte?... Vamos, si vuelves como buena hija, no serás castigada... pero si me haces correr, cuidado conmigo.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de un chasquido de látigo muy expresivo.

Era una vieja que andaba trabajosamente por el campo, con una linterna en una mano y un látigo en la otra: una vieja á lo Rembrandt, alta, flaca, de cabellos entrecanos erizados, nariz pronunciada que descendía por encima de la boca deprimida hasta la punta de la barba; ojos pequeños grises, pestañeando tras unas cejas de pelos aborrecidos.

Detúvose ante la abertura del antiguo pabellón de recreo.

—Hé ahí una cama—exclamó,—que sería fácil llevarla si no fuese tan pesada... Cien veces he pasado por aquí sin pensar que hubiese quedado nada...

Luego se interrumpió á sí mismo con risa fatigada añadiendo:

—La Mariola es capaz de haberse dormido llorando sobre las dos cunas.

La luz de su linterna fué sucesivamente alumbrando todos los rincones del aposento, pero no vió nada. Parecía que tenía miedo de entrar.

—Allá arriba tocan á muerto...—murmuró;—no me gusta salir estas noches del 15 de Octubre... y Mariola me la va á pagar.

—Vamos, hijita—repuso en tono meloso;—cuando pasas la noche corriendo, ya sabes que al otro día no puedes trabajar... te duermes sobre tu rueda... ¡y Dios lo sabe! ¿ganas el pan que comes?... ¡Ven, Mariola, ven, ven!...

Esperó un instante la respuesta, pero ésta no se dejó oír.

—¿Quieres venir?—exclamó colérica.—¿ó será preciso que yo te vaya á buscar?

El látigo amenazador dejó oír sus chasquidos, pero ni por esas obtuvo respuesta.

La vieja cruzó el umbral con pie trémulo. Tenía miedo. La linterna temblaba en su mano.

Cuando estuvo en medio del aposento, distinguió una masa negra medio oculta tras la cabecera de la cama.

Acercóse.

Era un hombre que tenía en sus manos encogidas un cofrecito de acero abierto y vacío.

Este hombre se hallaba privado de sentido y como muerto. La vieja se inclinó hacia él, dirigiendo la luz de la linterna á su rostro.

—¡Mi sobrino Manuel!—refunfuñó con más sorpresa que emoción.—Debo ser muy vieja, pues los que he mecido en mis rodillas son ya ancianos.

Esta mujer habitaba una cabaña entre las rocas, á una milla de allí, cuasi en la cima de la costa que separaba Martorello de la playa.

Llamábase Berta Giudicelli, y había sido la nodriza de Bárbara de Monteleone, á la cual amaba con el cariño de una madre.

Ella sola había poseído el secreto de las esperanzas de Bárbara antes del matrimonio del difunto conde; ella sola sabía el motivo de sus lágrimas y desesperación, cuando Mario Monteleone tomó por esposa á una extraña.

Berta dejó á Manuel tendido y sin movimiento en el aposento de mármol, y salió para recorrer de nuevo las ruinas.

Iba cojeando entre las hierbas y decía:

—¡Ven, Mariola, hija mía!... ¡Ven, ven!... Luego interrumpiéndose:

—Mi sobrino Manuel—exclamaba,—es el último de la familia... Yo le he visto muy joven... ¡La tierra se comerá á todos ellos antes que á mí!...

En este momento eran más de las nueve de la noche.

Las campanas de Corpo-Santo no tocaban, pero se veían brillar en lo alto del monte las ventanas de la iglesia.

La calesa de viaje del conde Loredano y de su hermana, bien cerrada ahora y con suficiente escolta, seguía el camino al galope. Todos los de la comitiva llevaban sus pistolas y carabinas preparadas.

Después de lo ocurrido, el jefe de los gendarmes declaró que únicamente en la ciudad estarían seguros, y Loredano, á pesar de su ligera herida, determinó marchar.

Antes, sin embargo, tanto él como su hermana quisieron informarse de la persona que les había salvado la vida, pero con gran sorpresa del honrado Pietro, Julián y Celestina no quisieron presentarse ante sus Excelencias.

Esto podía explicarse todavía por su natural timidez; pero Celestina y Julián rehusaron igualmente un bolsón lleno de ducados que sus Excelencias les hicieron ofrecer.

De seguro que no tenían cabal su juicio, y Pietro llegó á persuadirse de que los dos niños adolescentes del mismo mal que el viejo Manuel su padre.

Además, el honrado Pietro pensó que sería el colmo de la insolencia devolver el bolsón á Sus Excelencias.

Así, por no faltar al respeto debido al conde de Doria y á su hermana, determinó guardarse sus ducados.

Celestina y Julián siguieron mucho tiempo con los ojos á la calesa, en medio de una nube de

polvo que levantaba en su camino. Cuando la perdieron de vista en una vuelta de la carretera, Celestina se arrojó en los brazos de su hermano que estaba inmóvil y silencioso.

—Mi querido Julián—le dijo,—he derramado sangre... ¿será bastante una vida entera para hacer penitencia?

Julián estaba como embebido en sus reflexiones.

—¿Soy hombre yo?—murmuraba.—Mi mano ha temblado... mi corazón ha desfallecido...

—¡Oh!—se interrumpió á sí mismo con exaltación;—¡Celestina, hermana mía, has hecho bien! Celestina bajó la cabeza; había tanta palidez en sus mejillas que parecía muerta.

—¿Me amas, pues, aun?—le dijo;—¿no me rechazas?

—¡Tú le has salvado!—exclamó Julián estrechándola entre sus brazos.

Luego hubo un largo silencio. Celestina oraba. Julián pasó su mano por su frente.

—¿Dónde está ese príncipe Coriolani?—exclamó, quizá sin saber lo que decía. Celestina le miró sorprendida, porque no había oído nunca este nombre.

—Hermana mía—repuso Julián;—si el altar estuviese aquí, cumpliría mis votos en este mismo instante.

—Yo quisiera encontrarme en el dintel del claustro—contestó Celestina,—para pasarle sin titubear.

—¿De veras?—exclamó Julián.

—De veras—replicó Celestina.

—Las puertas del convento de Catana volverán á abrirse para ti cuando quisieres... y para mí pedirme: «Hijo, tú volverás: te aguardo». ¿Quieres venir, hermana mía?

Celestina respondió levantándose:

—¡Vámonos!

Ambos cogiéronse de las manos diciendo á la vez:

—¡El mundo es malo para nosotros... tenemos necesidad de Dios!

Hugo, señor de Monteleone, había edificado en el siglo xii ese monasterio del Corpo-Santo para las reliquias que traía de Tierra Santa.

Era uno de esos conventos elevados con almenas y torreones, tal como existen aún algunos en el sur de Italia.

En la edad media, los abades de Corpo-Santo habían tenido jurisdicción religiosa y temporal sobre una gran parte del país. La corporación religiosa se sustrajo en seguida á la autoridad de su fundador, y los papas cubrieron más de una vez con su autoridad soberana la emancipación de los monjes vasallos.

Sin embargo, había quedado el gran escudo de Monteleone en el frontispicio de piedra que coronaba la puerta interior de la iglesia.

Decíase que el 15 de Octubre de 1815, Mario Monteleone había sido ejecutado en el castillo de Pizzo á las nueve y media de la noche, una hora justa después que el rey Murat.

Los corredores y los claustros del convento estaban tapizados de negro. En el atrio de la puerta principal, veíase confusamente un gentío cabizbajo y silencioso.

Cuando á las nueve y media sonó la hora fatal en la torre del reloj, las puertas de la iglesia se abrieron de par en par, proyectando un gran resplandor en los corredores. El órgano elevó su voz, despidiendo las primeras notas de esa gigantesca sinfonía fúnebre que el maestro Porpora,

según dicen, compuso para sus propios funerales.

El sonido se dilataba grave y dulce bajo las bóvedas, mientras la muchedumbre silenciosa, reunida primeramente en el patio, subía las gradas de la escalera.

El convento había sufrido muchas restauraciones, pero la iglesia quedaba y queda aún como uno de los más hermosos tipos de la arquitectura romano-bizantina de fines del siglo xii.

Consistía en una vasta nave elíptica, sostenida por dos órdenes de pilares enormes que servían de base á varias columnas acanaladas, de forma regularmente cilíndrica, peculiares al orden bizantino.

Las paredes laterales, llenas de capillas profundas con altas ventanas, continuaban por detrás del coro y seguían los contornos de la bóveda.

Pero el coro y el altar mayor podían pasar por modelos de ese arte un poco recargado en su magnificencia que recuerda la profusión y atrevimiento babilónicos.

El tabernáculo figuraba una tumba, y el globo con la cruz que coronaba el altar era de basalto negro.

Durante uno de los temblores de tierra que marcaron el fin del siglo xviii, derrumbóse la iglesia de San Nicolás de Andri. Desde entonces la basilica del Corpo-Santo, abierta para todos, servía de parroquia á la comarca.

Aunque el número de cristianos diseminados en esas costas hubiese sido cuádruple, la basilica del Corpo-Santo fuera todavía demasiado grande para que pudiesen llenarla.

Así, esa muchedumbre apiñada poco antes en el atrio de la iglesia desapareció, en cierto modo, desde que hubo pasado bajo el arco en forma de bóveda de la puerta principal.

Hombres y mujeres se derramaron por la nave

y por los corredores laterales tapizados de negro. Esta muchedumbre se componía de dos elementos muy distintos.

Una parte la formaban gentes del país, pescadores, contrabandistas, aldeanos indolentes acostumbrados á confiar la labor del campo á sus mujeres é hijos, los cuales asistían á esta solemnidad nocturna como á un espectáculo curioso, y otra parte se componía de viajeros, cuyo calzado estaba cubierto de polvo del camino.

Estos venían de lejos y la mayor parte era antiguos habitantes del país expulsados después de la tentativa abortada de Murat. Se les veía, formando grupos á la sombra de los pilares, cubiertos con sus capas. También se notaban mujeres veladas.

La iluminación especial de la nave favorecía á los que no querían que se les viese.

El altar resplandecía á la luz de innumerable cantidad de cirios. Las arañas de cristal del coro también estaban encendidas, y una doble hilera de candelabros rodeaba al gran catafalco elevado delante del tabernáculo.

Pasada la balaustrada del coro no se veía una sola luz en la iglesia.

En siete años que tenía lugar esta ceremonia jamás los agentes de la policía central habían hecho la menor tentativa para impedirla.

Por lo demás, no era un acto sedicioso, supuesto que Mario Monteleone había perecido á consecuencia de una traición privada. El rey Fernando había expedido á tiempo la orden del perdón.

Sin embargo, bajo cada capa ocultábase un arma en aquellos grupos silenciosos, protegidos por la sombra de los pilares.

Sobre el catafalco estaban depositadas la corona condal y el manto, y además las insignias

del Toisón de Oro de España, de la Annonziata de Cerdeña, y la de San Fernando de Nápoles.

En la parte del paño mortuario que miraba á la nave había bordados una serie de emblemas místicos que recordaban los de la francmasonería.

El principal de estos emblemas era un martillo de herrero puesto sobre un yunque, y rodeado de esta inscripción, sólo inteligible para los iniciados:

AA⁵ LA*AA⁵E E²A¹POA³P

EA⁵

IL²AA⁴MNA³

I⁰O EA⁵

A³P⁴

RI²M³ INE²DALA³NM³ EA⁵ M²I³RI²A³II².

En un estandarte negro que pendía de la bóveda se leía en letras de plata esta divisa latina, que había sido la del muerto, y que pertenecía ahora á la misteriosa asociación cuyos miembros se intitulaban los Compañeros del Silencio:

Agere, non loqui.

Cuando la puerta exterior fué abierta, los monjes entraron solemnemente en el coro.

Eran en número de veintitrés, incluso el abad y los dos priores.

Su traje consistía en un hábito blanco sujeto por un cinturón de cáñamo. Todos tenían la tonsura mayor, cuyo diámetro es la línea que se junta de una oreja á otra.

Eran de la orden de los Celestinos del Temple, instituida por Juan de Gaeta, cuya regla difiere poco de la de San Bruno.

Colocáronse, graves y silenciosos, en sus asientos á los dos lados del coro.

El sacerdote, que había ayunado todo el día

para decir esta misa de la hora veintidós, apareció en seguida revestido de sus ornamentos de luto, acompañado de sus dos acólitos.

Cuando el sacerdote puso el pie en la primera grada del altar, salieron de la obscuridad seis hombres envueltos en sus capas, cubiertos los rostros con máscaras negras.

Adelantáronse con lentitud y se colocaron de pie frente al catafalco, delante de la balaustrada del coro.

Su aspecto produjo cierta sensación entre las semitiniéblas en que estaban sumidos los asistentes.

Se dejó oír un murmullo en el que dominaban estas palabras pronunciadas en voz baja:

—*Los cavalieri ferrai...* ¡Los Seis!

En el introito se arrodillaron, pero sus caras permanecían cubiertas con las máscaras.

La misa empezó, silenciosa y taciturna podríamos decir, porque el sacerdote y los dos acólitos parecían mover los labios sin pronunciar ningún sonido.

En la nave no se oía volar una mosca.

Después del primer evangelio, y mientras que el sacerdote continuaba oficiando, tuvo lugar la más extraña ceremonia.

Una larga hilera de hombres envueltos en sus mantos salieron de la obscuridad de los corredores, y uno á uno y paso á paso fueron á arrodillarse delante del catafalco.

Los que se denominaban los *Seis* cubríanles uno tras otro con sus manos extendidas y adornadas con la sortija de hierro.

Cada uno de los compañeros hacía una genuflexión, después se levantaba y cedía su puesto á otro.

En seguida iban á colocarse detrás de los Seis,

en dos hileras, de modo que ocupaban toda la línea central de la nave.

Durante esta ceremonia, el órgano, que en medio de aquel prodigioso silencio parecía un eco del otro mundo, entonaba á media voz la canción de Fioravante:

¡Amici, alliegro andiamo alla pena!...

Esto duró hasta que el sacerdote elevó la Sagrada Forma.

Entonces todos inclinaron la frente hasta el suelo.

En esta posición, oyóse de súbito una voz que bajaba de la bóveda del templo.

Esta circunstancia no estaba en el programa, pues todos se estremecieron al oírla.

La voz dijo:

—¿Por quién oráis?... La tumba está vacía... el que ha salido de ella no es viejo... Yo he visto á Mario más joven, más fuerte y más hermoso que en los días de su juventud... ¡sólo yo estoy muerta!...

Todas las miradas se fijaron á la vez en la bóveda, sombría cúpula de azul tachonada de estrellas de oro.

Vióse una forma blanca que se deslizaba lentamente tras los arcos, llenos de adornos, de la galería más alta.

Al mismo tiempo oyéronse en el campanario tres fuertes toques separados por largos intervalos.

Cuando los ojos se volvieron en seguida hacia el altar, ocurrió una nueva sorpresa.

A la derecha del catafalco se había colocado de pie un hombre de alta estatura vuelto de espaldas á la nave.

Colgaba de sus hombros una gran capa negra y una máscara de terciopelo le cubría el rostro. Los seis se contaron. Ninguno faltaba. —¿Quién era el séptimo?

IX

La séptima sortija

Seis lámparas ardían alrededor de un féretro suspendido por medio de cuerdas sobre una tumba vacía.

La séptima lámpara estaba apagada. El vaso era de oro, los de las otras de plata.

Cada una de las seis lámparas de plata llevaba inscrito un nombre en el metal.

Estos seis nombres eran:

Amato Lorenzo.

David Heimer.

Lucas Tristany.

Felice Tavola.

Policeni Corner

Mariano Marchese.

La lámpara de oro apagada llevaba el nombre de Mario Monteleone.

La cripta ó iglesia subterránea de Corpo-Santo reproducía exactamente, salvo la elevación de las bóvedas, el plano de la misma basilica.

Este féretro colgante ocupaba el lugar correspondiente al centro del coro donde estaba el catafalco.

En el féretro había un cuerpo embalsamado, de rostro noble, dulce y tranquilo, con la palidez del reposo eterno.

A algunos pasos de la tumba abierta y del féretro, inmediatamente debajo del altar de la iglesia superior, había un paño negro tendido.

Debajo del paño negro un yunque, un martillo de fragua y un pedazo de carbón.

Un crucifijo lo dominaba todo.

A lo largo del paño había una inscripción de cuatro versículos, separados por calaveras.

Las letras y las calaveras estaban bordadas de plata.

He aquí la inscripción:

I^oR A^oA I^oA^oI^oRI^oA^oI^o IL^oNM^oI^o EI^o DRA^oM^o A^oNA^oO
I^oA^oI^o RI^o A^oI^oA^o.

H^oM^oO RA A^oNI^o.

I^oR A^o A I^oA^oI^oRI^oA^oI^o IL NM^oI^o EI^o DRA^oM^o A^oNI^o
AI^oA^oI^o RI^o IL^oAA^oMNA^o.

H^oM^oO RA INA^oM^oII^oI^oAI^oI^o EA^o OA^oAI^oOA^oI^o.

Según costumbre, todos los años los seis Caballeros del Silencio iban á renovar su voto en torno de los restos del gran maestro difunto, después de la misa de la hora 22.

Cuando descendieron aquella noche las anchas gradas que conducían á la cripta de Corpo-Santo, notábase en ellos una especie de vago presentimiento.

Una vez en la iglesia subterránea, se adelantaron hasta el féretro sin pronunciar una palabra.

De estos seis personajes, cuatro tenían los cabellos negros, uno el cráneo medio calvo y el último la cabeza cubierta de canas.

Este era el decano.

El de los cabellos blancos dijo en voz baja:

—Salud, señor y padre.

Los demás respondieron á la vez:

—Salud, señor y padre

—Yo soy—repuso el anciano,—Amato Lorenzo, vuestro compañero y servidor.

El medio calvo dijo con acento austriaco muy pronunciado:

—Yo soy vuestro compañero y servidor, David Heimer.

Luego, una especie de gigante, más alto que los demás cuatro buenas pulgadas, exclamó:

—Yo soy Lucas Tristany, el capitán.

Los demás dijeron uno tras otro:

—Yo soy Policeni Corner, vuestro primo.

—Yo soy Felice Tavola, vuestro pariente.

—Yo soy Marino Marchese, vuestro amigo.

Los seis extendieron en seguida sus manos sobre el féretro.

—Ha concluido el séptimo año—dijo Amato Lorenzo;—entre la hora veintidós del día último y el año nuevo, queda roto el silencio. en tanto que la mano permanezca extendida... El maestro acostumbraba á decirnos en este momento: «¿Qué queréis de mí?» Yo hablo en su nombre y os digo como él: «Hermanos, ¿qué queréis?»

—Vivir libre—respondió antes que los otros el gigante Lucas Tristany.—Yo he matado á dos hombres... dos asesinos: esto me basta... Ahora pido la partición y me retiro de la sociedad, á menos que se me nombre gran maestro.

—Yo di mi tiempo y mi fortuna á la venganza del maestro—dijo á su vez David Heimer;—mi misión ha concluido. Quiero ser maestro ó libre, y también pido la partición.

—Yo soy pariente de Monteleone—objetó Felice Tavola.

—Yo soy más pariente que tú—repuso Policeni Corner.

Amato Lorenzo dijo:

—Mis cabellos blancos no pueden obedecer más.

—Mis cabellos negros quieren mandar,—excla-

mó Marino Marchese riendo;—hermano, la comedia ha concluido. Ha finalizado el séptimo año y todos somos ricos. Ahora es tiempo de gozar. Cortemos esta soga y que nuestro señor descansa al fin en tierra sagrada... Partamos lo que haya y separémonos. ¿No ha pasado el tiempo prometido? La venganza jurada ¿no queda cumplida?

Todas las bocas se abrieron para contestar afirmativamente, porque tal era el sentimiento general; pero antes que nadie pronunciase palabra, una voz clara y vibrante dijo:

—¡No!

Los seis se miraron á través de las aberturas de sus máscaras.

—¿Quién ha dicho no?—preguntó Marchese.

Y en seguida Lucas Tristany en tono provocativo:

—Hombre ó diablo que has dicho no, ¡mientes!

Su voz ruda resonaba aún bajo la bóveda, cuando las cuerdas que sostenían el féretro entre cielo y tierra, rechinaron en las poleas, las cuales empezaron á dar vueltas, y el féretro á descender lentamente.

Al mismo tiempo se agitó el paño mortuario.

Sumidos los Seis en la más profunda sorpresa, vieron extinguirse de repente las lámparas de plata.

En medio de la obscuridad completa que siguió durante algunos segundos, oyóse crujir á intervalos iguales un paso firme y sonoro en las baldosas de la cripta.

Luego reapareció la luz, pero era la luz de la lámpara de oro.

Esta lámpara ya no estaba colgada, sino sostenida en las manos de un hermoso joven de rostro altivo y atrevido.

En su airoso continente y en su mirada de águila, penetrante como una punta de acero, era fácil conocer á nuestro aventurero Athol.

A su vista los Seis retrocedieron.

—¿Quién sois?—le dijeron á la vez.

Y sus miradas se volvieron de la fisonomía del muerto, inmóvil y pálido, al rostro radiante de juventud del caballero.

Parecían hacer una comparación, y esta comparación debió producir en todos igual resultado, pues todos bajaron la cabeza.

El féretro estaba ya más bajo del nivel de la tumba, y su sombra cubría el rostro del muerto.

Maquinalmente las manos de los Seis estaban extendidas sobre el cadáver que se hundía poco á poco en la obscuridad.

De la otra parte de la tumba se extendió otra mano: era la del recién llegado.

Esta mano, como las de los Seis, tenía una sortija de hierro en su dedo medio, con la diferencia de que ésta era doble y llevaba engarzados tres diamantes en figura de triángulo.

En el momento en que el féretro desaparecía en el fondo de la tumba, el recién llegado dijo con voz distinta y vibrante:

—Adiós, señor y padre.

Los Seis permanecieron silenciosos.

El desconocido añadió:

—Lucas Tristany, tú eres fuerte; levanta esa losa de mármol y tapa esa tumba.

—¿Quién eres tú para darme órdenes?—le preguntó el gigante.

—Soy el MAESTRO—contestó el recién llegado.

—Y fijó su mirada brillante, uno tras otro, en los seis caballeros.

—¿Rehusas, capitán?—le preguntó sonriendo.

Cerca de la tumba había efectivamente una pie-

dra de mármol que reposaba en el polvo hacía siete años.

Athol se inclinó, y tomando la piedra con las dos manos, la puso sobre la tumba como una puerta que se cierra.

—Tú eres fuerte—dijo Lucas Tristany en tanto que los demás guardaban el más profundo silencio;—pero mientras tenías esa piedra en las manos, un niño hubiera podido darte una puñalada por detrás; tú no eres prudente.

Athol sonrió y señaló con la mano derecha, en la cual brillaban los tres diamantes, la losa de mármol puesta sobre la tumba.

En el mármol brillaban dos palabras grabadas en letras negras: *Dios vela.*

—Nosotros somos seis—dijo el viejo Lorenzo, —y tú eres solo... Es verdad que posees la sortija del maestro, pero yo he visto muchas alhajas robadas en los cementerios. Nosotros no sabemos quién eres, de dónde vienes, ni lo que quieres.

Athol respondió:

—Yo soy el Maestro, y vengo de la prisión en que Monteleone pasó la última hora de su vida. Queiro que se me obedezca.

Tristany, Marino Marchese y Policeni Corner, exclamaron á un tiempo:

—Que lea lo que está escrito aquí.

—En la parte superior del catafalco—dijo Athol, leo esta inscripción: *Al gran maestro del carbón y del hierro, los Compañeros del Silencio.*

—¿Y allí sobre aquella colgadura?—dijo Lorenzo que ya no disimulaba su sorpresa.

Athol leyó:

¿Hay algo más fuerte que el hierro?

La fe.

¿Hay algo más negro que el carbón?

La conciencia del malvado.

—¿La clave!—exclamó David Heimer;—los sim-

ples compañeros saben esta fórmula... ¡Dinos la clave, que es el secreto de los maestros!

—No—respondió Athol,—la clave no os la diré.

—¡Es que no la sabes!—dijéronle de todas partes.

—La sé.

Athol tomó un pedazo de carbón de encima del yunque.

En vez de responder, escribió en la piedra de mármol de la tumba:

RI²M³ GP²A³T²MA³T²M³ PIN³

David Heimer se inclinó, presa de la viva agitación, y leyó á media voz:

—¡Las tinieblas escuchan!

—No hay duda—dijeron los otros cinco;—para escribir así es necesario poseer la clave.

—Todos la poseemos—replicó David Heimer;—el gran maestro debe saber algo más que los caballeros.

Athol dejó el pedazo de carbón sobre el yunque, y tomando el martillo con una sola mano, rompió el carbón en mil pedazos.

—¡Esto es lo que yo sé hacer!—dijo irguiendo de súbito su hermosa cabeza;—aquí no he venido para discutir. Lo mismo haré con el que intente resistirme.

Y como los Seis murmurasen, Athol añadió:

—Contra cada uno de vosotros tengo seis puñales.

Involuntariamente los *cavalieri ferrai* fijaron sus miradas en la obscuridad lejana de las galerías.

A la distancia de unos treinta pasos vieron un círculo sombrío é inmóvil.

Athol aplicó á sus labios el mango de un cuchillo calabrés y resonó un agudo silbido, al cual

un coro de voces graves y tranquilas respondió:

—¡Señor, aquí estamos!

—Vaya—exclamó Marino Marchese, que era alegre y avisado,—las tinieblas hacen más que escuchar, hablan... Hace más de un cuarto de hora que oigo tras de mí esas honradas gentes... Maestro, si eres el heredero de Monteleone, consiento en obedecerte.

—¡Y yo también!—exclamaron al propio tiempo Policeni y Felice Tavola.

—¿Cómo conoceremos á nuestro nuevo señor?—añadió el anciano Lorenzo.

Athol puso el pie sobre el mármol de la tumba.

—Vosotros veis mi rostro y no me conocéis—les dijo,—yo penetro á través de vuestras máscaras, y sé vuestros nombres y vuestra vida... Los compañeros del santo mártir se han hecho bandidos, contrabandistas y piratas... tanto mejor, así los necesito yo. Los santos tienen escrúpulos; yo soy bandido como vosotros, proscripto como vosotros; á mí me hacen falta bandidos y proscriptos.

—¿Para qué?—preguntó Marino Marchese.

—Este es mi secreto—replicó Athol.

—¿Quieres, pues, que seamos tus esclavos?—exclamó David Heimer.

—¿No lo sois ya, puesto que vuestra vida está en mis manos? ¿No sois débiles y yo fuerte? ¿No soy rico y vosotros pobres? ¿Sonreís?... Bajo el pretexto de vengar al Maestro habéis amontonado mucho oro, lo sé; erais ricos, pues hace poco hablabais de partición...

Hay en Sicilia—continuó lentamente,—entre Castro-Reale y Santa Lucía, una gran casa aislada que dicen fué convento... ¿La conocéis?

Los Seis se acercaron á la vez.

Nadie respondió.

—Esta casa era vuestra caja, vuestro gran cofre... Lucas Tristany, se dice que el marqués de Francavilla tenía en ella seiscientos mil ducados en diamantes... Trentacapelli era millonario, pero Samuel Graff, el antiguo secretario del duque del Infantado, tenía con que comprar un reino... ¿No es verdad, señor Felice Tavola?... ¡Buena venganza que ha rendido más de cien mil onzas de oro!... ¡Oh! Ciertamente había allí mucho que partir... Oh, el señor David Heimer era un guardián fiel... ¿Cuándo dejasteis la gran casa aislada de entre Santa Lucía y Castro-Reale, meinkerr David?

—Anteayer por la tarde—replicó el enmascarado calvo.

—Era muy pronto... Conozco vuestra doble tarea. Ya sé que por una parte espiabais la partida del hijo é hija de Giacomo Doria, y la llegada de dos pobres niños huérfanos oscuros, criados en los alrededores de Catana.

David Heimer hizo un gesto de sorpresa.

—No os cause admiración—continuó friamente Athol;—hace algún tiempo que me ocupo de vosotros... y desde el momento que me he ocupado de vosotros, me pertenecéis.

—Lo veremos—exclamó Tristany impaciente;—pero ¿qué decíais de la casa de entre Santa Lucía y Castro-Reale?

—Voy allá, capitán... pero antes tengo que decirnos que si Loredano Doria y su hermana hubiesen perecido á causa de vuestras asechanzas, ni uno solo de vosotros hubiera salido vivo del lugar en que estamos... No me interrumpáis... ¡Loredano Doria y su hermana me pertenecen!... Tengo necesidad de ellos... David Heimer, habéis enviado doce de los vuestros en su persecución; esos hombres, ó han retrocedido ó han muerto.

—Mitad lo uno, mitad lo otro—dijo una voz

desde el fondo del subterráneo: ¡seis muertos y seis fugitivos!

—¡Bien, Ruggieri!—contestó Athol, en tanto que los *cavaliere ferrai* se estremecían.

—En cuanto á los huérfanos de Catana—continuó dirigiéndose á David Heimer,—si cae un solo cabello de su cabeza, vos me responderéis de él... ¡No quiero más sangre! Esta tumba está ya cerrada, vuestro juramento cumplido; Monteleone vengado.

—¡No hace más que un instante que habéis dicho lo contrario!—exclamó Tristany.

—Monteleone está vengado—repitió Athol,—porque yo me encargo de su venganza... En adelante vosotros no seréis más que el brazo de ese cuerpo cuya cabeza soy yo; tomo á mi cargo la palanca que el maestro os había dejado, palanca capaz de levantar el mundo y con la cual nada habéis hecho, porque era demasiado pesada para vosotros... Habéis herido á derecha é izquierda según vuestros odios y codicia... Después de siete años se hace necesario que otro hombre venga á seguir vuestra empresa no concluida y que os haga limosna... ¿oís?... pues vuestro gran cofre está hecho pedazos y sólo os podéis partir el vacío.

—¡Qué! ¿Nuestra casa ha sido robada?—preguntó Heimer con tono incrédulo.

Los otros murmuraban:

—¿Por ventura somos niños?

—Robada y quemada—respondió Athol;—yo también vengo de Sicilia, y pasando ayer por Castro-Reale vi aún humear las ruinas...

—¡Cuerpo de Cristo!—exclamó Lucas Tristany, —quisiera saber el nombre del que se ha atrevido...

—Fácil es saberlo—repuso Athol con calma;—todo el mundo lo decía... es Porporato.

—¡Porporato!—repitieron los Seis á coro.

Luego callaron.

El mismo Tristany cesó de atormentar el mango de su puñal.

Athol sonreía siempre y les miraba.

—Pláceme—repuso,—haceros hoy más ricos de lo que lo erais ayer... Acercaos... Voy á hablar para vosotros solos: es necesario que las *tinieblas no nos oigan*.

Los Seis obedecieron maquinalmente.

Athol bajó la voz.

—Tengo soldados—prosiguió de manera que e misterioso Ruggieri y sus compañeros no pudiesen oír sus palabras,—y busco tenientes; vosotros me convenís. Tengo necesidad de hombres hábiles como David Heimer, valientes como Lucas Tristany, elegantes como Marino Marchese, venerables como Amato Lorenzo... Voy á llevaros á Nápoles.

—¡A Nápoles—exclamaron,—es imposible!

—¡Nuestras cabezas están puestas á precio!—añadió David Heimer.

—La vuestra está fijada en cinco mil ducados—continuó friamente Athol,—la de Felice Tavola también en cinco mil; las de Marchese y Policeni en cuatro mil cada una; es poco, todavía valen más..., la de Lorenzo en seis mil; la de valiente Lucas Tristany en diez mil... En un mes quiero que Felice Tavola sea el más respetable banquero de la calle de Toledo... quiero que Policeni y Marchese eclipsen á los elegantes de la ciudad real... Las canas de Amato Lorenzo sentarán bien en los salones de la nobleza, y no sé de otro que pueda llevar como Tristany el uniforme de coronel...

—Pero...—quisieron objetar los Seis.

—¡Silencio cuando yo hablo!—dijo Athol imperiosamente;—en cuanto á David Heimer, le guar-

do un destino de confianza..., pero el nombre de este empleo no debe pronunciarse.

—Compañeros míos—continuó animándose de repente,—os prevengo que estáis en buenas manos... Nuestra obra no está acabada; al contrario, ahora empieza... En lugar de estas mudas soledades voy á daros Nápoles la bella, Nápoles la rica, la alegre! Voy á cambiar vuestras cavernas en palacios, voy á extender bajo vuestros pies, en lugar de esa tierra estéril y hendida, las deliciosas alfombras de nuestros sitios reales sombreados de mirtos, naranjos y limoneros. En vez de este monte despoblado, he ahí la ciudad de medio millón de almas... Entrad en ella sin zozobra, sin miedo; estáis en vuestra casa, en vuestro dominio.

—Pero—exclamaron dos ó tres voces,—no podemos presentarnos en Nápoles, nuestras cabezas están pregonadas!

Athol los contaba con la vista. Bajo su fino bigote había una sonrisa orgullosa.

—Dos veces cinco—dijo,—dos veces cuatro, una vez seis, una vez diez... todo esto hace treinta y cuatro mil ducados por vuestras seis cabezas... ¡Por la mía sola han prometido cuarenta mil...

—¡Cuarenta mil ducados!—repitió Tristany.

—No hay en el reino más que una cabeza de tal precio—exclamó David.

Y todos á la vez:—¿Quién sois pues? ¿quién sois?

Athol se echó la capa hacia atrás, y apareció vestido con una casaca de color escarlata ajustada con una presilla del mismo color. Sus *calzonni* eran de terciopelo negro atados á los bordes de unos borceguines colorados.

Todos exclamaron á la vez:

—¡Porporato!

—¡Por San Javier!—añadió Lucas Tristany,—¡os seguiré al fin del mundo!

—¡Una cabeza de cuarenta mil ducados!—añadió Marino Marchese.

Los demás dijeron:

—A donde vayáis, iremos, maestro

Athol extendió su mano abierta.

Cada una de las otras seis manos se aplicaron á la suya, de manera que los anillos de hierro produjeron un sonido al tocarse. Era el juramento del Silencio.

Luego Athol dijo:

—Estamos á 15 de Octubre. Os doy cita para reunirnos de hoy en ocho días en Nápoles, en el teatro de San Carlos á las nueve y media de la noche.

—El teatro es grande... ¿en qué lugar os encontraremos?—preguntó David Heimer.

—Buscad—replicó Athol embozándose en su capa para salir—el palco de S. A. R. el príncipe Francisco... y mirad bien al hombre que veréis sentado á la derecha del heredero de la corona...

FIN DEL PRÓLOGO



PRIMERA PARTE

BALDEMONIO Ó EL BANDIDO DE LOS ABRUZOS

I

Peter Paulos Brown (de Cheapsid)

En 1823 se hacía aún en buques de vela el servicio entre Marsella y Nápoles.

El *Pausilippe*, hermoso brick levantino cuya tripulación hablaba el idioma sonoro que alegra las playas de la Cannebière, dobló á todas velas el muelle en una mañana calurosa de Junio, costó la punta de la Salud y entró en el puerto de Nápoles.

Hacia más de dos horas que había sobre el puente un hombre que estorbaba en gran manera la maniobra, ocupado en contemplar á Nápoles con un catalejo de doce cristales, sistema Dawson de Lincoln Inn's-Field, proveedor privilegiado de S. M. la Reina, y del Príncipe Alberto.

El hombre del catalejo era de elevada estatura: llevaba el estuche debajo del brazo, y cada vez que algún marinero se enredaba en este estuche voluminoso, nuestro hombre decía con escrupu-

—¡Una cabeza de cuarenta mil ducados!—añadió Marino Marchese.

Los demás dijeron:

—A donde vayáis, iremos, maestro

Athol extendió su mano abierta.

Cada una de las otras seis manos se aplicaron á la suya, de manera que los anillos de hierro produjeron un sonido al tocarse. Era el juramento del Silencio.

Luego Athol dijo:

—Estamos á 15 de Octubre. Os doy cita para reunirnos de hoy en ocho días en Nápoles, en el teatro de San Carlos á las nueve y media de la noche.

—El teatro es grande... ¿en qué lugar os encontraremos?—preguntó David Heimer.

—Buscad—replicó Athol embozándose en su capa para salir—el palco de S. A. R. el príncipe Francisco... y mirad bien al hombre que veréis sentado á la derecha del heredero de la corona...

FIN DEL PRÓLOGO



PRIMERA PARTE

BALDEMONIO Ó EL BANDIDO DE LOS ABRUZOS

I

Peter Paulos Brown (de Cheapsid)

En 1823 se hacía aún en buques de vela el servicio entre Marsella y Nápoles.

El *Pausilippe*, hermoso brick levantino cuya tripulación hablaba el idioma sonoro que alegra las playas de la Cannebière, dobló á todas velas el muelle en una mañana calurosa de Junio, costó la punta de la Salud y entró en el puerto de Nápoles.

Hacia más de dos horas que había sobre el puente un hombre que estorbaba en gran manera la maniobra, ocupado en contemplar á Nápoles con un catalejo de doce cristales, sistema Dawson de Lincoln Inn's-Field, proveedor privilegiado de S. M. la Reina, y del Príncipe Alberto.

El hombre del catalejo era de elevada estatura: llevaba el estuche debajo del brazo, y cada vez que algún marinero se enredaba en este estuche voluminoso, nuestro hombre decía con escrupu-

losa política y con un acento del otro lado de la Mancha solemnemente cómico:

—Mi perdonar... fomalmente.

Los marineros reían, y á la par le maldecían.

Nuestro hombre era inglés, no lo podía negar, con tanto mayor motivo, cuanto había nacido en lo que ellos llaman Cheapside, en el centro de la Cité de Londres, entre Fleet-Street y Poultry.

Los gentleman del comercio que nacen en esas famosas latitudes son tres veces más ingleses que el resto de los súbditos de S. M. Británica.

Hallábase, pues, á bordo del *Pausilippe*, Peter-Paulos Brown, socio de la casa Marioram, Watergruel, Brown y compañía, por los algodones de la sociedad.

Estaba también allí mistress Penélope Brown, quinta hija de Lisandro Marjoram y de Jocasta Watergel; pero completamente mareada en su camarote.

Jack, criado de Peter-Paulos, estaba de pie no lejos de su señor, llevando una parte de los utensilios de que tenía necesidad el gentleman para el viaje.

Melicerta, Mely, ó simplemente Mel, camarera de Penélope, cortaba en cuatro partes iguales los limones que su señora mordía con sus hermosos dientes.

En las horas en que no estaba mareada, Penélope Brown era una rubia bastante bonita, con una boca un poco grande y ojos esmaltados. Mely era una moza alta, pero esbelta.

Ya conocéis á Jack con su chaleco encarnado y su cara de perro dogo. Jack y Peter-Paulos pertenecen á tipos exactamente conocidos.

En el momento en que el *Pausilippe* doblaba la punta del muelle, Peter-Paulos había dirigido su catalejo al Vesubio, buscando el humo de la cima del volcán.

—¡Fuera!—grito un marino.

El cable del áncora principal se desarrollaba violentamente. Este cable tocó la pierna de Peter-Paulos que estaba flaco y lucía un pantalón de cuadros, y le echó de bruces al pie del palo mayor.

Su primera diligencia al levantarse fué mirar si su catalejo había sufrido algún percance; luego se palpó las costillas con aire atento, saludó después al marinero con la mano y le dijo:

—Mi perdonar... fomalmente.

Pero sus narices diáfanas se hincharon bruscamente, en tanto que introducía en su pecho una aspiración abundante. En seguida estiróse cuanto pudo y se quitó su sombrero mecánico para mirarse en el pequeño espejo que había en el fondo.

Paulos pensaba, con esa emoción de un hombre que acaba de escapar de una terrible desgracia:

—¡Ella no me ha visto en el suelo!... Cuando asomó su cabeza en lo alto de la escalera ya estaba en pie... ¡estoy seguro de que no me ha visto!

Si ella le hubiese visto habría sido una fatalidad. ¡Si ella hubiese visto á Peter-Paulos Brown, de Cheapside, rodar con las piernas al aire entre los fardos y las jarcias! ¡Posición ridícula en alto grado para un gentleman bien conocido en el comercio de algodón!

Pero ¿de quién se trata? ¿de la moribunda Penélope? No por cierto.

¡Cuán poco conocéis á la Italia con sus relaciones con Peter-Paulos Brown! El solo contacto del buque que lleva á Italia basta para cambiar su linfa en lava ardiente. Esta nevera de ayer es hoy un volcán.

Tratábase de una marquesa

A bordo del *Pausilippe* debe haber siempre una marquesa.

Dos mujeres acababan de salir de la escalera que conducía al salón de primera clase.

Adivinábase la belleza de la primera bajo el espeso velo que cubría su rostro. Era alta y esbelta, y su ademán revelaba cierta especie de altivez y tristeza. Vestía de riguroso luto.

Esta mujer que se adelantaba lentamente y pensativa por el puente, se distinguía por cierto aire de grandeza. Los marineros se separaban de ella con una especie de respeto; pero ella no parecía advertirlo, porque cuando una mirada se encontraba con la suya, bajaba rápidamente los ojos.

Tendría de unos treinta á treinta y cinco años, y habíase oído que el capitán la llamaba señora condesa.

La otra era una trigueña airosa y cortés, de ojos negros chispeantes. No era difícil conocer que ocupaba el lugar de sirvienta de la señora condesa. Pero en Peter-Paulos Brown había algo de Don Quijote, y el lector puede figurarse á través de qué prisma el buen caballero consideraría á su Dulcinea.

Peter-Paulos había elegido provisionalmente la trigueña Paola por su marquesa. Esta no lo ignoraba, y le parecía muy chusco, pues Peter-Paulos poseía el don de hacerla reír á carcajada tendida.

El capitán con el sombrero en la mano se adelantó al encuentro de la mujer vestida de luto, le dijo algunas palabras y la condujo á la popa dejándola á cargo del segundo del brick. Este, que era un marsellés un poco tostado por el aire del mar y del sol, pero bien plantado, cambió una mirada de inteligencia con Paola. Peter-Paulos cerró su catalejo con cuidado, á pesar de no estar de humor, y le colocó en su estuche.

En el muelle y en la avenida del Piliero se veía un gentío inmenso de napolitanos que gritaba, charlabá, gesticulaba y reía esperando como una presa á los pasajeros del *Pausilippe*.

Tres botes partieron de la costa al mismo tiempo, la *Polizia*, la *Dogana*, la *Sanita*: la policía, la aduana y la sanidad.

Los napolitanos se acordaron hasta 1830 de la peste de Marsella.

Luego que los tres botes estuvieron al lado del buque, todo fué confusión en el puente. La policía pedía los pasaportes, la sanidad tenía la pretensión de tomar todos los pulsos, y la aduana usaba de su derecho revolviendo los equipajes.

Peter-Paulos se volvió hacia Jack y le pidió su diccionario italiano-inglés.

—Esos italianos se ponen muy contentos cuando se les dan sus títulos—murmuraba hojeando precipitadamente el vocabulario.

—*Doganiere*—exclamó con aire de triunfo;—signor doganiere, ¿cómo se encontrar, signor doganiere?

—¿Tenéis algo que declarar?—preguntó éste después de haber saludado.

Peter-Paulos hojeó rápidamente su diccionario.

—*Niente*—respondió.

Y después de buscar de nuevo:

—*Assolutamente!*—añadió.

Al propio tiempo se acercaron el médico y el inspector de policía.

El inspector pidió los pasaportes. Peter-Paulos no tuvo tiempo de buscar su nombre en el diccionario.

El médico le preguntó:

—¿Tenéis alguna enfermedad contagiosa?

A esta pregunta Penélope, altamente indignada, se puso verde. El mismo Peter-Paulos cerró los

puños, a riesgo de provocar un conflicto entre el reino de Nápoles y el gabinete británico

—¿Vos sido—dijo—*an unpolished... positively?*

—¿Tenéis alguna enfermedad contagiosa?—repitió el doctor.

Las venas de la frente de Peter-Paulos se hincharon.

—*Me dicir*—exclamó,—*vos sido... an uncivil.*

—*¡What inelegant clown!*—dijo al mismo tiempo Penélope.

El doctor no entendía tal vez el inglés, pero había visto tantos Peter-Paulos en su vida, que adivinó al punto dónde le dolía.

—Es una simple formalidad—le dijo.

—¡Oh!...—exclamó el asociado de Marjoram Watergruel con efusión;—¿entendido vos, milady? sido una formality...

Y cogió las dos manos del doctor.

—¡Mirad!—prosiguió abriendo desmesuradamente la boca para mostrar sus largos y fuertes dientes;—mirar también la matchoare de milady... y la matchoare de Jack... y la matchoare de la sirvienta... ¡tule estar próspera formalmente!

En efecto, presentaban cuatrocientos veintiocho dientes á lo roast beef capaces de devorar un toro vivo.

El doctor pareció satisfecho de su examen.

Penélope escribió en su libro de memorias:

«Nápoles: visita de dientes para el servicio sanitario, inconveniente y tiránico».

Entretanto Peter-Paulos repetía para calmar su propia susceptibilidad:

—¡Pioure y simpel formality!

El oficial de policía tocóle en el hombro ligeramente por detrás y le dijo en francés, pero á media voz:

—¿Por qué no está á bordo Gregorio?

—¡Oh!...—contestó Peter-Paulos estupefacto,—¿vos dicho Gregorio?

—No sois vos que traéis... el Pendjab?

—¡Oh!... ¿vos dicho... el Pendjab?

El doctor se inclinó al pasar cerca de Penélope y murmuró á su oído:

—Esta noche á las ocho os irán á buscar...

Y se alejó rápidamente.

II

Motín á bordo

Mientras que Peter-Paulos trataba de comprender la significación de aquellas palabras misteriosas y que Penélope seguía con ojos pensativos el curso de sus ideas, notóse de súbito un gran movimiento en la proa del *Pausilippe*, que, á pesar de que se habían concluido las visitas, no parecía proceder del desembarco de sus pasajeros.

Hacia algunos minutos que un carruaje blasonado se había estacionado entre el teatro del Fondo que está á la punta de Castello-Nuovo y el malecón del puerto. Habiendo bajado de él un hombre vestido con elegancia, tomó un bote del muelle y dirigióse al *Pausilippe*, cuya popa abor-[®]daba en aquel momento.

El capitán le saludó de lejos con respetuosa solicitud; los oficiales de la aduana, sanidad y policía se descubrieron igualmente al cruzar su bote.

La sanidad, la aduana y la policía habían su-

bido á bordo como pudieron; para el recién venido se colocó una de esas escaleras guarnecidas de terciopelo que sólo sirven en la marina real para los oficiales de distinción, llamados por los marineros atrae-vigilias.

Esto era sobrado honor, á lo que parece, porque el recién llegado, joven, ágil y marino, saltó al puente sin tocar la escalera.

El capitán le esperaba con la gorra en la mano.

—¡Un fragmento de pisaverde!—decían entre sí los marineros.

El recién venido merecía seguramente esta calificación por lo acicalado de su traje y la elegancia graciosa y un poco afeminada de su aire, pero merecía también otra más amable.

Una simple ojeada bastaba para formar un juicio molesto.

Verdad es que poseía esa cualidad poco definida que los hombres vulgares y las camareras llaman *distinción*; pero todo lo demás era tan superior en él á esa ventaja harto común, que sólo hacemos mención de ella por costumbre.

Era hermoso, con esa belleza grande y atrevida que revela el heroísmo ó el genio. Esos ojos tan tranquilos ahora y tan dulces cuando sonreían, debían abrasar el alma en el momento de la pasión.

El poder posee señales visibles ó cuando menos sensibles, aun cuando dormita.

Este pisaverde, como le llamaban los marineros del *Pausilippe*, este dandy de manos blancas y cabellera de seda, no había dado diez pasos sobre el puente, cuando ya los marineros mudaban de parecer respecto á su persona.

A veces bajo estas formas se oculta sangre colorada—dijo el timonero.

—¡Trueno del aire!—repuso el segundo teniente, —ese alfeñique es todo nervios!

—¿No ha sufrido durante el viaje?—preguntó el recién venido al capitán tendiéndole la mano.

—No—príncipe,—respondió éste.

—¡Hola!—dijo el segundo teniente;—¡es un príncipe!

Las dos señoras desconocidas se habían levantado al acercarse el extranjero, el cual tomó la mano de la condesa para llevarla á sus labios con todo respeto.

A pesar del espesor de su velo de luto, podía leerse en el rostro de ésta una sensación extraordinaria.

Paola también estaba conmovida, pero á su manera; sus mejillas pusiéronse encarnadas como cerezas; bajó sus ojos mirando al soslayo, y dibujóse alrededor de su bella boca una sonrisa disimulada.

—Ya veo, señora—decía entretanto el recién llegado á la dama del velo,—que el doctor Daniel os ha dicho lo que debíais saber... Este traje de luto me lo anuncia.

—Lo sé todo—murmuró la pasajera anegada en lágrimas;—es decir, todo lo que el doctor podía anunciarme... vos, señor, me diréis lo demás y haréis de mí la mujer más feliz o desgraciada.

El joven desconocido le besó la mano por segunda vez.

—Hoy el reposo—le dijo;—mañana trataremos de vuestros asuntos.

—¡Qué!—exclamó la pasajera;—¿deberé aguardar hasta mañana?

—Sigo al pie de la letra las instrucciones del doctor Daniel—respondió el hermoso joven.

Después añadió:

—Si queréis seguirme, voy á conducirlos á vuestro palacio.

—¡Mi palacio!—exclamó la pasajera sorprendida. Los ojos de su interlocutor le dijeron:

—Silencio... nos observan.

Calló la señora: el joven le ofreció su brazo
atravesaron los grupos de pasajeros.

—¿Se van estos?—preguntó un grueso mercader.

—Capitán—dijo una fabricante de jabón de Marsella,—¿queréis jugaros una mala pasada?

El caballero, su compañera y Paola, que refa al oír los murmullos de la muchedumbre, llegaron á la proa donde les aguardaba el bote.

El capitán parecía estar desazonado.

Hizo señal de lejos á dos marineros, y éstos se pusieron delante del joven desconocido, diciendo:

—No se pasa.

—¡Enhorabuena!—exclamó la fabricante de jabón,—cuando yo espero, el rey puede esperar.

Los grupos de los mercaderes aplaudieron.

—¿Qué significa esto, señor Bergassa?—preguntó el bello desconocido volviéndose al capitán.

—Príncipe—dijo éste,—los reglamentos no admiten ninguna excepción.

—¿Ni por mí?—exclamó en tono de zumba la comerciante de jabón.

—¿Ni por nosotros?—dijeron en el mismo tono los demás mercaderes.

Y Peter-Paulos añadió:

—Este personaje impertinente no estar en una casa exceptivo coma la mía... yo ser súbdito inglés.

Los que tuvieron la suerte de oír pronunciar á Peter-Paulos Brown, de Cheapside, esta palabra: *súbdito inglés*, comprenderían el énfasis sublime de la antigua frase: *Sum civis romanus*.

Entretanto el grupo de pasajeros iba estrechando su círculo para gozarse en la confusión del dandy, que había creído hacerse abrir una puerta cerrada á tantos negociantes marseleses.

La fabricante de jabón salpicaba su alegría co

tódas las flores del lenguaje nacidas en las fragantes riberas de la Cannebière.

En medio de este barullo el joven desconocido pronunció á media voz un nombre:

—Cucuzone.

Vióse uno de los cables de los obenques de babor distenderse bruscamente, agarrarse una ancha mano al borde de la orla, y un bizarro mozo de color moreno, vestido de marinero, cayó como una bala sobre el puente.

—Excelencia—dijo colocándose delante del desconocido.

Los asistentes callaron sorprendidos de la agilidad salvaje del joven.

—¡Veri nimble clown!—exclamó Peter-Paulos con admiración.

—¿Traes la tarjeta?—preguntó el joven dandy al marinero.

Este sacó de su seno un papel que puso en manos del capitán.

—Dejad pasar—ordenó en seguida este último, añadiendo con un respetuoso saludo:

—Príncipe, dispensadme por haber cumplido con mi obligación.

El bote tocaba en uno de los flancos del *Parasilippe*; Cucuzone se echó dentro de un salto.

Luego volvió á poner la escalera y el joven desconocido hizo bajar á sus dos compañeras.

Por de pronto se encendió otra vez el motín, y Peter-Paulos entró en una agitación tal, que Jack no se acordaba de haberle visto jamás en semejante estado. Cerraba los puños, hinchaba las mejillas, su frente y sus orejas, excesivamente coloradas, resaltaban sobre el amarillo deslustrado de sus cabellos.

—Mi querer partir—decía,—partir al momento; esto estar intolerable; ¡le suplijo de Tantalaus! ¡Mi ser súbdito inglés, entender!

Y se mezcló con la irritada muchedumbre de los pasajeros.

Entretanto el bote se dirigía á fuerza de remos al desembarcadero, llevando al príncipe y sus dos compañeras, una de las cuales se volvió para lanzar una mirada burlona á los pasajeros del *Pausilippe*.

Peter-Paulos se adjudicó esta mirada y su ira fué en aumento.

Entre los gritos que se alzaban del puente del buque, se podía distinguir fácilmente la voz gutural del comerciante de algodón repitiendo su patriótica protesta:

— ¡Mi ser súbdito inglés!

El bote llegó al muelle. El príncipe, la señora del velo y Paola subieron al carruaje blasonado, el cual partió al galope y desapareció tras el ministerio de Estado.

III

Avenida-di-Porto

Media hora después de lo ocurrido, Peter-Paulos se instalaba en un aposento de la fonda de la *Gran Bretaña*.

Pasada otra media hora se vestía un traje que había comprado expresamente para guardar el incógnito en sus viajes, y salía callandito de la fonda, bajaba á la villa Reale, remontaba la calle de Santa Catarina y la avenida de Chiaja para salir á los alrededores del puerto. Eran las seis y empezaba á anochecer, pues estábamos en el mes de Febrero.

Peter-Paulos caminaba á grandes pasos.

Un pensamiento le dominaba: quería hallar á la marquesa.

Peter-Paulos traía cartas de recomendación para los altos dignatarios de policía.

Con un poco de ayuda podía saber en algunas horas el retiro de la que había elegido entre todas para adorarla rendidamente.

Sin haber preguntado por su camino llegó hasta el ministerio de Estado, en el cual está la dirección de policía. Por supuesto en aquellas horas las oficinas estaban cerradas. Peter-Paulos entró en la casa del conserje y le dijo que deseaba hablar al señor Spurzeim para un asunto de la más alta importancia.

El conserje le contestó que el señor Spurzeim hacía cuatro días que estaba enfermo, y que habitaba en su casa de la plaza del Mercato, al otro extremo de la ciudad.

Los alrededores del muelle y del teatro del Fondo se hallaban desiertos. Aquella noche no había función; pero en el momento en que Peter-Paulos volvía la espalda para penetrar en la ciudad vieja, un espectáculo verdaderamente extraordinario le hizo acortar el paso.

El ruido, el movimiento, las habladurías, los gritos, los empujones, las risas que se observaban en el muelle á la llegada del *Pausilippe*, parecían haber emigrado centuplicados á aquella parte de la ciudad.

Vefanse brillar y correr millares de luces semejantes á fuegos fatuos. Aquí y allí, en medio de la calle, ardían varios fogones. A cada bocanada de viento dejábase sentir un olor á cocina gradualmente más fuerte y penetrante.

Paeter-Paulos se detuvo bajo un reverbero y consultó su *Guía*.

El plano le indicó su situación. Hallábase á la

entrada de la Avenida-di-Porto, calle larga, bastante ancha, irregular y mal empedrada de baldosas de lava, que penetra hasta el interior de la ciudad antigua, dando la vuelta al puerto del comercio y al pequeño puerto, á tres ó cuatro calles de distancia.

En 1823, esta calle conducía por el Vico Piccolo y el Sotto-Pórtico de San Pedro á la entrada principal de Castello-Vecchio, derribado en 1831.

Hacia la entrada veíase la célebre fuente de las Tres Vírgenes, cerca de la cual Thommaso Aniello, derribando en 7 de Julio de 1647 su parada de frutas y pescado, levantó el estandarte de la rebelión contra los españoles. La figura grotesca de la fuente decían que representaba á Masaniello.

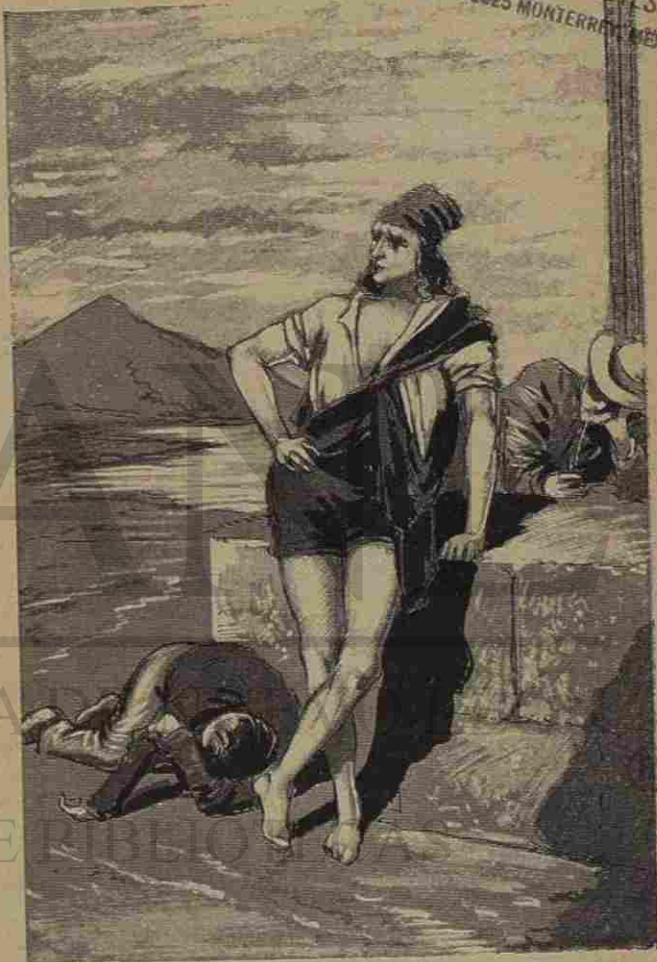
Advertido por su *Guía*, Peter-Paulos relegó la cadena del reloj al fondo del bolsillo antes de penetrar en esta calle.

A unos cien pasos hallóse en medio de un gentío que levantaba tanto estrépito que estuvo tentado de taparse los oídos.

Entre todos los corrillos napolitanos, los de la Avenida-di-Porto tienen fama por su proverbial jovialidad. Son una especie de convite gastronómico, un banquete nocturno de diez mil convidados, en el cual no se ve un solo cubierto.

Este festín alegre y vocinglero se prolonga entre gestos y empujones hasta las once ó las doce de la noche según la estación. Centenares de cocinas ambulantes, guisando *coram populi*, se disputan activamente el favor del público. En una parte se cuece la sopa; en otra los principios, un poco más lejos el asado; los postres son llevados sobre la cabeza de vendedores de voz sonora y penetrante.

Peter-Paulos en este primer momento no llamó mucho la atención. Cada cual no cuidaba más



Había en su indolente altivez una poesía.

que de comprar lo que necesitaba y de comerlo en la mano, sazonando el convite con algunos gestos. De tiempo en tiempo se empeñaban escaramuzas, tirándose cortezas de melón; pero esto era poca cosa, y Peter-Paulos no recibió más que una en la cara.

—¡Estar muy curiosa!—murmuró limpiándose la mejilla.

Sin embargo, se separó un poco y arrimóse á un guardacantón situado á unos treinta pasos de la fuente de las Tres Vírgenes, á fin de consultar su diccionario italiano con motivo de esa multitud de gritos que le aturdían.

Todas hablaban á la vez y Peter-Paulos colocado bajo un reverbero hojeaba su diccionario con encarnizamiento.

Le pareció comprender que se trataba de una ejecución próxima, de patíbulo, de bandidos, y que el reo se llamaba el barón de Altamonte.

¡Qué nombre tan magnífico para un bandido! ¡el barón de Altamonte! ¡Y haber llegado á tiempo para ver esta ejecución!

Las comadres decían:

—La ejecución será mañana.

—¿Y tienen buena figura?

—¡Soberbia!

—¡Entonces no será tan malo!... el último era jorobado...

Y tiraban sus cortezas de melón al aire sobre las cabezas.

—¡Ostriche! (ostras)—gritaban,—¡Ostriche di Fusaro!... frescas como las rosas.

Peter-Paulos buscaba *ostriche* en su diccionario, y antes que lo hubiese encontrado, gritaban en otra parte:

—¡Lasagne de Amalfi! ¡Lasagne fondete!

—¡Ravioli dolci!

—¡Macaroni di grano duro!

Tres especies de pastas apetecibles á los paladares napolitanos.

Peter-Paulos abandonaba *ostriche* para buscar *ravioli*.

— ¡*Frittella!* ¡*Callida!* ¡*Frittata!* ¡*Frittune!*

— ¡*Carbondousi!* ¡*carnesche!* ¡*carotate!* ¡*cestole!*
¡*scottate!* ¡*esselate!* ¡*megliacchie!*

El pobre Peter-Paulos dejaba uno de estos términos para buscar otro y no encontraba ninguno.

El tumulto iba creciendo á cada instante y parecía que la alegría turbulenta de este pueblo debía muy luego traspasar todos los límites.

De repente, en un momento en que la llama de un fogón despedía vivo resplandor, producido por la grasa que caía de las parrillas, alumbróse la base de la fuente como en medio del día, y Peter-Paulos distinguió un grupo que todavía no había visto.

Este grupo se componía de tres hombres: uno apoyado perezosamente en la pared, bajo el hueco de una de las tres *madonnas*; otro sentado en el borde de la concha, y el tercero acostado como un perro al pie de los otros dos.

El primero vestía el traje de pescador, único traje que ha quedado como característico de Nápoles. Llevaba unos *calzoni* ó pantalón ajustado de lana carmesí, el chaleco redondo y un cinturón. Su gorro colorado dejaba escapar las masas desordenadamente rizadas de sus cabellos castaños con reflejos amarillos.

Este hombre tenía una figura magnífica. Un pintor hubiera querido delinear su postura perezosa y varonil. Había en su indolente altivez una poesía tan perfectamente italiana, que su aspecto recordaba involuntariamente los soberbios tipos que el arte nos ha conservado.

El segundo, que como hemos dicho estaba sentado en la concha de la fuente, parecía marino:

era pequeño, rechondo, y fumaba con voluptuosidad una pipa de espuma que descendía entre sus piernas. También llevaba un gorro, pero sus cabellos que se adelantaban hacia la frente recortados formaban una punta aguda sobre el entrecejo.

El tercero, á decir verdad, no tenía ni tipo ni traje. Parecía una masa informe cubierta de harapos. Estaba acostado en una actitud tan extraña que un clown de nuestro Circo no la hubiera podido conservar ni treinta segundos.

Su cara estaba oculta bajo uno de sus brazos.

Tal era el grupo repentinamente alumbrado que se presentó un instante á la vista sorprendida de Peter-Paulos Brown.

Este grupo excitó en gran manera su atención.

Peter-Paulos considerado como tipo ó resumen de los diversos habitantes de Cheapside atacados del mal de la Italia, había aprendido en las *Guías* cierto número de conocimientos artísticos. Así que, habiendo examinado este grupo bajo el aspecto artístico, quedó satisfecho ante todo de sí mismo por el buen gusto que mostraba.

La llama se extinguió y el grupo volvió á quedar sumido en la obscuridad.

El corrillo sabático de los alegres comedores de macarroni redoblaba la petulancia de sus movimientos.

Peter-Paulos había cuasi olvidado la causa de su salida de la fonda, cuando dos hombres pasaron rápidamente por delante de él. Parecían dirigirse á la ciudad alta.

Los dos iban embozados en su capa hasta los ojos.

En el momento en que esos dos hombres cruzaban ante su vista, pronunciaron palabras que Peter-Paulos pudo entender perfectamente: luego se alejaron.

El aspecto de esos dos hombres picó la curiosidad de Peter-Paulos.

Por otra parte la frase italiana contenía un nombre capaz por sí solo de dar fiebre á cualquiera

Un nombre que estaba en su *Guía*.

El del más célebre bandolero de los Abruzos

Los dos desconocidos habían hablado de Porporato.

Empezó á cavilar.

Con ayuda del diccionario pudo traducir la frase que había oído, la cual era la siguiente:

Porporato no le dejará morir... ha jurado por el silencio que escalará por sí mismo los muros de Castello-Vecchio.

IV

Las sorpresas de Peter-Paulos Brown, de Cheapside

Peter-Paulos estaba seguro de su traducción. El diccionario se la había revelado palabra por palabra, y la frase italiana quedaba grabada en su memoria.

¡Cuántos misterios en una sola frase!

Tratábase sin duda de ese barón de Altamonte cuya ejecución estaba fijada para el día siguiente.

Y ese juramento del Silencio ¿qué significaba?

No es fácil dar animación al carácter inglés, y la atmósfera de la Cité de Londres no produce el amor á lo fantástico.

Sin embargo, lo fantástico de cierto género, la poesía bandolera, para expresarnos así, impresio-

na muy vivamente las imaginaciones del otro lado del canal de la Mancha.

Ya no se trataba ahora de la marquesa. Peter-Paulos seguía en su propósito de solicitar el apoyo de un alto empleado de policía á quien iba recomendado, pero no ya para encontrar á su Dulcinea.

La marquesa estaba de baja.

Hubiera sido necesario para volver á pensar en ella que se encontrase inopinadamente mezclada con esa nueva y tenebrosa intriga.

Lo que Peter-Paulos quería era el apoyo del señor Spurzeim para poder introducirse en la prisión del barón de Altamonte.

Así tendría ocasión de denunciar la presencia de Porporato en Nápoles, y descifrar el sentido de las palabras que la casualidad le había dejado oír.

Cerró el diccionario y la *Guía* para seguir su camino hacia la ciudad alta.

Al ponerse en movimiento, los dos hombres de las capas se dejaron ver de nuevo á unos diez pasos de distancia.

Peter-Paulos se puso en acecho.

Los dos hombres parecían examinar los corrillos con mirada curiosa. Algunos les saludaban, otros se separaban á su paso.

Un tercer personaje del todo semejante á ellos se les juntó en el instante en que volvían á pasar por delante de Peter-Paulos.

—El jefe que tienen esta noche—dijo el recién llegado,—es Baldemonio.

Iba á proseguir, cuando los otros dos le tocaron con el codo, y los tres se detuvieron de repente, mirando á Peter-Paulos con atención.

Esta oyó que uno de ellos decía:

—Estas son las señas.

Desde luego se le ocurrió la idea de que serían

El aspecto de esos dos hombres picó la curiosidad de Peter-Paulos.

Por otra parte la frase italiana contenía un nombre capaz por sí solo de dar fiebre á cualquiera

Un nombre que estaba en su *Guía*.

El del más célebre bandolero de los Abruzos

Los dos desconocidos habían hablado de Porporato.

Empezó á cavilar.

Con ayuda del diccionario pudo traducir la frase que había oído, la cual era la siguiente:

Porporato no le dejará morir... ha jurado por el silencio que escalará por sí mismo los muros de Castello-Vecchio.

IV

Las sorpresas de Peter-Paulos Brown, de Cheapside

Peter-Paulos estaba seguro de su traducción. El diccionario se la había revelado palabra por palabra, y la frase italiana quedaba grabada en su memoria.

¡Cuántos misterios en una sola frase!

Tratábase sin duda de ese barón de Altamonte cuya ejecución estaba fijada para el día siguiente.

Y ese juramento del Silencio ¿qué significaba?

No es fácil dar animación al carácter inglés, y la atmósfera de la Cité de Londres no produce el amor á lo fantástico.

Sin embargo, lo fantástico de cierto género, la poesía bandolera, para expresarnos así, impresio-

na muy vivamente las imaginaciones del otro lado del canal de la Mancha.

Ya no se trataba ahora de la marquesa. Peter-Paulos seguía en su propósito de solicitar el apoyo de un alto empleado de policía á quien iba recomendado, pero no ya para encontrar á su Dulcinea.

La marquesa estaba de baja.

Hubiera sido necesario para volver á pensar en ella que se encontrase inopinadamente mezclada con esa nueva y tenebrosa intriga.

Lo que Peter-Paulos quería era el apoyo del señor Spurzeim para poder introducirse en la prisión del barón de Altamonte.

Así tendría ocasión de denunciar la presencia de Porporato en Nápoles, y descifrar el sentido de las palabras que la casualidad le había dejado oír.

Cerró el diccionario y la *Guía* para seguir su camino hacia la ciudad alta.

Al ponerse en movimiento, los dos hombres de las capas se dejaron ver de nuevo á unos diez pasos de distancia.

Peter-Paulos se puso en acecho.

Los dos hombres parecían examinar los corrillos con mirada curiosa. Algunos les saludaban, otros se separaban á su paso.

Un tercer personaje del todo semejante á ellos se les juntó en el instante en que volvían á pasar por delante de Peter-Paulos.

—El jefe que tienen esta noche—dijo el recién llegado,—es Baldemonio.

Iba á proseguir, cuando los otros dos le tocaron con el codo, y los tres se detuvieron de repente, mirando á Peter-Paulos con atención.

Esta oyó que uno de ellos decía:

—Estas son las señas.

Desde luego se le ocurrió la idea de que serían

gendarmes disfrazados, y ya iba á presentarles su pasaporte, cuando un objeto, una mano, según creyó primeramente, se apoyó en su espalda.

Al propio tiempo una voz le decía alegremente:

—No te muevas, mi querido marinero, que me harías dar la voltereta... ¡Allá va... ya estoy... gracias!

Volvióse Peter-Paulos, y vió que el objeto que le había tocado, no era una mano sino un pie.

Había servido de apoyo á un hombre, vestido de una manera estrambótica, para subir á la cornisa de una puerta medio arruinada.

El hombre le daba las gracias.

Hasta ahora no tenía eso nada de particular.

Pero los tres personajes habían desaparecido otra vez.

De lo alto de esta tribuna improvisada, el hombre al cual había servido de apoyo, se puso á gritar con voz de tenor que dominó los murmullos cercanos:

—Muy exactas é interesantes noticias sobre el pretendido barón de Altamonte, capturado por la policía real y condenado á muerte por sentencia de la Consulta Mayor... Su vida, sus crímenes, sus aventuras galantes... Documentos que prueban que este bandido es el verdadero Porporato de los montes del Abruzzo... Cuatro páginas impresas con esmero por Ducchino de la calle de los Libreros... con el retrato del bandido y documentos justificativos... ¡se vende á dos granos!

Antes que el hombre hubiese acabado de recitar esta lección, ya se había formado á su alrededor un círculo apretado y bullicioso.

—¡Venga, Frasconi! ¡venga!—gritaban de todas partes.

—¡Otro!—decía también Peter-Paulos dando una moneda de plata.

Frasconi, con el bullicio, olvido devolverle el cambio.

Peter-Paulos logró por su moneda de plata un pequeño cuaderno de papel de cuatro pliegos que contenía ocho páginas de impresión.

En la primera de estas páginas había una espesa mancha de tinta: era el retrato del barón de Altamonte por otro nombre Porporato, el verdadero Porporato, porque la policía había cogido y los tribunales condenado cuatro ó cinco Porporatos.

Al otro día de la ejecución, el diablo de Porporato hacía alguna de las suyas para probar que se encontraba en perfecta salud, á pesar de que el verdugo había cumplido su obligación á las mil maravillas.

—¡Otro! ¡otro! ¡otro!

—La venta tenía grande éxito. Todos tendían la mano, y el bolsillo de Frasconi se llenaba rápidamente.

Colocado Peter-Paulos en el centro del círculo y cautivo de la muchedumbre, se esforzaba para leer su cuaderno y no podía. No pudiendo leer, reflexionaba.

Peter-Paulos se decía entre sí:

—Estoy evidentemente en el centro de un océano de misterios... ¿Cómo conciliar este escrito con las palabras pronunciadas hace poco por esos dos desconocidos que, entre paréntesis, debían pertenecer á la policía ó á la clase más ruin de la sociedad? Si ese barón de Altamonte es Porporato, síguese de ahí que Porporato está preso y que mañana debe ser ejecutado... En esta situación, ¿cómo Porporato podría haber prometido por el juramento del Silencio escalar los muros de Castello-Vecchio y libertar al barón de Altamonte?... Hay aquí algo que yo no entiendo,

mejor es ir inmediatamente á encontrar al jefe de policía...

Pero la muralla humana se estrechaba á su alrededor gritando sin cesar:

—¡Otro! ¡otro! ¡otro!

Y en el momento en que aflojaba la venta el tenor Frasconi volvía otra vez á repetir:

—Muy exactas é interesantes *notizie* sobre el pretendido barón de Altamonte, capturado por la policía real y condenado á muerte... etc.

En este instante Peter-Paulos se encontraba bajo un pórtico oscuro á diez pasos poco más ó menos de la fuente de las Tres Vírgenes.

—Por fin—exclamó cerca de él una voz fresca y resuelta,—¡se encuentra con quien hablar!... Hace más de un cuarto de hora que estoy buscando á Baldemonio.

Y un brazo se enlazó familiarmente con el suyo. ¿Quién era?

Esta vez sintió Peter-Paulos una sensación tan extraordinaria que poco le faltó para desmayarse.

La mujer que le había cogido el brazo era joven, viva en sus ademanes, y vestía el traje airoso de las grisetas napolitanas.

Llevaba en la mano un canastillo de naranjas

Bajo su pequeña gorra guarnecida de encajes negros que cubría una abundante cabellera, Peter-Paulos vió brillar los ojos saltones de su marquesa.

¡Esta vendedora de naranjas era su marquesa!

Su agitación fué tal á esta vista, que ella le soltó el brazo.

—¿Qué tienes, Sansovina?—le preguntó.

Pero viendo que su compañero no daba señales de vida, le arrancó el gorro con mano rápida.

Los cabellos amarillos de Peter-Paulos quedaron al descubierto coronando su rostro azorado.

La marquesa prorrumpió en una carcajada.

—¡El *goddam* del buque!—exclamó reventando de risa,—¡el *goddam* en persona!

Luego le dijo muy seria:

—¿Por qué diablos os habéis levantado el cuello del sobretodo?

Peter-Paulos estaba como atontado.

Parecióle oír que se decía cerca de él en francés:

—¡La Fiamma!... ¡Se te busca!...

Cerró los ojos para recogerse en sí mismo y cuando los abrió ya no estaba la marquesa.

Pero un instante después, al resplandor más vivo que despedía un fogón vecino, volvió á verla al pie de la fuente entre esos tres hombres que formaban el grupo que tanto le había llamado la atención.

En este momento distinguióse claramente el rostro del hermoso marinero.

Peter-Paulos se dirigió á él maquinalmente y sin saber lo que hacía.

Frotábase los ojos creyéndose juguete de algún sueño. No era la primera vez que veía ese rostro tan allivo, y esas facciones puras y despejadas.

Esta cara era la del desconocido, del dandy que fué por la mañana á bordo del *Pausilippe*, mientras la policía, la aduana y la sanidad estaban almorzando, y en obsequio del cual se había hecho un *desaire* á todos los pasajeros, sin exceptuar el mismo Peter-Paulos, súbdito inglés.

¡El *príncipe*, como le había llamado con todo respeto el capitán del buque!

¡El que se había llevado la mujer vestida de luto y la marquesa!

¡Príncipe por la mañana, marinero por la noche! ¡Cayendo del carruaje blasonado al fétido lodazal de la Avenida-di-Porto!

¿Qué significaba esto?

De súbito los ojos del hermoso marinero se fijaron por casualidad en Peter-Paulos que estaba inmóvil, mirándole con la boca abierta.

El marinero tocó con el codo á la desenvuelta Paola y le dijo una palabra al oído.

Paola se volvió.

Inmediatamente prorrumpieron en esa franca y estrepitosa carcajada que la vista de Peter-Paulos parecía poseer el privilegio de producirle.

El marinero pronunció algunas palabras más en voz baja.

El clown levantóse perezosamente. Era un robusto y hermoso diablo, admirablemente suelto, que debía ejecutar á las mil maravillas el salto mortal.

El otro marinero se dejó caer como á pesar suyo de la concha de la fuente y se guardó la pipa en el bolsillo.

Estos preparativos apenas llamaron la atención de Peter-Paulos, tan absorto estaba en contemplar los dos principales personajes de esta escena; ¡el príncipe marinero y la marquesa vendedora de naranjas!

Tan sólo advirtió que el otro marinero y el clown habían desaparecido.

Notóse en los corrillos un ligero movimiento. Peter-Paulos oyó estas palabras pronunciadas muchas veces:

— ¡Alla girella!... ¡alla girella!...

Instintivamente abrió su fiel diccionario.

Pero en el punto en que su diccionario le revelaba las varias acepciones de la palabra *girella*, los corrillos parecieron quererle encargar de ofrecerle una traducción literal y práctica.

«Torniquete, molinete, polea, veleta», había respondido el diccionario.

Una espalda empujó ligeramente la espalda de

recha de Peter-Paulos, y otra espalda ejecutó la misma operación en la izquierda.

Habiendo tenido lugar otros choques alternativamente, Peter-Paulos ejecutó á pesar suyo una media vuelta perfecta.

Hasta aquí la mitad de la *girella*.

Mientras empezaba á moverse, una mano le impulsó tomándole por el codo derecho y otra mano por el izquierdo.

La vuelta fué completa.

¿Habéis visto ponerse en movimiento una locomotora?

Los golpes del pistón y las bocanadas de vapor se hallan al principio separados por largos intervalos. Al cabo de algunos segundos van sucesivamente acercándose, pero todavía se pueden contar. De súbito falta la intermitencia, lo cual produce al oído el mismo efecto que una larga hilera de reverberos á la vista.

Así marcha el juego napolitano de la *girella*.

Los tiempos del movimiento que hemos indicado, espalda derecha, espalda izquierda, brazo izquierdo y brazo derecho, siguen la escala descendente de una progresión geométrica hasta el instante en que el efecto giratorio llega al *sumum* de su intensidad; es decir, cuando la víctima de las alegrías partenopeas gira con la velocidad de un trompo.

Entonces los alegres corrillos prorrumpen en una risa inmensa, homérica, interminable, y gritan á voz en cuello, siguiendo el trompo humano:

— ¡Alla girella!... ¡alla girella!...

Peter-Paulos sorprendido por la primera media vuelta, irritado por la segunda, inquieto por la tercera, quiso resistir; pero ¿cómo?

Esos diablos de napolitanos son muy hábiles en tal ejercicio.

El marinero había imprimido el vaivén la pri-

¿Qué significaba esto?

De súbito los ojos del hermoso marinero se fijaron por casualidad en Peter-Paulos que estaba inmóvil, mirándole con la boca abierta.

El marinero tocó con el codo á la desenvuelta Paola y le dijo una palabra al oído.

Paola se volvió.

Inmediatamente prorrumpieron en esa franca y estrepitosa carcajada que la vista de Peter-Paulos parecía poseer el privilegio de producirle.

El marinero pronunció algunas palabras más en voz baja.

El clown levantóse perezosamente. Era un robusto y hermoso diablo, admirablemente suelto, que debía ejecutar á las mil maravillas el salto mortal.

El otro marinero se dejó caer como á pesar suyo de la concha de la fuente y se guardó la pipa en el bolsillo.

Estos preparativos apenas llamaron la atención de Peter-Paulos, tan absorto estaba en contemplar los dos principales personajes de esta escena: ¡el príncipe marinero y la marquesa vendedora de naranjas!

Tan sólo advirtió que el otro marinero y el clown habían desaparecido.

Notóse en los corrillos un ligero movimiento.

Peter-Paulos oyó estas palabras pronunciadas muchas veces:

—¡Alla girella!... ¡alla girella!...

Instintivamente abrió su fiel diccionario.

Pero en el punto en que su diccionario le revelaba las varias acepciones de la palabra *girella*, los corrillos parecieron quererle encargarse de ofrecerle una traducción literal y práctica.

«Torniquete, molinete, polea, veleta», había respondido el diccionario.

Una espalda empujó ligeramente la espalda de-

recha de Peter-Paulos, y otra espalda ejecutó la misma operación en la izquierda.

Habiendo tenido lugar otros choques alternativamente, Peter-Paulos ejecutó á pesar suyo una media vuelta perfecta.

Hasta aquí la mitad de la *girella*.

Mientras empezaba á moverse, una mano le impulsó tomándole por el codo derecho y otra mano por el izquierdo.

La vuelta fué completa.

¿Habéis visto ponerse en movimiento una locomotora?

Los golpes del pistón y las bocanadas de vapor se hallan al principio separados por largos intervalos. Al cabo de algunos segundos van sucesivamente acercándose, pero todavía se pueden contar. De súbito falta la intermitencia, lo cual produce al oído el mismo efecto que una larga hilera de reverberos á la vista.

Así marcha el juego napolitano de la *girella*.

Los tiempos del movimiento que hemos indicado, espalda derecha, espalda izquierda, brazo izquierdo y brazo derecho, siguen la escala descendente de una progresión geométrica hasta el instante en que el efecto giratorio llega al *sumum* de su intensidad; es decir, cuando la víctima de las alegrías partenopeas gira con la velocidad de un trompo.

Entonces los alegres corrillos prorrumpen en una risa inmensa, homérica, interminable, y gritan á voz en cuello, siguiendo el trompo humano:

—¡Alla girella!... ¡alla girella!...

Peter-Paulos sorprendido por la primera media vuelta, irritado por la segunda, inquieto por la tercera, quiso resistir; pero ¿cómo?

Esos diablos de napolitanos son muy hábiles en tal ejercicio.

El marinero había imprimido el vaivén la pri-

mera vez, el clown la segunda. Miterino al codo derecho, Farfalla al izquierdo.

—¡Bravo, Ruggieri, amico!

—¡Bravo, amico Cucuzone!

—¡Bravo, Farfalla; Miterino, Bravo!

Al cabo de una docena de vueltas, el pobre Peter-Paulos había perdido completamente la cabeza, ya sólo se sostenía por la multiplicidad de choques contrarios y giraba locamente, extendiendo los brazos al azar.

El gentío, las tiendas, los fuegos y las luces giraban á su alrededor con espantosa rapidez.

Peter-Paulos oía sin cesar ese grito que era como un agujón á su furor:

—¡*Alla girella!*

Hacia esfuerzos sobrehumanos para gritar, hinchaba las mejillas, y hubiese dado cincuenta libras esterlinas tan sólo para poder decir á esos canibales:

—¡Mi ser sudito inglés!

Pero la palabra espiraba en sus labios; y por otra parte ¿cómo hacerse oír en medio de esa zambra?

Estaba enteramente á merced de esa muchedumbre en la que cada mano hacía el oficio de látigo ó zapato.

Su corazón se indignaba; millares de centellas chispeaban ante sus ojos.

Y siempre, siempre á su alrededor esa danza diabólica, de la cual salían los lejanos gritos de:

—¡*Lasagne de Amalfi!*... ¡*Ravioli maccaroni di grano duro!*

—¡*Ostriche di Fusaro!*

—¡*Frutti di mare!*

—¡*Fritella callida!*

—¡*Carbonchiosi!* ¡*Frittune!* ¡*Carneseche!*

Y sobre estas voces el clamor de:

—¡*Alla girella!*... ¡*Alla girella!*

¿Cuánto tiempo duró esto? Peter-Paulos no le hubiera podido precisar.

Solamente, después de un largo martirio, los olores de cocina llegaron menos acres á su revuelto estómago. El movimiento le pareció menos impetuoso, los gritos menos chillones.

Las luces parecían extinguirse, ¿Era que se velaban sus ojos?

Luego notó una gran obscuridad, reinando un silencio que sólo interrumpían algunas risas aisladas.

Las risas se extinguieron á su vez.

Durante un segundo sintió dar una vuelta en el vacío, bamboleóse como una perinola que va á caer, y se desplomó frente á una especie de línea luminosa que le dejó deslumbrado.

Bajo su cuerpo que quemaba, sintió la fría humedad del suelo de la calle. Esto le hizo volver en sí.

La calle resonaba al ruido de un carruaje que se acercaba á toda prisa.

—¡A un lado!—exclamó el cochero.

Peter-Paulos se separó instintivamente.

El coche pasó de largo.

Peter-Paulos, vuelto del todo en sí, lanzó una mirada á su alrededor. Su estado se parecía al de una embriaguez entorpecida y pesada.

En los banquetes solemnes de Cotton's-club, Peter-Paulos se había visto bastantes veces en situaciones semejantes; pero entonces contaba con el auxilio de Jack, el cual tenía á su cargo llevarle á la cama.

¿Dónde estaba Jack?

¿Dónde Penélope, cuya delgada mano le presentaba en estas circunstancias el té digestivo, el té benéfico?

En cuanto á Jack, Peter-Paulos no hubiera respondido de él; pero por lo que respecta á Pené-

lope, ¡oh! Penélope estaba muy prudentemente acostada en su cama de la fonda de la Gran Bretaña.

Peter-Paulos no conocía bien el lugar en que se hallaba en aquel momento. Era una plaza vasta, rodeada de edificios elegantes, la mayor parte de construcción moderna.

A su derecha se extendía una larga calle tirada á cordel y bien iluminada. Delante de sí veía esa gran claridad que le había deslumbrado en el momento de su caída.

Esta claridad procedía de una fachada llena de luces de un palacio al estilo griego, adornado con una doble línea de columnas.

Peter-Paulos se había arrastrado con la ayuda de las manos y rodillas hasta el ángulo de esta plaza para resguardarse de los carruajes.

Un reverbero alumbraba á la vez dos letreros colocados en cuadro en ambas caras del ángulo.

Uno de ellos decía: *Strada-di-Toledo*, el otro *Largo dello Spirito-Santo*.

Estaba en el caso de consultar el plano, pero ¡ay! *Guía* y diccionario habían desaparecido en la gran tormenta de la *girella*.

Los ojos de Peter-Paulos se dirigieron hacia la brillante fachada del palacio. El coche que por poco le aplasta, estaba detenido delante del peristilo.

Las fantasmagorías son como las desgracias, que, según se dice, nunca vienen solas.

Ciertamente Peter-Paulos Brown había tenido de qué admirarse, desde la maldita determinación de salir disfrazado en busca de su marquesa; pero esta vez el estupor llegó á su colmo.

El sueño se convirtió en dolorosa pesadilla.

Peter-Paulos vió descender del carruaje á un hombre de cerca de seis pies de alto, vestido de militar.

Hasta aquí, nada de particular.

Pero tras el gigante bajó una mujer alta y delgada con un vestido de raso azul celeste, una manteleta color de rosa y un turbante color de naranja.

En rigor podían existir otras mujeres tan altas y delgadas como Penélope.

Peter-Paulos conocía nueve en Cheapside.

Pero ¿no era para ella para quien Peter-Paulos en un día de prodigalidad había comprado seis varas de raso azul celeste?

El respetable Mr. Watergruel, desgraciado anciano, ¿había regalado á otra esa manteleta color de rosa?

Y el turbante color de naranja con flecos que Yocasta había mandado hacer á su modista francesa de Marile-Bone, ¿también era para otra?

¡Penélope con un coronel! ¡Demencia! ¡Delirio!

Penélope con el traje de baile que llevaba el año anterior en el *raout* de Smithson y Coperfields, el más honrado fabricante de cueros de todo el Ave-María-Lane!

Peter-Paulos llamó á Penélope por su nombre, y se lanzó á saltos hasta el peristilo del palacio. Cuando llegó, la mujer alta y flaca, su vestido azul celeste, su manteleta color de rosa y su adorno anaranjado guarnecido de flecos, habían desaparecido bajo el vestíbulo.

No quedaba más que el gigante.

Peter-Paulos, á quien la rabia había transformado en león, se precipitó sobre él, acusándole de raptó y llamándole malhechor.

El gigante lo rechazó empujándolo simplemente con la mano, hasta en medio de un grupo de lacayos, y entró.

—¡Mi querer ir!—exclamó Peter-Paulos con la boca espumosa,—detenido ese corruptor... llevar

milady. ¡Mi rogar encarecidamente!.. ¡Oh! ¡El scelerate!

Los lacayos le rodeaban, pero su bolsa había desaparecido bajo las alas de la *girella*.

No encontrándola, quiso penetrar á viva fuerza. Los criados, viendo su traje rasgado y fangoso y su rostro descompuesto, no pudieron dudar de que se las habían con un comerciante de algodón.

—No se puede entrar en el palacio Doria sin una tarjeta de invitación.

Peter-Paulos forcejeó aún un instante, luego se estremeció de pies á cabeza y quedó tranquilo de repente.

—Estar bien—dijo,—mí sido contento de saber... el palacio Doria!... aquí traer carta de reccomandación... Mí hacer venir la polisa seguida.

Desprendióse de los criados y cruzó la plaza de Santo Espíritu á grandes pasos, gesticulando y hablando sólo.

Luego subió al primer carruaje de alquiler que le vino á la mano.

—¡A la casa de le director de la polisa real!—exclamó,—mí ser súdito inglés... y sospechar milady... Mí suplicar ir á prisa... querer hacer un exempel... fomalemente!

V

El improvisador Mariotto

Cuando el hombre de la pipa de espuma y el clown volvían de su expedición contra Peter-Paulos Brown de Cheapside, el hermoso pescador había desaparecido del lugar que ocupaba antes, al pie de la fuente de las Tres Virgenes.

En su lugar veíase un improvisador rodeado le ávidos oyentes.

Pero en las callejuelas situadas tras la fuente de la calle principal, había un vaivén silencioso, y el gallardo marino no debía estar muy lejos, porque la vendedora de naranjas mostraba su picarillo rostro en la embocadura del vicoletto Delfino ó del vico Sorrento.

Así se llamaban las dos callejuelas que iban á juntarse á unos trescientos pasos de Castello-Vecchio, una á derecha y otra á izquierda de la pequeña plaza de San Pietro Martire.

Esas gentes que iban y venían, como centinelas, parecíanse exactamente por el traje á los comedores y bebedores de la Avenida-di-Porto, y tan sólo prestaban una atención secundaria á las enfáticas narraciones del improvisador.

Esto establecía una diferencia inmensa entre estos últimos y el gentío, el cual escuchaba con la más religiosa atención.

Además de estos centinelas atareados, distinguíanse en medio de la muchedumbre algunos individuos de ojos penetrantes é inquietos que pretendían confundirse entre los grupos. Eran los mismos que hemos visto un instante alrededor del bueno de Peter-Paulos.

En París, nuestros agentes de policía se guardan bien de escribir con caracteres distintos en sus sombreros, como el pastor de Lafontaine: «Yo soy Guyot, pastor de este rebaño»; en Nápoles cuasi se diría que todo se hace para reír, todo tiene una fisonomía teatral. Los bandidos visten un traje que parece decir: «Venid á ver un bandido». Los agentes de policía son de comedia y su uniforme murmura: «Nosotros somos alguaciles; hacednos el favor de elegir el momento en que pasemos para confiar á la brisa de la tarde vuestros más importantes secretos!»

milady. ¡Mi rogar encarecidamente!.. ¡Oh! ¡El scelerate!

Los lacayos le rodeaban, pero su bolsa había desaparecido bajo las alas de la *girella*.

No encontrándola, quiso penetrar á viva fuerza. Los criados, viendo su traje rasgado y fangoso y su rostro descompuesto, no pudieron dudar de que se las habían con un comerciante de algodón.

—No se puede entrar en el palacio Doria sin una tarjeta de invitación.

Peter-Paulos forcejeó aún un instante, luego se estremeció de pies á cabeza y quedó tranquilo de repente.

—Estar bien—dijo,—mí sido contento de saber... el palacio Doria!... aquí traer carta de reccomandación... Mí hacer venir la polisa seguida.

Desprendióse de los criados y cruzó la plaza de Santo Espíritu á grandes pasos, gesticulando y hablando sólo.

Luego subió al primer carruaje de alquiler que le vino á la mano.

—¡A la casa de le director de la polisa real!—exclamó,—mí ser súdito inglés... y sospechar milady... Mí suplicar ir á prisa... querer hacer un exempel... fomalemente!

V

El improvisador Mariotto

Cuando el hombre de la pipa de espuma y el clown volvían de su expedición contra Peter-Paulos Brown de Cheapside, el hermoso pescador había desaparecido del lugar que ocupaba antes, al pie de la fuente de las Tres Virgenes.

En su lugar veíase un improvisador rodeado le ávidos oyentes.

Pero en las callejuelas situadas tras la fuente de la calle principal, había un vaivén silencioso, y el gallardo marino no debía estar muy lejos, porque la vendedora de naranjas mostraba su picarillo rostro en la embocadura del vicoletto Delfino ó del vico Sorrento.

Así se llamaban las dos callejuelas que iban á juntarse á unos trescientos pasos de Castello-Vecchio, una á derecha y otra á izquierda de la pequeña plaza de San Pietro Martire.

Esas gentes que iban y venían, como centinelas, parecíanse exactamente por el traje á los comedores y bebedores de la Avenida-di-Porto, y tan sólo prestaban una atención secundaria á las enfáticas narraciones del improvisador.

Esto establecía una diferencia inmensa entre estos últimos y el gentío, el cual escuchaba con la más religiosa atención.

Además de estos centinelas atareados, distinguíanse en medio de la muchedumbre algunos individuos de ojos penetrantes é inquietos que pretendían confundirse entre los grupos. Eran los mismos que hemos visto un instante alrededor del bueno de Peter-Paulos.

En París, nuestros agentes de policía se guardan bien de escribir con caracteres distintos en sus sombreros, como el pastor de Lafontaine: «Yo soy Guyot, pastor de este rebaño»; en Nápoles cuasi se diría que todo se hace para reír, todo tiene una fisonomía teatral. Los bandidos visten un traje que parece decir: «Venid á ver un bandido». Los agentes de policía son de comedia y su uniforme murmura: «Nosotros somos alguaciles; hacednos el favor de elegir el momento en que pasemos para confiar á la brisa de la tarde vuestros más importantes secretos!»

Esos individuos de ojos penetrantes y curiosos eran agentes de policía.

Se les conocía, pero no estorbaban á nadie. Los rateros les ofrecían con galantería por si querían tomar un polvo, su tabaquera robada, y nuestros misteriosos centinelas les guiñaban el ojo amigablemente al pasar frente á ellos.

Esa ciudad de Nápoles es una verdadera capital de la Arcadia; los lobos y las ovejas fraternizan en ella todo el día.

—¡En cuanto á ser Porporato—decía entre tanto el improvisador en puro dialecto napolitano, —no hay duda que lo es, mis queridos amigos! ¡Lo juro por mi salud eterna!... Pero he ahí al señor Onofrio que podrá deciros si miento... ¡Buenas noches, señor Onofrio!

El señor Onofrio era uno de los Guyots de la policía central; cabeza sencillamente sombría como la de un figurante de melodrama. Las palabras de Mariotto le lisonjearon grandemente, pero se colocó el cuello de su capa en la boca para disimularlo.

—Cuidado con tu lengua, Mariotto—le dijo con severidad,—si quieres estar bien con tu pellejo.

—¡Muchísimas gracias, señor Onofrio!—confesó el improvisador Mariotto, cuando el agente se perdió entre la multitud;—ya veis, mis queridos amigos, que no me ha dicho que mentía... Y ¿por qué había de mentir? ¡Dios sabe que sería la primera vez de mi vida!

—¡Bravo, Mariotto, bravo!—exclamaron de todas partes;—tú jamás has mentido, esto es cosa sabida.

Mariotto puso la cara enternecida.

—Me es muy satisfactorio, mis queridos amigos—les dijo,—este público testimonio de vuestra benevolencia. Soy pobre y no podría pagar la lisonja; luego vuestras palabras son sinceras... En

recompensa voy á deciros una cosa que no sabéis.

—Habla, Mariotto, habla.

Mariotto pareció recogerse dentro de sí mismo. Entretanto reinó el más profundo silencio.

—Mis únicos amigos—repuso,—no se vive del aire del cielo; tengo mujer, dos hijos y tres hijas... ¿Os parece justo y razonable reunirme un *carlín* por la noticia que voy á daros?

—Si la noticia es buena, no te faltará un *carlín*, Mariotto.

—Vale más pájaro en mano que buitre volando, mis distinguidos amigos—replicó el improvisador;—dadme, dadme el *carlín* por la noticia.

El *carlín* de Nápoles vale diez granos ó veinte dineros torneses, como un real y medio.

Conocióse á Mariotto: para saber la noticia era indispensable darle lo que pedía.

Moneda sobre moneda, se le reunió el *carlín*.

Entonces, Mariotto, después de dar las gracias á sus únicos amigos, les habló de esta suerte:

—Esta noche hay baile en el palacio Doria-Doria, no lo pongáis en duda.

—¡Eh!—exclamó la muchedumbre contrariada,—todos sabemos esto.

—¿Te has vuelto ladrón, Mariotto?—dijo una ocinera de *lasagne* amenazándole con el puño. Y veinte voces irritadas añadieron:

—¡Devuélvenos el *carlín*, malvado Mariotto!

En estos momentos de tempestad era cuando Mariotto Cigoli mostraba todo su valor.

—¡Si me he vuelto ladrón, Taddea, bruja impenitente!—exclamó;—¿he dicho nunca la verdad cuando en tus macaroni hay más gusanos que harina?... ¡Si me he vuelto ladrón, cáfila de réprobos!... ¿He robado yo el reloj del inglés, Puzola, hijo del ahorcado? ¿He puesto nunca la almohada sobre la boca de mi mujer, Miterino, bas-

tardo de un bandido? ¿He aprendido contigo á ser ladrón, Farfalla, ratón de cárcel? Giovanni, tú que le robas la ropa á tu amo, Pietro, Gregorio, Andrea...

—Vamos, haya paz, Mariotto—dijeron los que no había aún nombrado;—todo fué una broma... guarda tu *carlín* y gánale.

—¡San Gennaiol!—repuso el improvisador,—ya sabía que no pasaba de una broma, pero yo también he querido bromear un poco... Esto alegra, mis muy estimados amigos... ¿Quién no sabe que Taddea, mi comadre, es la mejor cocinera de *lasagne* de la Avenida-di-Porto? ¿Que Puzzola ha encontrado el reloj del inglés? ¿Y que Miterino quería hacer entrar en calor á su mujer? Aquí no ha habido más, pichoncitos míos, sino que os habéis precipitado demasiado á hablar. Mi noticia vale, no un *carlín*, sino diez, y aun un duro de doce... ¿Sabéis por qué hay baile esta noche? Y ¿cómo habéis de saberlo?... Vosotros no veis esas gentes, pobrecitos míos, sino en coche ó en la iglesia.

—Y tú lo ves de más cerca, ¿no es verdad, Mariotto?—interrumpió Farfalla que le guardaba algún rencor.

—Yo—respondió el improvisador con dignidad,—no adulo á los grandes, pero los trato... yo soy primo hermano de Marin Caffaro, segundo ayuda de cámara de Loredano Doria... Hay baile en el palacio porque va á casarse la contessina.

—¿Con Fulvio Coriolani?—preguntó el corrillo unánimemente.

—Por de pronto habéis dado en el clavo, queridos míos! Y ¿por qué no? ¡Tenéis tanto talento! Pero mi noticia no es todavía esta.

El círculo se estrechó.

—Mi noticia—continuó Mariotto,—no vale ya

sólo un duro, sino veinte... ¡El príncipe Coriolani ha sido asesinado esta noche!

A estas palabras esa masa compacta de oyentes retrocedió un paso y se dilató instintivamente el corrillo, como si acabase de recibir una descarga eléctrica.

Luego reinó un profundo silencio, el silencio del estupor.

—¡Es posible!

—¡Coriolani asesinado!

—¡Por San Javier! ¡Que el autor de este asesinato no puede ser sino Malatesta su rival!

—Y ¿dónde ha tenido lugar?

—¿A qué hora?

—¿Se sabe quiénes son los asesinos?

—¡Silencio!—dijo Mariotto, satisfecho y orgulloso del efecto producido;—¿conocéis á muchos que os hubiesen dado esta noticia por un *carlín*? Mis caros amigos, cuando os digo asesinado, no os aseguro que haya visto la víctima...

El gentío exhaló un gran suspiro de consuelo, porque el príncipe Coriolani era adorado en Nápoles.

—Pero—repuso el improvisador,—es como si lo hubiese visto; juzgad por vosotros mismos... En el palacio Doria había un gran festín: el príncipe estaba allí, como es regular, al lado de la contessina...

—¡Oh! ¡El hermoso ángel!—dijo Masaccio.

—¡Bella y dulce como la madre de Dios!—añadió un *facchino* con entusiasmo.

Y otros:

—¡Dejad hablar! ¡Dejad hablar!

—¡Qué placer ver á los dos!—continuó Mariotto;—el príncipe llevaba todas sus cruces y condecoraciones y brillaba como el sol... Angélica, la adorable niña, iba vestida de blanco y parecía-

se á esas tiernas flores de azahar que se abren por la noche para perfumar el viento...

Pero he aquí el reverso del cuadro; ¡querubines míos! En el palacio de Malatesta había también un festín, y Dios sabe que no era por ningunos esponsales!

Una docena de jóvenes endiablados fraguaban un complot contra ese tierno cordero de Coriolani, por haber herido al marqués de Malatesta en un desafío que éste había provocado, á causa del amor que la contessina profesaba al príncipe.

El festín tenía por pretexto celebrar la convalecencia de Malatesta, ya curado de su herida.

Estaban allí todos los grandes, estrellas que ya no brillaban desde que el astro de Fulvio las ha eclipsado al aparecer en nuestra ciudad; los Pitti de Florencia, los Ziani de Venecia, los d'Angli-Vespucio-Doria, los Colonna, los dos Doria-Panfili de Bolonia y otros.

¡Todos príncipes! A la Italia no le faltan príncipes, pichones míos, pero hay príncipes y príncipes! ¡Buscadme otro como Fulvio Coriolani!

¿Qué hacían en el palacio de Malatesta? Todos mueren de celos porque S. A. R. Francisco de Borbón (Dios le conserve cien años) favorece el casamiento, y porque el mismo rey Fernando (así pueda alcanzar la edad de Matusalén) debe firmar el contrato.

Pues bien, juraban la ruina de Coriolani.

He aquí lo que ha acontecido, ni más ni menos; voy á decir la verdad; ¡lo juro por mi salud eterna!... Debería estar muy mal conmigo mismo para perder mi parte de paraíso por una mentira.

Serían las cinco de la tarde cuando el festín del palacio Doria cuasi había terminado, habiendo empezado á las dos.

Allí estaba el príncipe real mirando y sonriendo á Angélica.

En esto llegó una carta. ¿De dónde venía? Que me trinchen como carne de cerdo si os lo puedo decir.

¡Baldón á los que inventan fábulas!

La carta era para el príncipe Coriolani. Al leerla se puso completamente pálido. Levantóse, y después de haber hablado al oído al príncipe real, saludó diciendo: *Luego vuelvo.*—

Mariotto hizo una pausa.

Cien voces entrecortadas exclamaron:

—¿Y no volvió?

—¡Esperad, mis mejores amigos! ¿Cómo queréis saber el fin de la historia, si no me la dejáis contar?

¿No es verdad que sabéis que esta mañana ha estado á bordo de un buque de Marsella?—

—Sí, sí, á bordo del *Pausilippe*—dijeron todos.

—Allí estábamos nosotros—añadieron algunos,— y por cierto que ha hecho subir á su carruaje á dos damas cubiertas con sus velos.

—He aquí una ventaja que tenéis sobre mí, tortolitas mías... Yo no estaba allí... no... nadie puede estar á la vez en dos sitios diferentes... pero si hubiese estado, á fe de cristiano que hubiera encontrado medio de saber quiénes eran las dos damas... En fin, no importa... las ha llevado no se sabe dónde, y esto acaba de complicar la aventura.

Entretanto pasó media hora en el palacio Doria, pasó una, pasaron dos: Coriolani no volvía.

Todos los que habían estado en casa de Malatesta, los Pitti, los Ziani, los Colonna, los Vespucio y los Panfili tienen entrada como es regular en el palacio Doria. A las siete comparecieron juntos, muy cargados de vino de Sicilia de Francia: os lo juro por mi salvación eterna,

Entonces se habló de todo, relatóse lo de las dos damas cubiertas con sus velos, y la pobre Angélica se desmayó en brazos de su hermano.

Pero Dios del cielo sabe que se habló de muchas cosas. No faltan bellas alrededor del hermoso Fulvio. Y á decir verdad, no estando realizadas las nupcias, ¿por qué reprocharle ya sus amores?

Loredano Doria escuchaba y callaba. Es romano y sabe guardar silencio. ¿Sabéis, pichones míos, por qué todo el talento de Italia ha venido á guarecerse en Nápoles?

Esta pregunta valió á Mariotto un largo y unánime aplauso. Estó le lisonjeó, pero hubiera preferido otro *carlín*.

Luego repuso:

—Si vosotros estáis contentos de mí, mis únicos amigos, tanto mejor, yo hago lo que puedo... Lo que hay de verdad es que el príncipe real estaba muy irritado... Acercóse á Loredano y le habló en voz baja... Loredano respondió en alta voz: «Hay tiempo hasta el pie del altar...»

Entretanto habían salido algunos en busca de Coriolani. Estos eran de los buenos: el coronel San Severo, que mide seis pies de alto; el anciano banquero Massimo Dolci, el caballero Hércules Pisani y todos los amigos verdaderos de Borbón y Doria. Estos dijeron: «Muerto ó vivo, hemos de traer á Fulvio».

Unos se dirigieron á su palacio: ¡nadie!

Otros á la villa Palmerini, donde habita la Belloni, la *diva delle dive*: ¡nada!

Otros al palacio Pallavicini, de la marquesa Aurora (y el príncipe Francisco no sabía esto)... ¡nada de Coriolani!

Otros, en fin, aquí y allá, á casa de la condesa, de la baronesa, de la princesa, de la intendenta... ¡nada!

¡Nada! Nápoles es una gran ciudad, pero Coriolani es tan grande como Nápoles, y es difícil ocultar uno en otra.

De súbito corrió la voz en el palacio Doria, amigos míos, de que se había hallado un charco de sangre en el puente de la Madalena, y al momento se dijo:

«El príncipe Fulvio Coriolani ha sido asesinado».

Los Malatesta respondieron riendo... ¿acertad qué?

Respondieron:

Asesinado, no; asesino, sí...

Levantóse un gran rumor en el corrillo y Mariotto se restregó las manos. Este rumor presagiaba nuevos *carlins*.

—Pudiera todavía deciros—continuó Mariotto,—á quién pertenecía esa sangre que se ha encontrado en el puente de la Madalena...

—Dilo pronto, Mariotto.

—Hay dos historias—dijo éste con acento firme,—que cada una debe valerme un *tari* (dos *carlins*).

¿Habéis leído las descripciones de tempestades en las tragedias clásicas? Crebillon el mayor ofrece bellos modelos de este género. El mar abre sus abismos sin fondo y eleva sus olas hasta el cielo... etc.

Pues bien, las tempestades de las tragedias son borrascas insignificantes al lado de la tormenta suscitada por las últimas palabras de Mariotto Cigoli.

El corrillo pateó, gritó, juró; todos los puños amenazaron á ese picaro de Mariotto, ese ladrón, ese rufián, ese falsario: pero después de haber arrojado fuego por aquellas bocas, cada cual metió mano en el bolsillo y fué reunido el *tari*.

Entonces Mariotto continuó:

—Toda la tarde, amigos míos, había permanecido un sloop inglés en el muelle. El bote de este sloop, del cual nadie sabe el nombre, estaba amarrado en el malecón de la Marinella, no lejos del puente, y había dentro cuatro ingleses rechonchos y embozados...

Lo que hacían allí, acaso vosotros podréis decirme, porque yo no lo sé.

El sloop hizo señales dos veces consecutivas, sonando una bocina que se oía de uno á otro extremo de la avenida regia de Portici...

Mirad si el señor Onofrio está por aquí.

El corrillo inspeccionóse á sí mismo, y del examen resultó que el señor Onofrio y sus colegas no estaban allí.

Mariotto continuó:

—Hacia la caída de la tarde un hombre se presentó solo en el puente de la Madalena. Al cabo de un rato se le juntaron seis gendarmes. El hombre les señaló el bote, como si hubiese querido denunciar á los ingleses.

Al cabo le dió una bolsa... y descendieron juntos bajo el puente.

Las personas que pasaban por allí, cuando era ya de noche oyeron un grito.

Acudieron bajo el puente, pero ya no había ni desconocido ni gendarmes, sino un charco de sangre y un puñal en cuya hoja se leían estas tres palabras latinas: *Agere, non loqui...*

El bote se alejó á fuerza de remos.

Pero he ahí la verdad, pichones míos; he ahí el verdadero secreto... y Dios sabe lo que sucedería si alguien fuese á contarlo al palacio de los Doria-Dora. Acercaos y escuchad.

No había necesidad de tantas precauciones oratorias: el corrillo devoraba con anticipación sus palabras.

—El príncipe—prosiguió,—había abandonado el palacio hacia las seis de la tarde... A las siete, yo que os hablo, le he visto por mis propios ojos... no en su traje de Alteza, sino disfrazado de...

—¿Disfrazado de qué?—preguntaron de todas partes, porque Mariotto se había detenido bruscamente.

Pero éste parecía lleno de estupor; sus ojos estaban fijos en la callejuela del Delfino.

El corrillo impaciente repetía:

—¿Disfrazado de qué? ¿disfrazado de qué?

Vióse, aunque solamente de perfil, á ese pescador de talle esbelto que hace poco ocupaba el mismo lugar que ahora Mariotto, entre el marino de la pipa de espuma y ese extraño personaje acostado como un perro.

Muchos preguntaron:

—¿Quién es aquél?

Algunos cambiaron miradas de inteligencia.

Uno solo prorrumpió este nombre que ya hemos oído otra vez: Baldemonio.

Pero la vista del mismo diablo no es capaz de detener la curiosidad napolitana.

Las preguntas dirigidas á Mariotto el improvisador, empezaban ya y se cruzaban, cuando un grito extraño dominó el barullo de estas voces.

Inmediatamente vióse saltar, sobre las cabezas de la muchedumbre, un cuerpo flexible pero de un volumen considerable que se puso á ejecutar movimientos fantásticos en el interior del círculo.

Este cuerpo voluminoso de figura humana había caído de manos, y caminaba con los pies al aire y con la cabeza horriblemente pegada al espinazo.

El corrillo compuesto en su mayor parte de

los grandes babcas de Nápoles se echó á reír y dijo:

—Bravo, saltarello.

El saltarello que no era otro que nuestro clown de la fuente lanzó el grito que acostumbran los de su oficio, y saludó respetuosamente con los dos pies: luego saltando á la concha y de la concha al nicho de una de las vírgenes, enredó sus pies, sin saberse cómo, en los dibujos de piedra que adornaban el traje de la madonna, y se dejó caer boca abajo sostenido sólo por las puntas de los dedos.

El corrillo dejó escapar un grito de admiración y espanto.

En esta posición la cabeza del saltarello estaba pegada al oído de Mariotto. Este oyó que el otro le decía:

—Una palabra más y tu mujer queda viuda.

Luego se dejó caer sobre sus manos en la concha, rebotó como una pelota elástica, hizo el salto indiano, el salto chino, el salto mortal sobre el mismo lugar, y fijando la vista en la elevada cabeza de Gaspardo el pescador, la alcanzó de un brinco sublime apoyado en sus dos manos, como los niños cuando juegan al salto del caballo, y salvó de nuevo la barrera humana por una suerte de voltereta ejecutada á las mil maravillas.

Gaspardo el pescador debía decir: *cospecto*, ó *corpo di Baco*, á su elección.

El saltarello había desaparecido.

VI

Proezas de Porporato

Después de haber repetido muchas veces gritando:

«¡Bravo, saltarello!»—el corrillo se volvió hacia su improvisador.

Era acreedor y quería su historia por su dinero. Nada más justo.

Pero Mariotto estaba silencioso y pálido, y parecía no tener humor para continuar su narración. Su mirada inquieta corría el círculo que le rodeaba, y atravesando el espacio, sondeaba las profundidades más y más sombrías de la Avenida-di-Porto.

En efecto los fuegos iban extinguiéndose, las luces también. La hora de la comida al aire libre había ya pasado y los hornillos volantes se enfriaban gradualmente. El concierto de los gritos mercantiles había perdido todo su arranque, su fogosidad. Ya no se vendían más que frutas y golosinas.

Pero lo que más preocupaba á Mariotto el improvisador no era la transformación súbita que había sufrido la Avenida-di-Porto, porque ésta era cosa de todos los días, sino esos grupos sospechosos de que estaba llena la calle, en los cuales parecía ver cosas que escapaban á los ojos de sus oyentes y que él mismo no había notado hasta entonces.

—Todos están allí—murmuró hablando consigo

los grandes babcas de Nápoles se echó á reír y dijo:

—Bravo, saltarello.

El saltarello que no era otro que nuestro clown de la fuente lanzó el grito que acostumbran los de su oficio, y saludó respetuosamente con los dos pies: luego saltando á la concha y de la concha al nicho de una de las vírgenes, enredó sus pies, sin saberse cómo, en los dibujos de piedra que adornaban el traje de la madonna, y se dejó caer boca abajo sostenido sólo por las puntas de los dedos.

El corrillo dejó escapar un grito de admiración y espanto.

En esta posición la cabeza del saltarello estaba pegada al oído de Mariotto. Este oyó que el otro le decía:

—Una palabra más y tu mujer queda viuda.

Luego se dejó caer sobre sus manos en la concha, rebotó como una pelota elástica, hizo el salto indiano, el salto chino, el salto mortal sobre el mismo lugar, y fijando la vista en la elevada cabeza de Gaspardo el pescador, la alcanzó de un brinco sublime apoyado en sus dos manos, como los niños cuando juegan al salto del caballo, y salvó de nuevo la barrera humana por una suerte de voltereta ejecutada á las mil maravillas.

Gaspardo el pescador debía decir: *cospecto, ó corpo di Baco*, á su elección.

El saltarello había desaparecido.

VI

Proezas de Porporato

Después de haber repetido muchas veces gritando:

«¡Bravo, saltarello!»—el corrillo se volvió hacia su improvisador.

Era acreedor y quería su historia por su dinero. Nada más justo.

Pero Mariotto estaba silencioso y pálido, y parecía no tener humor para continuar su narración. Su mirada inquieta corría el círculo que le rodeaba, y atravesando el espacio, sondeaba las profundidades más y más sombrías de la Avenida-di-Porto.

En efecto los fuegos iban extinguiéndose, las luces también. La hora de la comida al aire libre había ya pasado y los hornillos volantes se enfriaban gradualmente. El concierto de los gritos mercantiles había perdido todo su arranque, su fogosidad. Ya no se vendían más que frutas y golosinas.

Pero lo que más preocupaba á Mariotto el improvisador no era la transformación súbita que había sufrido la Avenida-di-Porto, porque ésta era cosa de todos los días, sino esos grupos sospechosos de que estaba llena la calle, en los cuales parecía ver cosas que escapaban á los ojos de sus oyentes y que él mismo no había notado hasta entonces.

—Todos están allí—murmuró hablando consigo

mismo,—y la policía también... no va á armarse mala zambra esta noche.

Un hombre que á primera vista hubiera podido tomarse por Peter-Paulos en persona, se detuvo frente al improvisador, un poco apartado del corro.

Llevaba calado el sombrero hasta los ojos, y su northwest ó tujina de marinero inglés tenía el cuello levantado hasta cubrirle la nariz.

Sus ojos se ocultaban tras unas antiparras azules. Este hombre hizo una señal con la mano á Mariotto.

Mariotto respondió á ella dirigiendo una mirada hacia el callejón del Delfino, á la espalda de la fuente.

—¡Vamos, Mariotto, vamos!—exclamaba el corrillo;—¿quieres que nos acostemos aquí esta noche?

Mariotto pensaba:

—Más de uno se acostará esta noche sobre las piedras.

—Allá voy mis verdaderos amigos—repuso en alta voz:—el saltarello nos ha interrumpido... Tranquilizaos: no perderéis nada por esto, á fe mía.

Pero antes de pasar adelante nos vemos obligados á seguir un momento á ese personaje disfrazado á lo Peter-Paulos que se dirigía con paso lento y pesado hacia el callejón del Delfino.

En el instante en que daba la vuelta á la fuente, la noche cerró del todo. En la callejuela no había reverberos.

—¡Hola!—dijo el hombre fingiendo lo mejor que pudo el acento inglés;—si hay alguien por aquí, que hable... yo no veo ni pizca...

La contestación consistió en una gran carcajada.

—Buenas noches, Sansovina—añadió luego una

voz de mujer.—Baldemonio está fuera esta noche, pero cuenta contigo.

—¿Le hablaré?

—No, pero háblame á mí; será lo mismo.

Y vió una forma esbelta que salía de la sombra de una puerta baja.

—¡Ah!—dijo.—¿Sois vos, signorina?—¿Es para esta noche?

—Precisamente, Sansovina: mañana sería tarde.

—¿Y todo estará dispuesto?

—Todo... el mismo Baldemonio trabaja para ello asiduamente.

La mujer que hablaba con Sansovina, puso sus dos manos en las espaldas de éste y le contempló riendo.

—Si hubieses estado aquí hace poco, viejo lobo—le dijo ella,—habrías podido aprender una lección de jerigonza inglesa... Creyendo que eras tú me he acercado á un buen hombre... y nos hemos visto obligados á darle una *girella* para des-embrazarnos de él... ¿Qué hay de nuevo?

—Mucho... en el puerto hay gran movimiento... diríase que los guardias están avisados.

—En efecto, lo están—dijo friamente la joven.

—Esta noche ha sido asesinado un hombre á cincuenta pasos de nuestro bote, bajo el puente de la Madalena.

—¡Dios lo tenga en su gloria!... Ya lo sabemos... ¿Qué vienes á anunciar?

—Vengo á anunciar una cosa é informarme de otra. Hoy no hemos visto á Ruggiere en todo el día...

—Baldemonio ha tenido necesidad de él.

—¿Y también de Cucuzone?

—De Cucuzone sobre todo.

—Está bien... pero nuestras gentes murmuran.

—Hazles callar.

—Lo procuraré: lo que vengo á anunciaros es

que la embarcación ha tenido que cejar su puesto en el pequeño puerto... Hay allí una nube de moscas...

—Tampoco se ignora esto... Tú has amarrado en la embocadura del Sabeto...

—Ciertamente, y desde allí hemos oído el grito del hombre asesinado... Pero hay tantas moscas en la Marinella como en el pequeño puerto; así es que he levado anclas. Con nuestros remos envueltos en paja hemos ganado la alta rada, doblado la punta del castillo del Huevo, y dado fondo al oeste de la playa de Chiaja, en las rocas, entre la tumba de Virgilio y las grutas de Puzzoles.

La signorina guardaba silencio.

—¿No habéis oído?—preguntó el pretendido marino inglés.

—Baldemonio no estará contento—respondió;—hay necesidad de atravesar toda la ciudad para llegar á la embarcación.

—Entre el puerto y la Madalena hay más de veinte botes que vigilan—replicó Sansovina.

—¿Y el sloop?

—El sloop ha mudado también de lugar á causa de la goleta de guerra que ha cruzado toda la tarde entre la Gajola y el cabo de Misena... El sloop ha pasado el canal de Prócida: está anclado al otro lado de la isla, al oeste-sur-oeste de Fúsaro... y quiera Dios que nos deje en reposo.

—¿Es esto todo lo que tenías que decir?

—Todo—respondió el marino inglés.

—¿Y qué tenías que preguntar?

—La hora en que el bote aparejará.

—Si hay alguien, fuera de Dios, que pueda saberlo, Sansovina, es sólo Baldemonio, y ahora no le puedes hablar porque está lejos de aquí... Vete á tu puesto y vela toda la noche... Quizá

dentro de un instante... quizá tendréis que aguardar hasta el amanecer... Hay muchos y grandes obstáculos que nadie puede prever... Al prisionero se le ha sacado del calabozo cuyos barrotes estaban limados, trasladándole al piso superior donde está incomunicado... Tanto fuera como dentro de Castello Vecchio se han doblado las guardias y los centinelas. ¿Pero qué valen todas estas precauciones contra la voluntad de Baldemonio empeñado en libertar al prisionero?

—Sin embargo, Baldemonio no tiene alas como los pájaros—murmuró el marino.

La mano de la mujer se apoyó sobre su espalda, y le dijo:

—Tiene alas como un ángel ó como un demonio.

Un minuto después el callejón quedaba otra vez silencioso y en apariencia desierto.

—¡Os lo juro por mi salud eterna!—decía en este momento nuestro improvisador Mariotto á quien su auditorio estrechaba muy de cerca;—¿y quisierais condenarme por un *tari*, pichones míos? ¿No será siempre tiempo para hablaros de Coriolani?... Mientras que ese famoso barón de Altamonte será ejecutado mañana por la mañana á primera hora... Nadie puede hablaros como yo de él, amigos míos... ¡Escuchadme!

—¡Devuélvenos el dinero!—exclamaron con rudeza cinco ó seis voces;—nos has engañado... al príncipe Fulvio no le ha sucedido nada...

—¡No le ha sucedido nada! ¡Espíritu santo!... y á mí se me dice esto.

—Pues bien! ¿qué le ha sucedido?

La lógica de este auditorio napolitano era terrible.

Mariotto se revolvía como un energúmeno.

—¡Hay justicia en la tierra!—exclamaba;—¿no sabré yo mejor que vosotros lo que hay de interesante en mis noticias?... ¿Se ha oído nunca

hablar de personas que se tapen los oídos cuando se les quiere decir algo de Porporato?

Este nombre hacía siempre gran efecto, pero esta vez no pudo apagar del todo los murmullos.

—Gracias á Dios—repuso el improvisador viéndose pasar lo más recio de la tempestad,—que nos vamos entendiendo... Pero á fe mía que no os he de decir lo que ha pasado esta noche misma en Castello-Vecchio... ni os hablaré de la mina subterránea que los Compañeros del Silencio habían abierto en el callejón de Santa María para llegar hasta la prisión de Porporato...

—¡Un subterráneo!—exclamó el corro un poco más animado.

—No, no—continuó Mariotto;—vosotros no lo queréis saber.

—Sí, queremos.

—¡Habré yo entendido mal.

—¡Habla! ¡habla!

—He aquí cómo fué la cosa, y juro por mi salvación eterna que sólo yo puedo contarla en Nápoles. Cuando el tesoro del palacio real de Capodimonte fué robado este invierno, Borbón se puso colérico, y aumentó en diez mil ducados la prima prometida al que entregara á Porporato.

Poco tiempo después desaparecieron las alhajas de la villa Regina, luego la plata de la villa Floridani en la cual el rey tenía su vajilla; luego el tesoro del arzobispado...

Prometiéronse veinte mil ducados más al que entregara á Porporato; pero, ¡oh mis queridos amigos! ¿quién puede coger lo que es impalpable?

Una noche fué robada Blanca Barberini, hija del duque del mismo apellido. Una carta sin firma anunció al anciano que, mediante cincuenta mil onzas de oro dobles de seis ducados, recobraría la única esperanza de su linaje.

El desgraciado duque montó á caballo, y sin

mas compañía, llevó las cincuenta mil onzas al lugar que se le había indicado, más allá de Salerno.

Porporato no se dignó bajarse para tomarlas, pues nunca toca el oro sino para hacer el bien; devolvió Blanca á su padre, y saludando cortésmente, desapareció en el bosque.

Desde entonces los que aman á Blanca Barberini no la han visto sonreír más.

Después de Blanca Barberini le tocó el turno á Preciosa Balbi, que no tenía más que dieciséis años, y estaba desposada con Pisanelli de Mantua.

Esta, como menos rica, fué rescatada al precio de treinta mil onzas de oro.

En seguida de Preciosa, dos á la vez: Juana Palliante, de los príncipes Paleólogo, prometida esposa del conde Doria-Doria, y Matilde Farnesio, ahijada del rey Fernando, que muchos años viva.

Para recuperar á Juana ha sido necesario que Fulvio Coriolani...

Mariotto se paró bruscamente, fijando los ojos en el callejón por donde había desaparecido el saltarello.

—¡Adelantel—exclamó el corrillo,—dinos cómo Coriolani alcanzó la libertad de la futura esposa de Loredano Doria.

—Vosotros lo sabéis mejor que yo, tortolillas mías—respondió Mariotto;—cuando se habla de Coriolani, se va sin querer muy lejos... Cuando Giovanna Palliante pasará en su coche, fijad en ella la atención, y decidme qué se han hecho de las frescas rosas de sus mejillas... Decidme también cuál es la causa de que esta noche no se firmen dos contratos de esponsales en el palacio Doria... Puédense rescatar los cautivos de Porporato, pero de ese palacio que posee, no se sabe que las vírgenes nobles traigan libre su corazón.

En cuanto á la bella Matilde Farnesio, nadie ha podido recobrarla, ni el mismo Fulvio Coriolani. El rey, llorando á su querida ahijada, ha dicho:—«Daré cien mil ducados al que me entregue ese demonio de Porporato».

Un día de la semana pasada, una vieja, antigua criada de Samuel Graff el rico, el cual había hecho su fortuna al servicio del duque del Infantiado, vió pasar á un caballero al salir de la iglesia de Monte Oliveto, y habiendo fijado en él sus ojos, lanzó un grito y cayó desmayada. ¿Por qué? Porque había reconocido al asesino del rico Samuel Graff.

Esta mujer se presentó en la intendencia de su cuartel, porque el señor Spurzeim, jefe de la policía real, estaba enfermo, y refirió, tan cierto como os lo digo, los hechos siguientes:

Hace tiempo que se presentó en casa de Samuel Graff en Palermo, un extranjero bello y elegante. Llamábase Felice Tavola, y como trajese cartas de España, Graff le recibió cordialmente.

Acto continuo fué admitido en la casa y considerado como de la familia.

Una noche esta mujer se levantó sobresaltada por el ruido y los gritos. El huésped del rico Samuel Graff había introducido en la casa á los bandidos del sur, los cuales se denominaban á sí mismos: «Compañeros del carbón y del hierro».

Los *cavalieri ferrai* habían jurado la *vendetta* al antiguo intendente del duque del Infantiado. La casa fué robada y saqueada de arriba abajo, y Samuel Graff, asesinado; tenía en el pecho un puñal calabrés en el cual estaban grabadas estas palabras latinas: *Agere, non loqui*.

—¡El mismo que mató al hombre del puente de la Madalena!—dijo Puzzola, interin se estremecía el corrillo.

—¡El puñal del Silencio!—pronunció lentamente Mariotto.

Luego repuso:

—El huésped del anciano Graff, Felice Tavola, desapareció con los bandidos, y todo Palermo reconoció en él al terrible Porporato.

Estos son acontecimientos que no se borran jamás de la memoria. Ese caballero que vió pasar la mujer al salir de la iglesia era Felice Tavola, más conocido en la corte por el barón de Altamonte.

Cuando se quiso ponerle preso, el barón de Altamonte se echó á reír, y reclamó el apoyo del caballero Hércules Pisani, del coronel San Severo, del anciano banquero Massimo Dolci, del señor Johann Spurzeim, jefe de la policía real, y del mismo príncipe Coriolani. El rey mandó ponerle incomunicado.

Reunióse el tribunal del crimen; hiciéronse venir testigos de Monteleone y Sicilia, y el asesinato de Samuel Graff fué probado hasta la evidencia.

Pero lo que no se probó del todo fué la identidad del presunto Porporato. Los testigos venidos de Monteleone y Palermo reconocieron perfectamente á Felice Tavola lo mismo que la mujer, pero ninguno de ellos había visto á Porporato.

—¡Es tan fácil engañar á la justicia!

Había en Nápoles cinco personas que habían visto á Porporato por sus propios ojos y que no podían negarlo: tales eran Blanca Barberini Preciosa Balbi, Juana Palliante, el viejo duque Trivulcio de Barberini y el príncipe Fulvio Coriolani.

El rey ordenó que el barón de Altamonte, condenado ya por el tribunal del crimen, fuese vestido con el traje de color de púrpura y se le

carease con las indicadas jóvenes y nobles y los dos señores.

¿Quién sino yo podría así revelaros los secretos de Estado, amigos míos?

En la antigua sala de armas de Castello-Vecchio estaban reunidos el príncipe real, Francisco de Borbón, el ministro de Estado, el intendente superior de policía, el presidente del tribunal del crimen, el arzobispo de Nápoles y otros altos dignatarios.

Quando todos los que debían estar allí hubieron comparecido, se introdujo el barón de Altamonte, vestido con una casaca de color de púrpura, una pluma carmesí en el sombrero, y la máscara del propio color.

Blanca Barberini y su padre fueron los primeros que se le acercaron.

«—En nombre de Dios todopoderoso—dijo su Eminencia el arzobispo de Nápoles que presidía,—¿reconocéis á Porporato?»

Blanca apoyó su cabeza en el pecho de su padre y sus ojos se volvieron hacia el príncipe Coriolani. La desgraciada no tenía ni fuerza ni voz.

¿Quién sabe las que adoran en secreto á ese arrogante Fulvio?

El anciano duque respondió en nombre suyo y de su hija.

«—Ni uno ni otra reconocemos en el que está aquí presente á Porporato.»

Preciosa Balbi se adelantó sostenida por la Superiora del convento donde se había refugiado. Lo que ella sufría, nadie podía verlo á causa de su largo y espeso velo.

Se la invitaba á mirar al barón de Altamonte, y su cabeza inmóvil estaba vuelta hacia Fulvio Coriolani.

«—En nombre de Dios todopoderoso—repitió el arzobispo,—¿reconocéis á Porporato?»

Oyóse tras el velo un *no* débil y confuso. Luego vaciló y cayó en los brazos de la Superiora del convento.

En seguida tocó el turno á Juana Palliante de Paleólogo. Esta descende de emperadores y tiene el aire de una reina.

Al pasar junto á su salvador Coriolani le saludó.

«—En nombre de Dios todopoderoso—dijo antes que la interrogasen,—este hombre que está aquí no es Porporato.»

¿Decía verdad?... El caso es que cayó desvanecida á los pies del tribunal.

No quedaba más que el príncipe Fulvio.

Algunos dicen que desde el principio de la sesión Altamonte había mirado fijamente al príncipe Coriolani á través de su máscara encarnada.

El príncipe le miraba también severo y frío.

En el momento en que Fulvio se adelantaba para declarar, Altamonte extendió la mano hacia el medallón que está sobre la puerta de los claustros. Si no lo sabéis, os diré que en tiempo de los españoles, Castello-Vecchio servía de palacio al comandante militar. El medallón contiene el escudo de los Torre-Medina con su divisa: *Guárdate*.

«—En nombre de Dios todopoderoso—dijo por tercera vez su Eminencia el arzobispo de Nápoles,—¿sabéis que esté aquí presente Porporato?»

El príncipe respondió inmediatamente con voz firme y segura:

«—Sí, le reconozco.»

Altamonte saltó como un tigre, pero sus manos estaban atadas.

Blanca, Preciosa y Juana vueltas en sí lanzaron á la vez un débil grito.

Por el solo testimonio del príncipe Coriolani:

el tribunal decidió en conciencia que el Barón de Altamonte era el conocido por Porporato.

Pero como nadie, á decir verdad, le había entregado á la justicia, la recompensa de cien mil ducados quedó en el arca de la real hacienda.

Sin embargo, muchas personas creen que los Compañeros del Silencio han declarado la *vendetta* al príncipe Coriolani.

Hoy han errado el golpe por la gracia de Dios; ¿le errarán mañana?

El respetable señor hará bien en tener siempre presente la divisa de los Torre-Medina y *guardarse*.

¿Quiénes son esos Compañeros del Silencio? No me lo preguntéis, mis queridos amigos. ¿Dónde están? Aquí y allá, cerca y lejos, en todas partes.

Juraría por mi salvación eterna que hay alguno en este círculo que me rodea.

Y alguien, al hablar de mí, pobre y desgraciado, tal vez dirá: *¿quién sabe si él es uno?*

Pero el rey vela. Para libertar esta noche á Porporato sería necesario derribar la antigua fortaleza piedra por piedra.

¿Lo intentarán? El día de mañana nos lo dirá.

Yo no hablo mal de los Compañeros del Silencio, amigos míos, y si pronuncio el nombre de Borbón, es con todo el respeto que le es debido. Vivimos en tiempos difíciles. Una palabra imprudente puede causar la muerte de un padre de familia.

Pero ¿por qué me matarían á mí que quiero bien á todo el mundo?

Yo digo lo que es: la sombra de esta noche cubrirá una batalla.

Allá abajo, al otro lado de la fortaleza, hay movimientos en la obscuridad y se oyen voces sordas.

El ataque está dispuesto y la defensa arma al brazo.

El regimiento entero de guardias suizas garantiza Castello-Vecchio. ¿Lo sabiais?

Dos escuadrones de caballería ligera se han situado detrás de la iglesia. Los dragones se hallan ocultos en los pórticos del atrio.

En cuanto á los conjurados...

En esto la palabra de Mariotto quedó interrumpida por un silbido agudo que parecía haber partido de una azotea vecina.

Otros silbidos respondieron á lo lejos.

La Avenida-di-Porto presentaba ahora un nuevo aspecto. La mayor parte de las luces estaban apagadas y las tiendas al aire libre habían desaparecido.

Las puertas, sin embargo, quedaban abiertas.

Todavía había corrillos, pero éstos no llegaban á media docena alrededor de los improvisadores.

Al eco del silbido, todos habían hecho lo que Mariotto, se callaron.

En medio de este silencio, dos tocadores de *vezzo* del Abruzzo, situados en las extremidades de la calle, se pusieron á tocar con energía, precipitando el ritmo, la canción tan conocida de Fioravante:

¡Amici, allegre andiamò alla pena!..

E inmediatamente se notó un movimiento rápido en los corrillos, una especie de separación.

De cada grupo se segregaron súbitamente algunos hombres, abriéndose paso á codazos entre el gentío sorprendido é inquieto.

Una vez libres se dirigieron rápidamente hacia lo alto de la avenida, guiados por un robusto

mozo, corto de piernas, vestido á la marinera, y por una joven vendedora de naranjas.

Todo esto tuvo lugar en un abrir y cerrar de ojos.

En el mismo instante brillaron bayonetas en las emboaduras de todos los callejones vecinos.

Los oyentes de Mariotto le buscaron sobre su destal pero había desaparecido.

VII

El escaló

Serían cerca de las diez de la noche cuando la fuerza armada ocupaba la Avenida-di-Porto. Todas las demás avenidas de Castello-Vecchio estaban del mismo modo superabundantemente guardadas.

La autoridad había tenido aviso de que aquella noche se trataría de libertar á Porporato, y en su consecuencia había tomado sus precauciones.

Castello-Vecchio de Nápoles, cuyos planos se encuentran aún en las obras especialmente anteriores á 1830 en que fué derribado, formaban un polígono de ocho caras muy irregulares, tres de las cuales estaban enclavadas en las casas vecinas, y las otras cinco, enteramente despejadas, daban á uno ó muchos de esos callejones de que hemos hablado.

La puerta principal estaba situada entre el vi-coletto Dellino y el callejón Martinelli, en el extremo de un sotto-pórtico alumbrado por una capilla de San Antonio, que prolongaba la avenida-di-Porto; pero además había otras puertas, una

de las cuales daba salida á las tres fachadas enclavadas en las casas, y penetrando bajo una bóveda muy oscura, desembocada tras San Giovanni Maggiore, no lejos de la entrada de las catacumbas.

Desde la extremidad de esta bóveda hasta el *larchetto*, ó plazuela de San Antonio, había casi medio cuarto de legua de distancia, debiéndose dar para ello vuelta á las casas.

Aquella noche estaba Castello-Vecchio tan lleno de soldados, como una plaza de guerra á la cual se quiere sitiarse; sus bocacalles presentaban verdaderos campamentos, en los cuales vivaqueaban esos brillantes soldados, de parada, que tan raramente tienen ocasión de probar su valor con el extranjero; las avenidas de estos puntos estratégicos estaban también tomadas, y la di-Porto formaba también una plaza de armas.

Pero en ese largo espacio comprendido entre San Juan el Mayor y el *larchetto* San Antonio, como no había ninguna salida, las precauciones eran naturalmente menos exageradas.

Cinco ó seis centinelas colocados á una distancia que pudiesen oírse recíprocamente, guardaban este trayecto.

Hacia las diez y cuarto, es decir, algunos minutos después de la ocupación militar de la Avenida-di-Porto, conduciremos al lector á una pequeña plaza triangular, situada poco más ó menos en el centro del frontispicio de esa serie de casas que ocultaban parte del viejo castillo.

Esta pequeña plaza de mercado, llamada piazzeta Grande, por oposición á otra plazuela todavía más reducida, daba por uno de sus ángulos al viejo Zaffo, uno de los callejones que aun hoy salen á la avenida del Tribunali.

El lado opuesto á este ángulo estaba formado por las casas pegadas al castillo, cuyas fachadas

daban á la calle de Mantua, vía bastante ancha, pero tortuosa y cortada por callejones sin salida, que se internaban en la manzana de Castello-Vecchio.

En 1823, no se abusaba mucho en Nápoles de los reverberos.

Desde la piazzeta Grande, situada en la calle de Mantua, al ángulo meridional de la plaza, no había sino uno.

He aquí lo que alumbraba este reverbero, aislado de los demás por las vueltas y revueltas de la calle.

Un centinela perteneciente al cuerpo de reclutas de la infantería regular, del regimiento Buffalo, como se le llamaba, el cual se paseaba de lo largo á lo ancho de la embocadura de la plaza. Esta estaba solitaria, no oyéndose tampoco ruido alguno en el vicoletto Zaffo, punto que debía ser vigilado. Las casas parecían dormir; más breve, el centinela, iba y venía en un verdadero desierto.

Aparte del centinela, el reverbero no alumbraba ningún otro sér humano.

Su resplandor triste y vacilante reflejaba inmediatamente en una casa de dos pisos, baja y vieja, que sobresalía en la calle, y tras la cual se elevaba otra que tenía doble altura.

El techo de la primera servía de azotea á la segunda.

La fachada de este antiguo edificio daba sombra á un callejón sin salida, en el fondo del cual había la puerta cochera de la segunda casa.

Todas estas casas tenían azotea, como las cinco sextas partes de las habitaciones napolitanas.

El centinela iba y venía en la inocencia de su corazón, y para matar el tiempo tarareaba una canción de la Capitanata, que era su tierra.

Mientras que él paseaba, pensando en sus amo-

res con Nannetta, vendedora de frutas, cuyos ojos negros y melones verdes adoraba, no sabiendo á cual de las dos cosas dar la preferencia, dos hombres permanecían ocultos en el ángulo del muro.

Uno de ellos levantó una escalera echada al suelo, y arrimóla á la pared de la primera casa, haciendo un ligero ruido.

El centinela se llegó hasta el ángulo de la casa y miró, y no vió más que la escalera, porque nuestros hombres se habían ocultado á lo largo del muro, tendiéndose en el suelo.

Pero como su consigna no le ordenaba buscar camorra á las escaleras puestas contra la pared, volvió la espalda continuando su canción.

Apenas estuvo un poco lejos, nuestros dos hombres se levantaron apresuradamente y uno de ellos trepó con la agilidad de un marino á lo alto de la escalera. Luego volvió á bajar y dijo:

—Tres ó cuatro palmos demasiado corta.

A pesar de la obscuridad podía distinguirse el talle esbelto y flexible de este último, el cual estaba envuelto en una capa de color obscuro.

El hombre de la capa miró la escalera y la pared atentamente, y dijo:

—El callejón sin salida va descendiendo y la azotea debe casi estar á nivel... luego la casa es más alta aquí que en la calle de Mantua.

Su compañero señaló con el dedo al centinela que pasaba en aquel momento por el ángulo de la casa y en seguida al reverbero.

—Dos cosas que nos estorban—repuso el hombre de la capa;—es necesario desembarazarnos de ellas.

E hizo seña á su compañero de que le siguiese, y mientras que el centinela estaba vuelto de espaldas, los dos desaparecieron en el vicoletto Zaffo.

En este mismo instante una voz lejana gritaba desde la muralla:

—Centinela, ¡alerta!

El recluta del regimiento Búfalo contestó como los demás:

—¡Alerta está!

Y se echó á reír pensando que no tenía que guardar sino murallas inmóviles y un reverbero.

En esto pasaron algunos minutos.

De súbito el centinela detuvo su paseo, pues acababa de oír un ligero ruido que venía del callejón.

El ruido era de pasos, y al propio tiempo que el que lo hacía caminaba, daba su voz al viento alegremente.

La voz parecía de niño ó de mujer.

—¡Quién vive!—exclamó nuestro bravo soldado tomando una actitud conveniente.

Una gran carcajada contestó á su interpelación.

Al propio tiempo, un pilluelo de Nápoles, un verdadero *ragazzo* de la ciudad antigua, con el gorro sobre la oreja y la camisa flotante, ceñida por los calzones á la cintura, salió del vicolo Zaffo.

—¡Quién vive!—repitió el soldado.

El pilluelo continuó su camino alegremente, cantando con voz esforzada su canción de marinero.

—¡Esta vez voy á descargar el fusil!—pensó el recluta.

Luego añadió aparte:

—Nannetta tenía este mismo aire cuando se disfrazó de *ragazzo* en el último carnaval... ¡Ah! ¡San Gennaio! ¡Qué ojos!...

El soldado tenía razón. El talle del pilluelo era flexible y gracioso como el de una mujer, y sus largos cabellos negros rizados, escapando bajo su gorro, caían profusamente sobre sus espaldas,

—Buenas noches, camarada Pietro—le dijo cuando estuvo en medio de la plaza.

—Pasa de largo, ¡bambino!—respondió el soldado.

—¡Qué! ¿No te llamas Pietro, amigo?—dijo el pilluelo adelantándose;—entonces buenas noches, Francisco, Paolo ó Andrez.

—Pasa de largo, te digo.

El recluta alzó su fusil.

El pilluelo se detuvo y se echó á reír.

—¿Hace mucho tiempo que tu herramienta no ha servido, Jacobo, Rafaele ó Filippo?—exclamó en tono chancero;—¡apuesto á que ni tan siquiera sabrías dispararlo!

—¡Por el Espíritu Santo!—murmuró el soldado, —¡que esta es una moza disfrazada!... y bonita, á fe mía.

—Si no quieres pasar de largo, *picciola*—repuso en alta voz,—ven á darme un beso.

—¿Esas tenemos, Carlotto?—dijo el pilluelo.—¿Cómo has conocido que soy mujer? Pues bien, te abrazaré, Ludovico, amigo mío, si me permites satisfacer un capricho. He apostado dos ducados, ni más ni menos, que rompería de una pedrada el vidrio de ese reverbero.

Y extendiendo el brazo, tiró un guijarro que tenía en la mano, rompiendo el vidrio en mil pedazos.

—¡Santa María!—exclamó el recluta azorado.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo el pilluelo;—¿crees tú que las hijas de Prócida no sabemos tirar piedras?... Ahorra al pábilo...

Un segundo guijarro lo apagó completamente.

Luego que el soldado se vió cercado de tinieblas, le vino á la mente la idea de una traición.

Quiso preparar su fusil para dar la señal de alarma, pero dos brazos regordetes y suaves como un guante, le enlazaron el cuello por detrás.

—¿No te había prometido un beso, Tomaso?
—le dijo la voz alegre del pilluelo.

Al mismo tiempo le arrancaron el fusil por delante, y un pañuelo arrollado le tapó la boca.

Quiso gritar, pero ya era tarde.

Un segundo pañuelo le tapó los ojos.

Entonces pudo oír que se hablaba y reía á su alrededor, quejándose de no tener cuerdas; sin embargo, sus mismas fornituras sirvieron para atarle de pies y manos.

Luego le depositaron como un fardo al pie de la pared de la casa.

¡Pobre quinto del regimiento Búffalo!

Los que habían llevado á cabo esta operación eran cuatro: tres hombres y la mujer disfrazada.

Esta y uno de los tres hombres se colocaron de centinelas, uno á derecha y otro á izquierda de la piazzeta Grande, en la calle de Mantua. Los otros dos volvieron rápidamente al ángulo del callejón sin salida donde estaba la escala.

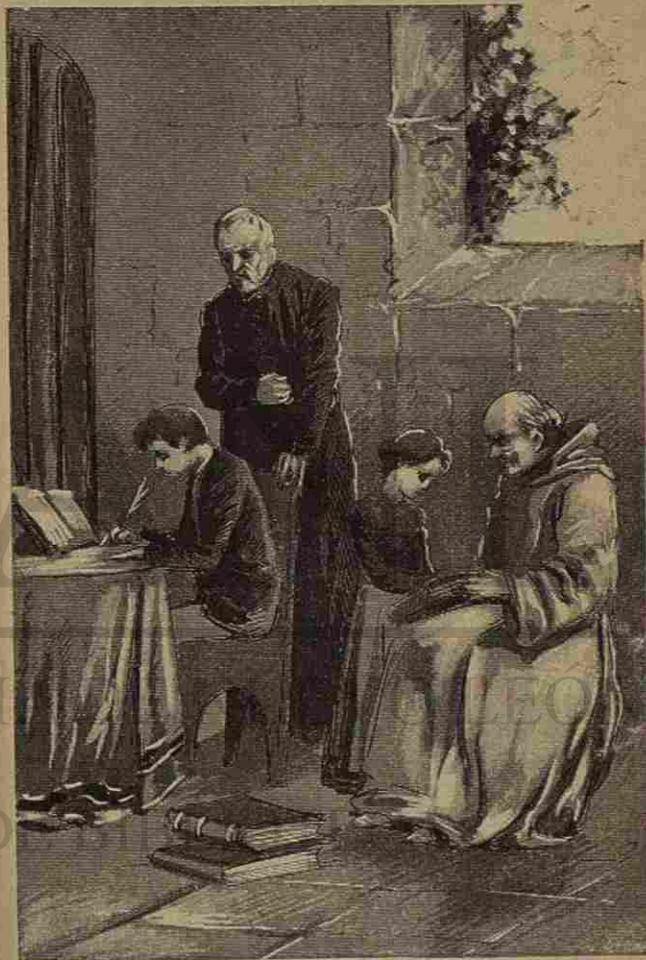
El primero dejó su capa y descubrió esa rica y bella figura que vimos al pie de la fuente de las Tres Vírgenes entre el marino de la pipa de espuma y el último de los lazzaroni arrollado en el suelo como una serpiente.

El segundo era este lazzaroni, el saltarello cuyas habilidades habían sentido tan mal á nuestro improvisador Mariotto. Ahora mismo se entretenía en dar vueltas sobre uno de los montantes de la escala arrimada á la pared, haciendo la conocida suerte del brazo de hierro.

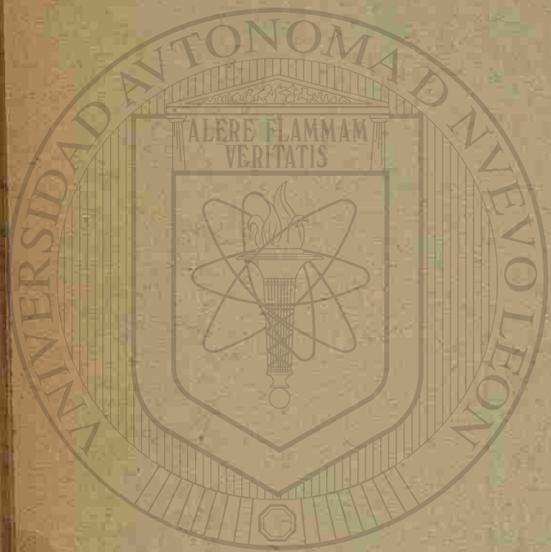
—¡Despacha!—ordenó el pescador.

Apenas había tenido tiempo de pronunciar esta palabra, cuando el saltarello estaba ya en lo alto de la escalera.

Entre el suelo de la calle de Mantua y el callejón sin salida en el que se había intentado primeramente el escalo, mediaba un desnivel muy sen-



Estos dos niños eran prudentes y estudiosos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

sible; pero esta diferencia no debía ser muy grande, porque el clown, volviendo á bajar como la primera vez, dijo:

—Dos palmos.

—¡Aun faltan dos palmos!—exclamó el pescador dando con el pie en el suelo;—¿y tú no puedes salvar ese trecho?

—Mi madre es vieja—respondió el clown,—y yo soy el único heredero directo de Cucuzone. Pedirme cosas posibles.

—¿No se podría hallar otra escalera?

—Todas las calles están llenas de patrullas... es un milagro que no hayamos dado con alguna de ellas...

El pescador estaba con la cabeza baja reflexionando.

El reloj de San Juan el Mayor dió las diez y media.

—A las once releven los centinelas—dijo el saltarello.

—¡Sube!—ordenó el pescador con aire resuelto, echando atrás los bellos rizos de su cabellera.

—¿Y después?—preguntó el clown.

—¡Sube!

El saltarello obedeció.

Cuando estuvo en lo alto de la escalera la sintió oscilar con un peso nuevo, volviéndose y vió que el pescador le seguía.

—¿Señor—preguntó con profunda sorpresa,—pensáis hacer más que yo?

—Pienso obrar de otra manera—respondió el pescador.—Tente firme.

El clown obedeció y se enderezó lo mejor que pudo, pegando sus dos manos contra el muro. Inmediatamente sintió que el otro subía por sus costados con precaución y ligereza.

—¡No va mal! ¡No va mal!—le dijo con aire de superioridad;—no cerréis los ojos porque esto hace

desvanecer la cabeza... Mirad siempre hacia arriba.

Un pie se apoyó en su hombro derecho y otro en el izquierdo. El clown no habló más y contuvo la respiración. Un sudor frío inundaba todo su cuerpo.

—El diablo me lleve si temblase así por mi propio pellejo—murmuró al fin.

Luego añadió con tono suplicante, pero sin menearse:

—¡Bajad, señor; bajad, mi buen amo! Voy á hacer otra prueba... si se ha de romper una cabeza que sea la mía.

—Cállate—le dijo el pescador con voz reprimida,—en la azotea de la otra casa hay alguien.

En efecto oyóse una voz que decía:

—En todos estos tejados no hay un gato... ¡Vamos, hijos míos! Ya tenemos bastantes centinelas en las azoteas. Vamos á finalizar la noche en el cuerpo de guardia.

—¡Es el teniente Frazer!—murmuró Cucuzone.

Un golpe dado con el pie le impuso silencio. Desde lo alto de la muralla dijeron por segunda vez:

—Centinela, ¡alerta!

—¡Responde!—dijo el pescador.

—¡Alerta está!—contestó el clown.

El eco fué repitiéndose de centinela en centinela hasta el pórtico abovedado donde estaba la última.

Luego todo volvió á quedar en silencio, sin que asomase nadie más en las azoteas.

Cucuzone se atrevía á levantar la cabeza, pero recibía exactamente el contragolpe de todos los esfuerzos que hacía su compañero para agarrarse al reborde de la azotea.

Esfuerzos hasta ahora impotentes

—Es demasiado alto—dijo al fin el pescador,—

estoy agotando inútilmente mis fuerzas... ¡Cucuzone!

—Señor.

—El día en que nos conocimos en la gran plaza de Cosenza tenías dos pesos de cincuenta libras al extremo de cada brazo... y, sin embargo, no temblabas como esta noche.

—Es verdad, señor... pero entonces tenía los dos pies apoyados en la tierra nuestra madre... y mis pesos de cincuenta libras no podían romperse las costillas al caer.

—No te inquietes por mi suerte, amigo... Vamos á ver si tus brazos son tan fuertes como en aquella época... Toma uno de mis pies en cada una de tus manos... y procede como con tus pesos... salga lo que Dios quiera...

El clown estaba indeciso.

—Señor—le dijo,—la escalera se bambolea... Cuando vaya á hacer fuerza para levantaros, todo temblará, montantes y escalones... y mis pobres brazos más que todo... Señor, yo no veo razón para intentar esto; dejadme más bien subir á mí en vuestro lugar.

—¡Haz lo que mando!—le dijo el pescador.

Cucuzone, antes de obedecer, pasó la vuelta de su manga sobre su frente bañada de un sudor frío.

—La santa Virgen María sea con nosotros!—murmuró haciendo rápidamente la señal de la cruz;—no quiero desobedeceros, pero para salvar al pícaro que está allí dentro, bastaba con mi vida!

El pescador le dijo:

—¡Apresúrate!

Cucuzone cogió un pie, luego el otro. Era un hombre robusto avezado desde la infancia á todos los ejercicios violentos; pero la sensación que

experimentaba le hacía perder gran parte de sus fuerzas.

Sucedió lo que había anunciado. Apenas intentó extender sus brazos, comunicóse un movimiento de oscilación desde su cuerpo á la escalera, la cual empezó á crujir, batiendo contra la pared.

Si se hubiese atrevido, habría lanzado gritos de dolor y angustia. Su cuello estaba apretado como por un tornillo.

—¡Vamos, pues, desgraciado!—exclamó el pescador.

Cucuzone hizo un esfuerzo supremo; contrajo violentamente sus músculos, los dos pies de su compañero se elevaron, é inmediatamente sintió un sacudimiento terrible.

Luego sus manos quedaron vacías.

El pescador había salvado de un brinco la balastrada.

Los brazos del clown cayeron por su propio peso y sintió como un vértigo.

—Gracias—dijo el pescador;—deja la escalera aquí todo el tiempo que puedas.

—¿Y si vienen á relevar el centinela?—murmuró Cucuzone.

—Pianma sabe lo que debe hacer. Todos estáis bajo sus órdenes esta noche.

En lo alto de Castello-Vecchio oyóse de nuevo el grito de alerta: el eco siguió las revueltas de la calle de Mantua. Cuando el centinela más próximo lo hubo repelido, el pescador gritó á su vez:

—Centinela, ¡alerta!

El pobre recluta del regimiento Buffalo no tenía de qué quejarse; se hacía su servicio á conciencia.

Pero antes que el alerta de los demás centinelas se extinguiese en lontananza, un silbido bajó

sutil y rápido como el que lanza la serpiente, resonó por la parte del vicoletto Zaffo.

Cuasi al propio tiempo y por el mismo lado se oyó en el empedrado de la calle el paso lento y acompasado de una patrulla.

Cucuzone estaba ya abajo de la escalera, el pescador había desaparecido en la obscuridad de la azotea, la joven y el marino de la pipa se ocupaban en soltar al recluta.

La joven le dijo antes de quitarle el pañuelo que le tapaba la boca:

—Camarada, tú no has visto nada; por lo que hayas podido oír, escucha: dos onzas de oro si callas... seis pulgadas de hierro en el pecho si hablas...

—Lo más seguro sería empezar por las seis pulgadas—murmuró el marino.

Pero la joven replicó:

—El amo lo quiere así.

Un instante después nuestros tres rondadores y la escalera se ocultaban por el callejón sin salida.

La cabeza de la patrulla asomaba por la embocadura del vicoletto Zaffo.

—¡Quién vive!—exclamó el centinela.

—Bien, bien, Martino—dijo una voz;—veníamos solamente á hacer un reconocimiento... Si te hubiésemos encontrado durmiendo, hijo mío, mañana habrías sufrido unas baquetas. ¡Bien, centinela, pronto serás relevado!

VIII

Viaje por los tejados

Desde la primera azotea en que estaba nuestro joven pescador hasta las murallas de Castello-Vecchio mediaba mucha distancia.

Sin embargo, podía decirse que se había vencido la parte más dificultosa. La segunda casa, elevada solamente un piso sobre la primera, presentaba adrajos salientes que facilitaban el escalamiento.

Esta casa era llamada *La casa dei Folquieri*.

Nuestro pescador esperó á que se hubiesen retirado la patrulla y su jefe, cuyas palabras habían sido tan poco dignas de un militar. Luego que no hubo nadie en la piazza Grande, empezó á escalar el ángulo septentrional de la casa de los Folquieri, hasta haber llegado á la balaustrada superior, la cual saltó, hallándose luego en la vieja canal que daba vuelta al palacio.

Una vez allí se encontraba casi al nivel de las elevadas murallas de la cárcel, las cuales formaban á lo lejos una masa negra, y podía ver pasar las linternas que precedían á las rondas. En seguida empezó á deslizarse por la canal á fin de dar la vuelta al castillo. Esto era para él un juego; un niño hubiese hecho lo mismo sin ningún temor.

Pero en esos viajes excéntricos en que no hay camino abierto, no se puede cantar fácilmente victoria. Después que nuestro audaz aventurero hubo dado la vuelta al ángulo meridional de la pared

que miraba á la calle de Mantua, las cosas cambiaron bruscamente de aspecto.

Una familia pobre se había edificado una especie de apéndice de habitación sobre la canal. Nuestro pescador buscó un paso fuera de la balaustrada para superar este obstáculo, pero el edificio de tablas construido por la familia pobre estaba suspendido materialmente sobre el vacío.

Para salvar este obstáculo se necesitaba tener alas.

Baldemonio dejó escapar una exclamación de despecho, y volvió atrás para dar la vuelta por dentro.

Sin esta casualidad nuestra historia no hubiera sido la misma.

Baldemonio había dado ya la vuelta á dos ángulos del edificio, y seguía la cornisa que coronaba el patio interior del mismo, cuando vió un desván alumbrado hacia el medio del cuerpo de la habitación principal.

Le era indispensable pasar por allí, pero antes se detuvo. La sombra de una joven se dibujaba en los vidrios.

Este joven tenía la cabeza apoyada en el marco de la ventana: reflexionaba ó miraba afuera.

En los dos casos hubiera sido una locura querer pasar por delante de ella sin llamar la atención.

Nuestro joven aventurero se vió, pues, obligado á detenerse hasta tanto que esta bella centinela dejase su puesto.

Al cabo de cinco minutos se levantó: sus ojos se elevaron hacia el cielo, apoyó su frente en sus dos manos, luego entró con lentitud en el interior de su aposento.

Aunque nuestro joven pescador no había podido distinguir sus facciones, porque su rostro había estado constantemente en la sombra, sin embar-

go no le pasó desapercibido el aire de infortunio que revelaban su gesto y su ademán.

—La desgraciada sufre—murmuró.

Luego aprovechándose de su entrada en la habitación prosiguió su camino.

Cuanto más se acercaba á la habitación alumbrada, tanto más doblaba sus precauciones para no hacer ruido.

Al pasar por delante se deslizó como una serpiente sin atreverse á levantar la cabeza.

¿Por qué se detuvo Baldemonio antes de haber salvado este paso, el más difícil de todos?

Porque al volver la cabeza suavemente para ver si se le observaba, había distinguido en el fondo del desván una forma blanca arrodillada.

Era la misma joven. Baldemonio reconocía su talle exquisito en su delicadeza cuasi infantil, y hasta en esa apariencia de debilidad desalentada.

Estaba vuelta de espaldas á la ventana para rezar sin duda su oración de la noche. Una lámpara colocada sobre una mesita alumbraba su delicado perfil.

En esas líneas puras, pero faltas de la alegre redondez de la adolescencia, nada revelaba el decaimiento anunciado por la postración del cuerpo. Su frente era alta y coronada de una hermosa cabellera que sin lazos ni ligadura alguna cubría con sus abundantes rizos sus espaldas castamente veladas. Las sienes anchas y bellas hacían resaltar por su blancura el festón que guarnece las jóvenes cabelleras en su raíz.

Todo ese conjunto era á la vez delicioso y triste. Había en este cuadro, tan sencillo en apariencia, una queja elocuente que desgarraba el alma.

Nuestro pescador sintió oprimirse el pecho y latir violentamente su corazón.

Olvidando las precauciones que había tomado levantóse del todo con el fin de distinguir esas

acciones que debían ser hermosas, pero no pudo ver más que un libro de oraciones sobre la mesa, un vestido de tela al pie de la cama, y á la cabecera de ésta uno de esos pequeños crucifijos de ébano que las religiosas llevan al cuello. La joven no hizo ningún movimiento; solamente su cabeza fué inclinada hacia delante hasta ocultarse en sus dos manos. Luego permaneció inmóvil en esta posición.

De pronto dejóse oír un ruido, primero sordo y fuerte en seguida, que procedía al parecer de la ciudad, por el lado occidental de Castello-Vechio. Parecía como si clavasen un tablado.

La joven no por esto se movió. ¿Acaso el fervor de su oración le impedía oír?

Baldemonio al contrario se estremeció de pies á cabeza.

—¡El patíbulo! —murmuró,—¡levantan el patíbulo!

Apenas se tomó tiempo para echar una última mirada al desván, una mirada de pesar.

Inmediatamente se puso á caminar, pero no sin decir:

—¡Ya volveré!

Al cabo de algunos minutos llegó al fin de la casa de los Folquieri. El edificio vecino era más bajo. De un salto bajó al tejado, que atravesó corriendo.

Aun le quedaban dos casas para llegar á la muralla. Baldemonio las escaló precipitadamente, y alcanzando de un salto la almena más próxima, se encontró en las fortificaciones de Castello-Vechio.

La parte de la muralla á que acababa de saltar formaba una especie de terraplén. La vista tenía por límites una torre gótica al norte, al pie de

Tomo 1—12

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

la cual había una guardia, y al sur una media luna en la que se paseaba un centinela.

De esta media luna se elevaba un cuerpo de edificio cuadrado compuesto de dos pisos.

En el piso bajo, una linterna colgada en la pared alumbraba vivamente la ventana de una prisión cerrada por gruesos barrotes de hierro.

—¡Voy bien!—dijo Baldemonio;—nuestro hombre está allí.

En efecto, no había que dudar. Esta linterna colocada para alumbrar cualquier tentativa que hiciese el prisionero en las rejas, es la precaución suprema usada en Italia.

No se echa mano de ella sino contra los condenados á muerte.

Al cabo de un minuto el centinela de la media luna se topó cara á cara con un hombre de talle esbelto y elegante que no había visto acercársele.

Su primer movimiento fué dar la señal de alarma, pero el desconocido había tomado su mano y marcado rápidamente una cruz en la palma.

El soldado echó á su alrededor una mirada de espanto.

—¡Aquí!—murmuró.

—¡En todas partes!—contestó el desconocido.

El soldado trataba de ver su cara cubierta por una máscara, pero no pudo distinguir sino su traje de pescador.

Después de haberle mirado bien, el soldado dijo con voz mal segura:

—El hierro es fuerte y el carbón negro.

—¿Hay algo más fuerte que el hierro?—replicó el desconocido.

—La fe.

—¿Hay algo más negro que el carbón?

—La conciencia del malvado... ¿Qué queréis, señor?

—Libertar al prisionero.

—Soy responsable de él con mi vida.

—Tu vida nos pertenece... ¡No te coloques entre el martillo y el yunque!... Tú estás aquí porque así lo hemos querido.

—En efecto—contestó el soldado,—aun no me había tocado el turno... pero el sargento...

—El sargento—repuso el desconocido,—recibe sus órdenes del teniente, el teniente obedece al capitán, el capitán al mayor, el mayor al coronel, el coronel al general... ¿A quién crees que obedece el general?

—Al rey...

—¡A mí!

Y así diciendo el desconocido mostró al centinela su mano extendida. En el dedo medio había una sortija de hierro en la que brillaban tres diamantes, formando un triángulo de fuego.

—Mandad, señor—dijo el soldado;—tengo una madre que encomiendo á Dios.

—La muerte huye de nosotros—replicó el desconocido,—la vida está con nosotros... ¡No temas! Acercóse á la ventana de la prisión y llamó en voz muy baja:

—¡Felice!

Nadie respondió.

—¡Felice Tavola!

El mismo silencio.

El soldado, pálido y trémulo, había vuelto á pasear.

En el momento en que el desconocido se volvía hacia él para preguntarle, la voz de alerta pasó de boca en boca en la línea de las fortificaciones.

—¡Niente nuova!—decía sucesivamente cada centinela,—¡nada nuevo!...

El pobre soldado puso sus dos manos en su pecho palpitante y dijo como los otros:

—Centinela, ¡alerta!

—¡Bartolo Spalazzi!—exclamó el desconocido.
—¿Sabéis mi nombre, señor?—murmuró el soldado.

—Has cumplido con tu deber; mañana tendrás los galones de cabo y tu madre dormirá en una buena cama... Respóndeme y no me ocultes nada... ¿Qué ha pasado en esta prisión desde que tú estás de centinela?

—Señor—respondió Bartolo,—hace diez minutos poco más ó menos que se ha entrado en la prisión de Porporato; he oído ruido de voces, los hierros han sonado, la puerta se ha vuelto á abrir y cerrar, y todo ha quedado en el mayor silencio.

—¡Un asesinato!—pensó el desconocido,—es imposible.

Luego repuso:

—¿Los que han entrado eran de la policía?

—Sí, señor.

—Me conviene saber—continuó el desconocido que parecía presa de una terrible agitación,—cuánto tiempo media entre cada ronda.

—Treinta minutos.

—Y ¿cuándo vendrán á relevarte?

—A las once.

El desconocido consultó su reloj y dijo:

—Tengo tiempo.

Y se lanzó á la prisión, sacando de su bolsillo dos objetos de pequeñas dimensiones que acomodó uno á otro al resplandor de la linterna suspendida de la pared.

Estos dos objetos reunidos, que eran una lima circular sorda y un pequeño tornillo, formaban la admirable máquina inventada por el célebre bandido inglés Jacques Sheppard, que era hombre de ciencia y de talento.

La lima de Sheppard, montada en una rueda movida por un fuerte resorte de Ginebra, pued

serrar un barrote de pulgada y media en tres minutos.

¡Pensad en ese pobre Latude que pasó treinta y cinco años para abrir su agujero, y prosternaos ante los progresos del siglo!

El desconocido puso su lima en acción y produjo apenas un ligero ruido. Luego cogió con ambas manos el barrote limado por debajo y torciéndole lo levantó.

Un instante después penetraba en la prisión de Porporato, llevando en una mano la linterna que había descolgado de la pared.

La prisión estaba vacía.

En el muro que se hallaba frente á la ventana, se notaban dos líneas escritas en misteriosos caracteres,

NA³E²A NA³MRI²I²;

EI²E²I² L²I²A³LI²!

El desconocido quedó inmóvil de asombro. Sus ojos no podían apartarse de estos caracteres.

—¡Vendido!—murmuró mientras que sus brazos caían por su propio peso;—el naufragio á la vista del puerto.

—¡Señor, señor—dijo la voz del centinela en la ventana de la prisión,—vienen de todos lados á la vez!

El desconocido se irguió con allivez.

—Todavía soy fuerte—dijo;—¡ay de los traidores!

Y salió de la prisión. En todos los cuerpos de guardia se oía ruido; parecía que tenía lugar un movimiento general en Castello-Vecchio.

Algunas voces decían al otro lado de la media luna:

—Han colocado una escalera en la calle de Mantua, frente á la piazzeta Grande... Martino fué ata-

do: le pusieron un pañuelo en la boca y otro en los ojos, y le dieron dos onzas de oro para pagar su silencio.

—¿Y Martino ha hablado?

—¡No le arriendo la ganancia, pobre diablo!

—¿Cuántos han subido por la escalera?

—Uno solo... los demás quedaron con la mujer disfrazada.

—¡Entonces debe estar en los tejados!

—O en la misma fortaleza.

—¡Alerta! ¡alerta!

—¿Quién está de centinela allá arriba?

—Bartolo Spalazzi, del regimiento de Trani...

Y acercándose los pasos, la guardia de la torre tomaba las armas.

—¡Estoy perdido!—murmuró Bartolo.

—Dí, ¿quién vive!—le ordenó el desconocido que acababa de apagar la linterna, dejando así á obscuras los alrededores de la prisión.

—¡Quién vive!—repitió Bartolo maquinalmente.

—¡Grita más!

—¿Quién vive?

—Amatilla tu fusil... salvándome á mí te salvarás á ti mismo... escucha... ya dan la vuelta al recodo de la media luna... Repite el quién vive...

El soldado obedeció.

—¡Apunta y tira!—le dijo agachándose.

El tiro salió y fué seguido de un estruendo inexplicable.

Más de cien hombres á un tiempo salieron de los diferentes puntos de la muralla.

—¿Le has tocado? Bartolo Spalazzi...

—¡Por aquí, por aquí!... ¡una escalera!... ¡todas las calles están guardadas! ¡no puede escaparse!

IX

El cuarto de los muertos

Las palabras escritas en caracteres geroglíficos en la pared de la prisión de Felice Tavola, querían expresar lo siguiente:

Se me ha olvidado;
me vengo!

¡Terrible amenaza en boca de uno de los caballeros del hierro!

Pero los que quieren vender una asociación como la de los Compañeros del Silencio hacen mal en decir: «¡Voy á vengarme!» Del dicho al hecho hay un gran trecho.

Nuestro pescador Baldemonio atravesó á la carrera la azotea de la primera casa pegada á la fortaleza. Cuando la guarnición de Castello-Vecchio acudió de todas partes á las almenas, ya no vió á nadie.

Trajéronse escalas y bajaron al terrado.

Era, en efecto, imposible que el fugitivo pudiese escapar. Se hubiese podido formar un batallón completo con los que de la muralla bajaron á la azotea y se pusieron incontinenti á registrarla en todos sentidos.

La orden era la siguiente:

«Por do quiera se vea un vidrio roto ó una puerta forzada, éntrese á la bayoneta».

El lugar en que se había refugiado Baldemonio

era un pequeño aposento de un desván de ese antiguo palacio denominado la casa de los Folquieri.

Algunas sillas de junco, una mesa redonda de pino y un catre rodeado de unas cortinas de percal constituían todo el ajuar de esta habitación.

En el ángulo opuesto al que ocupaba el catre veíase además un delgado colchón tendido sobre unos ladrillos de color claro alisados por el roce.

Entre la mesa y la cama había un pequeño brasero cuyo carbón se consumía lentamente bajo su ceniza blanquizca.

Sobre una silla vecina había un breviario, una sotana y un escapulario, y sobre la mesa, al pie de la lámpara que iba extinguiéndose, un papel con algunas palabras escritas.

Se podía, además, notar que la única ventana de este pequeño aposento, falta de fallebas y pestillos, estaba cerrada por una silla cuyo respaldo se apoyaba en las hojas de las puertas.

Alrededor de esta ventana y á lo largo de todas las rendijas, había pegadas tiras de papel blanco.

Débil cerradura, pero suficiente, sin embargo, para guardar la muerte contra la vida.

Al pronto parecía que no había nadie en este aposento, mas á medida que la vista se iba acostumbrando á esas semilinieblas, podían distinguirse dos formas humanas.

Dos jóvenes que parecían dormir ó estar muertos, pues no se movían, ni se oía su respiración.

Sobre el colchón estaba echado un adolescente, pálido y tranquilo, cuya cabeza descansaba en su abundante cabellera. Alrededor de sus labios florecía aún una sonrisa llena de tristeza.

Cerca del catre, delante de una silla que debió servirle para hacer su oración suprema, había una joven muy hermosa

El sueño debió haberse apoderado de ella estando de rodillas; pues continuaba prosternada, aunque con el cuerpo reclinado en el suelo.

Sus hermosas manos, hundidas en sus cabellos, continuaban adheridas á sus sienes.

Entretanto el brasero continuaba su combustión, y la lámpara, que había esparcido su resplandor silencioso y melancólico sobre esta doble agonía, falta á su vez de aceite, y oprimida por esta atmósfera mortal, parecía arder con trabajo, elevando su llama moribunda á intervalos, durante los cuales todos los objetos se volvían lívidos.

¡Dos jóvenes! ¡eran dos jóvenes!

¿Será cierto que pueda sufrirse en tan tierna edad hasta el punto de tener el valor ó la cobardía de matarse?

Porque no hay duda que todo esto no era obra de la casualidad: estos jóvenes habían querido poner fin á sus días.

Esas tiras de papel pegadas á las rendijas de la ventana eran un testimonio mudo, pero irrecusable.

¡Dieciséis años! ¡dieciocho años! ¡es la flor de la juventud! ¡En esta edad todo es halagüeño, todo brilla!

¡Dios mío! y habían querido morir los dos juntos, pero bastante separados uno de otro, para murmurar el uno: «—¡Adiós, Celestina!» y la otra: «—¡Adiós Julián!»

Entretanto los soldados que habían bajado á las azoteas pegadas á Castello-Vecchio corrían, gritaban y se animaban de lejos unos á otros. Acosado el zorro por todas partes no podía escapárseles.

Sin embargo, el zorro no se movía. Práctico ya del terreno por su primera excursión, había tenido á bien guarecerse en aquel mismo apo-

sento donde poco antes sus ojos contemplaron esa hermosa figura de mujer que tanto le llamara la atención.

—A menos que se haya arrojado de arriba abajo de la casa—decía el jefe,—caerá en nuestras manos.

—¡Es un pícaro muy atrevido!—respondía otro que también debía ser uno de los jefes.

El capitán después de haber empujado todas las ventanas por delante de las cuales iba pasando, se detuvo frente á la que ocultaba á Baldemonio.

—¡Esta está bien cerrada!—dijo arrimándole un valiente puñetazo, pero la mano vigorosa de Baldemonio colocada detrás impidió que se abriese.

Luego repuso el capitán en tono confidencial:

—Si vosotros supieseis el nombre del pícaro atrevido, como le llamáis, á quien estamos buscando, procuraríais estar muy alerta... Esta noche á las nueve he recibido un aviso del ministerio de Estado, diciéndome que Porporato había jurado por el carbón y el hierro intentar por sí mismo poner en libertad á Felice Tavola.

—¿Cómo es eso?—le interrumpieron de todas partes;—ese Felice Tavola ¿no es Porporato?

El capitán se encogió de hombros.

—¡Hijos míos—repuso en lugar de responder á esta pregunta,—acordaos de que en alguna parte de estas azoteas hay un tesoro oculto!... ¡un tesoro de cien mil ducados!... Si le hallamos, veinte mil ducados serán para vosotros... ¿Os parece razonable? ¡Al hombro! ¡marchen!

Un *evviva* general siguió á estas palabras; ¡tan extraordinaria pareció la liberalidad del capitán! Este digno león dejaba la quinta parte á sus compañeros.

Detrás de la ventana Baldemonio no podía contener la risa al oír esto.

Los soldados continuaron su camino.

Por todas partes por donde pasaban iban dejando hachas encendidas, de suerte que la parte occidental de los tejados estaba ahora alumbrada.

Cuasi frente á la ventana tras la cual se hallaba Baldemonio también dejaron una, la cual arrojaba dentro del aposento un resplandor suficiente para poderse ver en él.

Quando los soldados estuvieron algo lejos, Baldemonio quiso dar un paso en el interior de esta habitación, pero sus rodillas entorpecidas se doblaron, el suelo faltó á sus pies y le parecía que el hacha colocada frente á la ventana estaba despidiendo millares de chispas.

A pesar de ello no dejaba de sonreír, pues la última idea que pudiera ocurrirle era la de tener miedo.

Pero sus sienes latían violentamente; diríase que una mano de hierro se las apretaba. De súbito un bostezo dilató su garganta, y un dolor extraño, indefinible como la angustia de la muerte, subía de sus pies helados á su cabeza ardiente.

Luego sintió que le daba un vértigo; su cabeza giraba con increíble rapidez y veía un abismo á sus pies.

Sus dos manos tocaron su frente, y las retiró bañadas en un sudor frío. Sus cabellos se erizaron.

Entonces corrió por primera vez en sus venas el frío del terror.

Este escalofrío desconocido le horrorizó; era por decirlo así el miedo de su miedo.

En este momento en que su ordinaria presencia de espíritu le abandonaba, porque su inteligencia estaba violentamente turbada, no se acordó de que al entrar en este aposento había sentido un olor extraño y experimentado un calor sofocante.

El instinto hizo dirigir el brazo á la ventana con el fin de abrirla, pero en el mismo instante oyó el paso lento y mesurado de un centinela colocado á algunos pasos de allí.

¿Qué hacer? ¿Combatir? No tenía fuerza para ello. Baldemonio no quería morir.

Un esfuerzo desesperado le sacó del apuro.

Aunque con trabajo pudo arrastrarse, apoyándose en todo lo que encontraba á su paso, hasta la otra extremidad del aposento, donde entreveía una puerta.

Dos veces tuvo que detenerse porque el aire le faltaba.

Entre la mesa y la puerta se agarró á un objeto cuya forma no distinguía. Este objeto le quemó.

Era un calentador, un brasero en que el fuego ardía bajo la ceniza.

Estaba tan turbado, que este accidente no despertó su inteligencia embotada.

Un solo instinto le dominaba: ¡la puerta!

Quería llegar á la puerta; tal vez para huir.

En toda agonía predomina la idea de huir.

Antes de llegar á la tan deseada puerta cayó y su frente rebotó en los ladrillos.

Cuando llega la hora de la muerte cada cual debe tener su visión, y murmurar cada labio un nombre que le ayude á exhalar el último suspiro.

¿Qué vió Baldemonio en esta verliginosa agonía?

Un palacio resplandeciente de luces... mujeres bellas, jóvenes adornadas... y entre ellas una virgen de cándida sonrisa que parecía triste, y que llevaba en la frente la blanca corona de desposada.

Angélica.

Angélica Doria pasó ante sus ojos deslumbrados como un fantasma radiante.

Así permaneció mucho tiempo sin movimiento. Su cabeza estaba á dos pasos más del dintel de la puerta. Entre ésta y el umbral pasaba una pequeña corriente de aire, la única que la solicitud suicida de los dos desgraciados jóvenes había descuidado.

La boca abierta de Baldemonio aspiró este aire bienhechor. Al cabo de algunos instantes pudo dar un paso hacia adelante.

Quiso agarrarse al cerrojo, pero éste estaba cerrado.

Entonces se aferró á la puerta, y haciendo un esfuerzo violento, cedió el cerrojo y la puerta quedó abierta. Su pecho respiró el aire exterior con indecible voluptuosidad.

La escalera comunicaba al aire libre por muchas ventanas.

Al cabo de diez minutos, Baldemonio pudo abrir los ojos y volvió enteramente en sí.

Su primera impresión fué la sorpresa, pues había perdido el recuerdo de lo que acababa de pasar.

Lo que vivificó primero su memoria fué el dolor incandescente que experimentaba en los dedos. Tres de éstos eran una llaga viva.

—¡El brasero!—pensó.

Después, fijando sus ojos en la ventana, dijo:

—¡Los soldados!

Luego en fin murmuró:

—¡Aquí hay algún muerto!

Levantóse sin gran trabajo y sacudió la fatiga que le oprimía. Parecíale que había pasado mucho tiempo desde que entró en este aposento, pero consultando su reloj vió que sólo había transcurrido un cuarto de hora.

Le acercó á su oreja y oyó que el reloj andaba.

Dos ideas le ocurrieron en

Socorrer al que quería suicidarse y emprender la fuga para continuar su empresa.

Primeramente sacó el brasero afuera; luego corrió al catre, el cual encontró vacío.

Sus ojos recobraron su perspicacia. El aspecto del catre le trajo á la memoria que había visto orando una joven arrodillada en el suelo. Bajó la vista y vió efectivamente á esta pobre niña.

Tomóla en sus brazos y la puso en el catre.

El frío de la muerte tarda algunas veces mucho tiempo en llegar.

No estaba fría, pero tenía ya la rigidez de los cadáveres...

Puso la mano sobre su corazón.

El pulso de Baldemonio latía tan violentamente, que no podía saber si ese pobre corazón se había ó no detenido para siempre.

La antorcha puesta frente á la ventana lanzaba oblicuamente su luz á través de los cristales, y penetrando su resplandor entre Baldemonio y las cortinas, parecía acariciar esas facciones pálidas y hermosas, á las cuales la muerte había devuelto una expresión de serena sonrisa.

A su vista nuestro fugitivo experimentó una sensación tan dolorosa que le traspasó el corazón. Desde que se conocía á sí mismo, jamás angustia tan sutil había penetrado en lo íntimo de su alma. Un sentimiento indefinible le atraía hacia esa niña muerta, y hubiese dado su vida para volverle la respiración.

Este sentimiento ¿era una de esas pasiones locas que añaden cada día una flor á la guirnalda de don Juan?

No, el deseo callaba ante este lecho virginal que era á la vez un féretro. Nuestro fugitivo hubiera querido más bien poderla llamar: hija mía, ¡tal vez hermana mía! Si en este momento hubiese sido posible penetrar en su conciencia, sólo

hubierais encontrado una pureza y delicadeza exquisitas.

Sus ojos no podían apartarse de la muerta.

En la torre del reloj de Castello-Vecchio dieron las once de la noche.

Baldemonio, vuelto en sí, sintió un vivo estremecimiento, y llamando su atención el papel que había sobre la mesa, le cogió con avidez, pensando encontrar un nombre, un indicio; pero sólo pudo leer, arrimado á la ventana, las palabras siguientes:

«Querido padre, perdonadnos y orad por nosotros».

—Esto indica que no está sola aquí—dijo para sí mismo; y sus ojos buscaron la otra víctima.

El rincón donde estaba el colchón era el más obscuro del aposento. Sin embargo, Baldemonio descubrió en él una forma acostada, un joven frío y tieso como esas estatuas que duermen en las losas de las tumbas medioevales.

Baldemonio se arrodilló á su cabecera y le pareció que sus facciones no le eran desconocidas.

¡Rostro noble, de líneas puras y un poco severas!

¿Había visto á este joven ó alguien que se le parecía?

Mientras que consultaba su memoria, oyó un ligero ruido en el catre á manera de un suspiro.

La mano de la joven había cambiado de posición.

Baldemonio se dirigió á donde estaba la joven, y poniendo su mejilla junto á la boca de aquélla, sintió un soplo... ¡pero tan débil!

El aire entraba ahora libremente en el aposento y el gas mortal del carbón se había disipado poco á poco.

Nuestro pescador juntó las manos y dirigió á

Dios una ardiente súplica. Quizá Dios oía la voz de este hombre por la primera vez.

Entretanto la joven no se movía. ¿Habría hecho su último esfuerzo y recogido él su postrer suspiro?

A su vez el adolescente tendido en el colchón hizo un ligero movimiento. Era la hora del socorro: ¿podían ser salvados!

En este momento Baldemonio no pensaba en otra cosa.

De pronto elevóse una voz lejana en medio del silencio de la noche.

Una voz que recordaba á Baldemonio otros deberes, arrancándole bruscamente de este centro extraño y tenebroso en que se había olvidado de todo.

Era el sonido de la bocina que venía de la ciudad antigua.

A pesar de la distancia podía distinguir fácilmente el motivo de la tocala, el cual era el canto de Fioravante:

¡Amici, allegre andiamo alla pena!...

Irguióse allivamente y sus cejas se arrugaron. Luego bajó otra vez su mirada hacia el catre.

—Cualquiera—murmuró,—un niño, una mujer, puede socorrer aquí á estos infelices; pero allá abajo ¿quién me reemplazará?

Y sacando una bolsa la echó sobre la mesa.

—¿Qué me importan estos?—repuso con acento breve y duro;—¿qué les debo?... Todo aquí respira miseria... Son desesperados vulgares que se curan con un poco de oro.

La bocina lejana repelía su tocala.

Baldemonio dió una palada y dijo como Athol al oír las campanas de Corpo-Santo:

—¡Ya os oigo! ¡allá voy!

Y vistiéndose la sotana que había sobre la silla, tomó el breviario; alisó sus hermosos cabe-

llos á lo largo de las sienas, y al tercer sonido de la bocina ya estaba listo.

Antes de salir entreabrió la ventana.

Su corazón latía al pisar el umbral de la puerta.

Al corredor que había en lo alto de la escalera, daban muchas puertas.

Baldemonio abrió la más cercana y dijo:

—¿Hay alguien aquí dentro?

Respondióle el grito azorado de una vieja.

—Quien quiera que seáis—le dijo,—levantaos é id al aposento vecino, donde tienen necesidad de vuestra asistencia. He aquí vuestra paga.

Tres ó cuatro monedas de oro sonaron en los ladrillos.

Baldemonio bajaba ya la escalera.

Al llegar al piso primero una voz dulce le dijo:

—¡No podréis pasar, santo joven!

Una mirada oblicua le hizo descubrir una mujer de mediana edad que estaba en el umbral de su puerta en desaliño nocturno.

Bajó la cabeza, teniendo el libro en las manos, y se disponía á murmurar algún saludo, cuando aquella mujer continuó:

—¡Ya veréis cómo no oiremos nunca el sonido de su voz!

Esta era una noticia preciosa. Evidentemente el santo joven no había hablado jamás á la señora de mediana edad, que era regordeta y bien conservada.

Baldemonio, aprovechándose de esta noticia, se inclinó profundamente y pasó con aire modesto, llevando su gran libro como una preciosa reliquia.

—¡Dios os bendiga, mi pobre señor Julián!—dijo la vecina con un sí es ó no es de acritud:

—¡no me olvidéis en vuestras oraciones!

Luego añadió de modo que fuese oída:

Tomo I—13

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1926 MONTREY, MEXICO

—¡Pobre cordero! ¡es tan inocente!

Baldemonio no se acordaba que en su vida le hubiesen reprochado su exceso de candor.

En el vestíbulo oyó un gran ruido y movimiento. Todos los criados de la casa y una parte de los inquilinos se habían reunido allí para hablar, escudriñar y discutir. Unos decían que el preso se había fugado al campo después de haber roto los hierros de su prisión y asesinado al centinela. Otros que los Compañeros del Silencio habían escalado en gran número las azoteas, y tenían en jaque á la guarnición de Castello-Vecchio. Otros, en fin, que se preparaba una gran batalla en la cual jugaría la artillería por una y otra parte.

Al ver al *santo joven*, como se le llamaba en la casa, todas las lenguas enmudecieron.

El patio, alumbrado tan sólo por las antorchas colocadas en las balaustradas á sesenta ú ochenta pies de altura, estaba muy oscuro. Esta circunstancia favoreció á Baldemonio que no había encontrado nada para cubrirse la cabeza y la cara.

Hubiese bastado la menor sospecha para descubrir la superchería, pero á nadie se le ocurrió.

Habiendo algunos preguntado á manera de cumplimiento:

—¿A dónde va el *abbatello* tan tarde?

Fortunata Coccoli, *conservadora* de la casa, respondió con esa allivez que distingue en todos los países á la honrada y temida clase de los porteros:

—¿No sabéis que este dulce ángel va á velar todas las noches á los enfermos del hospital de pobres?

—¡Oh! ¡el caritativo querubín!—exclamaron todos.

—¿Nos dirá si ha visto alguna cosa allá arriba?

—Frente á su ventana hay una hacha encendida.

—¿Y su hermanita?... ¿no tiene miedo de quedar sola?

El santo joven pasó rápidamente y sin responder á través de los grupos.

Fortunata Coccoli siguió al joven abate para abrirle la puerta.

—Una palabra para mí en vuestros *oremus*, cordero de Dios—le dijo al oído.—He tomado cuatro números al *lotto reale* (lotería real). Si la venerada madre de Jesucristo me hace caer un cuaterno, haré un buen regalo á mi parroquia... sin olvidaros á vos, ¡serafín mío.

Baldemonio estaba fuera.

La puerta cochera se abría, como hemos dicho, á ese callejón sin salida de la calle de Mantua donde había sido colocada la escalera antes de la desventura del buen soldado del regimiento Búffalo.

Las cosas habían cambiado mucho en el espacio de una hora. El callejón sin salida y la calle de Mantua estaban llenas de soldados.

A los primeros pasos que dió Baldemonio después de cerrada la puerta, una bayoneta amenazó su pecho.

—*Non basa!*—le dijo en italiano de Friburgo un gran diablo de guardia suizo, que se llamaba Max Schæffer, como todos sus camaradas.

Los suizos saben decir *non basa* en todas las lenguas.

—Señor—le dijo humildemente Baldemonio, = voy á cumplir mi deber.

—*Cho non conose dever!*—contestó el hijo de los pintorescos valles de la Helvecia;—*non basa!*

Como el primer Schæffer había levantado la voz, muchos otros Max se acercaron grave y len-

tamente, tiesos como lanzas. Entre ellos había un oficial.

—Señor—le dijo Baldemonio,—se me aguarda en el hospital de pobres, donde ordinariamente velo á los enfermos.

—*¡L'hobidal té bofres!*—repitió el oficial Schæffer. Algunos Max le imitaron diciendo también:

—*¡L'hobidal té bofres!*

En seguida el oficial les miró y dió esta orden:

—*¡Dejaznos!*

Todos los Max pusieron incontinenti una mano en la frente y otra en la pretina del pantalón.

Schæffer se acercó al santo joven y lo examinó con mucha atención.

Concluido este examen prorrumpió en una gran carcajada, acompañada de ese movimiento de cuerpo que hizo dar el blasón que sabéis á la ilustre ciudad de Berna.

—*¡Vus sido eun pestia!*—dijo sentenciosamente dirigiéndose al primer Max que era causa de todo.

—*¡Vus non voyez que est eun zagrisdan?*

Así diciendo se echó á reír: los demás Schæffer rieron aún con más fuerza.

—*¡Marchaz!*—continuó empujando al santo joven hacia delante;—*quando vus esgalateréz las miraillez, cho vus tonneré tes brines té reine Glaute!*

Carcajada general.

Baldemonio sin precipitarse cruzó con paso tranquilo y discreto la piazzeta Grande; pero al llegar al vicoletto Zafio, tiró la sotana bajo una puerta y siguió su camino á la carrera.

En el extremo de la calle aplicó el mango de su puñal á los labios y resonó un silbido sordo.

Un silbido semejante se dejó oír al momento en la strada Medina. Luego la joven disfrazada de pilluelo se lanzó fuera de un sotto-pórtico en que todas las luces estaban apagadas.

—Allí dentro estamos quinientos; íbamos á atacar... ¿Qué se debe hacer ahora?

—¿Dónde está mi carruaje?—preguntó Baldemonio en vez de responder.

—En el Monte Oliveto... ¿Qué se debe hacer?

Baldemonio se puso á caminar á grandes pasos hacia el lugar indicado.

Un calesso elegante y ligero, tirado por dos magníficos caballos, aguardaba detrás de la iglesia. Baldemonio subió á él.

La joven repitió por tercera vez en la portezuela:

—¿Qué se debe hacer?

Baldemonio tomó su mano y la besó diciendo:

—¡Gracias, Fiamma!

Fiamma se puso colorada de placer.

Baldemonio añadió:

—Dentro de una hora, es preciso que Matilde Farnesio esté en Nápoles y pronta á seguirme.

—La princesa Farnesio estará dentro de una hora dispuesta, ¿y después?

—Después, vístete de duquesa, querida Fiamma, y vete al baile del palacio Doria.

—¿Bailaremos?—preguntó la joven.

Baldemonio sonrió.

—Procura que cuando despierte la condesa, te encuentre á su lado—le dijo.

—¿Y los otros?

—¡Cada uno que se vuelva á su casa, excepto los que deben vigilar el palacio Doria... Y que todo esté dispuesto al amanecer!...

Y le envió un beso con la mano. Luego inclinándose hacia el cochero le dijo:

—¿Eres tú, Ruggieri?

—Sí, señor.

—Pues oye: toma la calle de los Tribunates y sigue hasta la puerta de Capua, sal de la ciudad para entrar otra vez por la puerta Notarea, y

llévame á la piazza del Mercato á casa de Johann Spurzeim.

—Sí, señor.

Oyóse el chasquido del látigo y los caballos partieron al galope.

En el instante en que el *calesso* empezaba á correr por el empedrado, salió un hombre de la sombra proyectada por la iglesia, y saltando de un solo brinco á la parte trasera del coche, donde se sostuvo en equilibrio, empezó á silbar una alegre canción montañesa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE

BÁRBARA DE MONTELEONE

I

El gabinete del jefe de policía

Estamos en ese mismo día del mes de Febrero de 1823.

En una casa grande de la piazza del Mercato, plaza situada en la extremidad oriental de Nápoles, la luz alumbraba tres ventanas que resplandecían en medio de la obscuridad de la noche.

Era la casa ó palacio del señor Johann Spurzeim, austriaco y jefe de policía.

Sus oficinas ocupaban casi todo el piso bajo; en el principal habitaba con su familia.

Una de las ventanas alumbradas era la del aposento dormitorio del señor Johann Spurzeim; las otras dos pertenecían á un salón donde su mujer conferenciaba en aquel momento con el doctor Pedro Falcone, médico ya ilustre por su saber á pesar de su juventud.

Hacía poco tiempo que Johann Spurzeim estaba en Nápoles; unos tres meses poco más ó

llévame á la piazza del Mercato á casa de Johann Spurzeim.

—Sí, señor.

Oyóse el chasquido del látigo y los caballos partieron al galope.

En el instante en que el *calesso* empezaba á correr por el empedrado, salió un hombre de la sombra proyectada por la iglesia, y saltando de un solo brinco á la parte trasera del coche, donde se sostuvo en equilibrio, empezó á silbar una alegre canción montañesa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE

BÁRBARA DE MONTELEONE

I

El gabinete del jefe de policía

Estamos en ese mismo día del mes de Febrero de 1823.

En una casa grande de la piazza del Mercato, plaza situada en la extremidad oriental de Nápoles, la luz alumbraba tres ventanas que resplandecían en medio de la obscuridad de la noche.

Era la casa ó palacio del señor Johann Spurzeim, austriaco y jefe de policía.

Sus oficinas ocupaban casi todo el piso bajo; en el principal habitaba con su familia.

Una de las ventanas alumbradas era la del aposento dormitorio del señor Johann Spurzeim; las otras dos pertenecían á un salón donde su mujer conferenciaba en aquel momento con el doctor Pedro Falcone, médico ya ilustre por su saber á pesar de su juventud.

Hacía poco tiempo que Johann Spurzeim estaba en Nápoles; unos tres meses poco más ó

menos. Ignorábase enteramente su pasado, así como los motivos que había tenido la corte para confiarle tan grande y delicado cargo.

Pero todo el mundo convenía en que había correspondido perfectamente á esa muestra de confianza. Sobre el particular no reinaba más que una opinión; el nuevo jefe de policía era un hombre hábil y probó.

Los que le detestaban, que no eran pocos, se esforzaban en vano para buscar algo de que acusarle.

En el momento en que vamos á entrar en el cuarto dormitorio de Johann Spurzeim, acababan de dar las nueve de la noche en el reloj de Santa María del Carmen. Era precisamente el instante en que la animación llegaba á su colmo en la Avenida-di-Porto. Pero en la plaza del Mercado, entre el palacio y la iglesia, todo estaba tranquilo, cuasi desierto.

Las tiendas cerraban ya sus puertas, y los habitantes de esta parte de la ciudad, muy alejada del centro, se dirigían, según costumbre, á buscar sus recreos y placeres á otra parte.

El aposento del jefe era sencillo hasta la austeridad; muy alto de techo, y adornado de telas de color obscuro. Una sola lámpara lo alumbraba.

El jefe de policía estaba acostado en su cama, con la cabeza apoyada en una sola almohada de crin, pues en todo afectaba las formas estoicas. Distinguíanse á la luz de la lámpara sus facciones pálidas y demacradas, pero cuyos contornos anunciaban una inteligencia viva y sagaz.

Hay fisonomías que una vez vistas, ya no se las olvida más. Desde el primer momento era fácil reconocer en ese enfermo, en ese moribundo que parecía haber perdido el último soplo de vida, al viajero de carácter áspero y taciturno de la

carroza de Bautista Giubetti, al hombre del gorro negro de seda, á ese M. David que él solo ocupaba los dos primeros asientos del interior y que había fingido dormir mientras nuestro seminarista Julián conversaba con su hermana.

La historia cita á hombres de cabeza y corazón entre los altos dignatarios de policía: á verdaderos héroes que, combatiendo el mal, cuerpo á cuerpo, no temían penetrar en los misteriosos retiros de los enemigos de la sociedad para atacarlos más seguramente.

En Italia Azeglio se hizo carbonero; en Inglaterra el famoso Templeton fué el cómplice fingido de Wat-Tyler.

A lo menos nosotros le hemos visto en la cripta de Corpo-Santo entre los caballeros del Silencio, y bajo el nombre de David Heimer alrededor del cadáver insepulto de Mario, conde de Monteleone.

En la hora presente sus ojos estaban cerrados, sus labios descoloridos y entreabiertos parecían buscar el último soplo de vida que se les escapaba, y sus mejillas huecas y pálidas se sombreaban de negro en torno de los párpados.

Todo su cuerpo estaba en una silenciosa inmovilidad.

Y sin embargo no dormía, porque de tiempo en tiempo un estremecimiento brusco agitaba los ángulos de su boca y arrugaba los pliegues de sus sienes.

Parecía, en verdad, que si no soñaba, estaba escuchando sonidos lejanos y misteriosos que un hombre sano no hubiera podido distinguir, procedentes de la conversación de dos personas invisibles.

Algunos creen que el último privilegio de los moribundos es el de poseer una sutileza prodigiosa de oído.

Con todo, en su cuarto no había nadie en este momento, y afuera no se oía rumor alguno de voz.

Las dos personas más próximas á Spurzeim eran Bárbara de Monteleone su esposa, y el joven doctor Pedro Falcone; pero entre el dormitorio y el salón mediaban dos puertas y un corredor.

Sobre la mesa de noche descansaban algunos frascos y vasos puestos en desorden entre libros y papeles esparcidos. Se conocía que este hombre, animado de un pensamiento activo y sin más quebrantamiento que el del cuerpo, se había dedicado al trabajo hasta el último extremo.

Debajo del cobertor de la cama asomaba la cabeza negra y vivaz uno de esos pequeños perrillos que nos envían de Inglaterra, y cuyo origen real les ha hecho dar el nombre de *King's Charles*.

Un capricho, pudiéramos decir, si el señor Johann Spurzeim fuese capaz de ellos.

Pero, con anticipación se lo decimos á nuestros lectores, este buen señor no hacía nada por casualidad; si tenía aquel animalito en la cama era porque así lo consideraba útil y necesario.

Lo mismo debemos decir de otro objeto que se veía á su lado cerca de la almohada, en el espacio entre la cama y la pared.

Consistía en una especie de boca ó pabellón de esas pequeñas bocinas que los enanos de las novelas de caballería llevaban suspendidas de su cuello.

Era de marfil, y tendría unas cuatro pulgadas de diámetro poco más ó menos. Fijábase allí un cordón bastante grueso, ó más bien cierta clase de conducto, cuya extremidad opuesta se ocultaba en un armario de un medio pie cuadrado de abertura. La puerta de este armario estaba abierta, y no tenía ni cerradura, ni llave, ni pomo.

En un salón vecino y cerca de la chimenea, lujo poco usado en Nápoles, estaba Bárbara de Monteleone, esposa del jefe, con los pies arrimados al fuego.

El doctor Pedro Falcone permanecía de pie frente de ella.

Bárbara de Monteleone tendría entonces unos cuarenta años. Su fisonomía era bella, aunque demasiado prolongada para su cuerpo, como generalmente sucede á las personas que han nacido deformes.

Pero cuando estaba sentada apenas se echaba de ver este defecto; entonces su rostro tenía una longitud proporcionada.

En cuanto á la notable deformidad que tenía Bárbara detrás, y que, preciso es decirlo, era una jiba, hubieseis podido pasar horas enteras en su salón sin descubrirla.

Bárbara tenía un sillón de respaldo cóncavo y se sentaba en él con cierta gracia de gran señora. Jamás se levantaba para recibir á nadie. Un largo ejercicio la había acostumbrado tan bien á esta postura perezosa, que conservaba en ella la perfecta libertad de sus movimientos.

En esta actitud no se veía realmente sino la parte delantera de su persona bien adornada por su modista, y la noble regularidad de sus facciones orladas por negra y abundante cabellera.

En el fondo esta estratagema no impedía que todo Nápoles supiese que era jorobada, pero lograba que se olvidase esta circunstancia ante su hermoso rostro y su conversación encantadora.

Bárbara en efecto no tenía rival en la corte por su talento y elocuencia.

Aunque de linaje de príncipes, la muerte de sus padres y la falta de fortuna la habían hecho dependiente, como ya se sabe, de Mario Monteleone.

El primer esfuerzo que excitó su inteligencia, fué la ambición de ser condesa de Monteleone.

Mario la había visto crecer á su lado y la amaba como á una hermana.

Entre las personas que rodeaban á Mario, su inteligencia y conocimientos le daban el primer lugar. Pero en vano esperó que la admiración de su primo se convirtiese en un sentimiento más tierno.

Si hay un camino que no conduce al amor, es el de la admiración.

Bárbara era ambiciosa en alto grado.

El matrimonio de su pariente con María de los Amalfi introdujo un infierno en su corazón.

Había en Marforello un hombre que aspiró á su mano desde una posición inferior.

Bárbara se creyó adorada y se dijo á sí misma: —Este hombre será mi esclavo; tengo necesidad de un esclavo. Tengo necesidad de un instrumento; este hombre será mi instrumento.

Este hombre se llamaba David Heimer, y poseía toda la confianza de Mario Monteleone.

Bárbara hizo alianza con él y más tarde se casaron.

Pero halló que David Heimer era tan fuerte á lo menos como Bárbara Monteleone.

Lo que ocurrió en este matrimonio fué particular. Si hubo lucha no duró más que un instante; al primer choque se conocieron é hicieron treguas.

Así procedían los antiguos guerreros cuando, hechas astillas las dos lanzas, dejaban la lucha incierta.

Estos dos seres, enlazados por un mismo pensamiento de ambición, no se detestaban como es costumbre. Había entre ellos una especie de amistad nacida de la perfecta comunidad de intereses.

Cuasi se podría decir que se apreciaban.

Y como la desconfianza más recelosa no vela siempre, poco á poco había nacido entre ellos una fe mutua.

La obra que emprendían en común era ardua.

David Heimer, á quien llamaremos en adelante el señor Johann Spurzeim, consultaba fielmente á su mujer, y Bárbara servía á su marido con toda la finura, la perspicacia y prudencia de que la había dotado la naturaleza.

Debemos decir también que en la corte y la ciudad se citaba á Bárbara Spurzeim por los cuidados asiduos que prodigaba á su esposo enfermo.

Hacia cerca de dos minutos que Bárbara y el joven doctor Pedro Falcone estaban enfrente uno de otro.

Los ojos de ambos estaban fijos en unos cuadros de Zingro (Antonio Solario) y de sus discípulos los hermanos Donzelli, colgados en la pared.

Uno de ellos, atribuido al más joven de los hermanos Donzelli, representaba la muerte de Lázaro.

Los ojos de Bárbara Spurzeim y del doctor Pedro Falcone contemplaban á un mismo tiempo este último cuadro.

Reinaba el más profundo silencio.

Al cabo de algunos segundos la mirada de Bárbara abandonó el cuadro y se fijó en el doctor.

Era éste un hombre de veintiocho años, alto, delgado y ligeramente inclinado hacia delante. Sus facciones, excesivamente pálidas, eran hermosas. Sus negros ojos no expresaban en este instante sino la inmovilidad del pensamiento. Dos ó tres pliegues precoces arrugaban su frente, sobre la cual los cabellos se presentaban ya raros y como quemados.

Estas señales podían ser las de un pensador ó de un osado. Pero lo que no se podía dudar es

que era un hombre de grandes necesidades y aspiraciones.

Bárbara al mirarlo frunció el entrecejo.

—¡Es demasiado joven!...—murmuró sin ser oída.

Pero como los ojos del doctor se encontrasen con los suyos, le dijo para explicar el movimiento involuntario de su fisonomía:

—Durante mucho tiempo he creído que los pintores de la escuela antigua sabían pintar la agonía, pero veo que me equivocaba.

—Sin embargo—replicó Pedro Falcone,—la agonía de ese Lázaro...

—¡Exactamente!—interrumpió Bárbara.

—¿No la halláis bastante horrible?

—Demasiado y poco... Los maestros que han venido posteriormente han embellecido la muerte, dándole contornos y convulsiones... Johann Spurzeim no se presenta así.

Estas palabras fueron pronunciadas con tan espantosa calma, que Pedro Falcone bajó los ojos.

Bárbara lo notó, y tomando una pastilla contra la tos de una rica cajita de oro, repuso sonriendo:

—Si pudieseis prometerme salvar á mi marido, doctor, vuestra fortuna estaría hecha.

—Ya sabéis, señora—contestó Pedro Falcone,—que lo que me pedís es imposible.

—¿De qué sirve pues la ciencia?...—murmuró Bárbara con desdén.

Luego comprimiendo la tos, que la iba á atacar, añadió:

—Daría cincuenta mil ducados al que me asegurase la vida de Johann Spurzeim.

—El que lo prometiese, mentiría, señora.

Bárbara, no pudiendo contener la tos, apoyó sus dos manos en el pecho.

—¡Oh! ¡esta tos!—dijo,—hay instantes en que me parece que un carbón encendido me abraza los pulmones... otras creo sentir un pesado ta-

pón que sube y me ahoga... Doctor, doctor, ¿no habrá tampoco remedio para mí?...

—Vos pensáis demasiado—dijo el médico.

—Y el pensamiento me mata.

Pedro Falcone sonrió.

—Si me propusieseis cincuenta mil ducados para responder de vos, señora...—empezó á decir.

—¿Consentiríais?—exclamó vivamente la señora.

—¡Pondría mi cabeza por apuesta!—dijo Pedro Falcone con voz segura.

Bárbara le tendió la mano. Falcone al tocarla la sintió fría y húmeda.

—Tomad otra pastilla—continuó el doctor;—vais á tener un acceso de tos.

Pero la pastilla no pudo nada: el pecho de Bárbara se levantó súbitamente, sus pálidas mejillas se tiñeron de un rojo vivo y la acometió una tos lenta, desgarradora y dolorosa.

Su pañuelo bordado que se puso en la boca quedó tinto en sangre.

La fisonomía del joven médico permaneció impasible.

Bárbara le mostró en silencio la extensa mancha colorada.

Falcone se encogió de hombros.

—¿Me creeréis?—le dijo;—no se cura á los dañados del pecho, y yo prometo curaros.

Bárbara bebió un sorbo de agua y quedó inmóvil.

Sus ojos se oscurecieron un instante,

De repente un rayo animó su pupila.

—Ya me encuentro bien—dijo,—muy bien... Pfu-guiera á Dios que mi marido se encontrase así!...

Decidme, doctor, en conciencia: ¿no hay ningún medio humano de salvarle?

—Ninguno, señora.

Bárbara bajó los ojos y pareció estar dudando.

—Y...—repuso con voz alterada,—¿esto durará mucho?

Pedro Falcone creyó haber oído mal.

Como no contestaba, Bárbara levantó la cabeza y mirando al doctor de frente repitió:

—Quiero saber si esto durará mucho.

—¿Qué, señora?—murmuró el médico.

—La vida de Johann Spurzeim, mi marido—dijo Bárbara distintamente.

—Pero, señora...

—Quiero saberlo.

—La ciencia no puede precisar...

—¿Ocho días?—interrumpió la directora.

—Es imposible afirmar.

—¿Quince días?

—En verdad, señora—dijo Pedro Falcone,—semejante pregunta...

—Tengo motivos para hacérsela, doctor—interrumpió la señora Spurzeim;—estoy segura que vos no creéis que pueda alargarse un mes.

—No, señora—contestó esta vez Pedro Falcone;—no lo creo.

Bárbara bajó otra vez los ojos murmurando estas palabras ya pronunciadas:

—¡Es muy joven!

—Sentaos—repuso bruscamente.

Su mano larga y blanca le señaló una silla con autoridad.

El doctor se sentó.

Bárbara cerró los ojos, y después de un minuto de silencio le dijo:

—Antes de responderme, reflexionadlo bien; lo que voy á proponeros es serio; yo ya lo he pensado maduramente... Doctor Pedro Falcone, ¿queréis casaros conmigo?

II

Una mujer fuerte

En verdad había sido una buena precaución obligar al doctor á tomar asiento, porque sin ella hubiese caído de espaldas.

Quiso hablar, pero la señora Spurzeim no se lo permitió con ademán imperioso.

—Ya os he dicho que reflexionaseis, caballero—le dijo con severidad;—todavía no ha transcurrido bastante tiempo.

Y acercó su sillón hacia el doctor con un movimiento libre y natural.

Su rostro estaba siempre perfectamente tranquilo.

—Mientras que reflexionáis—repuso bajando la voz,—yo hablaré... Empiezo por confesaros que no os tengo amor alguno... lo que os ofrezco es el título de conde con la fortuna de un rey.

Los párpados del doctor se entreabrieron y dejó escapar una mirada de desconfianza; verdaderamente la creía loca.

—No, no—dijo ella sonriendo y respondiendo á esta mirada;—no, no estoy loca... Ya lo veo, vos pensáis: ¿cómo puede ofrecer un título de conde y una fortuna real si no tiene lo uno ni lo otro?

—Ya sé que sois rica...—quiso interrumpir Falcone.

—¡Miseria!—exclamó animándose de repente;— ¡yo rica!... Decuplad lo que yo tengo... Centuplicad... Centuplicad diez veces y estaréis en camino de la verdad... La fortuna de que os hablo es inmensa.

—Pero ¿de qué fortuna habláis?—murmuró el doctor conmovido á pesar suyo.

—Hablo de la fortuna de los Doria, añadida á la de los antiguos condes de Monteleone.

La frente del médico brilló bañada en sudor.

—No me interrumpáis más—le dijo Bárbara;— esta es la hora en que mi marido despierta de su sueño y necesito vuestra contestación antes que nos separemos.

Vos sois Compañero del Silencio...

A pesar de la orden reciente de no interrumpirla, Falcone no pudo contener un grito de terror.

No se debe olvidar que esto lo decía la esposa del jefe de policía en su propia casa.

—Señora—exclamó,—por mi salud.

—¡Bien, bien!—le respondió;—á los napolitanos los juramentos no les cuestan nada... mi pobre doctor, esa es una locura de la juventud; habéis dado vuestra libertad á esa misteriosa asociación y hasta el presente la asociación nada os ha dado en cambio... á lo menos así lo creéis vos, ¿no es verdad?

—Es cierto—tartamudeó el médico.

—Falcone—le dijo ella á media voz;—*el hierro es fuerte y el carbón negro...*

Este se levantó de repente, tan profunda era su sorpresa.

—Os hago gracia de las preguntas de vuestro catecismo—prosiguió ella en tono ligero,—y hago más, acudo en vuestro socorro inmediatamente para libertaros de creer, por ejemplo, que el señor Johann Spurzeim, mi marido, me ha revelado los misterios de la policía... y que ésta ha

descubierto vuestro secreto... La policía no ha descubierto nada, mi pobre doctor... La asociación del Silencio pertenece á la policía...

—¡Será posible!

—Es decir, la policía pertenece á la asociación del Silencio.

Falcone dejó caer sus brazos por su propio peso.

En los delgados labios de Bárbara Spurzeim asomó una sonrisa burlona.

—¡Triste cosa por cierto!—añadió;—no que la asociación haya sido estéril para vos, porque vuestra numerosa clientela prueba lo contrario, sino ser esclavo é ir á ciegas, sin saber, sin conocer, empujado siempre por una voluntad misteriosa.

Yo os propongo quitaros la venda que os cubre los ojos y alumbrar vuestra obscuridad, elevándoos de esclavo á señor.

Yo soy maestra del Silencio y la única de la asociación.

Y se quitó de su dedo medio una sortija de oro adornada de tres diamantes en forma de triángulo. Esta sortija era parecida, salvo el metal, á la de Mario Monteleone, y como aquella llevaba la divisa latina: *Agere, non loqui*.

Pedro Falcone la tomó; examinóla, y después de haber leído las tres palabras de la divisa se la devolvió con el mayor silencio.

Obedecía al pie de la letra: reflexionaba.

Bárbara le contemplaba satisfecha, como un profesor que aprueba la conducta de su discípulo.

—Vos sois joven—repuso ella;—esto me ha contenido durante ocho días... porque hace ocho días que he perdido la esperanza de conservar á mi marido... Pero aunque joven, sois prudente, os considero dotado de un carácter enérgico... y sé que no retrocederéis ante un vano escrúpulo.

Pero hasta que nos hayamos ligado de una ma-

nera estrecha é irrevocable, no puedo deciros todo lo que debéis saber.

Solamente os anunciaré el porvenir que os reserva.

Para ello bastan dos cosas: daros á conocer mi pasado y el de la asociación.

El primer objeto de la asociación fué pura y simplemente hacer el bien.

Después de la muerte de Mario Monteleone, su fundador, tuvo otros dos fines: uno aparente, otro oculto.

El primero era la venganza del gran maestro asesinado, el segundo la adquisición de riquezas.

El primero es un pretexto y una enseña, y hará mucho tiempo nuestra fuerza; el otro estaría ya alcanzado, si no hubiese aparecido entre nosotros un hombre, un león, una de esas piezas de oro de las cuales ¡ay! sólo se encuentra la moneda menuda.

Este hombre ha imprimido á la asociación una nueva fase, haciéndonos sus esclavos y ocultándonos sus miras. Por él la ciudad es nuestra... por él rodeamos el trono... Pero lo que quiere para sí sin razón y sin derecho, yo lo quiero para mí, y lo tendré.

A este hombre le aborrezco, ¡le aborrezco!

Quiero deshacerme de él á toda costa, porque lo que él desea es lo que deseo, mi bien, mi herencia comprada con sangre preciosa.

Pedro Falcone, por lo que os he dicho, juzgad si me pertenecéis.

Antes de llevar el nombre de Bárbara Spurzheim me llamaba Bárbara de Monteleone.

Tengo todavía que deciros otra cosa.

—¡Qué!—exclamó el doctor,—¿seriais?...

—La última de la familia... Mario murió sin hijos y yo soy la única heredera.

No me pidáis más explicaciones, Pedro Falcone;

bastante os he dicho, y no sé si tenéis aún el derecho de reflexionar.

El doctor se acercó respetuosamente, tomóle la mano y se la besó.

—No, señora—le dijo,—no tengo ya en efecto derecho á reflexionar. No diré que acepto, esto sería poco, sino que me entrego á vos con entusiasmo.

Bárbara fijó en él sus ojos medio cerrados, de los cuales salía un rayo sutil y penetrante.

—Muy bien dicho, señor Pedro Falcone; sois un hombre hábil y prudente.

—Señora...

—Muy hábil y prudente... Seriais capaz de fingir que me amáis.

—¿Lo dudáis?

—No, os lo prohibo—interrumpió Bárbara sonriendo;—en su tiempo y lugar necesitaremos un pretexto ante los ojos del mundo, y ninguno puede proporcionárnoslo como el amor... ¡Haréis un bello conde, Falcone!... El mundo imbécil y ciego dirá quizás: «La vieja se ha enamorado de ese joven...»

En esas extrañas palabras había dureza pero no amargura.

—La vieja empero tomará sus medidas—prosiguió mudando de tono,—para que ese joven no sea jamás su señor. Esta es la verdad.

La posición del doctor era seguramente difícil ante tal amante; así es que no sabía cuál actitud tomar ni qué palabras decir.

Ella acudió á su socorro:

—Falcone—le dijo fendiéndole la mano con cierta especie de cordialidad,—en mí tendréis una amiga... Seréis noble, rico, poderoso... quizá feliz... Nunca echemos mano del fingimiento en nuestras mutuas relaciones... Seamos aliados firmes y sinceros; ni más ni menos.

—Podéis contar conmigo, señora—dijo resueltamente Falcone,—como con el más fiel servidor.

—Lo veremos tal vez más pronto de lo que pensáis—replicó ella.

Le soltó la mano y permaneció un rato meditando. Luego murmuró:

—¿Qué tengo todavía que deciros? Quizá deseariais saber por qué he ocultado á la corte de Fernando de Borbón el nombre de Monteleone que el rey hubiera colmado de favor... Le he ocultado porque entre la herencia de Mario y yo se interponen el conde Loredano Doria y su hermana Angélica.

La frente del doctor se obscureció á pesar suyo.

—¿Adivináis que nos será preciso pasar sobre sus cuerpos?

Y como Falcone palideciese añadió:

—No es que yo les deteste; solamente que son un estorbo en nuestro camino... ¿No decís nada, señor Pedro Falcone?

—Señora...—contestó éste,—temo comprender.

—¡No temáis! ¡Comprended!—dijo Bárbara secamente.—Os he elegido por esposo en lugar de Johann Spurzeim á quien lloraré sincera y profundamente... para que formemos una pareja de varón y hembra con las mismas inclinaciones, la misma ambición, el mismo corazón... Os he elegido en su lugar para que hagáis lo mismo que él hubiese hecho; Spurzeim había sentenciado tres personas: el príncipe Coriolani, Loredano y Angélica Doria.

El doctor se estremeció.

—¿Sentenciados?...—murmuró.—¿Cómo?

—Como sentenció el Silencio.

—¡Tres asesinatos!

—Los médicos, señor Falcone, tenéis otras armas... ¡Elecid!

El doctor lanzó un gemido, y cubriéndose la cara con las manos se dejó caer en un sillón.

Bárbara Spurzeim se levantó. Apenas la hubierais conocido; tanto perdía al dejar su poltrona que como una plaza fuerte ponía su busto al abrigo de las miradas.

Todo lo que había en ella de nobleza y dignidad cuando estaba sentada, desaparecía desde el momento en que ponía á descubierto las deformidades de su cuerpo. La desproporción de su estatura y el desenvolvimiento enorme de su cabeza saltaban á la vista; sus piernas desiguales y cortas traqueteaban al caminar, y sus caderas se desencajaban á cada paso.

A este aspecto inesperado cambiaba completamente el sentimiento que inspiraba sentada.

La gran señora convertida en enana perdía de repente todo su prestigio.

—Falcone—dijo deteniéndose delante del doctor cuyo rostro permanecía oculto entre sus manos;—miradme, pues no me habéis visto nunca.

Y ella misma separó las dos manos del doctor, que alzó los ojos para mirarla.

Luego bajó la cabeza.

Bárbara decía verdad; jamás la había visto.

Porque sólo la había visto en el sillón ó en la cama, en donde tenía aire de mujer.

Los dientes de Bárbara hicieron brotar sangre de sus labios.

Su coquetería se había resentido no obstante la fealdad.

Fué necesario un gran esfuerzo de su parte para no mostrar su mortal despecho.

—Doctor—dijo sin embargo con tono libre y resuelto;—he aquí por qué me veo obligada á comprar un marido... No os indignéis como haría un imprudente ó un tonto; no me digáis que vos no os vendéis. Las mejores flechas de mi carcaj

Las conservo aún guardadas; mi réplica será como un rayo... Acordaos bien de esto: no tengo necesidad de un marido, sino de un cómplice. Yo llamo las cosas por su nombre. Si he hablado de matrimonio es porque hay necesidad de la fórmula sacramental para daros el derecho de obrar por mi cuenta, y porque, sin el sacramento, no tendría derecho para poner en vuestros hombros el manto de conde de Monteleone... He soñado ser condesa y este sueño se realizará; ¡lo quiero!... Ahora que me habéis mirado, no me preguntaréis por qué no voy á la corte, pero vos iréis por mí. ¡El rey hará de mi marido el más grande señor del reino!

Y no dijo más.

Pedro Falcone, después de un momento de silencio, se volvió hacia ella y dijo con resolución:

—Acepto.

—¿Sin condición?

—Sin condición.

—¡Ah! ¡Mí querido doctor!—exclamó la señora Spurzeim lanzando su mirada penetrante hasta el fondo del alma de Falcone;—ó sois más ambicioso de lo que creía, ú ocultáis alguna intención... Sí no sois más que un ambicioso, iremos más allá de vuestros deseos; pero si lleváis segunda intención, guardaos bien... Algunos que durante mi vida han querido jugar conmigo, ya no existen.

En el momento en que el doctor iba á responder, llamaron suavemente en la puerta exterior del salón.

Bárbara dijo:—¡Entrad!

Un pobre diablo bastante parecido por su traje á un pasante de procurador (cabellos aplastados, cutis empañado, camisa neutra), se presentó en el umbral de la puerta.

Al presentarse saludó por tres veces consecuti-

vas jugando con la pluma que llevaba puesta en la oreja.

—¿Qué hay, Privato?—preguntó la señora Spurzeim.

—El inglés—respondió Privato.

—¿Qué inglés?

El pobre muchacho tenía un destino de doscientos duros anuales en la policía. No había de que alimentar un águila.

Pero Privato no llegaba de mucho á ser un águila.

Mordióse ligeramente las uñas para serenarse, y respondió:

—Un inglés delgado que lleva anteojos azules y cuyos cabellos son de color de serrín... Trae cartas para Su Excelencia.

—Privato, ya sabéis que Su Excelencia ha empeorado y que no puede recibir á nadie.

—Es muy cierto—replicó el empleado;—pero ese inglés es tan original y ha chapurreado tantas cosas!... Me parece que viene por el gran negocio.

—¿Qué negocio?

—El negocio de Londres... Los diamantes...

—Privato—exclamó severamente la señora,—guardaos de saber más de lo que os tiene cuenta.

El empleado de los doscientos duros pareció hundirse bajo tierra.

—Decid á ese hombre que venga mañana—añadió la directora señalando la puerta con el dedo.

Privato no se movió. Suspenso entre el deseo de obedecer y la necesidad de cumplir más completamente su mensaje, se decidió por lo último.

—La señora sabe bien el respeto profundo y veneración extraordinaria que me merece—murmuró royendo sus uñas hasta hacer brotar sangre,—y preferiría entregar mi cuerpo á mi más mortal enemigo antes de disgustar á la señora en

lo más mínimo... Pero el inglés no quiere irse.

—¿Cómo es eso, no quiere?

—¡Su noble señora tenga compasión de mí! Ya me ha sacudido tres veces las espaldas y me ha enseñado cinco veces sus puños...

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Un nombre del diablo... Peter-Paulos Brown.

—Brown!—repitió Bárbara estremeciéndose.

Y sacó apresuradamente de su seno un librito de memorias que consultó.

—¡Brown!—dijo á media voz;—recuerdo el nombre pero no el secreto.

—Privato—repuso,—veo que eres un mozo inteligente; bajo pretexto de hacerle esperar más cómodamente, procura introducir ese Brown en el cuarto con reja donde se ponen de noche los camorristas... y enciérralo.

—¡Bien pensado, ilustre señora!—exclamó;—¡lo que es tener un talento superior á lo común del vulgo! ¡Allí podrá arrimar puñetazos á la pared!

Así diciendo dió una última roedura á sus uñas y desapareció.

—¿Tenéis algo que decirme, doctor?—preguntó Bárbara en cuanto aquél se fué.

—Señora—respondió Falcone;—el Pundjaub es un diamante sacado por un minero de las canteras del Mogol... sólo un rey lo puede comprar y el hombre que lo posee se llama Brown.

Bárbara reflexionaba.

—En ocho días que Johann Spurzeim no se levanta—dijo al fin,—he sorprendido muchos secretos, pero aun no lo sé todo... Es preciso que lo sepa... En el despacho de mi marido hay tres cartas que no he podido leer, porque están escritas en una clave que no es la nuestra... Ya es hora de que vayamos al lado de Johann, pero antes tengo que advertiros tres cosas:

«Prohibición á mi marido de ocuparse de negocios.

»Orden de guardar cama bajo pena de la vida.

»Consejo de encargar á otro los grandes intereses que le preocupan y le matan.»

Calló un momento y luego añadió:

—Falcone, nuestro contrato no necesita escritura pública: yo sé cómo obligar; si lo dudáis, preguntad qué es lo que se ha encontrado esta tarde bajo el puente de la Madalena.

Ahora, vuestro brazo, doctor; ¡vamos á cuidar á nuestro enfermo!...

Pedro Falcone se inclinó en silencio y le presentó su brazo.

Si ahora nos trasladamos al aposento en que el señor Johann Spurzeim parecía descansar, observaremos una extraña sonrisa en su rostro demacrado y de color de plomo.

En el instante en que Bárbara decía á su nuevo caballero:—Dadme el brazo,—Johann Spurzeim sintió como el contragolpe del movimiento que ejecutaron.

Al mismo tiempo la cabeza negra del *King's Charles* apareció fuera del cobertor, ladrando blandamente.

Johann le acarició con su mano huesosa, que parecía la de un cadáver, murmurando:

—Bien, Love, bien.

Y le dió una rosquilla que el perro fué á roer bajo el cobertor.

Johann Spurzeim, con una libertad de movimientos que no podía esperarse de su aspecto, extendió el brazo, y cogiendo ese objeto de forma redonda que hemos comparado al pabellón de un instrumento de viento, y el cordón flexible que le servía de apéndice, echó ambas cosas precipitadamente en el fondo del pequeño armario abierto en la pared. Luego cerró la portezuela

sin hacer ruido y tan exactamente que no se conocía que existiese.

Concluida esta operación, Johann apoyó su cabeza en la almohada y cerró los párpados.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

III

Un matrimonio feliz

Apenas Johann Spurzeim acababa de cerrar los ojos, cuando se abrió con precaución la puerta de su aposento.

Bárbara, su esposa, entró apoyada en el brazo del doctor Pedro Falcone.

En la cabecera de la cama se hallaba uno de esos sillones de respaldo cóncavo para el uso de la señora Spurzeim.

Sentóse en él y murmuró sonriendo:

—Héme aquí en mi trono.

Pedro Falcone se inclinó hacia el enfermo

—No duermo—dijo éste con voz débil.

El doctor quiso tomarle el pulso y el enfermo le repelió sonriendo.

—Dentro de un instante—le dijo.

Luego añadió dirigiéndose á su esposa:

—Bárbara, mi querida compañera, decís bien, héos ahí en vuestro trono... Héos ahí en vuestro trono desempeñando una misión de buen ángel para este pobre condenado... Quisiera llamar á todo Nápoles alrededor de esta cama para que presenciase vuestra ternura; Bárbara, mi queri-

da esposa, vos habéis sido el consuelo de mis postreros días.

—Moderaos, señor—le dijo Pedro Falcone;—no os conviene hablar demasiado.

Johann Spurzeim hizo con la cabeza una señal de sumisión.

—Amado esposo—dijo Bárbara,—¿esperabais hoy, si me es permitido dirigiros esta pregunta, á un inglés llamado Brown?

—Hoy no—respondió Johann sin titubear.

—Pues ha venido—dijo Bárbara.

—Está bien—replicó tan sólo el enfermo.

La jibosa continuó aparentando un aire risueño, pero no por eso tenía menos el diablo en el cuerpo.

—He dormido un buen rato—repuso Spurzeim, —y me siento extraordinariamente aliviado... ¿No os parece que tengo la voz mejor?

—Sí, por cierto—replicó Bárbara;—con algunas semanas de reposo el doctor cuenta concluir con la enfermedad.

El doctor no hablaba.

Todavía estaba sufriendo las consecuencias de la terrible impresión que había experimentado.

El doctor pensaba en esa portentosa unión propuesta y aceptada: el doctor miraba á su mujer...

El marido de su mujer se volvió hacia él trabajosamente.

—¿Y vos, Falcone?—le dijo.

—¿Yo?...—repuso éste;—yo no sé...

El enfermo dejó escapar una de esas sonrisas que la descomposición de sus facciones hacía tan lúgubres.

—¿Vos no sabéis!—dijo con lentitud.

Después, dirigiéndose á Bárbara, que no se atrevía á mirar á su cómplice, Spurzeim le dijo:

—¿Apuesto á que no sabéis el secreto de las distracciones, los delirios, las ilusiones del doctor?

sin hacer ruido y tan exactamente que no se conocía que existiese.

Concluida esta operación, Johann apoyó su cabeza en la almohada y cerró los párpados.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

III

Un matrimonio feliz

Apenas Johann Spurzeim acababa de cerrar los ojos, cuando se abrió con precaución la puerta de su aposento.

Bárbara, su esposa, entró apoyada en el brazo del doctor Pedro Falcone.

En la cabecera de la cama se hallaba uno de esos sillones de respaldo cóncavo para el uso de la señora Spurzeim.

Sentóse en él y murmuró sonriendo:

—Héme aquí en mi trono.

Pedro Falcone se inclinó hacia el enfermo

—No duermo—dijo éste con voz débil.

El doctor quiso tomarle el pulso y el enfermo le repelió sonriendo.

—Dentro de un instante—le dijo.

Luego añadió dirigiéndose á su esposa:

—Bárbara, mi querida compañera, decís bien, héos ahí en vuestro trono... Héos ahí en vuestro trono desempeñando una misión de buen ángel para este pobre condenado... Quisiera llamar á todo Nápoles alrededor de esta cama para que presenciase vuestra ternura; Bárbara, mi queri-

da esposa, vos habéis sido el consuelo de mis postreros días.

—Moderaos, señor—le dijo Pedro Falcone;—no os conviene hablar demasiado.

Johann Spurzeim hizo con la cabeza una señal de sumisión.

—Amado esposo—dijo Bárbara,—¿esperabais hoy, si me es permitido dirigiros esta pregunta, á un inglés llamado Brown?

—Hoy no—respondió Johann sin titubear.

—Pues ha venido—dijo Bárbara.

—Está bien—replicó tan sólo el enfermo.

La jibosa continuó aparentando un aire risueño, pero no por eso tenía menos el diablo en el cuerpo.

—He dormido un buen rato—repuso Spurzeim,—y me siento extraordinariamente aliviado... ¿No os parece que tengo la voz mejor?

—Sí, por cierto—replicó Bárbara;—con algunas semanas de reposo el doctor cuenta concluir con la enfermedad.

El doctor no hablaba.

Todavía estaba sufriendo las consecuencias de la terrible impresión que había experimentado.

El doctor pensaba en esa portentosa unión propuesta y aceptada: el doctor miraba á su mujer...

El marido de su mujer se volvió hacia él trabajosamente.

—¿Y vos, Falcone?—le dijo.

—¿Yo?...—repuso éste;—yo no sé...

El enfermo dejó escapar una de esas sonrisas que la descomposición de sus facciones hacía tan lúgubres.

—¿Vos no sabéis!—dijo con lentitud.

Después, dirigiéndose á Bárbara, que no se atrevía á mirar á su cómplice, Spurzeim le dijo:

—¿Apuesto á que no sabéis el secreto de las distracciones, los delirios, las ilusiones del doctor?

—¡Señor!...—interrumpió Falcone azorado.

—No me conviene hablar demasiado, ¿no es esto? Tranquilizaos, estoy mejor de lo que creéis; sólo que mi aspecto no me favorece; yo puedo revelaros el secreto de esas distracciones... ¡Nuestro querido doctor está enamorado!

Al pronunciar estas últimas palabras cerró complacientemente los ojos para no ver el rayo que brillaba en las pupilas de Bárbara.

Esta tosió ligeramente para disimular su turbación. Pero su pecho no quería este juego. El acceso provocado vino en seguida y depuso en su pañuelo una nueva mancha de sangre.

Pedro Falcone estaba inmóvil como un culpable que espera su sentencia.

Demasiado sabía el valor de la venganza de esta mujer.

Si había aceptado su proposición, era porque la creía en su interior tan mortalmente enferma como su marido.

Pero la muerte no estaba para ella bastante cerca para que no tuviese tiempo de descargar algún terrible golpe.

—Tomad una de esas pastillas que os hacen tanto bien, esposa mía—dijo Spurzeim con los ojos cerrados;—cuando toséis de este modo, siento desgarrarse mi propio pecho... ¡Ah! miradnos, y edificaos, amigo Pedro Falcone; en todo Nápoles no encontraríais un cuadro semejante... Este es el santuario de esa grande, de esa noble, de esa inalterable afección: ¡el amor conyugal!... ¡Ved á Bárbara Spurzeim que se muere porque su esposo se va á morir!

Las mejillas de la jibosa estaban lívidas.

—¡Pluguiera á Dios—murmuró ella,—que pudieran daros los pocos días que me restan, Johann, esposo mío, á fin de prolongar vuestra preciosa existencia

—¿Lo oís, Falcone? Ved ahí el tesoro que pierdo.

—Decíamos, pues, buena amiga—repuso bruscamente y como para sacudir tristes preocupaciones,—que el doctor tenía motivos para estar distraído... Vedle ahora mismo cuán turbado está porque os lo digo... No conoce que vos sois una mujer capaz de comprender su conducta... Y no creáis que sea un amante común, no...

—¡Por Dios, señor!—quiso interrumpir otra vez el doctor.

—¡Dejadme!—dijo buenamente el enfermo;—Bárbara es una mujer como hay pocas... Aun os apreciará más cuando sepa que habéis amado hasta el crimen...

—¿El objeto de este amor vive?—preguntó la señora Spurzeim, que había logrado fingir tranquilidad.

—Vive y brilla bajo su velo de crespón negro—replicó Johann Spurzeim;—nuestros perfectos amantes esperan el fin del luto para ser esposos felices...

Pedro Falcone sintió correr un sudor frío por sus sienes.

La señora Spurzeim bajó los ojos sin atreverse á mirarle.

Johann cruzó sus manos sobre el cobertor de la cama y tomó un acento compungido.

—Bárbara, mi excelente compañera—prosiguió,—la sensación que os han producido las alusiones á mi fin próximo, me prohíben tratar ciertas cosas en presencia vuestra.

La señora Spurzeim se apresuró á cubrirse la cara con las manos.

—Os suplico que me dejéis solo con mi médico.

—¿No tenéis confianza en mí, Johann?—exclamó la jibosa, que había logrado derramar una

lágrima.—¿Debo perder uno solo de estos instantes tan queridos?

Spurzeim le tendió la mano, que ella besó.

—Bárbara—le dijo,—mi confianza en vos es completa, no tiene límites... Cuando el doctor habrá contestado, según su leal saber y entender, á ciertas preguntas que tengo que dirigirle, quedaré más tranquilo... Entonces me ocuparé de asegurar el porvenir de la única persona que me es verdaderamente querida en este mundo... Vos sois una mujer superior á vuestro sexo; Bárbara, tened valor... Mañana por la mañana no tendréis que satisfacer ni curiosidad ni deseo...

—¡En fin, todo lo sabré!—pensó Bárbara.

—Os deberé esto, Bárbara, esposa mía—acabó Johann Spurzeim.

Levantóse Bárbara é imprimió un beso silencioso en la frente del enfermo.

Un instante después el jefe de policía y Pedro Falcone quedaban solos.

—Le deberé esto—repitió Johann en el momento en que la puerta se cerraba tras ella.

—Mañana por la mañana no tendrá nada que pedirme—añadió con un acento de expresión indefinible.

—¿En qué pensáis, doctor?—interrumpió bruscamente.

—Ya os escucho, señor, y espero vuestras órdenes—respondió Pedro Falcone.

Johann sonrió y dijo:

—¿Cuánto daríais, doctor, para salir del mal paso en que os habéis metido?

—No os entiendo, señor—balbuceó el joven doctor.

Johann Spurzeim le miró de frente.

—Pedro Falcone, vos habéis nacido con buena estrella—dijo con lentitud;—en una misma noche se os va á proponer dos veces una gran fortuna,

El doctor no se atrevía literalmente á pronunciar palabra. Parecíase á un hombre que siente bajo sus pies un terreno lleno de lazos y trampas.

Spurzeim se gozaba en su inquietud.

—Doctor—repuso el jefe de policía,—hablemos un poco del *solo sér que me es verdaderamente querido* en este mundo... Acabo de prometer ocuparme de su porvenir... ¿Habéis adivinado quién es esta criatura privilegiada?

—Vuestra esposa, señor...—murmuró Pedro Falcone.

Spurzeim dejó escapar una risita corta y seca.

—No, doctor, soy yo... ¿Cómo encontráis á mi mujer?

—Señor..

—Entendámonos, amigo, no os pido vuestra opinión sobre las elevadas perfecciones de Bárbara Spurzeim; es toda una señora, esto ya lo sabemos... Lo que os pregunto es ¿cuánto tiempo le dais de vida?

Al recordar que Bárbara le había hecho la misma pregunta, Pedro Falcone quedó cortado.

—Responded—dijo el jefe de policía;—ya sé que es cuestión de tiempo.

Falcone, replicó, empleando sin advertirlo los mismos términos que había usado con la señora Spurzeim:

—Señor, la ciencia no puede rigurosamente precisar...

—¿Ocho días?—interrumpió Johann cuya sonrisa se hacía cada vez más incisiva.

Era la voz de Bárbara perfectamente imitada.

Falcone estaba con la boca abierta.

—¿Quince días?—prosiguió Spurzeim con una inflexión de voz tan absolutamente parecida á la de su mujer, que el doctor se puso á temblar.

—¿Estoy seguro—continuó Johann repitiendo una á una las palabras de la última pregunta de Bárbara,—que vos no pensáis que pueda alargarse un mes?

No se podría decir lo que impresionaba más violentamente al doctor, si la extraña gradación de su posición cuasi fantástica, ó el peligro que al presente le amenazaba.

Jamás pesadilla alguna le había puesto en semejante estado.

—¡Vos habéis oído vuestra conversación!—exclamó incapaz ya de contenerse.

—¿Quién de los dos pregunta?—exclamó severamente Spurzeim.

—Señor...—dijo Pedro Falcone.

—Basta, pobre joven—interrumpió Johann cerrando sus ojos fatigados;—hace poco que decíais á mi mujer: «—La ciencia no puede precisar... es imposible afirmar...» Ya lo creo, la ciencia es una necia cuando no es una charlatana... La ciencia me da compasión. Hace más de treinta años que tengo mi opinión formada sobre la ciencia... Pero héos ahí bien aviado, Pedro Falcone, con la obligación de casaros con mi viuda.

El doctor estaba tan desconcertado que ni tan siquiera trató de replicar.

—La pregunta era brusca—continuó el jefe de policía;—por lo demás, mi mujer es admirable. Habría dado cien onzas de oro para ver vuestra cara cuando habéis dicho á esa bruja jorobada: «—Señora, me entrego á vos con entusiasmo».

Y se puso á reír francamente esta vez.

Por lo demás era imposible encontrar un moribundo de más buen humor.

—Amigo—repuso á media voz;—conozco que echaré de menos á mi mujer, porque posee grandes cualidades... pero si esto durase un mes, para

emplear su estilo, sería infinitamente largo... quince días también... ocho días lo mismo... Todavía llevo más prisa que mi mujer.

—Nada anuncia que vuestra impaciencia deba ser satisfecha tan pronto, señor—replicó Falcone algo serenado.

—¿Nada?...—repitió Spurzeim;—¡veo que sois un mal adivino, doctor!... Mi esposa os decía hace poco: «—Tengo mis motivos». ¿Quién no tiene los suyos?... los míos son admirables... y para que no perdáis tiempo buscándolos, voy á decíroslos... Es necesario que yo sea viudo antes de veinticuatro horas y me vuelva á casar antes del fin de la semana.

Al acabar estas palabras sonaron tres taconazos en el piso superior.

El enfermo tiró de un cordón oculto en los pliegues de la cortina, é hizo sonar una campanilla en el lugar donde se habían oído los taconazos.

Pedro Falcone esperaba. Nada podía sorprenderle ya; á lo menos así lo creía.

El techo crujió y se abrió, formando un vacío sobre la misma cabeza del enfermo.

Por este vacío descendió suavemente una tablita sostenida por cuatro cordones de seda.

—¿Qué hay de nuevo, Beccafico?—preguntó Johann.

—¡Oh! ¡oh!—dijo una voz desde el techo,—ahí veo un hombre, Excelencia.

—No te inquietes por este hombre, Beccafico... ¿Qué hay de nuevo?

—Poca cosa, señor... Alrededor de Castello-Vecchio hay más soldados de los que se necesitarían para conquistar los Estados del Padre Santo y la Toscana... En la plaza de San Pedro Mártir se levanta tranquilamente el cadalso...

—¿No ha venido nada del palacio Doria?

—Dos correos... Se busca al príncipe Coriolani... Dícese que ha sido asesinado.

—¡Asesinado!—repitieron á la vez Johann Spurzeim y Pedro Falcone.

Este se afanaba por ver al misterioso Beccafico, pero no lo pudo lograr.

La tablita, sostenida horizontalmente por los cuatro cordones de seda, continuaba descendiendo, hasta llegar al alcance de las manos de Johann.

Este tomó dos cartas que había encima y las abrió con mano trémula.

—Alumbradme, doctor—le dijo.

Pedro Falcone cogió la lámpara y la puso en posición conveniente para que Spurzeim pudiese leer.

—Todavía no se sabe—continuó Beccafico por su agujero,—quién ha cometido el asesinato del puente de la Madalena.

Spurzeim miró á Pedro Falcone.

—Este lo sabe—dijo.

—¡Oh! ¡oh!—refunfuñó Beccafico;—este es nuevo, yo no le conozco.

En aquel momento Spurzeim restregaba la primera carta con despecho.

Beccafico prosiguió:

—¡He visto muchos ingleses, pero aquél es particular! Ni quiere irse ni dejar sus cartas de recomendación... Ha escrito en un gran pliego de papel todo lo que quiere pedirnos, sin contar los secretos de Estado que revelará.

—¿Has pronunciado la palabra *Pundjaub* á su oído?

—Sí, señor... Ha hinchado las mejillas y la punta de la nariz se le ha puesto pálida...

—¿Qué te ha dicho?

—Que quería su mujer

—¡Su mujer!

—Y la dirección de una misteriosa desconocida que vino con él en el *Pausilippe*... También deseaba ver algunos *lazzaroni*, una erupción del Vesubio y un verdadero bandido de la Calabria...

Johann no escuchaba, sino que leía la segunda carta con particular atención.

Al acabarla reflexionó algunos segundos.

Luego quemó ambas cartas.

—Esto purifica la atmósfera en los aposentos de los enfermos—murmuró.

Después añadió en alta voz:

—¡Está bien, Beccafico... vetel!

La tabla volvió á subir sin ruido con las cenizas de los papeles.

—¿Conocéis al barón de Altamonte?—preguntó de repente Johann al doctor.

—No, señor.

—Es un hombre muy amable... probablemente e conoceréis esta misma noche.

La tabla había desaparecido y la trampa quedaba cerrada.

De repente ocurrió una idea á Johann Spurzeim y tiró vivamente del cordón.

—¡Presente, señor!—contestó la voz chillona de Beccafico.

Johann murmuraba aparte:

—¡La memoria se me va!... Si Felice Tavola piensa encontrarme aquí, estará bien prevenido... Y, sin embargo, es una tarea que debe desempeñar uno mismo.

—¿En qué día—preguntó levantando los ojos al techo—fué detenido el barón de Altamonte?

—El 19 de Diciembre, señor.

—¿Y se le comunicó?

—Siete días después, el 26 de Diciembre, según orden que llevé yo mismo de vuestra parte á Castello-Vecchio,

—¿Quién te pregunta eso!—dijo el enfermo con impaciencia.

—¿En qué fecha tomamos posesión del palacio en que vivimos?... ¡no te equivoques, Beccafico!

—El 29 de Diciembre, señor.

—¿Estás seguro?

—No puedo estarlo más, Excelencia.

—Entonces no hay contestación para las cartas que acabamos de recibir, Beccafico... Todo va bien... Deja que el mensajero se vuelva.

—¡Ayudadme á ponerme sentado, doctor!—dijo á Pedro Falcone, cuyo rostro expresaba una profunda sorpresa.—Ningún médico ha entendido nunca mi enfermedad, y creo que vos sois como los demás... ¡Esta noche vamos á trabajar juntos; ya veréis cómo aun sirvo para algo

IV

El doctor Pedro Falcone

Después que Pedro Falcone hubo ayudado á Johann Spurzeim á sentarse en la cama, éste último exhaló un gran suspiro de fatiga.

—Ya lo veis, doctor, estoy muy débil. Quizá interiormente pensáis: «—No tendrá tiempo... sus días están contados». ¡Ay, amigo!—dijo cerrando los ojos como acostumbraba,—¿existe nadie en el mundo que no tenga sus días contados? Yo conozco mi porvenir; salvo el veneno ó el hierro vivirá cien años: está escrito,

—Señor—replicó Falcone,—en todo lo que aquí veo hay algo de inexplicable ó sobrenatural... Esta agonía, en la que los hombres del arte se engañan, ¿es acaso una ficción?

—Pedro Falcone, hay un hombre que tú aborreces con toda la energía de que eres capaz... un hombre que me habría matado ya cien veces si no me considerase como muerto.

—¡Un hombre que yo aborrezco!—repitió Pedro Falcone con sonrisa incrédula;—soy muy poca cosa, señor, para tener enemigos poderosos.

—Es verdad, no eres nada... pero ¿quién como el porvenir?... No hace mucho que te proponían ser conde y diez veces millonario...

—Es verdad, no eres nada... pero ¿quién como el porvenir?... No hace mucho que te proponían ser conde y diez veces millonario...

—¡Vos tenéis un espíritu á vuestras órdenes, señor!...—(murmuró.

—No tengo espíritu alguno á mis órdenes—repuso Spurzeim,—y puedo jurarte que hace cuatro días que no he dejado la cama.

Por consiguiente no podía haber escuchado en las puertas.

—Si me permitieseis interrogaros, señor...—empezó el médico.

—Esto no te lo permito, Pedro Falcone... Pero tú, que eres siciliano, ¿no has oído hablar nunca del oído de Dionisio el tirano?

—Dispense Vuestra Excelencia—repuso Pedro Falcone;—yo soy natural de la Romanía.

—¿A mí me quieres engañar?...—interrumpió el jefe de policía;—mi pobre compañero, otros más ladinos que tú lo han intentado y les ha aca-
rreado desgracias...

—Os aseguro, señor...

—¡Haya paz! Escucha una historieta que va á

divertirte mucho... Hace tres años, á fines de 1820, me hallaba en Palermo para asuntos propios. En este año había en dicha ciudad grandes fiestas con motivo de estar allí Francisco de Borbón, príncipe real. Entre otras de las muchas familias que habían acudido en torno de S. A. se hallaba el marqués de Mantua, cuya hija, llamada Pía Frezzoloni, se llevaba la palma de la hermosura... ¿Por qué cierras los ojos, Pedro Falcone?

—Porque la luz me incomoda, señor—replicó el médico, que lejos de turbarse, dejaba vagar ahora en sus labios una sonrisa triste.

Johann guiñó el ojo y prosiguió:

—La historia no es larga... El conde Sageste dió una gran fiesta al príncipe real en su magnífico castillo situado en el fondo del golfo de Castel-á-Mare.

Mientras que Pía Frezzoloni descansaba en el césped le mordió una víbora-áspid. Lleváronla moribunda á Palermo.

En esta ciudad tienen un modo particular de curar las mordeduras de la víbora-áspid. Un condenado á muerte chupa la herida, y el enfermo recobra la salud y muere el condenado.

Si por casualidad no muere, el rey le perdona.

Desgraciadamente entonces no había ningún condenado á muerte en las cárceles de Palermo.

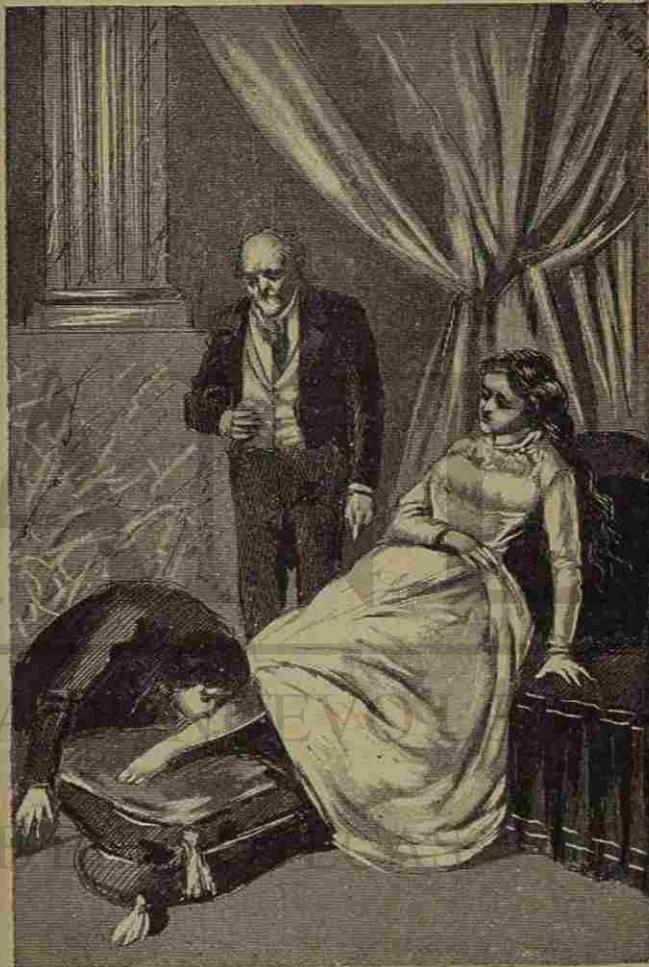
Leyóse á todos los presos de la Torre Nueva una cédula de Francisco de Borbón, heredero de la corona, prometiendo la libertad y quinientos ducados al que se presentara á chupar la herida de la bella entre las bellas.

Todos rehusaron excepto uno.

Este dijo:

«—Los quinientos ducados serán para mí anciana madre».

¿Vive aún tu anciana madre, Pedro Falcone?



Para dar pan á su madre... chupó la herida de Pía Frezzolini

En los párpados del doctor asomó una lágrima.

—No, señor—respondió con voz sorda,—ya no existe.

—¡Ah!—dijo Johann Spurzeim como si hablase consigo mismo;—es verdad... ¡Tú amabas mucho á tu madre! Yo no he conocido á mi madre... ni he tenido nunca hijos... ¿Tu hijo vive?

—No, señor—replicó Falcone dejando caer la cabeza sobre el pecho,—ha muerto.

—El preso de Palermo—repuso Spurzeim,—se llamaba Pietro Bertini, si mal no recuerdo.

—Pietro María Bertuzzi, señor—replicó el doctor.

—¡Parece que sabes la historia mejor que yo, Falcone!

—Señor—replicó éste con acento conmovido,—me place oírla contar.

—Pues bien, compañero mío—prosiguió Johann Spurzeim,—ese preso de Palermo llamado Pietro María Bertuzzi creo que había sido contrabandista para dar pan á su madre... chupó la herida de Pia Frezzoloni, la cual fué curada. El preso no murió.

Pero había bebido la sangre de la bella entre las bellas, y apoderóse de su corazón una de esas pasiones que á vosotros los italianos os devoran y que los demás pueblos no saben sentir.

Tal como me ves, Pedro Falcone, yo no he amado nunca.

El médico sonrió con desdén.

—¡Bien por esa sonrisa, camarada!—dijo Johann;—veo que aun te queda sangre palermitana en las venas!... Con los quinientos ducados que recibió Pietro Bertuzzi estudió medicina. Luego que obtuvo el primer grado se presentó en casa del doctor Gioja que poseía la confianza de la familia de Frezzoloni... Ese Pietro Bertuzzi era

divertirte mucho... Hace tres años, á fines de 1820, me hallaba en Palermo para asuntos propios. En este año había en dicha ciudad grandes fiestas con motivo de estar allí Francisco de Borbón, príncipe real. Entre otras de las muchas familias que habían acudido en torno de S. A. se hallaba el marqués de Mantua, cuya hija, llamada Pía Frezzoloni, se llevaba la palma de la hermosura... ¿Por qué cierras los ojos, Pedro Falcone?

—Porque la luz me incomoda, señor—replicó el médico, que lejos de turbarse, dejaba vagar ahora en sus labios una sonrisa triste.

Johann guiñó el ojo y prosiguió:

—La historia no es larga... El conde Sageste, dió una gran fiesta al príncipe real en su magnífico castillo situado en el fondo del golfo de Castel-á-Mare.

Mientras que Pía Frezzoloni descansaba en el césped le mordió una víbora-áspid. Lleváronla moribunda á Palermo.

En esta ciudad tienen un modo particular de curar las mordeduras de la víbora-áspid. Un condenado á muerte chupa la herida, y el enfermo recobra la salud y muere el condenado.

Si por casualidad no muere, el rey le perdona.

Desgraciadamente entonces no había ningún condenado á muerte en las cárceles de Palermo.

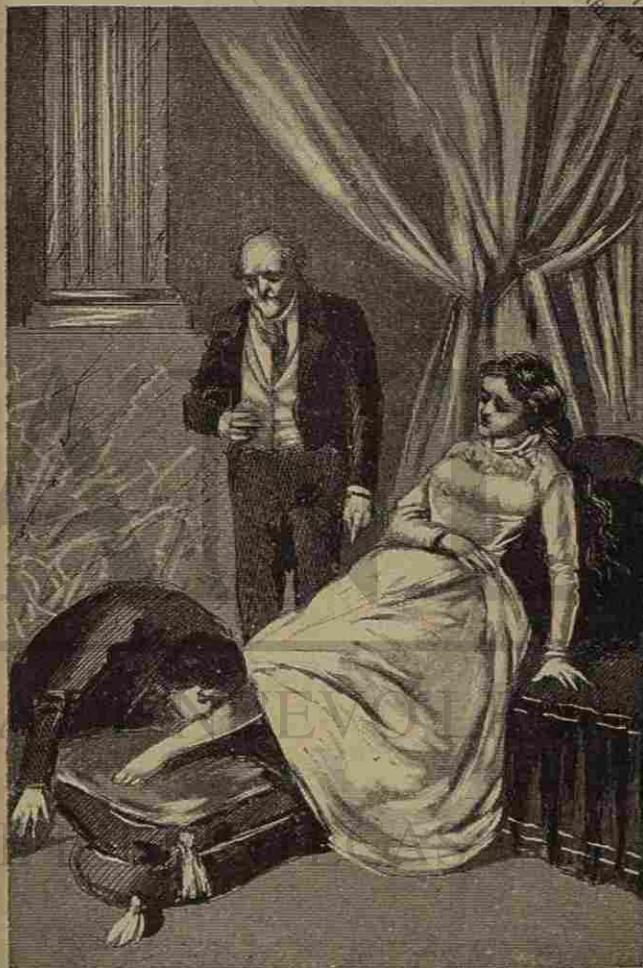
Leyóse á todos los presos de la Torre Nueva una cédula de Francisco de Borbón, heredero de la corona, prometiendo la libertad y quinientos ducados al que se presentara á chupar la herida de la bella entre las bellas.

Todos rehusaron excepto uno.

Este dijo:

«—Los quinientos ducados serán para mí anciana madre».

¿Vive aún tu anciana madre, Pedro Falcone?



Para dar pan á su madre... chupó la herida de Pía Frezzolini

hermoso, muy hermoso... ¡Has envejecido mucho, Pedro Falcone!

—Es verdad, señor; he envejecido mucho.

—El doctor Gioja le tomó en clase de discípulo. Una noche que Gioja estaba enfermo ó tenía pereza, Pietro Bertuzzi reemplazó á su maestro, á quien se había avisado para que acudiese al palacio Frezzoloni... No puedo decir exactamente lo que allí pasó...

—¿Quién puede decir en este mundo lo que pasa en el paraíso, señor?—murmuró Falcone cuyas sienes estaban bañadas de sudor.

—Esto duró un año...

—¡Un siglo de felicidad que pasó como un día!

—Pía Frezzoloni—replicó Johann,—era madre... los dos amantes no tenían confidente y guardaban para ellos solos toda su felicidad... Una noche...

—¡Un año después de la primera, día por día!—interrumpió el doctor cuyo rostro se había completamente transformado:—estaba sombrío, amenazador como la venganza.

—¡Dí tú, pues, lo demás, Falcone!—exclamó Johann;—yo no me acuerdo.

—Una noche—prosiguió el doctor apretando los dientes,—había fiesta en el palacio Frezzoloni... y Pietro María no estaba invitado á las fiestas... Tenía solamente el derecho de ocultarse en el dormitorio de Pía que era bien suyo, porque un sacerdote había bendecido su unión secreta... Aquel día el amante y esposo estaba allí, tras los cortinajes de muselina... El desgraciado contemplaba á través del patio los salones iluminados y llenos de flores... jamás le había parecido tan hermosa su mujer...

El dormitorio formaba el ángulo del palacio. Una de esas ventanas daba sobre los jardines,

Esta ventana estaba abierta.

Pietro Bertuzzi oyó voces debajo de ella.

Algunos jóvenes atolondrados conversaban al pie de los naranjos; y uno de ellos dijo:

«—Apuesto mil lises de Francia, que Pía Frezzoloni, la bella entre las bellas, me pertenecerá antes de terminar la noche».

—¿Le conocías á ese joven atolondrado, Falcone?—interrumpió Johann.

—Le había visto en el corso, señor—respondió el médico dejando de hacer distinción entre él y ese Pietro María Bertuzzi;—era el ídolo de las nobles señoras Palermitanas, el don Juan invencible, el héroe de novela... el caballero de Athol!

Johann hizo con la cabeza una señal de aprobación.

Falcone continuó:

—Los demás se echaron á reír. Se aceptó la apuesta. Pietro Bertuzzi ó Pedro Falcone, como queráis llamarle, señor, sintió que iba á darle un vértigo. Antes que se turbasen sus ojos miró bien á ese caballero de Athol, y le miró con tanta perfección que cien años de vida no bastarían á hacerle perder la memoria de su fisonomía.

—Y ¿qué hizo Pedro Falcone?—preguntó Johann.

El doctor aplicó el pañuelo á sus sienes y le retiró empapado en sudor.

—Señor—contestó,—Pía Frezzoloni era tan superior á mí como lo es la Virgen Santa al cristiano arrodillado ante su altar... Yo no sé por qué se había compadecido de mi amor... Lo cierto es que la idea de perder mi adorado tesoro me sumió en el mayor delirio... No me ocurrió el pensamiento tan sencillo de hundir mi puñal hasta el mango en el corazón del caballero de Athol.

¡No! yo no era más que un pobre insensato; una idea fija me preocupaba: quería elevar una barrera entre ella y él, una barrera imposible de salvar!

Y me decía: «—La salvaguardia más santa de una madre es su hijo. ¿Quién pasaría sobre una cuna?»

Así diciendo, salí, corrí; fui á buscar á mi hijo á casa de su nodriza, llevémo bajo la capa y lo deposité sobre la cama de Pía.

El baile había concluído. Fuime á refugiar al jardín donde poco antes conversaban y reían los amigos del caballero Athol.

Ya no había nadie y yo me dejé caer sobre el césped.

Lo que pasó no lo vi, pero al otro día nadie lo ignoraba en la ciudad.

Toda esa juventud loca guardaba rencor á Pía Frezzoloni porque rechazaba sus homenajes. Athol había comprado la camarera y penetró en el aposento cuya guardia había yo abandonado en mi delirio. Como no bajase, los que habían hecho la apuesta subieron.

Pía dormía. Athol jugaba con un hermoso niño que tenía en sus brazos.

¡Este hombre me es odioso! ¡oh! ¡le aborrezco! Pero debo decir la verdad: jugaba con el niño y había respetado á la madre.

¡Yo odio su generosidad! ¡Aunque fuera que condenarme quisiera poder arrojarle al fondo del infierno!

Los que habían visto al niño eran de diez á veinte. Al otro día el conde Frezzoloni fué á sentarse á la cabecera de la cama de su hija. Primero la besó, luego le presentó una copa, diciendo:— «Está envenenada».

Para salvar mi vida, Pía al morir no pronunció mi nombre.

Colocóse en una tumba con su querido hijo. El anciano conde Frezzoloni, con lágrimas en los ojos y una rodilla en tierra, rogó á Francisco de Borbón que le dejase combatir contra los que habían asesinado á su hija con su honor.

Francisco de Borbón contestó: —«Todos han abandonado la Sicilia excepto tres».

El anciano conde pidió el combate contra esos tres.

¡Ya no existían! ¡El caballero de Athol es una espada terrible; yo le aborrezco!

¡Yo le aborrezco! El caballero de Athol había muerto en un desafío á sus tres cómplices.

Sin embargo, ¿deja de haber sido él el asesino de mi mujer y de mi hijo?

Mi razón estaba trastornada. Tuve como un largo y pesado sueño. Una mañana me desperté al ruido de un féretro que cerraban junto á mí; ¡era el féretro de mi madre!

Al acabar de pronunciar estas palabras hubo un momento de silencio. El doctor permanecía de pie y erguido en la cabecera de la cama; sus mejillas habíanse vuelto lívidas, y sus ojos estaban inyectados de sangre.

—Y cuando despertaste, Pietro María Bertuzzi, te deshiciste en lágrimas sobre esas tres tumbas... Buscaste á tu alrededor al caballero de Athol, y éste ya no se hallaba en Palermo.

El doctor cerró los puños: una franja de espuma guarnecía sus labios.

Al ver esto Spurzeim sonreía.

—Y te lanzaste á su persecución como un sabueso—prosiguió;—recorríste la Italia y la Sicilia en todos sentidos... y un día descubriste que ese caballero de Athol no era otro que el maestro del Silencio; el bandido poderoso como un rey, ¡el terrible y temido Porporato!

—Así fué, señor.

—Y para acercártele... para espiarle... para elegirle la hora de la venganza, te hiciste compañero del silencio.

—Sí, señor.

—Y perseveras en la misma idea.

El rostro de Pedro Falcone se inflamó formando manchas. Apoderóse de su cuerpo un temblor convulsivo. Su contestación fué un rugido.

—Toma asiento, Falcone; tú eres el hombre que me conviene... Todo lo que te ha prometido Bárbara, mi querida esposa, te lo daré yo por ella... serás rico... serás conde... Dime, ¿eres todavía capaz de amar?

—No, señor.

—¿Eres al menos capaz de casarte con una joven bella como los ángeles que te dará fortuna y nobleza?

—Soy ambicioso, señor; es mi última pasión.

—Ya tengo esposa para ti... Tendrá el tercio de la edad de Bárbara, tu desposada de esta noche... ¿Qué más te había prometido mi dulce compañera?

—La sortija del Silencio.

—También la tendrás... No la mía, porque sería necesario que yo muriese para cedértela, y tengo el presentimiento de que os enterraré á todos, sino otra que quedará libre dentro pocas horas... Ya ves que no regateo... En cambio ¿qué me das tú, Pedro Falcone?

—¿Qué queréis, señor?

—Quiero tu fuerza por la que á mí me falta, tu salud por la de que yo carezco, tus piernas ágiles, tu ojo penetrante, tus oídos sutiles, todo tú, á fin de que mi espíritu intacto tenga un cuerpo á su servicio.

—Seré vuestro cuerpo, señor.

—¿Has comprendido bien?

—Perfectamente.

—¡Tú no tienes ya más voluntad!... ¡Yo soy tu alma!

—Está bien.

—Dame tu mano, Pedro Falcone... ¡Mañana serás el médico del rey, si quieres!

En el momento en que sus manos se juntaban, sonaron tres taconazos en el piso superior, Johann tocó la campana y el techo se abrió, dejando pasar, como la primera vez, una tabla sostenida por cuatro cordones de seda.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó Spurzeim.

—Se ha oído un tiro en Castello-Vecchio, Excelencia... y el príncipe Coriolani todavía no ha comparecido en el palacio Doria.

La tabla llegó á distancia de las manos de Johann, y éste tomó una carta y la abrió.

—¡Gracias á Dios!—exclamó al recorrer las primeras líneas.—¿Está en su cuarto mi mujer?

—Excelencia, su luz está apagada.

—Bueno, Beccafico. Vé á abrir sin ruido la puerta del paso secreto... y si viene algún mensajero condúcele á mi gabinete de trabajo.

En seguida cayó la trampa.

—Amigo—repuso Spurzeim,—Bárbara ha querido descubrir los asuntos que yo le ocultaba, y para ello me ha quitado tres cartas... Tómame el pulso, Falcone.

—Está agitado, señor—dijo el médico después de haberlo tenido un rato entre sus dedos.

—Es que esas tres cartas, Falcone, pueden ser nuestra vida ó nuestra muerte... Ella no ha podido descifrarlas; tanto peor: esto me prueba que eran importantes... No me queda más que una esperanza; quizá las ha dejado en mi gabinete

—Si queréis iré á buscarlas—dijo Pedro Falcone,—y os las traeré.

—Amigo—respondió Johann sonriendo,—prometo que tendré siempre confianza en ti, porque no haré uso de ella... Conviene que yo mismo vaya por esas cartas.

—¡Vos!—exclamó el doctor;—¡imposible! En el magnífico reloj que había sobre la chimenea dieron las once.

Al oirlas Johann se desabrigó, mostrando sin aprensión la miseria de sus carnes.

—Hazme el favor de ayudarme á vestir—le dijo. Pedro Falcone había visto morir de tisis á muchos de sus enfermos, pero jamás se le había presentado un caso tan horrible como el que ahora veía. Sin embargo obedeció.

Mientras le vestía, Johann no cesaba de toser. Cuando Falcone hubo concluido, aquél le dijo:

—¡Vamos! tómame en tus brazos y llévame á mi gabinete; luego vendrás por la lámpara.

No se vaya á creer que Pedro Falcone fuese un hombre extraordinariamente robusto como nuestro capitán Lucas Tristany ó Gaspardo el pescador. Al contrario, era una figura más bien elegante que robusta. Sin embargo, sin dejar la lámpara que tenía en la mano izquierda, levantó á Johann Spurzeim con la derecha, y le llevó cual acostumbra las niñas cuando se cansan los chiquillos en el paseo.

El jefe de policía se sintió cuasi humillado con esta acción.

—Descansarás en el camino—le dijo. Pedro Falcone hubiera dado así la vuelta á la ciudad, pero tuvo la prudencia de responder:

—Señor, pesáis más de lo que creía. Spurzeim, aprovechándose de su posición, le tiró suavemente de la oreja

—No, por aquí—le dijo viendo que el doctor se dirigía á la puerta principal.

Y le señaló con el dedo otra puerta situada en el lado opuesto. Pedro Falcone la abrió, y ambos se encontraron en un gabinete negro en medio del cual había una escalera de caracol.

Pedro Falcone empezó á bajar las gradas de esta escalera con su doble carga. En el segundo tramo había otra pieza parecida al gabinete negro del piso superior, la cual daba á un largo corredor donde de distancia en distancia había ventanas cerradas con fuertes cerrojos.

Al atravesarla Pedro Falcone creyó oír pasos en el empedrado. A su parecer, este corredor debía dar á la plaza ó calle del Mercado.

Al fin del corredor había una puerta cerrada. Johann sacó una llave de su seno, y la dió al doctor, quien la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió.

Estaban en el gabinete donde acostumbraba á trabajar el jefe de policía

Pastillas contra la tos

La vista de Johann Spurzeim era todavía fina y penetrante, porque luego que hubo pasado el dintel de la puerta exclamó:

—Las cartas están allí.

Y señaló el bufete sobre el cual las veía.

Tanto éste como la multitud de papeles que había en él, se hallaban exactamente en el mismo estado en que los dejó Johann. Si en la cabecera de la cama del jefe de policía no hubiese habido ese singular instrumento en forma de pabellón de marfil que se unía á un cordón hueco y flexible (la oreja de Dionisio de Siracusa), hubiera podido jurar que ninguna mano indiscreta había registrado su correspondencia.

Pero Johann había oído la confesión de Bárbara.

—¡Qué mujer!—murmuró con cierta especie de admiración, mientras que Falcone le acercaba al bufete;—¡qué bruja!... Y si no ved si se observa la más mínima huella de su paso! ¡Ay! amigo, ¡cuánto la echaré de menos!

Delante del bufete había un gran sillón de cuero en forma de garita que giraba á voluntad, y cuyas paredes laterales montadas sobre goznes eran susceptibles de ser abiertas á fin de que el jefe

de policía tuviese fresco cuando estaba solo y hacía calor.

Al abrirse era de ver el cuidado é inteligencia que habían presidido á la confección de esta silla monumental.

Cada una de estas paredes, bien forrada, rehenchida y blanda, presentaba bajo su colcha una caja fuerte cuya cerradura sobresalía hacia dentro.

Lo que el señor Johann Spurzeim encerraba en sus cajas, nadie lo sabía, ni aun la misma Bárbara, á pesar de sus buenos deseos.

El sillón no se movía sino por medio de sus ruedas.

Cuatro hombres vigorosos no hubieran podido levantarlo.

Johann Spurzeim exhaló un suspiro de alivio, cuando el médico le hubo instalado cómodamente en su asiento.

—Estoy un poco cansado—dijo,—pero después de la correría que acabamos de hacer, nada tiene de extraño... Dadme mis cartas, doctor, y acerca la lámpara... No podéis figuraros cuánto me alegra volver á ver todo lo que aquí me rodea: mis papeles, mis libros, viejos compañeros míos!

Mientras estaba hablando, el doctor hizo lo que Johann le había mandado.

—¿Veis, amigo? Según confesión propia, estas tres cartas han sido abiertas—exclamó.—¡Pues bien! en vano busco en el sello las más mínima señal de la operación!... ¡Las han abierto con una delicadeza incomparable!... No se hallaría una mujer igual en toda Italia, en toda Europa, en el Universo entero!... Para esto no hay como Bárbara, mi querida compañera.

Y examinó las cartas, una después de otra.

Falcone notó que sus manos temblaban.

Desde que había acercado la lámpara, la luz de

ésta penetraba oblicuamente en aquella especie de confesonario.

Distinguíase en el rostro de Johann una agitación singular. Este echó de ver la sorpresa del doctor.

—Amigo—le dijo,—nunca sabréis más que lo que yo querré que sepáis, estad bien persuadido de esto... Seréis mi confidente, eso sí... pero sólo de lo que yo quiera... Creedme, no tratéis nunca de sorprenderme, porque os costaría caro...

—Señor—repuso Falcone,—un consejo requiere otro. Estoy dispuesto á hacer todo lo que me mandaréis dócilmente y con celo; pero no os toméis la molestia de dirigirme amenazas, porque tengo mal genio y eso nos traería desazones.

—¡Diablo!—refunfuñó Spurzeim;—tratamos de potencia á potencia, amigo Pietro María Bertuzzi!...

—¿Eso os disgusta, señor David Heimer?—dijo lentamente el doctor.

Al oír este nombre Johann se estremeció ligeramente.

Su boca estuvo un momento abierta.

Luego se puso á sonreír dulcemente y repitió:

—¡Diablo! ¡Diablo!... ¡Estamos más adelantados de lo que parece!... ¡Está bien, Falcone, muy bien!... Cuidaremos de no agraviaros. Veo que los dos vamos á formar una pareja de amigos íntimos... Hacedme el favor de volver un poco el sillón, compañero mío; no porque desee ocultarme de vos, sino porque quizá tendré esta noche que recibir otras visitas.

Falcone movió el sillón, y la pesada máquina giró sobre sus ruedas.

—¡Basta!—dijo Spurzeim

En esta situación la luz de la lámpara no penetraba en el confesonario.

—Falcone—repuso Spurzeim,—¿hace mucho tiempo que sabéis el nombre que acabáis de pronunciar?

—Hace tres años, señor—repuso el médico.

—¡Perfectamente! Dadme el gusto de colocar una silla de manera que la persona que se sienta en ella se halle colocada en plena luz... Así, así... Ahora dejadme Falcone.

—¿Su señoría no necesita más de mí?

—Sí por cierto... quiero encargaros una comisión de la más alta importancia. Pero antes, Falcone, hacedme el favor de descorrer el cerrojo de esa puerta y descolgar la cortina que está delante de la mampara, colocándola entre esa silla y este sillón...

El doctor ejecutó exactamente lo mandado.

—Veamos—dijo Spurzeim dirigiéndose á sí mismo,—¿no olvidamos nada?... Cuando os habréis ido, estaré solo, quedando como prisionero en este sillón...

—Si queréis me quedaré—dijo el médico.

—No, no hay necesidad; además de que tenéis que hacer en otra parte.

Falcone guardó silencio.

—¿Queréis darme un pliego de papel blanco y un lápiz?—le dijo el señor Johann.

Y cruzando sus piernas una sobre otra se puso á dibujar rápidamente.

Parecía que delineaba un plano.

—Amigo Falcone—le dijo sin dejar de trabajar,—vamos á estudiar un poco de topografía... De mi casa sólo conocéis el salón, el comedor, mi aposento-dormitorio y este gabinete... Para esta noche necesitáis saber lo demás... Es una casa en la que es fácil extraviarse en el laberinto de sus galerías y corredores... con tanto más motivo cuanto que no tenéis linterna.

Hizo un último trazo y añadió:

—He aquí el hilo que os conducirá en medio de este laberinto... vamos á estudiar juntos; acercaos.

Falcone obedeció. Spurzeim le presentó su plano en el cual cada compartimiento lineal estaba apuntado y señalado con un número.

—¿Veis, amigo?—repuso.—Partimos de A, que es nuestro aposento dormitorio... se me figura que encontraréis fácilmente mi cuarto de dormir?

—Sí, señor, fácilmente.

—Muy bien... A la derecha de mi cama hay una puerta B que da al corredor B C, al fin del cual está la estancia de la que fué mi querida compañera. ¡Pobre Bárbara! Mucho la echaré de menos. Allí tomáis la puerta D y subís la escalera secreta que conduce al segundo piso. Toda esta parte del plano que nos queda que recorrer está en el segundo piso... ¿Comprendéis?

—Perfectamente, señor.

—Tomaréis el corredor F F que gusa al salón particular de la señora Spurzeim, el cual está situado precisamente sobre la habitación en que estamos, á la distancia de dos pisos. En el salón, he aquí la puerta G, la cual deberéis tomar. H I G son tres aposentos inhabitados que sirven para huéspedes; atravesadlos, pero el tercero de puntillas, porque está inmediato á la habitación L, que ocupa Bárbara, mi querida esposa, en cuya habitación penetraréis por la puerta K...

—Y ¿por qué he de entrar á esta hora de la noche en el aposento de la señora Bárbara Spurzeim, señor?

—En el momento en que os halléis juntos...—murmuró Johann guiñando el ojo y riendo.—Pero hablemos formalmente—se interrumpió;—¿no os

parece que la echaré de menos?... ¡Estoy cierto de ello!

Y presentó una llave al doctor.

—Esto no me instruye...—empezó Pedro Falcone.

—Bárbara—le interrumpió otra vez Spurzeim,—debe estar ahora dormida... Sobre su mesa de noche tiene siempre una cajita que contiene pastillas para la tos... La comisión de que os encargo, mi buen amigo, consiste únicamente en tomar esa cajita, la cual reemplazaréis por esta otra.

Así diciendo le presentó una cajita de oro cincelada.

El primer movimiento de Falcone fué rechazarla.

—Ved—continuó Spurzeim sin hacer caso de esta repugnancia,—cómo esta caja es enteramente parecida á la de mi pobre Bárbara.

—¿Qué hay ahí dentro?—preguntó el doctor completamente pálido.

—¿Por qué deteneros en esos detalles incómodos?—dijo lentamente Johann Spurzeim.

—¡Veneno!—murmuró Falcone.

Spurzeim abrió la cajita.

—Pastillas—respondió con espantosa calma.

—Pero...—dijo Falcone,—¿si vuestra esposa despertase?

Johann contestó:

—Podéis escusaros en vuestro amor... Me habéis robado la llave... subido poco á poco... En fin, todo lo que la galantería puede inspirar en semejante caso... Pero cambiaréis la caja del mismo modo.

Falcone tomó la caja

Spurzeim exhaló un gran suspiro y repitió otra vez:

—Ya sé que la echaré de menos

Falcone dijo:

—Señor, existe un pacto entre nosotros... ¡Ay del que lo quebrantase!

Y se dirigió hacia la puerta. Desde el fondo de su cueva Johann le seguía con la mirada

—¡Hasta luego!—le dijo.

—¡Hasta luego!—respondió Falcone, que se alejó sin añadir nada más.

Spurzeim prorrumpió en una risita seca y entrecortada.

—¡Les enterraré á todos!—murmuró;—¡á todos! ¡Estoy flaco... pero aquí dentro hay vida!

En este momento la puerta por donde salió Falcone se cerró de golpe, siendo ya imposible abrirla por fuera.

Parece que la presencia del doctor le estorbaba para abrir aquellas tres misteriosas cartas, porque apenas estuvo fuera las examinó cuidadosamente y rompió el sello de la primera.

«Para hacerme digno de la confianza—decía en clave—que Su Excelencia ha depositado en mí, me he puesto á trabajar. Ya tengo la pista. Siento á mi alrededor los hilos de esta trama misteriosa y culpable, y estoy seguro de cogerlos.

«Mañana tendré el honor de ilustrar mejor á Su Excelencia, del cual me declaro con respeto, etcétera».

Esta carta estaba escrita desde la antevíspera; por consiguiente, hacía dos días que Johann debería haberla recibido.

La firma consistía en una cruz y el número 133.

—En esta no hay gran cosa—dijo Johann;—investiga, espera encontrar, es lo corriente... Ni una palabra de los niños... Veamos las otras.

La segunda decía:

«Desde ayer he trabajado mucho. Soy novel en el oficio de espía y de mucha edad para aprender; pero el objeto que llevo me anima.

«Es necesario que los hijos de mi señor tengan pan.

«He sabido muchas cosas que creo os parecerán importantes. Esta tarde iré á contároslas».

—¡Esta tarde!—se interrumpió Johann;—veamos la fecha.

En su acento se notaba viva inquietud.

«Os ruego encarecidamente—continuaba la carta,—que me hagáis introducir en vuestra presencia; ayer llamé en vano á vuestra puerta secreta».

—¡Vino ya anteayer!—volvió á interrumpirse Johann Spurzeim.

¿ hizo un gesto de violento disgusto

La carta acababa así:

«Tengo absoluta necesidad de ver á Su Excelencia, ó á cualquier otro miembro del gobierno del rey á quien pueda declarar lo que he descubierto.

«Beso las manos de Su Excelencia».

Y por firma otra cruz y el número 133.

—¡O á cualquier otro miembro del gobierno del rey!—repitió el director con voz alterada.

Tanto temblaba su mano al abrir la tercera carta, que rompió el sello con dificultad.

De una ojeada ávida la recorrió de cabo á rabo.

Su fecha databa de la mañana del día presente.

Decía así:

«Otra vez he encontrado cerrada la puerta de Su Excelencia.

«Antes de dirigirme á otra persona quiero aguardar hasta esta noche.

«Pasada la noche, pienso dirigirme directamente al ministro de Estado ó al rey en persona».

Los dientes de Johann Spurzeim rechinaron fuertemente en el fondo de su garita, porque acababa de leer la frase siguiente:

«A las diez en punto llamaré á la puertecita de vuestro gabinete».

Una blasfemia se escapó de la boca de Johann.

—¡Ha venido — murmuró, — á las diez!... Ahora son las once y media... Quizá en este momento está con el ministro de Estado ó con el rey.

—¡Estoy perdido! — acabó.

Johann estrujó la carta con rabia entre sus manos; pero serenándose luego, volvió á extenderla sobre sus rodillas para acabar su lectura.

«Dos motivos me mueven para obrar así — proseguía su corresponsal misterioso; — primero porque sé demasiado para guardar silencio por más tiempo, y en segundo lugar, porque estoy en una terrible necesidad; los dos hijos de mi señor tienen hambre».

Aquí una cruz como las otras dos cartas y el número 133.

Johann iba á romper el papel con furia, cuando distinguió encima de la cruz, en el extremo de un ángulo de la carta, las cuatro letras mayúsculas que invitan á volver la hoja.

Volvióla y Johann leyó:

«Si Su Excelencia no puede recibirme á las diez, iré por última vez á las once y media, pues he sabido que el ministro de Estado y el rey pasarán toda la noche en el palacio Doria-Doria».

Johann Spurzeim exhaló un largo suspiro de satisfacción al fijar su mirada en el reloj, el cual señalaba en aquel momento las once y media.

Al propio tiempo llamaron tímida y discretamente en la puerta de la que, por orden de Johann, había descornado el cerrojo el doctor Falcone.

VI

El número 133

El primer movimiento de Johann fué registrar precipitadamente su seno, en el cual su mano encontró una llave suspendida de un cordoncito de seda.

Sus ojos brillaron.

Sin duda que era todo lo que necesitaba, porque en seguida dijo con voz firme:

—¡Entrad!

Abrióse la puerta, dejando ver un largo y obscuro pasadizo, al extremo del cual se distinguía un reverbero lejano.

La persona que entró parecía un anciano. Sin embargo, mirándole bien era fácil adivinar que su torso se había encorvado más por la fatiga y el pesar que por los años. Sus ojos tímidos y bondadosos guardaban cierto brillo bajo la espesura de sus canosas cejas, y sus cabellos casi blancos guarnecían una frente desprovista de arrugas. ®

Su vestido consistía en un traje completo de aldeano de Sicilia que revelaba largos servicios. Era limpio, pero usado hasta la hilaza y dispuesto á caer pronto á pedazos.

Tenía en la mano su sombrero en ademán de pedir perdón.

En este hombre todo anunciaba esperanzas perdidas, privaciones y sufrimientos.

El recién llegado se detuvo en medio del apomiento, y preguntó:

—¿El señor Johann Spurzeim?

Una voz entrecortada le contestó:

—Acercaos á la mesa.

¿De dónde salía esta voz? El recién venido trataba en vano de adivinarlo.

Johann repitió con impaciencia:

—Acercaos á la mesa.

Y como al hablarle se hubiese movido en las paredes de su nicho, el pobre hombre comprendió que allí dentro había alguien.

El recién llegado se acercó completamente encorvado hacia delante.

Johann le dijo con dureza:

—Sentaos cerca de la lámpara.

—Señor...—murmuró el pobre hombre.

—Sentaos—repitió Johann imperiosamente:—me gusta ver claro en el rostro de aquellos á quienes pregunto.

El pobre hombre pudo pensar que el señor Johann Spurzeim no quería ser visto.

En efecto, habiendo dirigido su mirada tímida hacia la garita, no vió más que un agujero sombrío en el fondo del cual se agitaba una forma difícil de distinguir.

Sentóse y colocó su sombrero entre las piernas.

La desgracia en todos los países tiene los mismos ademanes.

Diríase que se encoge todo lo que puede para ocupar el menor lugar posible.

—¡Levantad la cabeza!—le mandó Johann,—¡mirad hacia mí.

El pobre hombre obedeció. Los rayos de la lám-

para caían á plomo sobre su cráneo, en el que blanqueaban raros cabellos.

En el fondo de la garita Johann Spurzeim le devoraba con los ojos.

¿Le conocía acaso y esta vista despertaba en él algún recuerdo lejano? Ello es que se decía á sí mismo:

—¡Es él!... ¡es él!... ¿habré envejecido yo tanto como ese?

A esta pregunta el señor Johann Spurzeim se respondió con una negativa.

—¿Sois vos el número 133?—preguntó bruscamente y en voz alta.

—Yo soy, señor—contestó el pobre hombre.

—¿Me habéis escrito tres cartas una después de otra?

—Sí, señor.

—¿Qué os movió á entrar en la policía?

—La necesidad.

—¿Habéis sido espía en alguna otra parte?

La cabeza del agente número 133 se irguió con fiereza, pero dejándola caer luego sobre el pecho, respondió simple y dulcemente:

—No, señor; nunca.

—Amigo, sois muy viejo—murmuró Johann en su agujero,—para empezar vuestro aprendizaje.

—Señor—replicó el número 133,—si no se tratase más que de mi persona, primero me hubiera muerto antes de empezar; pero tengo dos niños...

—No me comprendéis—interrumpió el director de policía;—¿qué me importan vuestros dos hijos y aun vos mismo?... quiero decir que á vuestra edad no se posee esa finura, esa actividad...

—Si Su Excelencia se digna oír mi relación—interrumpió á su vez el pobre hombre,—tal vez mudará de parecer. No pretendo ser muy hábil, pero amistades antiguas... y la casualidad me han

puesto en disposición de hacer algunas revelaciones importantes.

—A lo menos no os falta buena opinión de vos mismo —dijo Johann sonriendo.—Vamos á ver vuestros negocios.

El número 133 sacó de su bolsillo una cartera muy usada y la abrió.

—Señor—empezó,—á la hora en que os estoy hablando, un hombre que recorrió en otro tiempo la Sicilia y las Calabrias bajo el nombre de caballero de Athol, y que sirve ó manda hoy á los caballeros del Silencio, anda en derredor de Castello-Vecchio para libertar al preso que debe ser ejecutado mañana...

—¡Pasa de largo!—dijo desdeñosamente Johann; —el último de mis agentes sabe dónde prender á Baldemonio, y á Fiamma, su querida.

—Perdonad, señor, yo creía...

—En tus cartas, cuyo estilo apenas sería disimulable en un niño, hablas del ministro de Estado y del rey... Te prevengo que todos los que han tratado de dirigirse directamente á uno ú otro han acabado mal.

—¿Me es permitido preguntaros, por qué, señor?

—Porque no me gusta—respondió Johann secamente.

—Señor... yo ignoraba...

—Adelante y despacha.

—Cuando os escribí por primera vez, señor, tenía mi plan. No ignoraba que S. M. el rey Fernando, el príncipe Francisco y vos por consiguiente, estabais muy preocupados por esa asociación tenebrosa y terrible.

—Nada de misterios, amigo, al grano.

—Y que así como se busca á los Compañeros del Silencio para castigarlos, el rey ha mandado investigar el paradero de la viuda y los hijos de

Mario Monteleone para devolverles sus títulos y sus bienes.

—¿Y cuentas ganar tu dinero espionando al rey, amigo?

—Dejadme acabar, señor—repuso el número 133 con acento sumiso pero firme;—cuento ganar mi dinero sirviendo al rey en sus deseos y su voluntad... Vos no me asustáis, porque sé que bajo vuestra rudeza existe una alta equidad, así como una grande adhesión á nuestros príncipes... ¿Queréis que os hable de la viuda é hijos de Mario, conde Monteleone?

Johann no respondió en seguida conociendo que su emoción se revelaría en su voz.

En estos momentos la garita le prestaba grandes servicios.

Sin la garita, el número 133 hubiese visto conmoverse su rostro enflaquecido, y brillar un rayo en sus ojos.

—Habla—dijo en fin Spurzeim afectando indiferencia.

—Los dos hijos de Mario Monteleone no han recibido la menor señal de interés de esos pretendidos vengadores de su padre, los Compañeros del Silencio.

—¿Desde cuándo no están en Sicilia?

—¡Su Excelencia sabe de todo más que yo!

—Mi Excelencia sabe que existían en Sicilia dos jóvenes hermanos, varón y hembra, educados y sostenidos por un quidam llamado Manuel Giudicelli... Ese Manuel ha dado pasos en la corte para reclamar una herencia; pero como no posea títulos, todo ha sido en vano. ¿Tienes tú alguna familiaridad con ese Manuel Giudicelli?

—No—respondió el agente sin titubear.

Hubo un momento de silencio.

—¿Es eso todo lo que tenías que revelarme?

—¡No lo permita Dios, señor!—exclamó el número 133,—porque me parecería no haber ganado hasta el presente mi salario... y yo tengo necesidad de un salario... á cualquier precio.

—Habla pues... pero antes dime si esos dos jóvenes de quienes hace poco hablábamos se hallan al presente en Nápoles.

—Sí, señor.

—¡Adelante!... y no perdamos más tiempo.

El número 133 pareció recogerse un instante; luego repuso:

—Si el gobierno del rey puede negar la identidad del hijo é hija de Mario Monteleone porque no llevan su partida de bautismo, supongo que no sucederá lo mismo con la viuda del noble conde.

—¿Sabrías dónde vive?—exclamó Johann con una vivacidad de la que muy luego se arrepintió, por cuyo motivo se apresuró á añadir:

—¡Pero si van ya veinte veces que los impostores nos hablan de ella!

—Yo no soy un impostor—dijo sencillamente el número 133.

—Y ¿qué quieres decirme de la viuda de Monteleone?

—Que se halla en Nápoles.

El agente oyó que Spurzeim brincaba en su asiento.

—¿Estás seguro?—le preguntó éste.

—Segurísimo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo que la he visto.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿En los alrededores del ministerio de Estado?

—No, en la puerta.

Johann puso su dedo en la frente entre sus dos cejas, y permaneció un rato pensativo.

—¡Pobre Bárbara!—pensaba;—yo no tengo la culpa, pero á estas horas mi cajita de pastillas debe hallarse ya colocada sobre su mesa de noche.

Como si la casualidad hubiese querido responder á esa duda, llamaron ligeramente á la puerta interior del gabinete, la cual se cerraba de golpe por dentro.

—No había duda que era Pedro Falcone que volvía.

—¿Qué hay de nuevo, amigo?—preguntó Johann desde su asiento.

Y añadió por precaución:

—No estoy solo.

—Vuestra comisión ya está desempeñada, señor—respondió Falcone.

—Bien, muy bien, amigo. Id á esperarme á mi dormitorio; en seguida estoy allí.

Oyóse al doctor que volvía á subir la escalera.

—Lo que me dices debe ser verdad, camarada—repuso Spurzeim dirigiéndose al agente;—pero veo que no eres afortunado, porque antes que tú me lo había dicho otro.

—Este otro ¿os ha dicho también de dónde viene la condesa de Monteleone, señor?

—¡No!—exclamó Spurzeim con viveza;—confieso que ésta sí que será para mí una novedad.

—Espero decir á Su Excelencia cosas aun más importantes—repuso el agente número 133;—María de los Amalfi viene de Francia.

—¿Ha estado allí mucho tiempo?

—Desde el día del mes de Noviembre último en que se celebró el aniversario de Monteleone en la basílica del Corpo-Santo.

—En aquella noche fué robada.

—Y embarcada al otro día.

—Este viaje á Francia ¿tiene algún objeto?

—Un gran fin... Hay en Marsella un práctico célebre, el doctor Daniel Bach, discípulo y compatriota del célebre Samuel Hahnemann que acaba de crear una ciencia nueva... Daniel Bach, como su maestro, posee armas conocidas para combatir esos azotes enemigos del hombre, la enfermedad, la locura, la muerte...

—¡Alto!—exclamó Johann, el cual se agitaba en su garita.

—Toma una pluma y papel de mi bufete—añadió;—y este médico ¿ha hecho buenas curas?

—Ha curado á la condesa de Monteleone de su locura.

Johann dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Si el número 133 hubiese podido verle en este momento, seguramente que no habría podido definir la expresión de su fisonomía.

Había en ella algo de placer y de embarazo al mismo tiempo.

—Ya tengo la pluma y el papel, señor—dijo el agente.

—Escríbeme de un modo claro, y sobre todo exacto, el nombre y dirección de ese médico de Marsella, porque conozco quién está muy enfermo, aunque no amenazado de muerte.

El agente escribió:

«El doctor Daniel Bach, calle de Chartreux, número 4».

Johann no le preguntó cómo sabía esta dirección: sólo le dijo:

—Amigo, tan sólo por esta noticia te soy deudor, y te prometo que serás recompensado. Continúa.

—Ya he dicho todo lo que sé sobre el particular, señor.

—¡Cómo!—exclamó Johann,—¿ignoras el nombre del que hizo embarcar á la condesa María para Francia?

—Lo ignoro.

—¿Y el del que la ha hecho regresar?

—El capitán del *Pausilippe*.

—¿Por cuenta de quién?

—En vano lo he preguntado, señor... no me lo han querido decir.

—Mañana interrogaré al capitán.

—Ha partido esta tarde.

—María de los Amalfi ¿estaba sola á bordo?

—Sola con una camarera... ó más bien con una señorita de compañía.

—¿La has visto tú á ésta?

—Sí, señor.

—¿Sus señas?

—Joven, viva, despejada, risueña, morena, muy bonita.

—¿Ninguna seña particular?

—Ojeras como las que suelen tener las gitanas... las cejas demasiado pronunciadas... ligero bozo en el labio superior.

Johann reflexionaba.

—Das muy bien las señas, camarada—le dijo:—y ¿no fué nadie á recibirlas al muelle?

—Sí, por cierto, señor.

—¿Un hombre?

—Un joven.

—¿Le has conocido?

—No, señor... y he hecho vanos esfuerzos para conocerle.

—¿Hace mucho tiempo que están en Nápoles?

—Ocho días.

—Entonces es extraño que no conozcas a aquel de quien hablas.

—¿Le conocéis vos, señor?—preguntó el agente cuyos ojos expresaron la más viva curiosidad.

—Quizá, camarada... ¿cuál era su porte?

—Alto, elegante, atlético, y tan hermoso que no he visto otro igual.

—Las gentes del pueblo que estaban allí ¿participaban de tu ignorancia?

—Al contrario, señor... cuando les he preguntado por su nombre, se me han reído en las barbas.

—Y ¿cómo le designaban ellos?

—Le llamaban el príncipe.

Johann sonrió tras el refugio de su garífa.

—Amigo—le dijo,—me parece conocer á nuestro hombre. Pero te aconsejo que midas tus palabras, porque me estás ocultando alguna cosa.

—Os engañáis, señor.

—Según el interés que te inspira la condesa de Monteleone, interés que he conocido, es imposible, ¿me entiendes bien? imposible que no hayas hecho algún esfuerzo para seguir al misterioso caballero.

Desde algunos minutos la voz del jefe de policía se oscurecía más y más. De tiempo en tiempo se dejaba oír en su confesonario pequeños golpes de una tos seca y corta. Hacía una hora que este hombre, á quien se hubiera considerado incapaz de rezar un *Ave María* hasta el fin, razonaba y hablaba sin descansar.

A pesar de la fortaleza extraordinaria de su naturaleza moral, la debilidad le dominaba.

—Señor—le respondió con todo, el agente,—lo habéis en verdad adivinado. En efecto, he procurado seguir al que llamaban el príncipe, y á pesar de la rapidez de su magnífico tronco, hubiera conseguido no perderle de vista, si no hu-

biera acontecido algo en el camino, que iba ahora á contar á Su Excelencia. He encontrado á un antiguo amigo que está empleado en el ministerio de Estado. En este ministerio no se ocupan más que en una cosa.

—¿En qué cosa, camarada?—preguntó Johann negligentemente.

—En reunir las piezas de un proceso que se trata de formar á un hombre poderoso que desempeña funciones muy elevadas... y de quien se sospecha que ha hecho traición á la confianza del gobierno y del rey.

Las paredes del confesonario se removieron; evidentemente Johann debió estremecerse con violencia.

VII

Fin del interrogatorio

No parece sino que el señor Johann Spurzeim se interesaba vivamente por tan elevado personaje de quien se sospechaba que había hecho traición á la confianza del gobierno y del rey, porque repuso:

—Cuéntame eso minuciosamente, camarada... Los empleados antiguos son habladores... Tu amigo del ministerio de Estado debe haberte contado todos los detalles de este importante asunto.

A pesar del refugio que le ocultaba, á pesar del tono de indiferencia que daba á su voz, Johann no hubiera podido disimular su emoción si hubiese estado en presencia de un hábil observador; pero el número 133 no era muy lince para estos casos.

—Es que...—murmuró el agente con zozobra,—se me ha confiado en calidad de secreto, ¡Excelencia!

—¿Luego debe ser un asunto muy grave?—dijo el director.

—Gravísimo.

—¿Te han dicho el nombre del funcionario?

—No, señor.

—¿Y su empleo?

—Tampoco.

Johann respiró en su agujero.

—Señor—repuso el agente número 133,—voy á contar á Su Excelencia todo lo que ha pasado entre mi antiguo amigo y yo... Estaba siguiendo precipitadamente el carruaje en cuestión, cuando oí que se llamaba por mi nombre en la calle de Toledo... ¿Creo que no exigiréis que os diga el nombre del pobre empleado?

—¡No, mil veces no! pero sé conciso.

—Tú, que eres calabrés—me dijo,—¿conoces á Bautista Giubetti, antiguo cochero de Monteleone?

Yo contesté: «—Le conocí en otro tiempo».

«—¿Sabes dónde vive?

»—Hace mucho tiempo que no le he visto, é noraba que habitase en Nápoles.

»—El pobre diablo—me dijo mi antiguo camarada,—abandonó á su país después de haber perdido á su esposa, la bella Gianninna, robada por uno de los caballeros *Ferrai*.

»—¿Por cuál?—le pregunté, porque yo conocía á esos pícaros de quien hablaba.

»—Por el capitán Lucas Tristany.

»—Y ¿por qué buscas á Bautista Giubetti?

»—Porque ha sido Compañero del Silencio y ha jurado la *vendetta* á sus antiguos maestros... sólo conozco á él que pueda traducirme una cifra que no entendemos».

Yo ignoraba el paradero de Giubetti, pero en aquel momento me ocurrió una idea... En una época muy remota, cuando los Compañeros del Silencio se llamaban Hermanos del Carbón y el Hierro, yo había sido iniciado en sus misterios...

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Johann como á pesar suyo.

—Como no me ocupaba otro pensamiento que el de ganar dinero para alimentar á mis hijos,

dije á mi hombre: «—Si quieres trataré de traducir vuestra cifra.

—¿La entenderás tú?—exclamó.

—Si es la antigua clave de los *cavalieri ferrai*—le respondí,—puedo entenderla.

Mi antiguo camarada llevaba encima los papeles para el caso en que hubiese encontrado á Bautista Giubetti... De paso entramos en la *Corona di ferro*, donde me los enseñó... Era en efecto la clave de los *cavalieri ferrai*.

—¿Y los papeles?—preguntó Johann.

—Los papeles consisten en cuatro notas: dos de Londres, una de París y otra de Marsella.

—¿Dirigidas á quién?

—Al gran dignatario en cuestión.

—¿Entonces tú sabes su nombre?

—Señor, cada uno de esos papeles llevaba un sobre y éste yo no le he visto.

—Y ¿cómo estos papeles habían ido á parar en manos de tu antiguo camarada?

—De una manera muy sencilla... El alto dignatario no estaba en el ministerio de Estado, no sé por qué motivo, pero los pliegos iban dirigidos al ministerio; así es que se abrió el primero por equivocación.

—¿Y los demás expresamente?

—Por supuesto... como todos los que le dirigirán en lo sucesivo.

—Perfectamente... Volvamos á los pliegos... ¿Los descifraste en seguida?

—No, señor... pedí un día para recordar la clave.

—¿De modo que los llevas encima?—exclamó Johann con acento de triunfo.—Dámelos.

El número 133, caído en el lazo de sus propias respuestas, no obedeció.

—Señor—respondió,—es imposible... Los pliegos

no me pertenecen... Si me los quisieran quitar, los defendería hasta la muerte.

—Tranquilízate, no se te quitarán á la fuerza; pero es preciso que me digas su contenido.

—Señor...

—¡Chitón!—exclamó con dureza el jefe de policía.—¡Léeme los pliegos!

El número 133 abrió un compartimiento de su cartera, y sacó cinco papeles cuadrados de los cuales abrió uno.

—Esta es la clave—dijo.

—Veamos—contestó Johann ahogando un bostezo.

Pero esta indiferencia no era más que aparente.

—La clave está formada—repuso el agente,—con las letras que entran en la composición del primer verso de la canción de Fioravante, que sirve también de llamamiento y de santo y seña á los Compañeros del Silencio

¡ Amici, allegre andiamo alla pena !...

Si Su Excelencia quiere el alfabeto, hélo aquí. Johann tendió la mano fuera de la garita.

Al aspecto de aquella mano gris, arrugada, encogida, horriblemente disecada y que realmente parecía salir de una tumba, el agente dejó caer el papel y lanzó un grito.

—Recoge esto—dijo Johann con su risa estridente;—es verdad que no tengo los dedos regordetes, pero soy todo nervios, camarada, y no te deseo otra cosa sino que vivas tanto como yo. El número 133 recogió el papel y se lo dió.

Este contenía solamente el alfabeto del Silencio dispuesto así: las letras del alfabeto ordinario frente á las letras cabalísticas, las cuales eran todas mayúsculas:

a—A	j—E	s—M ³
b—M	k—G	t—O
c—I	l—R	u—A ⁵
d—C	m—E ⁴	v—L ³
e—P ²	n—A ³	x—L ⁴
f—A ²	o—N	y—A ⁵
g—L	p—D	z—P
h—L ²	q—I ⁴	
i—P ³	r—A ⁴	

—¡Es curioso!—dijo Johann después de haber echado una ojeada sobre este alfabeto;—muy curioso... Me parece que he de tener yo también algunos pliegos escritos de esta manera. Para mí eso era sanscrito... ¡Camarada, sois un hombre precioso!... En lo sucesivo el gobierno del rey sorprenderá fácilmente todos los secretos de estos miserables.

—Así lo espero—respondió el agente creyendo haber hecho un gran descubrimiento.

La mano cadavérica salió por segunda vez de la obscuridad, pero sosteniendo un papel diferente del que le había entregado el número 133.

—¡Es la misma clave!—exclamó éste fijando en él los ojos.

—De tiempo en tiempo me traen algunos de estos papeluchos—dijo Johann á media voz;—¿me queréis hacer el obsequio de descifrar éste, llegado hace poco del correo?

El número 133 deletreó las primeras palabras y palideció.

—¡Bien!—dijo el jefe de policía,—leed alto; quiero saber lo que dice.

Sus ojos medio cerrados, de los cuales se escapaba un rayo verdaderamente satánico, no se apartaban del pobre agente, que temblaba de pies á cabeza.

Sin embargo, éste leyó:

«Se advierte á David Heimer que Manuel Giudicelli se halla en Nápoles con los dos niños de Catania».

—¡David Heimer!—exclamó Johann fingiendo la mayor sorpresa; era uno de los caballeros herreros.

—Ya le hallaremos, señor—respondió el agente con singular animación;—si está en Nápoles, Dios hará que no se nos escape.

—¿Le conocéis?—preguntó Johann.

—¡Si le conozco! ¡si conozco á David Heimer!

—¿Le tenéis alguna animosidad personal?

La sangre subió á la cabeza del agente, que hacía visibles esfuerzos por aparecer tranquilo.

—¡Dios me perdone!—murmuró;—pero no puedo mentir... le aborrezco de muerte.

Johann revolvía suavemente sus pulgares en el confesionario y sonreía.

Era una sonrisa de tigre.

—Veamos el primer pliego—le dijo.

—El primer pliego, señor—respondió el agente,—está fechado en Londres. Anuncia á este alto dignatario que un diamante de precio inestimable, el Pundjaub, sacado por un minero de las canteras del Mogol, ha sido ofrecido al rey de Inglaterra por el Consejo de la Compañía de las Indias, y que el diamante está en casa de un lapidario de París. Pregunta si S. M. el rey Fernando de Nápoles compraría este diamante, en caso que se lograra variar su dirección. Está firmada por Brown y ha debido necesitar respuesta.

Johann sacó de su seno aquella llavecita que pendía de su cuello sujeta por un cordón de seda.

—La segunda—continuó el agente,—lleva la fecha de París y está firmada por el mismo Brown. Dice en sustancia que le ha costado mil quinien-

tos luises hacer fabricar y tallar un diamante falso, exactamente semejante al Pundjaub, y que el diamante verdadero ha sido substituído por el falso en el laboratorio del lapidario, esperándose dinero para enviarle á Nápoles.

—¿No hay una pequeña cruz de tinta colorada en el original?—preguntó Johann.

—¿Su Excelencia la ha visto?—dijo el agente estupefacto.

—¡Oh! ¡cuán bien servido está el rey por los hábiles funcionarios del ministerio de Estado!—murmuró Spurzeim con soberano desdén.—Vamos al tercero.

—Fechado en Marsella, sellado y firmado también por Brown. El falso diamante está en camino de Londres, teniendo que pasar por Nápoles... Se le cederá á S. M. mediante una suma de 1.500.000 ducados, al cambio de 4 francos 26 céntimos el ducado, moneda francesa.

—Lo que suma 6.375.000 francos—dijo Johann.—No es caro por un diamante de 176 quilates... Y el cuarto pliego ¿qué dice?

—Este pliego tiene una nota—dijo el agente:—*No debe ser comunicado á nadie, ni aun á los maestros del Silencio.*

Johann se agitó en su sillón y dejó escapar estas palabras:

—Este último no había llegado á mi noticia.

—En éste—dijo el número 133,—no hay firma ni dirección, pues no ha sido cogido con los otros. Se ha encontrado en la habitación de un marino del puerto que no ha podido ser habido y que se llama Sansovina.

—¿Y qué dice?—preguntó Spurzeim con impaciencia.

—Una cosa muy extraña, señor... Dice que ese Brown, salido ya de Marsella y en camino de

Nápoles, cree de buena fe que trae el verdadero diamante, el Pundjaub...

—¿Y que se engaña?

—Que se engaña, porque el verdadero Pundjaub fué vendido al emperador de Rusia por la suma de cuatro millones de rublos.

—¡Enhorabuena!—exclamó Johann;—ya sabemos bastante, camarada... Pon otra vez esos papeles en tu bolsillo, que á mí de nada me servirían. Ahora soy yo el que te hará saber algo que tú ignoras... Pero antes quiero pagarte, porque has mostrado ser un servidor inteligente y sumiso... ¿Estás aún empeñado en ocultarme tu nombre?

—Absolutamente, señor.

La llave de Johann rechinó en la cerradura.

—Como gustes, como gustes—le dijo;—sin embargo, es preciso que yo sepa dónde dirigirte las cartas, en caso que tenga necesidad de ello.

—Yo no tengo casa, señor—respondió el agente.

—¿Duermes al raso?

—Todas las noches en el sotto-pórtico de San Antonio.

—¡Cuán hermoso país es este, que permite tales costumbres!... ¿Y si te escribiese á casa de tus hijos?

—Recibiría la carta, señor.

—¿Ellos duermen al raso?

—¡Oh! señor—dijo el pobre hombre con acento ofendido.

—¿Dónde habitan?

—En la casa de los Folquieri, calle de Mantua.

—Escribeme esta dirección debajo del nombre de Daniel Bach... he perdido la memoria.

Mientras el agente escribía, oyó un ruido de monedas de oro.

Y pensó con el corazón contento:

—Mañana los niños tendrán pan.

En su garita Johann Spurzeim había abierto aquel armario interior, ó caja, de que ya hemos hablado.

Allí dentro había sonado el oro.

Pero en lugar de sacar dinero, Johann había retirado un objeto de bastante volumen y de forma singular. Era una especie de caja terminada por un bastón de dos pies de largo.

Johann se puso á dar vueltas á un tornillo que había en el centro de la caja, pero teniendo que descansar á cada rato rendido de fatiga.

Mientras trabajaba decía:

—Esas buenas gentes del ministerio de Estado quedarán mañana sorprendidos cuando les leas el contenido de estos pliegos...

—¿Su Excelencia tiene algo más que mandarme?—interrumpió el agente después de haber escrito la dirección de la casa de los Folquieri.

—Nada más... si tú quieres, de esto podrás sacar tu provecho. Estos pliegos iban dirigidos á mí, camarada, como jefe de policía.

—¡A vos, señor!—exclamó el número 133 estupefacto;—luego...

—Luego, esos torpes del ministerio de Estado serán castigados por su poca vergüenza... Ya tengo en mi poder á ese Brown y su falso diamante.

Mientras decía estas palabras apoyó la caja contra el hombro, dirigiendo el bastón contra el pecho del agente.

No parecía, en verdad, sino que el director de policía quería divertirse con esta máquina á costa del agente.

—Pero no es esto todo—repuso,—pues además del dinero que voy á darte y que tanto mereces, camarada, quiero revelarte una buena noticia.

Y con su mano izquierda removi6 el oro en el tondo del armario.

A este sonido el agente se acercó involuntariamente.

El pobre hombre estaba muy conmovido. Una idea fija le dominaba:

¡Sus hijos! Ese oro que revolvián era para sus hijos.

Para sus hijos que morían de miseria.

—Ese David Heimer á quien buscas y que tanto aborreces, está enfermo... no le queda más que un átomo de vida. Te bastaría un soplo para aniquilarle...

—¿Sabéis dónde está, señor?

—Aquí, camarada, á dos pasos de ti... ¡soy yo!

El agente hizo un movimiento para arrojarle sobre él.

Johann, sin cesar de apuntarle con su extraña máquina, se apoyó sobre una lengüeta.

El agente cayó llevando las dos manos á su pecho y exhalando un débil quejido, uno sólo.

La máquina produjo un pequeño silbido semejante al golpe de pistón de la máquina neumática.

En el gabinete del director de policía reinó por algunos instantes el más profundo silencio, el silencio de la muerte.

Luego se oyó que Johann suspiraba y que con su risita de matraca decía:

—Soy más fuerte que ellos; los he de enterrar á todos.

VIII

La muñeta del señor Johann Spurzheim

El agente de policía número 133 había caído en el mismo sitio donde se hallaba al recibir el misterioso disparo, es decir, entre el bufete de Johann Spurzheim y el sillón monumental que servía á la vez de fortaleza contra las corrientes de aire y las miradas indiscretas.

Al cabo de algunos instantes la disecada cabeza del jefe de policía salió poco á poco de la obscuridad, á dos pies lo más del nivel del suelo.

Arrastrábase sobre sus manos y rodillas.

La fatiga hacía que su respiración produjese un pequeño silbido.

Deteníase de vez en cuando para tomar aliento, pero el aire espiraba en su garganta.

Al llegar junto al agente puso la mano sobre su corazón.

—Aun está caliente—dijo,—pero su pecho ya no late.

E introduciendo la mano en el bolsillo del muerto, sacó una cartera, de la cual tomó algunos papeles que se guardó.

—Veremos todo esto despacio—pensó;—hoy no tenemos tiempo. ¡Buena! He aquí el escrito cogido en la habitación de Sansovina; yo tomo lo que necesito donde lo encuentro.

¿Y su tarjeta de agente?

Para hallarla abrió los diversos compartimientos de la cartera.

La tarjeta de agente estaba en el último. No llevaba nombre, sino simplemente el número 133 con el sello de la policía.

Johann se levantó sobre sus rodillas, tomó una pluma mojada en tinta, y escribió un nombre sobre el número de orden.

Luego volvió el documento á la cartera, junto con el alfabeto del Silencio y la traducción de las cartas firmadas por Brown. La cartera bajó al fondo del bolsillo en la raída hopalanda del agente.

Johann, siempre arrodillado, puso con mucho trabajo los pies bajo la mesa. Para levantar la cortina descolgada por Pedro Falcone y cubrir con ella el cadáver, tuvo que descansar cuatro ó cinco veces.

El lector quizá se habrá figurado que al hacer descolgar esta cortina, Johann satisfacía un capricho.

Nosotros podemos afirmar que el jefe de policía no hacía nada al azar.

Cuando el cuerpo del agente número 133 hubo desaparecido bajo la cortina, Johann volvió á arrastrarse hacia su garita con nuevo aliento.

Era un espectro infatigable.

Una vez vuelto á su sillón cogió la extraña máquina, púsola sobre sus rodillas, y levantando una pequeña palanca que había en su parte posterior, se dejó oír un crujido semejante al que hace un molino de café á la primera vuelta de la rueda.

—¡Muy dura está!—dijo Johann,—pero todavía tengo fuerzas.

Tomó de su armario una bala de plomo del

calibre ordinario, y la introdujo en ese apéndice estrecho y largo que hemos comparado á un bastón.

La bala se deslizó por su interior. Era un cañón de carabina.

Faltaba aún dar la vuelta al tornillo central, pero las fuerzas de Johann Spurzeim estaban ya agotadas.

En este instante se oyeron pasos numerosos en el corredor por donde el agente número 133 había penetrado en el gabinete del señor Johann.

Este cogió precipitadamente el tornillo y quiso darle vuelta, pero sus dedos resbalaron.

—¡No puedo más!—murmuró;—esta noche he ejecutado un trabajo de gigante... ¡no puedo más! Necesito una hora de descanso.

Y oyó que al detenerse los pasos en el corredor al otro lado de la puerta, una voz preguntaba:

—¿A dónde me lleváis?

—¡Es él!—dijo Johann haciendo un esfuerzo supremo.

El tornillo no pudo coger un solo diente.

—Y sin embargo es necesario que esté solo con él.

Llamaron á la puerta. Según el ruido particular que produjo, debía ser una culata de fusil.

Antes de responder se le ocurrió á Johann una idea que le tranquilizó.

—Este no está libre como el otro, sino que tiene trabadas las manos y no puede revolverse.

—¡Adelante!—dijo en alta voz.

La puerta se abrió en el momento en que el reloj señalaba las doce menos cuarto.

Eran un oficial y varios soldados que conducían á un desgraciado con fuertes esposas en las manos y una argolla de hierro en la pierna derecha.

—¡Este no es el ministerio de Estado!—dijo el

preso con acento lastimero,—y yo no quiero hablar sino al ministro ó al rey.

—¡No parece sino que me esté oliendo el pobre Felice Tavola!—observó Johann con su sonrisa burlona;—tiene miedo... ¡tanto mejor!... Por otra parte el teniente es ambicioso y se acordará de mis instrucciones.

—El ministro de Estado se ha mudado de casa—decía el teniente con zumba;—vamos, señor barón, suplico humildemente á Su Excelencia que se tome la molestia de entrar.

Así diciendo le hizo pasar brutalmente el umbral de la puerta contra su voluntad.

El prisionero se resistía con todas sus fuerzas.

—¡Presiente mi presencia!—refunfuñó por lo bajo Johann;—¡lo que es la simpatía!

—¿Su Señoría está ahí?—preguntó en este momento el oficial.

—¡Por Dios! ¡Decidme adónde me lleváis!—exclamó Felice Tavola, á quien los soldados empujaban hacia el bufete.

Luego que hubo adelantado lo suficiente en el aposento para que Johann Spurzeim pudiese distinguírle quedando él mismo protegido por la pared de su garita, revelaron sus facciones cierta expresión de tranquilidad.

Altamonte, por su parte, lanzó una mirada penetrante á la sombra del confesonario, pero sus ojos, deslumbrados por el resplandor de la lámpara, no pudieron distinguir más que oscuridad.

—¿Monseñor quiere—preguntó el teniente,—que quedemos aquí, ó montemos la guardia en el exterior?

—En el exterior—respondió Johann.

A estas palabras el barón de Altamonte bajó la cabeza y ya no se tomó el trabajo de protestar.

—Ha conocido mi voz—pensó Johann,—y está haciendo su acto de contrición... ¡pobre amigo!
 ¡El teniente era hecho verdaderamente para capitán! Después de haber empujado al prisionero hasta el pesado y macizo bufete, pasó una soga por la argolla que ceñía la pierna, y le amarró corto al pie de la mesa.

—Monsieur—dijo levantándose,—acordaos de que estamos á dos pasos de aquí, tras la puerta, en el corredor... A la menor señal entraremos.

—Este hombre—continuó apoyando una de sus manos en el hombro del prisionero,—es Porporato... Viendo que sus compañeros no le liberaban, ha dicho que haría revelaciones si le salvaban la vida... ¡Dios guarde á Su Excelencia!

Y salió con los criados de la cárcel y los soldados que habían escoltado al barón de Altamonte.

—Ya sé que estás allí, David. Me has hecho caer en el lazo; lo único que te pido es morir sin padecer.

Este era un bandido de treinta y cinco á cuarenta años de edad y de bastante buena figura. No es extraño que se le hubiese tomado en la corte de Nápoles por un verdadero hidalgo. Entre los *cavalieri ferrai*, había gozado, antes de la llegada de Athol, de una influencia igual á la del mismo David Heimer. Los dos eran enemigos.

Cuando la puerta exterior se cerró tras el teniente y sus soldados, Felice Tavola dijo sin levantar la cabeza:

—Aquí me tienes.

Johann tosó secamente y respondió sonriendo:

—¿No tenías que hacerme una revelación importante, mi pobre Felice Tavola?... ¿No queréis, ilustre barón de Altamonte, revelar al ministro de Estado, mi jefe, ó al rey, mi respetable señor, por mi indigno conducto, que un picaro ha

asurpado su confianza y que la policía napolitana está en manos de un bandido?

—¡Mátame!—dijo el caballero herrero.

—¡Ay! Tavola—replicó Johann,—mi pobre compañero, no soy yo quien va á matarte, sino el verdugo; te prometo rogar por ti con devoción.

—¡Mátame!—exclamó por tercera vez el prisionero.

—¡Lo que es de nosotros!—dijo con unción el jefe de policía;—si pudieses dar un paso, me aplastarías con tu solo peso... ¡Nunca te he visto más hermoso que hoy!

—Tú no eres un hombre, David—murmuró el prisionero,—sino un tigre.

—¡Lo que es de nosotros, Felice, mi querido hermano!... Si permaneces cinco minutos más en tu prisión, eras libre... Baldemonio, ese loco que cuando quiere tiene alas, ha escalado las murallas de Castello-Vecchio...

—¿Es verdad?—exclamó Tavola;—¡y yo que le acusaba!

—He querido darte esta alegría, mi querido hermano, para que le hagas justicia antes de que mueras... Por su parte ha hecho todo lo que ha podido; el centinela estaba ganado... Baldemonio llegó á la reja de tu prisión á través de peligros que serían interesantes en una novela, ha limado sus barrotes y se ha introducido en tu calabozo, en el cual no ha encontrado á nadie.

Felice arrojó un rugido de cólera.

Pero Johann triunfaba y nada es tan peligroso como el triunfo.

—Señor barón de Altamonte—prosiguió,—hace un cuarto de hora que debéis haber recibido una carta mía prometiendo salvaros la vida...

—¿Era tuya esa carta, David Heimer?

—¿Y quién como yo podía encontrar la parte flaca de vuestra coraza, señor barón?

Las manos de Felice Tavola se crisparon. Johann reía.

—Pero pasemos á otro asunto—continuó éste; —yo no tenía necesidad sólo de tu muerte, sino que me convenía perder á ese joven héroe, á ese Baldemonio. Sábese que éste hace más que estorbarme; me oprime... Es evidente que toda denuncia anónima debía serme atribuida... Pues bien, yo me he arreglado de modo, mi querido hermano, que la denuncia llevase vuestra firma.

—¿Habías falsificado mi letra?

—¡Quita allá! lo falso se descubre siempre... yo pretendo vivir mucho y quiero tranquilidad para mis últimos días... ¡No, no, nada de falso!... a menos como vos lo entendéis... Os suplico que leáis esto.

Y adelantando la mano puso delanete de la luz un pliego de papel con estos signos:

NA³E²A NA⁵M RI³I² EI²L²I² L³I²A³LI²

Felice Tavola, habituado á estos caracteres, leyó de corrido: *¡Se me ha olvidado: me vengo!*

Luego añadió:—¿Qué quiere decir esto?

—Reflexionad, mi buen hermano... Los prisioneros manifiestan todos las mismas debilidades... Como no tienen á nadie con quien entretenerse, escriben en los muros de su cárcel y esto les alivia.

—Yo no he escrito nada en las paredes de mi prisión—dijo Felice Tavola.

—Y sin embargo, Baldemonio ha encontrado algo.

Felice Tavola se puso pálido y entró en un acceso de verdadero furor.

—¡Infame!... ¡infame! ¡malvado!—exclamó el prisionero.

—Nuestro Baldemonio encontró allí esta inscripción—continuó Johann con su burlona risita,—de manera que cuando estés muerto y se sepan sus pequeños secretos, el más hermoso de los griegos dirá para sus adentros:—«¡Ese miserable Tavola me vendió!...» ¿Te parece ingeniosa esta combinación, mi querido hermano?

Apenas Johann acababa de hacer esta pregunta en tono melifluido y gazmoño, cuando experimentó la mayor sorpresa que hubiese tenido en su vida. Era una cosa increíble.

El rostro del prisionero, hace poco descompuesto por su impotente rabia, fué serenándose visiblemente.

Parecía querer prorrumpir en una risa irresistible.

La locura empieza á veces así.

Felice Tavola le miraba fijamente.

A pesar de la certeza que Johann tenía sobre la imposibilidad en que el prisionero, colocado en plena luz estaba de verle en el fondo de la obscuridad de su confesonario, esta mirada le hacía daño y le irritaba.

Instintivamente echó mano á esa máquina que había silbado al caer muerto el agente número 133.

Felice Tavola no cesaba de mirarle, presentando siempre una risa muda alrededor de sus labios.

—David Heimer—dijo en fin sin moverse de su sitio pero irguiendo de repente su elegante talle; —¡eres un pícaro digno de excitar la curiosidad!... En verdad, no te quiero mal... como tampoco le quiero á la víbora que al morder mata porque Dios ha colocado veneno bajo sus encías... pero el artículo 7.º de la regla dice: «Todo caballero herrero que descubra una traición matará al trai-

«dor». Tú nos has hecho traición, luego debo matarte.

Estas palabras parecían hijas de una fanfarronada extravagante.

El corredor estaba lleno de soldados, y el prisionero, atado por un pie, tenía las dos manos sujetas con esposas.

Pero había en su rostro una expresión tal de seguridad que Johann tomó aliento para pedir socorro.

—¡No grites!—repuso Felice Tavola adivinando lo que iba á hacer,—porque antes de que acudan en tu auxilio, tú lo has dicho, te aplastaré con mi propio peso.

Tavola hizo un movimiento brusco y se desprendieron las esposas que aprisionaban sus puños.

Estaban limadas de antemano.

Johann se sintió desfallecer; pero guardóse bien de gritar.

Tavola cogió un rico cuchillo que había sobre el bufete para cortar papel, y cortó la cuerda que le sujetaba por el pie á la mesa.

Johann parecía muerto en su garita.

Ni se oía su respiración ni hacía el más leve movimiento.

El prisionero avanzó un paso hacia él.

Entonces salió de la obscuridad una voz como un lamento.

—¡Ten compasión de mí, Felice, mi buen hermano!—decía el jefe de policía,—conozco que he hecho mal en divertirme con la inquietud de un amigo... Pero tú no dabas crédito á mis locas chanzas, ¿no es verdad? Tú no ignorabas que poniendo el pie aquí, estabas salvado.

—¡Calla!—exclamó Tavola;—¡me das vergüenza y asco!

—Y sin embargo, mi querido hermano, no puedo dejarte en este fatal error...

—¡Calla! No te queda más que un medio para no dar el salto de pulga que te separa del infierno donde tienes un lugar destinado... y es que me conduzcas á través de tu casa hasta la puerta de tu jardín que da al *vicoletto* Ognisanti... ¡Levántate y marcha!

Johann lanzó un gemido. Parecía el grito que arroja la debilidad en su último esfuerzo.

—Tú sabes bien que no puedo ni levantarme ni andar—respondió con voz fatigada, pero menos alterada por el temor;—nadie ignora mi estado... Felice, mi antiguo amigo, acércate y tómame en tus brazos; tú caminarás y yo te guiaré.

—¿Habéis llamado, señor Spurzeim?—dijo tras la puerta la voz del teniente.

—¡Responde!—le mandó Tavola.

—No, hijo mío, no—replicó en efecto Johann Spurzeim;—estad tranquilo.

El prisionero se hallaba delante de la garita.

—¿Qué es esto?—preguntó viendo un objeto que Johann tenía en la mano.

—¿Tienes miedo del impotente?—dijo Johann riendo;—no te inquietes, mi amigo Felice... es mi muleta... ¿Ves? se pone esto bajo el brazo... como si se apuntase con un fusil... el extremo que está cerca de tu pecho se apoya en el suelo... La he mandado hacer de metal para que resista y se deslice...

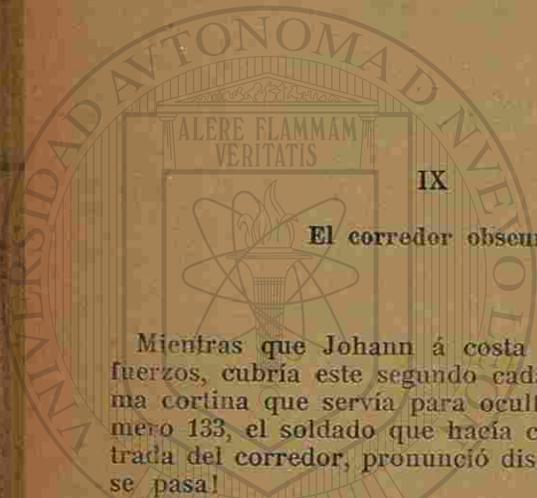
—¡Despachemos!—interrumpió Tavola abriendo los brazos para llevarsele como estaba convenido.

Por segunda vez se oyó un silbido sordo y truncado.

El prisionero se tambaleó primero y llevando sus manos al corazón, cayó apoyando la cabeza

en el cuerpo del agente. Cuando cesaron las cortas convulsiones dijo Johann:

—Sí, sí... la he mandado hacer de metal para que resista...



IX El corredor obscuro

Mientras que Johann á costa de violentos esfuerzos, cubría este segundo cadáver con la misma cortina que servía para ocultar al agente número 133, el soldado que hacía centinela á la entrada del corredor, pronunció distintamente:—¡No se pasa!

Johann escuchó un momento para saber la respuesta, pero nadie contestó.

—Por poco no puedo dar la vuelta á este pícaro tornillo — exclamó; — es necesario ponerle aceite.

Y volviéndose á sentar, se acarició la barba.

Ahora nos vemos obligados á dejar el gabinete en que Johann Spurzeim ha empleado el tiempo tan activamente, para presenciar lo que pasa en la calle entre el centinela y un recién llegado á quien no aguardaba con menos impaciencia el terrible jefe de policía.

Tal vez la muleta iba á silbar y aniquilar por tercera vez.

Esta muleta era una curiosidad. Fabricanse ins-

trumentos parecidos en Roma desde que Cosme Libranus envió la primera carabina de aire comprimido al príncipe de Condé, en tiempo de Enrique IV.

Estas carabinas, de origen romano, se cargan de aire por el juego combinado de un manubrio de rueda y un tornillo de presión que produce el efecto de una bomba que lo inyecta.

El hombre á quien el soldado acababa de decir:—¡No se pasa!—había bajado de un elegante y rico carruaje tirado por dos hermosos caballos franceses. El carruaje se había detenido á cincuenta pasos de allí, delante de la puerta principal del palacio del jefe.

El corredor estrecho y largo al extremo del cual brillaba un reverbero lejano, no era, como se deja suponer, la entrada principal.

Muchas puertas que daban á este corredor, comunicaban con las oficinas.

El carruaje había quedado bajo la custodia de un criado delante de la puerta principal. El hombre que había bajado de él, se dirigió á grandes pasos hacia el corredor sombrío. Llevaba un traje que no se acostumbra á ver en tan lujosos carruajes. Consistía en los *calzoni* colorados y cortos de los marineros del puerto, un ceñidor y la camisa. No llevaba más.

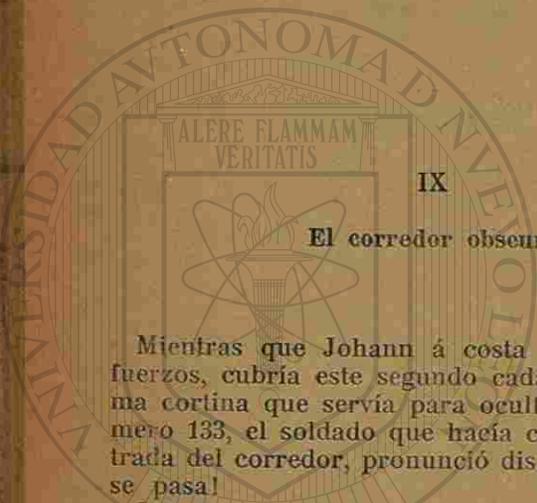
Igual era, si no nos es infiel la memoria, el traje de Baldemonio al escalar las murallas de Castello-Vecchio.

Su traje actual no se aprestaba á darle apariencias de gran señor, y sin embargo, á pesar de sus mangas de camisa y sus *calzoni*, su aspecto era noble.

El cochero y el criado de á pie, bizarro mozo vestido de una manera extravagante, entraron del brazo en las oficinas. Su amo penetró con paso

en el cuerpo del agente. Cuando cesaron las cortas convulsiones dijo Johann:

—Sí, sí... la he mandado hacer de metal para que resista...



IX El corredor obscuro

Mientras que Johann á costa de violentos esfuerzos, cubría este segundo cadáver con la misma cortina que servía para ocultar al agente número 133, el soldado que hacía centinela á la entrada del corredor, pronunció distintamente:—¡No se pasa!

Johann escuchó un momento para saber la respuesta, pero nadie contestó.

—Por poco no puedo dar la vuelta á este pícaro tornillo — exclamó; — es necesario ponerle aceite.

Y volviéndose á sentar, se acarició la barba.

Ahora nos vemos obligados á dejar el gabinete en que Johann Spurzeim ha empleado el tiempo tan activamente, para presenciar lo que pasa en la calle entre el centinela y un recién llegado á quien no aguardaba con menos impaciencia el terrible jefe de policía.

Tal vez la muleta iba á silbar y aniquilar por tercera vez.

Esta muleta era una curiosidad. Fabricáanse ins-

trumentos parecidos en Roma desde que Cosme Libranus envió la primera carabina de aire comprimido al príncipe de Condé, en tiempo de Enrique IV.

Estas carabinas, de origen romano, se cargan de aire por el juego combinado de un manubrio de rueda y un tornillo de presión que produce el efecto de una bomba que lo inyecta.

El hombre á quien el soldado acababa de decir:—¡No se pasa!—había bajado de un elegante y rico carruaje tirado por dos hermosos caballos franceses. El carruaje se había detenido á cincuenta pasos de allí, delante de la puerta principal del palacio del jefe.

El corredor estrecho y largo al extremo del cual brillaba un reverbero lejano, no era, como se deja suponer, la entrada principal.

Muchas puertas que daban á este corredor, comunicaban con las oficinas.

El carruaje había quedado bajo la custodia de un criado delante de la puerta principal. El hombre que había bajado de él, se dirigió á grandes pasos hacia el corredor sombrío. Llevaba un traje que no se acostumbra á ver en tan lujosos carruajes. Consistía en los *calzoni* colorados y cortos de los marineros del puerto, un ceñidor y la camisa. No llevaba más.

Igual era, si no nos es infiel la memoria, el traje de Baldemonio al escalar las murallas de Castello-Vecchio.

Su traje actual no se aprestaba á darle apariencias de gran señor, y sin embargo, á pesar de sus mangas de camisa y sus *calzoni*, su aspecto era noble.

El cochero y el criado de á pie, bizarro mozo vestido de una manera extravagante, entraron del brazo en las oficinas. Su amo penetró con paso

rápido en el corredor sombrío. Pero no fué muy lejos. Un fusil colocado de través, detuvo inmediatamente sus pasos.

—¿Quién vive?—preguntó el recién llegado.

El hombre que tenía el fusil en la mano se echó a reír.

—Amigo, me parece que quien debía dirigir esta pregunta sería yo—respondió el soldado.

—El jefe de policía me aguarda.

—Es posible, pero yo tengo mi consigna.

Baldemonio cogió el fusil y quiso separarlo.

Al ruido de la lucha que trabó con el centinela, acudieron cuatro ó cinco soldados y el teniente. Baldemonio se inclinó al oído de éste y le dijo una palabra.

Spinosa llevó rápidamente la mano á su schakó.

—¡Alteza!—murmuró.

—¡Silencio!—interrumpió Baldemonio.

Los soldados, al oír que se le llamaba Alteza, hicieron vanos esfuerzos para ver su rostro.

¿Quién era el Alteza que acababa así de interesarse á media noche en el corredor del gabinete privado del señor Johann Spurzeim?

—¡Dejad pasar!—ordenó el teniente.

Obedecióse en silencio.

Baldemonio pasó por entre dos filas inmóviles cuya presencia no podía adivinar sino por el ruido de sus respiraciones.

Cuando estuvo en el umbral del gabinete, se volvió y dijo:

—Está bien, Spinosa, ya oiréis hablar de mí... Retiraos.

—Señor—replicó el oficial con zozobra,—las órdenes que he recibido me lo prohíben.

Baldemonio abrió la puerta bruscamente.

—Johann Spurzeim—dijo en alta voz,—mandad á esos hombres que se retiren.

Al momento la voz empalagosa y cascada del jefe de policía exclamó:

—Retiraos, amigos míos; ya no tengo necesidad de vosotros.

—Pero...—dijo Spinosa,—el prisionero...

—El prisionero está en lugar seguro... y acordaos, señor teniente, que yo no doy cuenta de mis acciones sino al rey.

Spinosa se había adelantado hasta la puerta y lanzado una mirada rápida al interior del gabinete.

Esta mirada le reveló que el prisionero no estaba allí.

—¡Al hombro! ¡marchen!—ordenó.

Y junto con los soldados salió del corredor en silencio.

Pero incapaz de contenerse, exclamaba de vez en cuando:

—¡Ah! ¡si el rey supiese!.. ¡si el rey supiese!..

Baldemonio al entrar cerró la puerta y pasó el cerrojo por dentro. Luego atravesó la pieza con paso rápido.

Ya hemos dicho que Johann Spurzeim colocaba ordinariamente la luz de modo que pudiese ver sin ser visto; parece que Baldemonio no gustó de este juego, porque al llegar cerca de la mesa tomó la lámpara y la colocó frente á la abertura de la garita.

La luz iluminó de lleno el rostro de Spurzeim, quien cerró los ojos como el buho cuando un rayo de sol penetra en el agujero donde se anida.

Baldemonio se sentó frente á Johann, volviendo las espaldas á la luz. Los papeles se habían trocado.

Esta vez no era el jefe de policía quien interrogaba.

—¿Por qué no estás en tu cama, David Heimer?
—le preguntó.

—Maestro—contestó Johann con respeto, pero con calma;—porque sabía que debíais venir.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Maestro, supongo que á los miembros de la asociación no les está prohibido el cálculo... Estoy muy malo, pero tengo cabales mis sentidos.

—¿Es verdad que te encuentras muy malo, David Heimer?—dijo Baldemonio con aquel acento de duda que se toma cuando, más bien que á otro, se dirige uno la pregunta á sí mismo.

—En los tiempos en que os llamabais el caballero de Athol, señor—repuso Johann,—nos encontramos dos veces... ¿Habríais creído que viviría los tres ó cuatro meses que han transcurrido desde entonces?

—¡No por cierto!—dijo Baldemonio.

Johann Spurzeim sonrió tristemente.

—Los que desean mi muerte—murmuró,—no tendrán la molestia de aguardar mucho tiempo.

Dé repente se interrumpió mudando de tono.

—Pero yo no puedo creer que vos deseéis mi muerte, señor, vos que conocéis tan bien mi adhesión y fidelidad.

Y le sobrevino un ligero acceso de tos.

Baldemonio le miró fijamente.

Al contemplar aquel débil y mísero rostro cuyos labios parecían siempre dispuestos á dejar escapar el último suspiro, no podía experimentarse más que compasión.

En verdad aquel cadáver, animado tan sólo por un resto de vida, hacía un contraste horrible frente al noble y brillante continente italiano del caballero de Athol, Baldemonio ó Porporato, como se le quiera llamar.

—Si yo desease tu muerte, David Heimer...

—Satisfaríais muy fácilmente vuestro deseo, ¿no es esto, maestro?

Baldemonio volvió la vista con cierta especie de hastío.

Pero hizo mal, porque entonces Johann le lanzaba una mirada de serpiente.

—Maestro—prosiguió éste último,—yo había calculado que la asociación tendría necesidad de mí esta noche.

—¿Creíais que no sería feliz en mi empresa?

—Vuestra empresa, maestro, podía no salir bien... los resultados lo han probado.

—¿Y atribuyes tú, Johann Spurzeim, este mal éxito á la casualidad?

—Sólo la casualidad, maestro, puede ser más fuerte que Porporato.

A pesar suyo su acento tenía un matiz de sarcasmo.

Baldemonio volvió á fijar en él su mirada.

—¿Sabías que habían cambiado á Felice de prisión?—le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Has sido tú quien me lo ha mandado decir?

—Maestro, bien sabéis que he sido yo.

—¿Sabías que en la misma cárcel se le habían hecho proposiciones de perdón?

—Puedo juraros por mi honor que lo ignoraba.

—¡Por tu honor!—repitió Baldemonio con amargura;—pero quiero creerte, David... Reflexiona solamente que si puedes ignorar semejantes hechos, es un peligro para la asociación contar contigo.

—Severo estáis, maestro.

—Soy justo.

—El estado de enfermedad en que me hallo...

—Para la posición que tú ocupas no necesitamos un enfarmo.

Las pálidas mejillas de Johann se animaron im-

perceptiblemente; cerráronse sus ojos un instante y se estremecieron sus labios. Sin embargo respondió con calma:

—Maestro, hago lo que puedo... Si conocéis otros más hábiles y activos que yo, cederé gustoso mi puesto.

—Ya veremos eso, David—dijo fríamente Baldemonio;—no hay peligro en la espera, pues no te considero tan insensato que quieras luchar contra mí. Pero hablemos de otra cosa... ¿Has hecho que Felice Tavola se evadiese por la puerta de tu jardín?

—No, señor—repuso Johann bajando la voz á pesar suyo.

—¿Le has dicho—preguntó de nuevo Athol,—que el bote de Sansovina ha tenido que mudar de sitio y que ahora se halla fuera de la ciudad, en la Chiaja, frente á la tumba de Virgilio?

—No, señor—replicó por segunda vez Johann;—no he tenido necesidad de decirle esto.

—¿Ya lo sabía?

—Lo ignoro.

—¿Qué es esto?—exclamó fijando una mirada suspicaz é inquieta sobre Johann,—¿le habrá acontecido alguna desgracia á Felice Tavola?

—Maestro—dijo Spurzeim lentamente y con la cabeza erguida,—¡Felice Tavola ha muerto!

Baldemonio estaba lejos de esperar un acontecimiento para él tan imprevisto. El anuncio de esta muerte le impresionó vivamente. Su rostro tornóse pálido de cólera.

—¡Tú le has hecho asesinar!—dijo en voz tan baja que apenas Johann pudo oírle.

La ira de este hombre era terrible, pero Johann desplegaba en ciertos momentos una admirable sangre fría y un valor prodigioso.

—Os engañáis, maestro—le dijo tranquilamente,

—Tú sabías que le amaba... que era mi brazo derecho y mi mejor confidente.

—Sí, maestro, lo sabía... todos los sabíamos.

—Ya sé que vas á decirme que los soldados han traído un cadáver.

Johann sonrió desdeñosamente.

—Sois un mal adivino, maestro—dijo cruzando los brazos sobre el pecho.—Felice Tavola ha entrado aquí vivo, pero como no he hecho más que cumplir con mi deber, no necesito buscar subterfugios... Felice Tavola ha muerto en este aposento... en el mismo sitio que ocupáis.

Baldemonio no pudo menos de estremecerse.

—Muerto, ¿por quién?—preguntó.

—Por mí.

X

Los dos cadáveres

Parecía tan increíble que un hombre fuerte, joven, ágil y valiente como Tavola hubiese sido asesinado por un viejo agonizante, que Baldemonio permaneció un momento dudoso. Pero de pronto le ocurrió una idea que disipó sus dudas y dijo:

—¡Tavola estaría cargado de cadenas!

—Nuevo error, maestro—replicó Johann Spurzeim:—las limas inglesas enviadas por vos habían limado sus esposas y tenía las manos libres.

Su dedo señalaba la mesa. Athol pudo ver en efecto los hierros divididos del prisionero.

Mientras guardaba silencio, Johann repuso:

—El artículo séptimo de la regla manda á todo caballero que haga justicia por sí mismo en caso de traición.

—Yo no he hecho justicia—añadió Johann,—sino en el momento en que Felice Tavola, traidor á sus hermanos, me ha probado que también quería revelar los secretos del maestro.

—Y ¿qué pruebas tienes de su traición?—preguntó Baldemonio.

—A la conciencia del maestro apelo para sincerarme.

—Explicate.

—El maestro ha visto la amenaza... yo la ejecu-

ción de la amenaza... ¿Quién osará poner en duda el testimonio de Porporato y David Heimer?

Una vez aceptados los usos y costumbres de la asociación, Athol no tenía que replicar.

Pero Athol oía en su interior una voz que le gritaba: «Hay traición y el traidor no es Felice Tavola». Sin embargo, nada apoyaba esta creencia.

Johann había obrado en la rigurosa medida de su derecho.

Aun más: Johann había cumplido con su deber.

Esta amenaza, tan perfectamente apropiada á la situación de un preso abandonado por sus cómplices, de un preso que desde el fondo de su prisión oye los martillazos de los que levantan su patíbulo, esta amenaza escrita con el alfabeto del Silencio, el mismo Athol la había leído en los muros del calabozo de Tavola.

Se me ha olvidado: me vengo.

Pero ¿cómo Johann Spurzeim podía saber que existiese esta amenaza, y que Baldemonio la había leído?

Esta idea cruzó por su espíritu con la rapidez del rayo.

—Está bien, David—le dijo;—nuestra regla condenaba al desgraciado Felice Tavola; tú te has erigido en su verdugo... ¿Con sentimiento sin duda?...

—Sí, maestro, con sentimiento.

—Has cumplido con tu deber: el consejo te juzgará... Pero estoy perdiendo el tiempo; voy á ver si empleo mejor el resto de la noche.

Y se levantó afectando un continente tranquilo.

—Maestro—le dijo Johann,—aun no hemos acabado.

—¿Qué quieres?

—El artículo 9 de la regla concede al caballero

herrero que ha castigado al traidor, el derecho d elegir y presentar al consejo el que debe llevar la sortija de hierro del que ha dejado de existir... Reclamo este derecho.

—Te corresponde—respondió Athol haciendo un movimiento para retirarse.

—¿Su Señoría no desea saber el nombre del compañero que he elegido?

—Si es amigo mío, ¡qué me importa! Si es un enemigo, será su desgracia.

—¡También tengo que hablaros de vos!

—¿De mí?

—Maestro—dijo Johann,—me habéis encargado diversas comisiones, las cuales he cumplido exactamente.

—¡Me aguardan!—murmuró Athol cuya mirada se fijó en el reloj.

Este señalaba más de media noche.

—Un cuarto de hora más ó menos no puede perjudicar vuestro negocio—replicó Spurzeim con cierta especie de malicia.—Necesito decir á Su Señoría tres cosas: la primera se refiere á los dos niños de Catana.

Athol se acercó.

—Estos niños están en Nápoles — prosiguió Johann;—antes que finalice el día de mañana, los pondré á vuestra disposición.

—Si cumples tu palabra, David—exclamó vivamente Athol,—algunas culpas podrán perdonarse.

—Ignoraba, maestro—repuso Johann fríamente,—que necesitase de vuestra alta clemencia.

—Estoy bien persuadido de que cuando hablo se comprende lo que digo—contestó Athol con seguridad.

—Mi segunda comunicación se refiere, señor, á la viuda de mi antiguo y venerado maestro Ma-

rio, conde de Monteleone. Esta también se halla en Nápoles.

—¿Estáis bien seguro de ello?—preguntó Athol volviendo la cabeza para que no viese su sonrisa.

Johann Spurzeim contestó con seriedad:

—No lo puedo dudar, señor... Por más señas, uno de los caballeros del Silencio ha ido á recibirla esta mañana á bordo del *Pausilippe*, y no habiéndolo puesto en conocimiento del consejo, se halla comprendido en el caso previsto por el artículo 3.º de la regla...

—¡Adelante!—dijo Athol.

—La tercera comunicación es referente á un hombre cuyo paradero me habéis encargado muchas veces que inquiriesese... No tengo necesidad de recordar á Su Señoría el celo que he empleado en la ejecución de sus órdenes.

—¿De qué hombre quieres hablar?—interrumpió Athol.

—Del calabrés Manuel Giudicelli.

De un salto Athol se puso á su lado.

—¿Le has encontrado?—exclamó.

—La casualidad me le ha hecho descubrir.

—Espero que no le habrás dejado escapar.

—No por cierto, señor.

—¿Está en tu casa?

—Aquí... en este cuarto.

Athol paseó involuntariamente su mirada por el gabinete.

—Levantad esta cortina, señor—dijo Johann señalándole la colgadura extendida delante de la mesa.

Athol obedeció, pero al ver los dos cadáveres retrocedió algunos pasos.

—¡Manuel! ¡Manuel!—exclamó el caballero de Athol con profunda emoción;—¡él... debe ser él!

¡Así me figuraba yo el último servidor de Mario Monteleone!

—Maestro—interrumpió Johann Spurzeim fingiendo equivocarse;—no tengáis duda alguna, es el mismo Manuel Giudicelli de Martorello; le tenía muy conocido.

Athol se volvió hacia él despidiendo fuego de sus ojos.

—David Heimer—le dijo pálido por los esfuerzos que hacía para contenerse,—tú me responderás de esta muerte.

Johann quedó inmóvil y silencioso.

Sólo después de un largo rato, y mientras que Athol arrodillado ponía su mano sobre el corazón del desgraciado Manuel, Johann replicó:

—Vos me habíais encargado que le buscara, pero sin confiarme vuestros secretos... Yo he visto que este hombre era vuestro enemigo y por consiguiente enemigo también de la asociación.

—Es decir que le has asesinado para servirme mejor, ¿no es esto, David?—dijo Athol con amargura.

—Le he matado—replicó Johann,—porque se había adelantado á todas mis previsiones... Este hombre no sólo era vuestro enemigo y el vuestro, sino que puedo decir que no teníamos en Nápoles otro enemigo más peligroso.

—Pero ¿cómo le has matado?—exclamó Baldemonio levantándose bruscamente.—¿Cómo has dado muerte á los dos? Tavola, joven, vigoroso, terrible en la lucha; Manuel más viejo y debilitado ya por la edad, pero que con un solo soplo te hubiese derribado?

—Cuando se trata de vuestro interés, maestro, y del de mis hermanos—respondió Johann,—soy fuerte.

Y como Athol le lanzase una de esas miradas

que se dirigen á los reptiles repugnantes y ponzoñosos, continuó sonriendo:

—Existe un hombre más fuerte que Tavola, más que Tavola y Manuel reunidos... ¡más fuerte que diez, que cien hombres! Este hombre es Porporato. Pues bien; ese hombre, ese gigante me ha amenazado hace poco, á mí, pobre gusano de la tierra... Ya pues que me amenazaba y que su fuerza raya tan alto como mi debilidad, tenía el derecho de defenderme... Señor, me hubiese sido tan fácil quitar la vida al gigante, como le es fácil ahora á éste aniquilarme con un soplo de su boca. Al igual que Manuel y Felice Tavola, vuestra vida me ha pertenecido, y si aun vivís me lo debéis á mí.

Así diciendo se levantó sobre sus miembros trémulos y tendió á Baldemonio la carabina de viento que tan terribles servicios le había prestado esta noche.

—Esto es el rayo—añadió,—el rayo silencioso que mata sin que se perciba el golpe... Durante más de un minuto me habéis vuelto las espaldas; para apuntarla sólo se necesita un segundo... Os lo repito, maestro, me habéis pertenecido; si en lugar de tres cadáveres no hay más que dos, es porque he querido respetar esa brillante juventud á costa de algunos días desgraciados y vacilantes que me restan aún sobre la tierra.

Athol cogió la carabina y la examinó.

—Maestro—continuó Johann Spurzeim aprovechándose de este momento para defender su causa;—yo he dado muerte á un hombre que ha sido mi compañero, y á un pobre viejo que ningún daño me había hecho... ¿Por quién? ¿por mí?... ¡Ay! ¿para qué? ¿para qué, si tengo contados mis días? Yo lo he hecho á mi pesar y por vos, sólo por vos... Yo lo he hecho porque la traición del

primero y las revelaciones del segundo iban á descargaros un golpe igualmente funesto... Felice Tavola por venganza y Manuel por un puñado de oro, habían jurado la pérdida de la asociación. Tavola no sabía á quién hablaba cuando ha entrado aquí, y sin embargo, el primer nombre que ha pronunciado ha sido el vuestro, y si le he castigado ha sido como delator... Manuel era un espía de la policía; buscad en su bolsillo y encontraréis su tarjeta, su número y los secretos que había ya descubierto. El artículo 8.º de la regla condena al espía, cualquiera que sea... Maestro, yo no esperaba de vos ni reproches ni amenazas, sino elogios.

Mientras que Johann hablaba, Baldemonio buscó en los bolsillos de Manuel los papeles á que acababa de aludir Spurzeim. Si éste no hubiese emprendido su defensa con tanto calor, habría notado que al tomarlos, Athol se estremeció, y que la palma de su mano había permanecido aplicada contra el pecho de Manuel más tiempo del que era rigurosamente necesario para sacar su cartera.

Johann no veía el rostro de Athol.

Las facciones de éste habían sufrido una viva y notable transformación. La sensación que ahora se veía en ellas era nueva y de diferente especie. Sus ojos brillaban de esperanza. Su corazón latía con violencia.

Y es que había percibido un movimiento bajo la húmeda camisa de Manuel.

Felice Tavola, asesinado últimamente, estaba ya rígido.

En Manuel había aún calor. De los dos sólo uno era cadáver. Athol se volvió con la cartera en la mano.

—Leed—repuso Johann,—y juzgad si me era

permitido dejar vivir al que llevaba al jefe de policía, como primer botín, la clave del alfabeto del Silencio.

Baldemonio abrió la cartera y leyó algunos papeles al azar. Su pensamiento estaba en otra parte.

Entre las piezas que Johann no había tenido tiempo de examinar, había una cuya vista hizo saltar el corazón de Athol en su pecho.

Era una carta cuyo papel manoseado y gra-seinto hablaba de un tiempo ya transcurrido.

Era la carta que el mismo Athol le había dejado en el mesón de Salerno, ejecutando, aunque tarde, la misión de que se había hecho cargo en las cárceles de Pizzo.

Era la carta escrita por Mario Monteleone en su prisión, durante las horas solitarias y tristes de su última noche.

—David Heimer—dijo Athol,—reconozco que has obrado según te dictó tu deber... Lo que has hecho trastorna mis proyectos, pero tú no los sabías. Acuérdate de que un día dije: no más sangre. Hoy añado: la asociación no tiene necesidad de sangre. Tu conducta será sometida al consejo.

—Tengo seguridad de salir bien, maestro—replicó Johann descaradamente.

—Pero os ruego que no os vayáis—interrumpió viendo que Athol cerraba los párpados de Manuel y que se disponía á retirarse:—por tercera vez os digo que no hemos acabado.

—¿Qué hay más?

—Su Señoría, en las circunstancias en que nos encontramos, me debe expresamente ayuda y protección. Ya veis que mi estado de debilidad no me permite hacer desaparecer estos cuerpos muertos.

Quizá aguardaba una negativa.

La prisa con que Athol accedió á su proposición, le turbó.

Athol, en efecto, tomó el cuerpo de Manuel y lo cargó sobre sus espaldas.

Antes de esto había quitado á Felice Tavola su sortija de hierro.

—Ahí tenéis lo que habéis ganado, David—le dijo entregándosela.

Y se dirigió hacia la puerta con su carga á cuestas. La sangre de Manuel corría sobre su camisa.

Al pasar el umbral dijo:

—Voy á enviaros á Cucuzone por el otro.

Johann no respondió. Miraba correr la sangre de Manuel. Sus dos manos se crisparon sobre su pecho, y dejándose caer extenuado en el fondo de su garita, murmuró:

—¡Nada he hecho; ese hombre no está muerto!

XI

La leyenda de San Genaro

Sería media noche cuando Peter-Paulos se despertó en el banco del despacho de policía, donde se había quedado dormido.

Miró á su alrededor, y sólo vió la soledad, las tinieblas y lo desconocido.

—¿Estoy preso aquí?—preguntó á Privato, único compañero que había en la oficina.

Privato se encogió de hombros y continuó escribiendo.

Peter-Paulos se guardó de repetir la pregunta, y deslizóse hacia la puerta.

En la plaza del Mercato no había más que un reverbero, y en las ventanas de las casas no brillaba una sola luz.

Sin embargo, Peter-Paulos pudo distinguir al resplandor de las linternas del carruaje que se hallaba ante la casa de Johann Spurzeim, que el clown de la fuente de las Tres Vírgenes, ayudaba á otro personaje á colocar un objeto pesado y voluminoso en el referido carruaje.

El compañero de Cucuzone iba en mangas de camisa, y se hallaba oculto por la sombra.

Peter oyó que éste decía:

La prisa con que Athol accedió á su proposición, le turbó.

Athol, en efecto, tomó el cuerpo de Manuel y lo cargó sobre sus espaldas.

Antes de esto había quitado á Felice Tavola su sortija de hierro.

—Ahí tenéis lo que habéis ganado, David—le dijo entregándosela.

Y se dirigió hacia la puerta con su carga á cuestas. La sangre de Manuel corría sobre su camisa.

Al pasar el umbral dijo:

—Voy á enviaros á Cucuzone por el otro.

Johann no respondió. Miraba correr la sangre de Manuel. Sus dos manos se crisparon sobre su pecho, y dejándose caer extenuado en el fondo de su garita, murmuró:

—¡Nada he hecho; ese hombre no está muerto!

XI

La leyenda de San Genaro

Sería media noche cuando Peter-Paulos se despertó en el banco del despacho de policía, donde se había quedado dormido.

Miró á su alrededor, y sólo vió la soledad, las tinieblas y lo desconocido.

—¿Estoy preso aquí?—preguntó á Privato, único compañero que había en la oficina.

Privato se encogió de hombros y continuó escribiendo.

Peter-Paulos se guardó de repetir la pregunta, y deslizóse hacia la puerta.

En la plaza del Mercato no había más que un reverbero, y en las ventanas de las casas no brillaba una sola luz.

Sin embargo, Peter-Paulos pudo distinguir al resplandor de las linternas del carruaje que se hallaba ante la casa de Johann Spurzeim, que el clown de la fuente de las Tres Vírgenes, ayudaba á otro personaje á colocar un objeto pesado y voluminoso en el referido carruaje.

El compañero de Cucuzone iba en mangas de camisa, y se hallaba oculto por la sombra.

Peter oyó que éste decía:

—Cuidado con romperle la cabeza contra la rueda.

Y que Cucuzone respondía:

—Supuesto que está muerto...

Estas palabras bastaron para abrir los ojos á nuestro inglés. Esta masa confusa tomó una forma: era un cadáver.

Y semejantes cosas pasaban en la puerta del jefe de policía.

Por fin, después de algunos esfuerzos, lograron meter al difunto en el carruaje.

El hombre que iba en mangas de camisa fué á hablar en voz baja al cochero, el cual durante toda esta operación no se había movido del pescante. La luz de los faroles alumbró el rostro de ambos.

Peter-Paulos, al reconocer el grupo de la fuente de las Tres Vírgenes, se estremeció de terror y sorpresa.

Peró lo que le había acontecido esta noche traspasaba de tal modo los límites de lo posible, que se quedó embobado como un espectador que contempla los cambios de vista de una fantasmagoría.

Después que el pescador de la fuente de las tres Vírgenes hubo hablado con el cochero, subió al carruaje donde estaba el cuerpo del muerto.

El saltarello se llegó á la portezuela y el pescador le dijo:

—¡Ahora ve por el otro!

—¿El otro qué?

El carruaje se movió y partió al galope.

Cucuzone quedó solo en la plaza. Esta con la falta de los faroles del carruaje quedó en una obscuridad completa.

Luego se dirigió hacia el corredor angosto y sombrío que conducía al gabinete privado de Johann Spurzeim.

Allí era donde debía ir á buscar *al otro*.

Al llegar al dintel de la puerta hizo la señal de la cruz.

Cucuzone tenía miedo.

El corredor era largo. Durante el camino, á Cucuzone le rechinaron los dientes, cuyo ruido, añadido á su temor, hizo que le pareciese oír en la obscuridad ese lúgubre crujido que producen los huesos disecados cuando chocan unos contra otros.

En un momento dado, oyó el paso lejano de Peter-Paulos que pasaba ante la puerta exterior del corredor.

Su piel cubrióse de un sudor frío.

Por fin llegó más muerto que vivo á la puerta del gabinete de Johann, á la cual llamó.

—Entrad—contestó la voz cascada de Spurzeim.

Cucuzone empujó la puerta y ésta se abrió.

—Amigo, ¿qué quieres tan tarde;—preguntó la voz de Johann.

Cucuzone enjugaba el sudor frío de su frente.

La voz cascada de Spurzeim replicó con cierta expresión de inquietud:

—¿Quién eres, amigo? ¿no tienes nada que decirme?

—*El hierro es fuerte y el carbón negro*—respondió Cucuzone en tono doliente.

—¡Acércate!—ordenó Johann,— abre aquella puerta.

Y señaló con el dedo aquella por donde había desaparecido Pedro Falcone para dirigirse al aposento de Bárbara.

Cucuzone ejecutó exactamente esta orden.

—Excelencia—dijo el saltarello,—¿dónde está mi carga?

—Aquí—respondió Johann señalando la cortina.

—¿A dónde la he de llevar?

—A la playa

Cucuzone levantó la cortina.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó;—es el pobre señor Felice. Debe pesar mucho.

—Tú eres robusto.

—Cuando se me paga... ¿qué hay por la comisión, señor?

Johann le alargó una onza de oro. Cucuzone murmuró:

—¡No hay como las personas de posición para ser generosas!

Y cargó el cuerpo sobre sus espaldas.

Johann le dijo:

—Acuérdate de que si encuentras en el camino alguna patrulla y se sabe de dónde ha salido este fardo, mañana no amanecerás vivo.

—Excelencia—replicó Cucuzone,—no ignoro las costumbres de nuestra querida comunidad... Guárdeos Dios.

—Tomó el camino de la puerta, y á pesar de su carga, pasó el umbral con paso firme.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...

Al llegar al paso noveno la puerta se cerró.

Hay en Nápoles una leyenda—la famosa leyenda de San Genaro,—según la cual el hombre que lleva un cadáver está perdido si da cien pasos con su carga.

El pobre Cucuzone, trémulo y cubierto de sudor, emprendió su camino, procurando de cada zancada ganar un paso.

Si hubiese tenido un pico, habría abierto la sepultura de Felice Tavola en medio del corredor.

¡Morir antes de un año! ¡Morir Cucuzone que ejecutaba con tanta perfección el salto chino, el brazo de hierro y la voltereta!

Sin embargo, á pesar de todos sus esfuerzos,

va llevaba dados ochenta pasos cuando llegó al fin de ese largo corredor.

No le quedaba más que un capital de veinte pasos.

Al desembocar en la plaza del Mercato, Cucuzone vio un hombre que la atravesaba á todo correr con la cabeza descubierta, lanzando fuertes gemidos. Este hombre desapareció en la calle Albanese.

Al cabo de un rato volvió á aparecer en la misma plaza y desaparecer en la propia calle.

La luna en su último cuarto asomaba tras las casas de la ciudad antigua, disipando un tanto la obscuridad de la noche.

A favor de los vagos resplandores Cucuzone pudo reconocer en ese hombre á Peter-Paulos Brown de Cheapside.

Pero ¡cosa verdaderamente extraña! apenas había pasado un minuto cuando volvió á aparecer y desaparecer de la misma manera. Esto parecía fantástico.

La causa de sus idas y venidas consistía en que habiendo querido tomar el camino de la fonda de la Gran Bretaña, había penetrado en la calle Albanese, la cual le había vuelto á su punto de partida, dando la vuelta alrededor de la plaza.

Todo el mundo sabe cómo engaña la obscuridad. En las tinieblas no distinguía que la calle formaba una curva, y por otra parte, ese pobre «sudito» inglés estaba como ebrio.

Luego que Cucuzone llegó á comprender la situación del desgraciado Peter-Paulos, formó en un momento su plan.

Adelantó quince pasos tan dilatados como le fué posible hacia el centro de la plaza, reservándose cinco más para las necesidades imprevistas.

La línea que ocupaba, estorbaba el paso al fanático corredor.

Este no tardó en aparecer á un extremo de la plaza caminando con paso rápido y desigual. Su respiración era anhelosa.

Estaba ciego. Con el pecho de la camisa abierto y sus cabellos amarillos en desorden, iba á precipitarse sobre Cucuzone, cuando éste le gritó:—¡Deteneos!

Peter-Paulos no deseaba otra cosa, pero la impresión que experimentó al sonido de esta voz que resonaba en su oído como el estallido del trueno, lejos de reprimir su movimiento, le hizo perder el equilibrio.

El pobre inglés fué á dar de pecho contra el cuerpo de Felice Tavola que Cucuzone le oponía á manera de escudo.

—¡Vos le habéis matado!—dijo éste dejando caer el cadáver.

—Mi pedir perdón...—murmuró Peter-Paulos.

—¡Vos le habéis matado!—replicó el clown,—¿Me entendéis?

Peter-Paulos exhaló un gran suspiro.

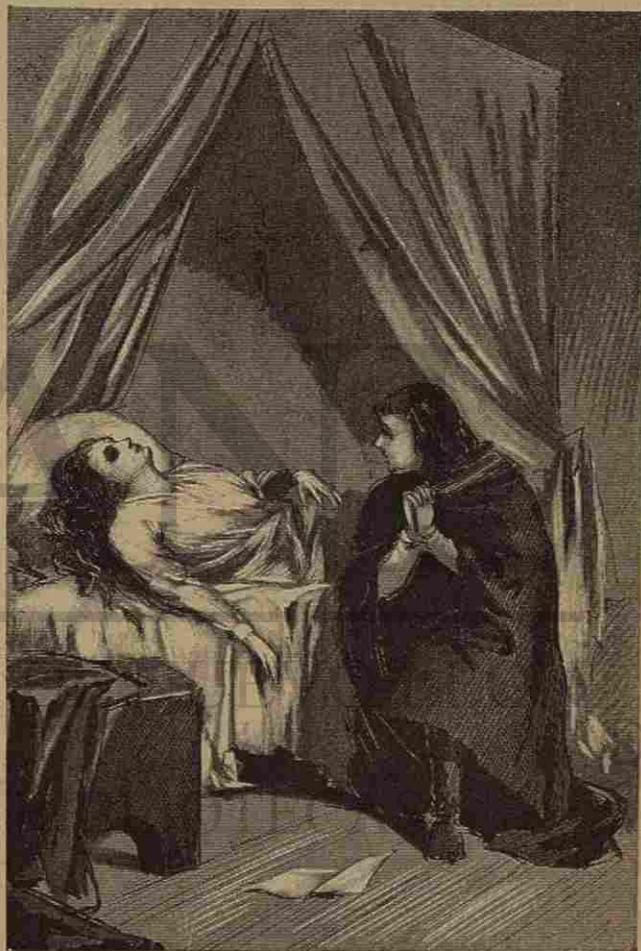
—¡Esto ser le clomo del infortunado!—dijo sollozando,—mí ser un asesino fomalmente.

Y quedó con los brazos caídos inmóvil como una estatua.

Cucuzone aprovechándose con astucia de su ventaja, levantó el cadáver y lo cargó sobre las espaldas de Peter-Paulos diciendo:

—¡Dios os perdone! Sólo os resta echarlo al agua.

Luego se escapó á todo correr, teniéndose por feliz de haber economizado cinco pasos. Peter-Paulos quedó solo, ebrio, loco, perdido, aterrado, no sintiéndose con piernas, ni brazos, ni ca-



El frío de la muerte tarda algunas veces mucho tiempo en venir.

beza para obrar, en medio de esta plaza desierta, con un cadáver á cuestas.



Johann Spurzeim había quedado solo en su gabinete, oyendo por breves instantes el paso asegurado de Cucuzone que se alejaba á lo largo del corredor obscuro.

En el momento en que todo volvía al silencio por la parte de la calle, llamaron en la puerta interior.

—¡Entrad!—gritó Johann.

Y cuando el médico hubo salvado el umbral de la puerta, repilió:

—¡Entrad! ¡entrad!... ¡He trabajado por ti, mi buen amigo!... y trabajado de firme sin vanidad!... ¿Zora no ha carecido de nada?

Zora era el pequeño King's Charles que participaba de la cama del señor Johann Spurzeim.

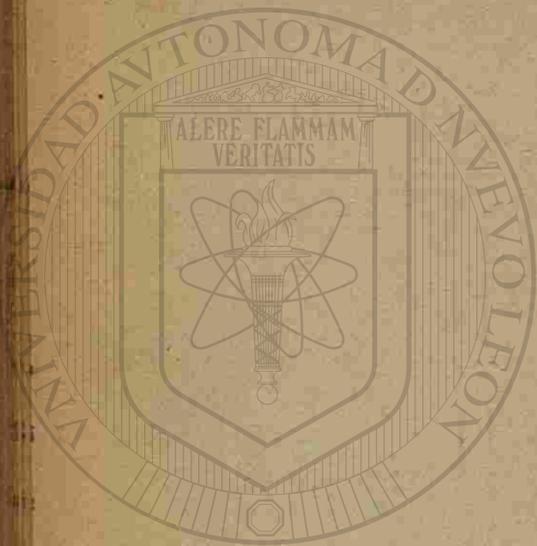
—De nada ha carecido—respondió Pedro Falcone, pálido y desenchajado.

Johann observó esta última circunstancia y le dijo:

—¿Qué tienes, amigo?

—¡Oh! ¡qué noche tan terrible!—murmuró el doctor.

—Una hermosa noche—contestó Johann restre-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

BIBLIOTECAS

gándose las manos;—¡una hermosa noche!... Toma la cortina y vuévela á colocar sobre la puerta... me gusta que todo esté en orden. ¡Ah! compañero Falcone, ¡cuán útil ha sido la cortina esta noche!

Y rió con fatiga.

—Cuando habrás puesto la cortina—repuso,—pasarás el cerrojo... Luego volveremos arriba... para acostarme... y dormir como un santo...

Mientras que el doctor obedecía con aire taciturno, Johann le iba diciendo:

—¡Por tí, amigo, por tí!... Tu tarea de esta noche no ha concluído... ¡Voto á bríos! has nacido de pie... te invito para un baile!... Dentro de un momento irás á bailar al palacio Doria-Doria, mi camarada.

—Estoy cansado—dijo Pedro Falcone queriendo rehusar el honor que se le hacía.

El jefe de policía prorrumpió en una carcajada.

—¡Heos ahí!—exclamó,—sólo yo soy infatigable. Si hubieseis hecho no más que la mitad de mi tarea, estaríais muerto, mi pobre compañero.

Pedro Falcone acababa de colgar la cortina y pasar el cerrojo.

—Hace dos horas—murmuró,—que oigo el estertor de una mujer moribunda.

La fisonomía de Johann cambió de repente, y tomando un aire doliente, murmuró:

—¡Pobre Bárbara!... mucho la echaré de menos.

Y callóse. Pedro Falcone estaba de pie delante del bufete con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Ha sufrido mucho?—preguntó Johann con los ojos medio cerrados y hablando muy bajo.

—Aun está sufriendo—respondió Pedro Falcone.

Una convulsión nerviosa agitó el rostro de Spurzheim.

—¿Y se la oye gritar desde mi dormitorio?

—Distintamente, señor.

Johann reflexionó durante un segundo; después dijo:

—En esta parte de la casa no duerme nadie. No hay peligro.

Pedro Falcone sintió frío en las venas.

—Dejemos esto—replicó Johann;—era necesario... La necesidad carece de ley... pero la echaré de menos.

Luego cambiando de repente de tono dijo al doctor:

—Ponte esta sortija en tu dedo medio; su posesión te hace caballero maestro, y á estas horas tienes en Nápoles un ejército de veinte mil soldados... Mañana, si quieres, serás el médico del rey... El secreto de los maestros del Silencio es triple... El maestro del Silencio sabe dónde está el tesoro; posee la clave de los caracteres, y conoce el nombre de sus iguales... Acércate.

Falcone se adelantó.

Johann prosiguió bajando la voz:

—El tesoro está en el Abruzzo citerior, al pie del monte Laura, en los subterráneos del castillo de Púrpura edificado por los Borgia de Roma, y que forma parte de los dominios de Monteleone. La clave de los caracteres está en este papel; tómalo; sabrás tanto como yo... Tus iguales son seis, incluso un gran maestro que tendrá en sus manos tu vida y la mía: éste es Porporato... el cual tiene también otros nombres.

Quedan cinco maestros.

Primero yo: luego mi teniente Andrés Visconti Armellino, intendente superior de policía. Su verdadero nombre es Policeni Corner. El tercero en importancia es el coronel San Severo; un hércules, un gigante, del cual hemos de ver el fin.

Su verdadero nombre es Lucas Tristany; su apodo de bandido «el Capitano». El cuarto es el anciano Massimo Dolci, banquero de la corte. Este nos estorba algo. Su nombre verdadero es Amato Lorenzo. El quinto, llamado el caballero Hércules Pisani, pertenece en cuerpo y alma á Porporato. Era el amigo del barón de Altamonte, quien poseía la sortija que te he dado. Cuando estorbe nuestro camino lo derribaremos. Llámase Marino Marchese.

Armellino desea mi empleo: esto le costará caro; San Severo es demasiado fuerte; los otros tres han adivinado mi objeto y están de más. Amigo Falcone, si quieres, quedaremos solos, ricos los dos y poderosos como reyes.

—¿Qué se necesita para ello?—preguntó el doctor.

Johann fijó en él su mirada y prorrumpió en esa risa sarcástica que tan singular efecto producía en su cara demacrada.

—Primero se necesita—replicó Johann,—tomarme en tus brazos y llevarme con toda suavidad á mi cama, porque tengo sueño.

—Señor—dijo Falcone,—si volvéis á vuestro cuarto, oiréis los gemidos...

—Poco tiempo ha tardado—interrumpió Spurzeim con calma,—las pastillas estaban bien hechas.

Y le tendió los dos brazos como los niños cuando piden la ayuda de su niñera. Pedro Falcone le tomó en los suyos y subió la escalera con la misma facilidad con que la había bajado. Johann esperó hasta la última grada á que se mostrase cansada la respiración del que le llevaba, pero en vano.

Johann dijo:

—Estas respiraciones tan largas ño son las mejores.

Al entrar en su dormitorio aplicó el oído, y oyó un gemido lejano y débil.

—Hace poco—dijo Falcone—que era mucho más fuerte.

Johann exhaló un gran suspiro y se envolvió en su cobertor, donde el King's Charles le acogió fraternalmente.

—Abre la gaveta de mi cómoda—dijo á Falcone;—hacia la derecha hay un papel... Tómale.

El doctor iba á entregárselo, cuando Johann le detuvo diciendo:

—Es para ti... Lee.

«Loredano Doria y la condesa Angélica, su hermana, suplican á don (el nombre en blanco) que les haga el honor de asistir al baile de esta noche».

—Pondrás tu nombre—le dijo Johann,

—Y ¿qué haré en el palacio Doria?

—Observarás.

—La noche está muy adelantada.

—Aquel por quien te envío, llegara después que tú.

Como el doctor iba á responder, Johann le hizo seña de que escuchase. Oyóse una tos profunda seguida de un débil grito. Luego reinó en la casa el más profundo silencio.

—¡Pobre Bárbara!—dijo Spurzeim;—este debe ser su último suspiro.

—Señor...—balbuceó el médico.

—Bien, amigo, bien... las opiniones son libres... Bajad la lámpara é idos, Falcone; tengo sueño.

El doctor dió vuelta al botón, con lo que la luz de la lámpara, sin extinguirse, despidió una claridad débil, que era la que Johann quería.

Luego llamó á Falcone.

—Amigo—le dijo,—¿no me habéis dicho que conocíais al príncipe Fulvio Coriolani?

—Al contrario, señor, jamás le he visto.

—¿No?... es particular... Todo el mundo le conoce bien. Oíd, Falcone... Cuando esta noche anunciarán en el palacio Doria-Doria al príncipe Fulvio Coriolani, mirad atentamente á ese joven y brillante caballero... Después que le habréis mirado, no me preguntaréis por qué os he enviado á esa fiesta. Id.,

Media hora después Johiann dormía.

De repente el King's Charles sacó la cabeza fuera del cobertor y se enderezó sobre sus cortas patas.

Oyóse ruido en la puerta.

Johann oía, porque su sueño era siempre ligero, pero le costaba algunos minutos vencer el entorpecimiento que paralizaba sus miembros al despertar.

Muchas personas afectadas de enfermedades nerviosas experimentan á veces este síntoma cataleptico,

La cara del jefe estaba vuelta hacia la cabecera de la cama.

Acababa de abrirse la puerta.

El terror cubrió todo el cuerpo de Johann de un sudor helado.

El perrito se puso á aullar y se lanzó bajo la cama.

Luego se oyó como el ruido de una lucha terminada por dos estertores

Nuevo silencio.

Después de dos ó tres minutos de terrible angustia, Johann recobró el uso de sus movimientos y se volvió. Todo estaba inmóvil en el aposento.

Pero á los débiles resplandores de la lámpara, Johann creyó ver la puerta abierta y una masa sombría delante del umbral de la misma.

Subió la lámpara y el cuarto se inundó de luz.

En efecto, la puerta estaba abierta, y el cuerpo de Bárbara Spurzeim, su esposa, yacía al lado de King's Charles estrangulado.

Johann se horripiló.

Levantóse como pudo y se arrastró por el cuarto, llevando la lámpara por delante.

La mano izquierda de Bárbara tenía aún apretada la garganta del perrito, el cual le había mordido con rabia. Alrededor de su boca contraída y apoyada en el suelo se notaba la sangre de su último acceso de tos, el cual la había ahogado.

Con esta sangre su mano derecha había trazado unas letras en el suelo.

Johann leyó:

«Dentro de ocho días y á esta misma hora, te aguardo en el infierno, ¡asesino!»

Johann miró el reloj de péndulo que marcaba las doce y media.

—¡Ella conocía el porvenir!—exclamó dejándose caer rendido al lado del cadáver.

—Pobre Bárbara—murmuró,—ha querido vengarse... Sí, es sólo para amedrentarme... yo viviré cien años!...

El carruaje en el cual hemos dejado á Baldeonio, cruzó al galope las calles, entrando en seguida en el patio de un elegante y magnífico palacio, situado en la ciudad alta, hacia el medio de la strada nuova di Capodimanti.

Athol saltó con ligereza fuera del carruaje.

Luego que hubo subido las gradas de mármol, todo fué movimiento y ruido en el patio.

Abriéronse las caballerizas y salió de la cochera un espléndido carruaje de corte.

Ruggieri, dirigiendo un ejército de criados, le hizo poner un tiro compuesto de cuatro magníficos caballos franceses.

Hacia la misma hora en que Bárbara y el King's Charles, que era lo que Johann Spurzeim más amaba en este mundo, morían juntos, veíanse aparecer antorchas en lo alto de las gradas de mármol.

El caballero de Athol, en traje de corte, llevando el cordón de la Anunziata, apareció dando la mano á una joven cubierta con un velo.

Al subir los dos al carruaje, el caballero de Athol dijo á Ruggieri, que se sentó en el pescante vestido de gran librea:

—Al palacio Doria-Doria.

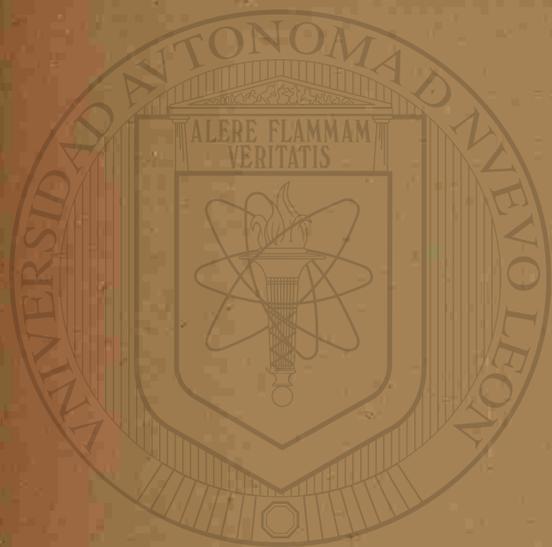
FIN DEL TOMO PRIMERO

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS





INDICE

PRÓLOGO

LOS SIETE ANILLOS DE HIERRO

	<i>Páginas</i>
I.—El valle de Martorello.	5
II.—Mario Monteleone.	13
III.—.	26
IV.—En la carretera real.	31
V.—Athol en las ruinas.	38
VI.—Hermano y hermana.	55
VII.—Conde y condesa.	69
VIII.—La misa de la hora XXII.	81
IX.—La séptima sortija.	94

PRIMERA PARTE

BALDEMONIO Ó EL BANDIDO DE LOS ABRUZOS

I.—Peter Paulos Brown (de Cheapside).	107
II.—Motín á bordo.	113
III.—La Avenida-di-Porto.	118
IV.—Las sorpresas de Peter-Paulos Brown, de Cheapsida.	124

	<i>Páginas</i>
V.—El improvisador Mariotto.	136
VI.—Proezas de Porporato.. . . .	149
VII.—El escalo.	162
VIII.—Viaje por los tejados.	174
IX.—El cuarto de los muertos.. . . .	183

SEGUNDA PARTE

BARBARA DE MONTELEONE

I.—El gabinete del jefe de policía.	199
II.—Una mujer fuerte.	209
III.—Un matrimonio feliz.	220
IV.—El doctor Pedro Falcone.	230
V.—Pastillas contra la tos.	242
VI.—El número 133.	251
VII.—Fin del interrogatorio.	262
III.—La muleta del señor Johann Spurzeim.	272
IX.—El corredor obscuro.	282
X.—Los dos cadáveres.	290
XI.—La leyenda de San Genaro.	299

OBRAS DE VENTA

EN LA

Casa Editorial Maucci

La guerra Ruso-Japonesa.—Port-Arthur② Por *Hesibo Tikovara*.—Un tomo.—Dos pesetas ②**La guerra Ruso-Japonesa.—Del Yalú á Mukden**⑤ ⑤ Por *Augusto Riera*.—Un tomo.—Dos pesetas ⑤ ⑤**La guerra Ruso-Japonesa.—De Mukden á la Paz**⑤ ⑤ Por *Augusto Riera*.—Un tomo.—Dos pesetas ⑤ ⑤**Los tres Mosqueteros**Por *Alejandro Dumas* (padre).
Dos tomos.—A peseta el tomo**Veinte años después**Por *Alejandro Dumas* (padre).
Dos tomos.—A peseta el tomo**El vizconde de Bragelone**Por *Alejandro Dumas* (padre).—Seis tomos.
⑤ ⑤ ⑤ ⑤ ⑤ ⑤ A peseta el tomo ⑤ ⑤ ⑤ ⑤ ⑤ ⑤**Viaje al Polo Sur**Por *Otto Nordenskjöld*.—Dos tomos
en rústica, 24 ptas., en tela, 30.**Lejos del terruño**Por *Antbal Latino*.—Un tomo.—
② ② ② Dos pesetas. ② ② ②

El Buen Mozo Por *Guy de Maupassant*. Dos tomos: **a peseta cada uno.**

La señorita Perla Por el mismo autor.—Un tomo: **una peseta** ③ ④ ⑤ ⑥ ⑦ ⑧

La criada de la granja Por el mismo autor.—Un tomo: **una peseta** ③ ④ ⑤ ⑥

Berta Por el mismo autor.—Un tomo: **una peseta** ③ ④ ⑤ ⑥ ⑦ ⑧ ⑨ ⑩ ⑪

Bajo el sol de Africa Por el mismo autor.—Un tomo: **una peseta** ③ ④ ⑤ ⑥ ⑦

Testamento Por el mismo autor.—Un tomo: **una peseta** ③ ④ ⑤

La loca Por el mismo autor.—Un tomo: **una peseta** ③ ④ ⑤ ⑥ ⑦ ⑧ ⑨ ⑩

El abandonado Por el mismo autor.—Un tomo: **una peseta** ③ ④

Miss Harriet Por el mismo autor.—Un tomo: **una peseta** ③ ④ ⑤ ⑥

Inútil belleza Por el mismo autor.—Un tomo: **una peseta** ③ ④ ⑤ ⑥

El suicidio del cura Por el mismo autor.—Un tomo: **una peseta** ③ ④ ⑤ ⑥ ⑦

Nami-ko Por *Kenjiro Tokutomi*.—Novela de costumbres japonesas. (Segunda edición notablemente corregida).—Un tomo ilustrado: **dos pesetas.**

El amo del mar Por el *Visconde E. M. de Vogüé*.—Un tomo: **2 pesetas** ③ ④ ⑤ ⑥ ⑦

